

C. PARRA PEREZ



*Miranda
y la
Revolución Francesa*

Tomo I

SEGUNDA EDICION



EDICIONES CULTURALES DEL BANCO DEL CARIBE

1988

MIRANDA Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA

CARACCIOLO PARRA PÉREZ

VERSIÓN DIGITAL

TOMO I

SEGUNDO VOLUMEN

CAPITULO VII

MIRANDA, COMANDANTE EN JEFE

DUMOURIEZ quería atacar a Holanda; el Consejo ejecutivo deseaba que fuese a operar en el Rin y apoyase al ejército de Custine; Custine, por su parte, decía que era menester dejar a Miranda en Bélgica y reagrupar fuerzas para llevar la guerra a Alemania. El general en jefe, mal de su grado, con un ejército "que se desorganizaba", llegó hasta Aquisgrán.

Dumouriez tenía una concepción totalmente prusiana de la teoría de los gajes, y queriendo apoderarse de Maëstricht, proponía al gobierno poner en conocimiento de Holanda que, para asegurarse de su neutralidad, los franceses tenían necesidad de ser los dueños del curso del Mosa hasta Ruremonde y de poner guarnición, por lo menos, en el arrabal de Wyck. Con la esperanza de recibir la aprobación de París, prescribió a Miranda que enviase su artillería de sitio a Tongres, estableciese allí su cuartel general y se extendiese a lo largo del río. El gobierno francés persistió, sin embargo, largo tiempo en la intención de adminis-

trar la neutralidad de las Provincias Unidas, y veremos al Consejo ejecutivo tomar, el 14 de enero de 1793, un acuerdo así concebido: "El Consejo, informado de que las tropas holandesas han evacuado la ciudad de Venloo, y con la mira de prevenir todos los movimientos que pudieran dar un pretexto para hacer salir de su neutralidad a las Provincias Unidas, acuerda: que el ministro de la Guerra mande expresamente al general Miranda que de ningún modo ataque a dicha ciudad de Venloo y de no ir sobre ninguna parte del territorio de las Provincias Unidas; que, no obstante, en el caso de que estuviese seguro de que los austríacos y los prusianos se aproximasen a dicha ciudad para apoderarse de ella, el general Miranda estará autorizado para prevenirlos. Todo ello sin perjuicio de las demás disposiciones prescritas al general Miranda".¹

Los holandeses temían la guerra y deseaban evitarla a todo precio. Una carta encontrada al barón Marechal, gentilhomme de cámara del príncipe de Nassau-Usingen, y enviada a París por Miranda, es muy significativa a este respecto. El autor de esta carta, que se cree fuese escrita por el Estatuder, se alza contra "los rabiosos que odian a toda Europa" y "buscan embrollos" a Holanda en Maëstricht y en el Escalda. Hay la esperanza si atacan, de pegarles o de ahogarles; de todas maneras, se queda uno horrorizado de la rapidez de las conquistas revolucionarias y de la impotencia de los aliados para detenerlas.²

Decidióse invernar en Bélgica. Dumouriez sabía muy bien que estos cuarteles de invierno del Mosa "eran, por propia condición, malísimos", pero creía que los enemigos, débiles y mal aprovisionados, no podrían atacarles antes de la primavera. El alto mando debía, además, tener en cuenta la opinión de los

comisarios que por razones políticas intervenían sin cesar en los asuntos militares; la resolución de quedar en Aquisgrán, a pesar de la opinión formal de los generales, suministra un ejemplo de tan enojosa conducta. Sea lo que fuere, Dumouriez suponía que la línea del Roër podía defenderse perfectamente en invierno y que, en caso de alarma, las tropas podrían reunirse en Aquisgrán o en Aldenhoven para impedir a los imperiales que socorriesen a Maëstricht, al que siempre pensaba atacar en el plan general de campaña que meditaba. A continuación se verá en qué medida se realizaron estas previsiones.

Valence, como todos los demás oficiales generales, salvo La Marlière, a quien sus acantonamientos "agradaban infinitamente por su ligazón",³ no dejó de criticar la designación hecha. Antes de marchar a París fue a Lieja y rogó a Miranda que fuese a concertarse con él sobre las disposiciones militares que habría que tomar: "No oculté a los diputados de la Convención nacional, escribe, que la posición militar, ya muy mala, sería insostenible si, haciéndose más fuertes las heladas, se perdía hasta el débil recurso de estar cubierto por un pequeño torrente. Ni un gran río es, *según las reglas del arte* (expresión parásita del general Miranda) una garantía suficiente contra las sorpresas de cuarteles de invierno; aquí, un gran arroyo, del cual los enemigos ocupaban la otra orilla, era la única barrera que se les oponía; tenían puestos atrincherados; la fortaleza de Juliers, cuya pretendida neutralidad podía cesar, estaba de su lado en la margen del Roër y se encontraba en el centro de una línea de catorce leguas, aun no contando más que desde el vado, entre Linnich y Randeradt hasta la dirección de Saint-Cornelis-Munster; y si se consideran esos acantonamientos como deben ser, es decir,

puntos donde podrían ser atacados hasta el otro, se recorre casi un semicírculo empezando en Ruremonde y acabando en Stavelot. El desarrollo es de más de veinticinco leguas, sin que las tropas tuviesen medios munos de sostenerse. Los comisarios me instaban vivamente para no abandonar esta posición; les pedí que oyesen lo mismo la opinión de los oficiales generales empleados en esos lugares que la de dos mariscales de campo que yo había traído conmigo".⁴ Valence añade que el general Dumouriez le dijo en París, en enero, que no había tomado esos acantonamientos como cuarteles de invierno, pero que "habiendo sido engañado en medio de su marcha por un informe falso de Miranda, el cual aseguraba que Miranda había pasado el Rin,⁵ no hizo más que poner sus columnas más a lo ancho del país". El general en jefe no quiso, por otra parte, oír las observaciones de Valence, "pues nunca Dumouriez ha querido creer que el enemigo, agotado por su campaña precedente, estuviese en estado de reforzarse antes de que él se hubiese reincorporado al ejército".

Uno de los dos, Valence o Dumouriez, han mentido en este caso. El proyecto de tomar los cuarteles de invierno entre el Mosa y el Rin era tan ciertamente de Dumouriez, que el 14 de noviembre escribía a Pache: "Nada más urgente que esta medida (el envío de veinticinco batallones de guarnición), y la solicito de V. con tanta más insistencia cuanto que es entre el Mosa y el Rin donde debo hacer mis cuarteles de invierno, si se sigue suficientemente mi gran plan en todas sus partes para que Treves y Coblenza sean tomadas en quince días y el general Bournonville esté en Colonia dentro de un mes". Pache no aprobó este plan y ordenó a Dumouriez que no abandonase el estable-

cido en París por el Consejo ejecutivo siguiendo la propia opinión del general en jefe, y que comprendía el rechazo de los austríacos al otro lado del Rin. El 13 de diciembre, todavía Pache repetía a Dumouriez que debía ir a Dusseldorf, mientras que Miranda marcharía sobre Cleves y D'Harville amenazaría a Luxemburgo.

Mas por otra parte es verdad que Valence, que había declarado a los comisarios de la Convención que los acantonamientos carecían de todo y que habría que abandonarlos,⁶ escribía a Miranda el 7 de enero para recordarle que en una entrevista que tuvieron en Bruselas con Dumouriez él, Valence, manifestó el asombro y la pena que le causó la retirada de la vanguardia de Miranda hacia Peer, señalando los inconvenientes de esa maniobra: "Dumouriez y V. me taparon la boca asegurándome que los enemigos habían pasado el Rin y que V. tenía tropas en Berchem. Este error tuvo enojosas consecuencias: fue la causa de que Dumouriez, en la confianza de que los enemigos estaban lejos, hiciese acantonamientos insostenibles para sus tropas". Valence advierte el movimiento que opera el enemigo y ruega a Miranda que haga avanzar prontamente al general La Marliere para tender la mano a la izquierda de los acantonamientos hacia Linnich y cubrir a Ruremonde. Cree que hay que vigilar a los holandeses tanto como a los austríacos para estar en condiciones de saber si es posible sostener las posiciones, en espera de las decisiones del poder ejecutivo; quisiera ver a Miranda, fuese en Aquisgrán, fuese en Lieja, a donde pasaría pronto, para ponerse de acuerdo con él.⁷ Miranda se dispone a reunirse con su colega; anuncia a Dumouriez que partirá el 8 para Aquisgrán, aunque ignora el motivo de la llamada que se le hace. Considera que

su ejército se halla en perfecto estado.⁸ Fue en Lieja donde Miranda conferenció con Valence, quien salía con dirección a París "revolviendo por todas partes, queriendo hacer acantonamientos a su guisa y encontrando insostenibles los de Dumouriez". Habiendo comprobado Miranda que el enemigo estaba del lado acá del Rin y llevaba su caballería hasta las avanzadas francesas, escribe: "He hecho que pasaran algunas tropas de caballería ligera para cubrir a Ruremonde, que no lo conservo, como V. sabe, más que para evacuarle ante la aproximación de una fuerza muy superior, a menos que no queramos pasar al otro lado del Roër".⁹

Sea como fuere, los fracasos sufridos por Beurnonville en el Mosela y por Cusine, rechazado sobre Mayenza, obligaron a Dumouriez a no llevar más adelante la ejecución de las órdenes del poder ejecutivo, las cuales, por otra parte, no aprobaba, como ya hemos visto. Cometió, pues, la grave falta de acantonarse en Bélgica, en vez de poner el Rhin entre su enemigo y él, plan que, según Jomini, hubiera debido desenvolver, en lo que concierne a las operaciones del Norte, en el comienzo de la campaña siguiente. Ciertamente es que el general en jefe aseguraba que el estado de sus tropas no se lo permitía: "Tuve que parar en seco mi marcha, escribía a Miranda, por los desórdenes que ha ocasionado ya la desertión de más de 10.000 hombres". El daño causado por esas desertiones era formidable: de octubre a diciembre, 55.000 soldados se volvieron a Francia. ¿Cómo no había de combatir Dumouriez los proyectos del Consejo ejecutivo, calificándolos de "los más extravagantes y los más peligrosos"? Si encontraba tantos obstáculos, la culpa la tenía "esa maldita punta en Alemania".

El ejército quedó establecido el 12 de diciembre en los acantonamientos siguientes: a partir de la derecha, D'Harville, cubriendo Namur, observaba a Beaulieu, el cual se encontraba en el Luxemburgo; Valence estaba en Verviers, Limbourg, Stavelot, Malmedy y Spa Dampierre, en Aquisgrán; Stengel, a lo largo del Roër, hasta Aldenhoven; Miaczynski, en el condado de Dahlen; Fregeville, en Eupen y Cornelis-Munster; el centro se extendía hasta Lieja, Robermont y Herve; Miranda, con la izquierda formada por el ejército del Norte y fuerte de 18.000 hombres, acantonaba entre Tongres y Ruremonde su vanguardia en esta última ciudad al mando de La Marlière, con la misión de vigilar a los austríacos en la orilla derecha del Mosa y a los prusianos de Brunswick-Oels, que se concentraban en Wessel. La división de derecha de Miranda estaba mandada por el general Duval; su izquierda, mandada por Champmorin, y pronto reforzada con seis batallones de voluntarios, abrazaba todos los acantonamientos extendidos en la frontera holandesa y vigilaba las guarniciones de Nimega Bois-le-Duc y Breda.¹¹ Miranda tomó a su cargo mantener la escuadra de Moulton en el puerto de Amberes y fortificó las orillas del Escalda entre esta ciudad y el fuerte de Lillo, de manera que se hiciese impracticable el acceso. Por razones políticas sobre todo, retenía el general esos barcos: "Si la escuadra abandona estos parajes, se atribuirá a flaqueza o a temor, y la República no puede, no debe concebir semejantes opiniones de su política y de su conducta". Monge aprobó esta medida.¹²

En los primeros días de diciembre, La Marlière recibió orden de levantar contribuciones en la región de Cleves. Los pequeños destacamentos prusianos que encontró a su paso fueron re-

chazados y regresó a Ruremonde con dos millones de libras y cierta cantidad de zapatos, botas, telas y lienzos.¹³ Las instrucciones de Miranda llevaban la imposición, en las ciudades del ducado de Cleves, de la comarca de Meurs y del Gueldres prusiano, de una contribución ligera, proporcionada a la riqueza de cada población y que no debía exceder de 8.000 a 9.000 libras tornesas. La Marlière tenía que cumplir su misión en una semana, replegándose inmediatamente sobre Ruremonde y "conduciéndose de la manera más equitativa con los habitantes del país": 1.000 hombres, infantería y caballería,¹⁴ deberían bastar para esa operación. Miranda esperaba obtener así fácilmente la cantidad de un millón de libras aproximadamente, "lo cual, escribe a Pache, nos hará subsistir algún tiempo a expensas de Su Majestad prusiana, haciéndole sentir un poco el peso de nuestras armas y la diferencia de trato que damos a sus súbditos, muy contrario al que él usaba con nuestros pueblos de Francia".¹⁵ El ministro fingió no aprobar esta batida; sus oficinas redactaron primeramente un proyecto de respuesta a las cartas del general de los 30 y 31 de diciembre, proyecto en el que se decía que parecía que "ese movimiento no debiera producirse más que cuando faltaran víveres y forrajes y solamente para procurárselos, y que no entraba en los principios del pueblo francés procurarse numerario de esa manera. El comercio nos le proporcionará más seguramente, se añadía; esas cosas hacen gritar mucho y producen poco". Pero este párrafo, en el que ya apunta la mala voluntad de Pache respecto a Miranda, no parece haber sido mantenido en el texto enviado al general.¹⁶ Champmorin no faltara pronto "de esperar en algunos puntos las rentas dominicales del Estatuder, como lo hace a diario, dice, en provecho de la República sobre

las del rey de Prusia, en diversos lugares del Gueldres situado en la orilla izquierda del Mosa".¹⁷ En lo que se refiere a la aplicación del decreto del 15 de diciembre, demandas de exención, en lo tocante a las contribuciones, fueron dirigidas a Miranda por las autoridades de ciertos territorios que se decían neutrales en la guerra y, por consiguiente, libres de toda prestación. El general consultó al Consejo ejecutivo: ¿debía, sí o no, imponer a los habitantes del principado de Thorn, del ducado de Juliers y de la parte del electorado de Colonia ocupada por sus tropas? El Consejo se salió con un distingido que acaso hoy sería calificado de wilsoniano: "Los pequeños gobiernos eclesiásticos y seculares que tienen representantes en Ratisbona, son ciertamente enemigos nuestros, pero sus pueblos no lo son".¹⁸

Por su parte, Clerfayt cortó en Linnich y en Juliers los puentes del Roër y acantonó su ejército entre este río y el Erft, desde Groenvenbroich hasta Euskirchen. Era difícilísimo saber el número exacto de las tropas de que disponía porque se estaba mal servidos por los espías: éstos valoraban las fuerzas austríacas entre Juliers, Bonn y Colonia, en 8.000 ó 23.000 hombres, sin que fuese posible establecer una cifra probable entre esas dos que daban.¹⁹ Miranda creía que se trataba de 10.000 ó 12.000 hombres.²⁰ Se le ha reprochado al Mando francés esta falta de informes seguros. En esta materia, la crítica es siempre muy fácil. El teniente coronel Grouard, en un libro reciente, ha recordado que "en los ejércitos mejor conducidos, no se ha podido nunca conocer del todo la distribución de las fuerzas adversas. Napoleón se equivocó en Jena acerca de la posición de los ejércitos prusianos y de los efectivos reales que Davout tenía ante él, y en Abensberg, respecto a la dirección de la retirada aus-

tríaca. En 1870, delante de Rezonville lo mismo que en Saint-Privat, los alemanes se equivocaron en la situación de las fuerzas francesas".²¹

El 25 de diciembre, el general Valence rogó al ministro de la Guerra que le concediese una licencia para ir a París, y pidió autorización para entregar a Miranda el mando de Bélgica; se le dio un permiso de quince días.²² Descontento por la actitud de Pache con motivo de su disensión con La Bourdonnaye, Miranda acabó por protestar de las decisiones del ministerio. Plantea claramente la cuestión del mando en el terreno de los hechos: "Me encuentro actualmente, escribe al ministro, con el mando de un ejército de más de 22.000 hombres, con toda la responsabilidad que un jefe militar en semejantes circunstancias puede tener. Estoy igualmente encargado de no obedecer al general La Bourdonnaye y de no reconocerle ninguna autoridad en dicho ejército, en el que ha recobrado todas las funciones que anteriormente ejercía; por otra parte, tengo orden de mandarla en jefe y sostener correspondencia directa con el poder ejecutivo, actuando de acuerdo, para la ejecución de las operaciones militares, con el general Dumouriez, comandante en jefe del ejército de Bélgica. Por lo tanto, ruego a V., ciudadano ministro, que considere un tanto si cuando la responsabilidad pesa únicamente sobre mí, debe llevar el título el general La Bourdonnaye. Si cuando yo estoy encargado de las penosas funciones militares, el general La Bourdonnaye debe tener a su lado, en Lila, los edecanes que la ley nos concede a este efecto. Si cuando yo hago los gastos de las marchas y de los campamentos, por los cuales la ley nos otorga una gratificación particular, el general La Bourdonnaye debe seguir recibiendo ese beneficio en su palacio, en

Lila. Por lo que se refiere al título *in nomine* de comandante en jefe que V. quiere que el general La Bourdonnaye conserve todavía en Lila, yo se lo cedo con mucho gusto; pero en cuanto a los edecanes que nos son indispensables para llenar nuestras funciones militares, así como la gratificación que nos concede la República para soportar los gastos del empleo, no puedo cedérselas de buen grado sin hacer ante V. una formal protesta".²³

Era, pues, necesario arreglar, una vez por todas, esta grave cuestión: Miranda, ¿era o no comandante en jefe de su ejército? No hay duda de que era perfectamente independiente de La Bourdonnaye, pero ¿no insinuaba que hablando propiamente no le ligaba ningún vehículo de subordinación al mismo Dumouriez y que solamente debía de existir un "acuerdo" entre ambos respecto a las operaciones que debieran hacerse? La partida de Valence iba a dar a la cuestión una solución elegante, aunque provisional.

El 5 de enero, el Consejo ejecutivo ordena a Miranda que tome el mando en jefe del ejército de Bélgica, que Valence le entrega en Lieja el siguiente día 10.²⁴ Por este hecho, y con motivo de la ausencia del generalísimo Dumouriez, a la sazón en París, Miranda se encuentra investido de la suprema responsabilidad en todo el campo de operaciones. Pache le exhorta para que dé a su mando "todos los cuidados que pide el bienestar de la República", y refiriéndose al estado lamentable en que se encuentran las tropas desde el punto de vista de las subsistencias, hace un llamamiento "a su reconocida probidad, a su amistad con Petion y al puesto que ocupa" por el bien del ejército, cooperando con los funcionarios encargados de los aprovisionamientos.²⁵ Esta vez, por alguna, ha cesado el equívoco y "el Consejo

ejecutivo no ha dejado nada para la interpretación". Miranda manda en jefe interinamente "el gran ejército" formado por los ejércitos del Norte y las Ardenas, que deben ser considerados como simples divisiones en su posición actual. El teniente general del ejército de las Ardenas conserva el mando de este cuerpo y cada oficial el puesto que ocupaba con Dumouriez.²⁶ Una orden del día del 12 de enero, firmada por Thouvenot, jefe del Estado Mayor del ejército de Bélgica, decía que estando el general Valence con permiso en París, el general Miranda mandaba en jefe los tres ejércitos y que los informes relativos al ejército propiamente dicho de Bélgica debían ser dirigidos, como antes, al general La Noue.²⁷

Sin embargo, Miranda se ve obligado a protestar de nuevo, y lo hace en términos muy enérgicos, de lo que llama la maldad y la negligencia de las oficinas de guerra, que parecen complacerse en vejarse por chismes injustificados. El general habla severamente de la misma actitud del ministro: "Ruego a V., pues, ciudadano ministro, dice, en nombre de la patria y de la libertad, que vele un tanto sobre las trabas y confusiones que sus oficinas nos hacen sufrir por su negligencia y maldad en el servicio. Digo maldad, porque la actitud que le hacen sostener a V. negándome no sólo el título de comandante en jefe del ejército del Norte (el cual, como he tenido el honor de decir a V. anteriormente, sacrifico con mucho gusto para que V. se lo dé al general La Bourdonnaye), sino el medio indispensable que la ley me concede dándome dos edecanes más para ejecutar las funciones de mi cargo, es injusta e incompatible con la probidad que siempre he reconocido en V... Usted procederá en esto como considere oportuno y no me atreveré a volver sobre este asunto en vista

de que está V. decidido a no contestar a mis peticiones y a no otorgarme la justicia que me parece debida y clarísima... Creo que V. no lee mis cartas por entero..."²⁸

En el intervalo, el Consejo ejecutivo, durante el curso de una sesión a la cual asistía Dumouriez, el 9 de enero,²⁹ dispuso: 1.º Que marcharan al interior tropas tomadas a diferentes guarniciones en la nueva Flandes marítima. 2.º Extender el mando del general Miranda a estas tropas y a las del general De Flers, que estaba en Brujas. Dirigieron sobre esta ciudad y sobre Gante 10.000 hombres de refuerzo "destinados a una expedición particular cuya ejecución se le confiaría a Miranda".³⁰

El ministro de la Guerra, comprobando que las derrotas sufridas por las tropas del Mosela habían trastornado los planes del Consejo ejecutivo e impedido a Miranda concurrir al movimiento combinado que debía destruir al enemigo en la orilla izquierda del Rin o rechazarle al otro lado del río, insistía en la necesidad que tenía Miranda de mantenerse detrás del Roër si no podía hacer otra cosa mejor y de vigilar las plazas de las Ardenas para estar presto a socorrerlas. El general ha pedido refuerzos de caballería y de artillería; exige que se refuerce la frontera de las Ardenas, que se pongan reservas en Chalons y en Verdún, que se dé a La Bourdonnaye la orden de aumentar la guarnición de Furnes con tropas tomadas de la de Dunquerque.³¹ Enfadado con estos que llama "los generales belgas", Pascal, atendiendo las órdenes de Miranda, manda a Furnes el tercer batallón de guardias nacionales de Soissons y acerca al mar las tropas que se encuentran en Bethune y en Arras. Está inquieto por Bolonia, donde no hay guarnición.³² Pero el general Pascal, que dice ser el más antiguo mariscal de campo de las

tropas de línea y se aferra a la regularidad del servicio, quiere absolutamente saber de un modo claro a qué atenerse respecto a su situación personal. No ha sido instruido por el ministro de que pasaba a las órdenes de Miranda, ni de que Dunquerque formase parte del territorio donde manda el jefe del ejército de Bélgica. ¿Por qué Ruault manda interinamente el ejército del Norte, estando en Tongres? ¿Ha sido aniquilado el ejército del Norte? Reina en la jerarquía militar una confusión perjudicial para el éxito de las operaciones: Dumouriez, Miranda, La Bourdonnaye y Ruault transmiten cada uno, a su vez, órdenes al infortunado general, que ya no sabe a quién obedecer. Luego se burla con gracia de que le hayan enviado como adjunto a los oficiales generales "un niño que apenas sabe leer y escribir y que no tiene la edad requerida para ser subteniente de infantería". Se le da al joven Caubet un puesto ¡que le hará coronel en la tercera campaña!... "Le tendré, dice Pascal, cebándole cerca de mí; galopará a mi lado hasta que tenga dieciocho años, pero no irá a reconocer Calés, ni Gravelinas, ni siquiera Zuidcoote, pues el informe que me daría no sería ni justo ni razonado, aunque él sea gascón".²²

Para cubrir su izquierda, el nuevo general en jefe adelantó su vanguardia más allá de Ruremonde e hizo ocupar Seinkirchen, Wassemborg y Dalheim. Habiendo luego recibido los austríacos refuerzos del lado de Colonia, hizo reconocer por sus ingenieros los puentes de defensa y fortificar los pasos del Roër y reforzó sus puestos del lado de Linnich, Aquisgrán y Merode, pasando un cuerpo de 3.000 hombres al otro lado del Mosa. Así creía haber logrado cubrir perfectamente ese flanco. "Con estas precauciones, escribía, no estoy inquieto por los movi-

mientos de los enemigos ni por el número, que se exagera hasta 40.000 y que yo estimo de 18.000 a 20.000.”³⁴ El 3 de febrero se extendía por toda la frontera de Holanda hasta Lila, y del otro lado, por toda la orilla izquierda del Mosa, desde Kiessel hasta Namur.³⁵ Parece haber sido mal informado por sus observadores respecto al número de tropas enemigas, pero es cierto que en adelante no dejará de desconfiar, de señalar la eventualidad de un ataque de Coburgo y de insistir en los medios de acción de este príncipe. Los holandeses, anunciaba a Pache, vuelven a ocupar Venloo y hacen llegar allí artillería.³⁶ La Marlière recibía a este respecto, del comandante en jefe, la orden de estar continuamente alerta, pues se sabía que “la fuerza del enemigo era real y su artillería considerable”.³⁷ La inquietud se apoderaba de La Marlière, quien comenzaba a encontrar los acantonamientos menos buenos que antes. El enemigo se aproximaba en gran número y conocía bien “nuestras fuerzas o, mejor dicho, nuestra debilidad”, sabía que no se le resistiría demasiado. Cabía esperar ver a los austro-prusianos caer sobre Ruremonde, y como el plan del general en jefe Miranda era “no resistir a fuerzas superiores”, el comandante de la vanguardia pensaba que sería preferible evacuar en vez de ser expulsado.³⁸ Sin duda, esta orden de retroceder dada por Miranda no se refería más que a las avanzadas; La Marlière recibió orden de oponer, detrás del Roër, una resistencia enérgica y esperar para replegarse que fuese llegado el último extremo. Debía estar sostenido por el general Stenger.³⁹ Es cierto que el cuartel general no dispuso “ningún plan de guerra ofensivo en la posición en que estaban nuestros acantonamientos”, ya que las órdenes de Miranda a Champmorin eran las de mantenerse en pura defen-

siva, "conforme le había sido a usted trazada en órdenes anteriores", y vigilar al enemigo, en espera de que las tropas pudieran aprovisionarse y descansar, "para poder abrir la campaña con vigor y en el mejor estado posible". Este general no debía intentar nada sin estar asegurado del éxito, "para no comprometer la reputación de las armas de la República" ni la seguridad de los cantones. Por otra parte, Miranda no quería de ninguna manera "dar motivo real a Holanda para decir que le habíamos declarado la guerra, hasta que la República lo considerase oportuno". Todavía, cuando supo "por los papeles públicos de París" la declaración de guerra, aconsejó a Champmorin que esperase prudentemente órdenes oficiales para proceder.⁴⁰ En cuanto a Stengel, Miranda le hace saber que Le Veneur le citará para el 6 de febrero, en Herve, a fin de ponerse de acuerdo para la mejor defensa de los acantonamientos y para el socorro mutuo que se deben prestar uno al otro, lo mismo que a La Marlière, que recibe refuerzos, y que Champmorin y que debe, desde luego mantenerse a la defensiva.⁴¹ Ni Miranda ni Dumouriez consideraban la ciudad de Ruremonde como plaza buena para ser defendida, sino más bien como un simple observatorio, propio para vigilar los movimientos del enemigo. En caso de ataque por fuerzas superiores, los puestos franceses deberían volver a pasar el Roër y replegarse finalmente sobre Geylen y Aquisgrán.⁴²

Según los informes que le llegan, Miranda sabe que 12.000 ó 15.000 prusianos, reunidos en el Gueldres, se disponen a pasar a Holanda; cree que ya es demasiado tarde para impedirselo, pues hubiera sido necesario "ponerse en movimiento con una fuerza suficiente, desde algunos días antes, por la orilla derecha

del Mosa, lo que yo no he creído deber hacer sin órdenes y sospechando siempre una ruptura próxima con Holanda, lo cual nos hubiera puesto entre dos fuegos".⁴³ Esta carta explica por qué el general no había trazado aún un plan ofensivo, pero también demuestra que ningún detalle de las operaciones presentes y futuras, escapaban a su clarividencia. A los movimientos de los cuerpos prusianos y hanoverianos que se juntaban en el Mosa, respondía enviando hacia el este y el norte regimientos extraídos de las guarniciones de Bruselas y de otras partes.⁴⁴ La Marlière, sin embargo, no podía sostenerse más tiempo; se lo declaró a los cominsarios nacionales, quejándose de la parsimonia con que se le mandaban refuerzos y municiones; sin duda fue a instancias suyas por lo que Liebaut y Bonnemans pidieron imperiosamente a Miranda que les mandase tropas,⁴⁵ como si hubiese bastado reforzar con unos 4.000 soldados las avanzadas para contener al ejército enemigo, y eso en posiciones que el general en jefe no se creía en el deber de defenderlas a cualquier precio. La Marlière hizo llamamiento también al ministro de la Guerra; Beurnonville le respondió que, como ministro, no podía hacer más que "concertar las operaciones con los generales en jefe y prescribirles medidas generales"; en cuanto a los medios de ejecutarlas, "la dirección les compete a ellos enteramente", observaba, y Beurnonville se remitía por completo a la prudencia y experiencia de Dumouriez, aprobando las nuevas instrucciones que el comandante en jefe transmitió a Miranda.⁴⁶

Mientras tanto, Miranda hostigaba al adversario y mantenía despierto el espíritu de los soldados para afortunados combates, de los que los más notables fueron los de Wassemberg y de Arsbeck, en los primeros días de febrero. Se esforzaba en "en-

señar a sus tropas un estilo al cual no estaban acostumbrados todavía".⁴⁷

Pache se decidió por fin a responder, punto por punto, a las observaciones y peticiones del general. Su carta, seca aunque deferente, señalaba hasta dónde llegaba el desacuerdo existente entre el ministro de la Guerra y el comandante en jefe del ejército. En realidad, no se daba derecho a ninguna de las solicitudes del general, y Pache no quería convenir en que no tenía razón. En opinión del ministro, el asunto del coronel Chevalier no podía terminar con la dimisión de este oficial, como creía Miranda, ya que esa dimisión no parecía haber sido dada libremente.⁴⁸ El general había pedido, de acuerdo con el comisario de guerra Beauvallon, autorización para fusilar a los hombres condenados a muerte por los consejos de guerra, puesto que no había verdugo ni guillotina para ejecutar las sentencias: Pache estimaba que eso sería un procedimiento ilegal y arbitrario. El general pedía el ascenso para Arnaudín, diplomas para Baron y Brincourt; se estudiaría el caso del primero y se estaba en disposición de satisfacer a los segundos. También Miranda debería de articular con precisión los cargos que decía tener contra Marassé, con el fin de que fuesen examinados al mismo tiempo que la conducta del general Canolles. Por lo que se refiere al título de Miranda y al número de edecanes a que tenía derecho, Pache respondía categóricamente: "...No habiéndosele dado a V. nunca el título de general del ejército del Norte, porque pertenece al general La Bourdonnaye, no puede V. tener cuatro edecanes, porque en calidad de teniente general, la ley no le concede más que dos. En cuanto al exceso de funciones que tiene en este momento, nada impide que haga V. que le ayuden los ede-

canes de Dumouriez, cuyas veces hace V.; seguramente no todos habrán abandonado el ejército. El ayudante de campo está agregado al generalato y no a la persona del general".⁴⁴

A la carta del ministro, Miranda replica el 28 de enero con tono digno y mesurado, pero, según su costumbre, un poco hiriente: "Procuraré, ciudadano ministro, contestar a su carta del 20 de enero sin amargura y sin imitar a V. en el lenguaje o en el ejemplo que me da. Creo que en el puesto que V. o yo ocupamos debemos de tratarnos con respeto y dignidad, procurando hacer cada uno lo que deba lo más exactamente posible y teniendo siempre en cuenta el interés público, al cual es extraña toda querella individual o intriga de partido". Miranda precisa que no ha infligido ningún castigo al coronel Chevalier, quien, muy al contrario, le había dado las gracias por haberle sustraído a un encarcelamiento largo e inevitable, no mandándole inmediatamente ante el consejo de guerra; le enviaría, pues que tal parecía ser el deseo de Pache: "Mi opinión es siempre que se deben emplear los medios dulces y equitativos para hacer las cosas antes de llegar al rigor, cuando no es necesario". El general no concibe que pueda ser tachada de arbitraria la transmisión que ha hecho a los poderes públicos de la demanda de Beauvallon concerniente a las ejecuciones criminales; cree que en eso no ha hecho más que su deber. En cuanto a los aprovisionamientos, Miranda sostiene que siguen faltando y prevé, si no se pone remedio, "males incalculables y las más funestas consecuencias para las armas de la República, todo lo cual no podría por menos de pesar fundamentalmente sobre la responsabilidad del ministro". En cuanto a Marassé, el general no tiene quejas particulares que formular contra él; pero estima que su conducta, en-

viando a Canolles a la barra de la Convención, es contraria a la disciplina militar, que se muestra débil para hacerla observar en su guarnición. "Como mi máxima, concluye, es ser equitativo y no riguroso, no creo que estos hechos merezcan todavía el carácter de acusación que V. me invita a articular." En cuanto a lo del mando y los edecanes, Miranda se calla.⁵⁰ Escribe a Dumouriez: "... Le mando a V. copia también de una carta que Pache me ha escrito últimamente y de mi respuesta: juzgue V. su malquerencia o su ineptitud; no conozco suficientemente su carácter para saber a cuál de esas dos causas atribuirle".⁵¹ Insistirá, después de la caída de Pache, para que le den los edecanes a que cree tener derecho y que sólo "la parcialidad" del ex-ministro a favor de La Bourdonnaye pudo negarle.⁵²

Con ayuda de Dumouriez acabóse por derribar a Pache, horrible bandido que, debiendo su cartera a los girondinos, se convirtió en instrumento de Marat y entregó a la Comunidad los cañones del ejército. Arrojado del ministerio, fue a continuar en la alcaldía de París su labor de estafa, de robo y de desorganización. El ferviente y pomposo Beaurnonville le sucedió, y se apresuró a barrer de su departamento a todas las criaturas del Vaudés.

NOTAS

¹ Aulard: *Recueil*, I, 465; G. Ejército del Norte. Corresp. Boletín analítico. Pache a Miranda, 14 enero 1793.

² G. Ejército del Norte. Corresp. Carta adjunta a la de Miranda a Pache, del 11 diciembre 1792.

³ Ibid. La Marlière a Ruault, 14 enero.

⁴ Toulougen: *Histoire de France*, 111. Piezas justificativas. Núm. 1. Fragmento de las *Mémoires de Valence*.

⁵ Referencia probable al informe de Miranda concerniente a la campaña de la Gueldre y la marcha hacia Ruremonde.

⁶ A. N. D., Mx 11, 1-2. Informe de los comisarios de la Convención nacional en el ejército de Bélgica.

⁷ A. N. F7 4689. Plaq. 2. Documentos de Dumouriez. Valence a Miranda, 7 enero.

⁸ Ibid. Plaq. 3. Núm. 32. Miranda a Dumouriez, 7 enero.

⁹ Ibid. Plaq. 2. Documentos de Dumouriez. Miranda a Dumouriez, 9 enero.

¹⁰ Rojas, p. 15. Dumouriez a Miranda, 30 noviembre, 13 diciembre.

¹¹ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 12 enero.

¹² A. N. BB3, fol. 82-83. Marassé a Miranda, 3 enero; Miranda a Monge, 4 enero.

¹³ G. Ejército del Norte. Corresp. La Marlière a Miranda, 20 diciembre, Miranda a Pache, 30 diciembre. Acta de la sesión de La Convención nacional del jueves 3 enero. Vol. V., fol. 25.

¹⁴ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a La Marlière, 15 diciembre.

¹⁵ Ibid. Miranda a Pache, 15 diciembre.

¹⁶ Ibid. Corresp. y Registros. Pache a Miranda, 4 enero.

¹⁷ Ibid. Champmorin a Miranda, 24 febrero.

¹⁸ A. N. F7 4689. Plaq. 3, núm. 32. Miranda a Pache, 7 enero; G. Ejército del Norte. Corresp. Boletín analítico. Pache a Miranda, 13 enero.

¹⁹ G. Ejército del Norte. Corresp. Valence a Pache, 10 enero.

- ²⁰ Ibid. Miranda a Pache, 12 enero.
- ²¹ *La conduite de la guerre jusqu'à la bataille de la Marne*, p. 39.
- ²² G. Ejército del Norte. Corresp. Boletín analítico. Valence a Pache, 25 diciembre; Ibid. Registros. Pache a Valence, 5 enero.
- ²³ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 26 diciembre.
- ²⁴ Ibid. Registros. Pache a Valence, 5 enero; Corresp. Valence a Pache, 10 enero; Rojas, p. 24, Pache a Miranda, 5 enero.
- ²⁵ Rojas, p. 26. Pache a Miranda, 7 enero.
- ²⁶ G. Ejército del Norte. Registros. Pache a Miranda, 9 enero.
- ²⁷ Ibid. Corresp. 12 enero.
- ²⁸ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 16 enero.
- ²⁹ El 8, 9 y 10 de enero, Dumouriez fue oído por el Comité de la defensa general, que le hizo diferentes preguntas sobre el plan de las operaciones futuras. Véase Mathiez: *La Victoire de l'An II*, p. 214.
- ³⁰ G. Ejército del Norte. Corresp. y Registros. Pache a Miranda, 9 enero.
- ³¹ G. Ejército del Norte. Registros y Corresp. Miranda a Pache, 9 y 13 enero; 26 enero.
- ³² Ibid. Corresp. Pascal a Pache, 31 enero.
- ³³ Ibid. Pascal a La Bourdonnaye, 19 febrero. El general Pascal de Kerenvoyer, comandante en Dunkerque durante el sitio, que debía ser destituido el 30 de julio, como incapaz, y reemplazado por O'Meara, fue un veterano de las guerras de la monarquía. Hijo de un brigadier de los ejércitos del Rey, había comenzado a servir como abanderado, en 1745, y estuvo en campaña en Flandes, Normandía y en Bretaña, en Alemania y Córcega. Asistió, en 1746 y 1748, a los sitios de Amberes y de Maestricht y guerreó contra los ingleses a las órdenes de M. de Saint-Germain y M. de Vaux. Mariscal de campo, en septiembre 1792, fue nombrado, el año siguiente, general de división. Falleció en Beauvais, el 11 pradiel año II. (G. Expediente Pascal de Kerenvoyer.)
- ³⁴ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 17 y 28 enero.
- ³⁵ Ibid. Miranda a Pache, 3 febrero.
- ³⁶ Ibid. La misma carta.
- ³⁷ A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 50. La Marlière a Miranda, 25 enero.
- ³⁸ Ibid. Núm. 51. La Marlière a Ruault, 25 enero.
- ³⁹ G. Ejército del Norte. Corresp. La Marlière a Miranda, 30 enero.
- ⁴⁰ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Champmorin, 5 febrero.
- ⁴¹ Ibid. Miranda a Stengel y a Le Veneur, 6 febrero.
- ⁴² Miranda a Liébaut y a Bonnemans, 9 febrero.
- ⁴³ Miranda a Pache, 6 febrero.
- ⁴⁴ Ibid. Caja de cartón de enero 1793. Diario extractado de las gacetas de Leyde, 11 febrero.
- ⁴⁵ Ibid. Liébaut y Bonnemans al ministro de Negocios Extranjeros, 12 febrero. Liébaut a Dumouriez, 24 febrero.

⁴⁶ G. Ejército del Norte. Corresp. Beurnonville a La Marlière, 20 febrero. El general conde de La Marlière, nacido en Grécy, en 1745, fue un antiguo alumno de la Escuela militar real. Sirvió primeramente como teniente en el regimiento Delfin-infantería, luego como segundo capitán del regimiento de artilleros de Grenoble; por último como teniente coronel en el 70.º de infantería. Fue capitán de «levvettes» de la cámara del hermano mayor del Rey; mariscal de campo en Bélgica, general de división en mayo 1793; condenado a muerte y ejecutado en noviembre siguiente, a causa de las faltas que se le atribuyeron en la defensa de Lille y a causa sobre todo de la malquerencia del ex-marqués de La Valette, un loco, que pereció a su vez con Robespierre. (G. Expediente de La Marlière.)

⁴⁷ Ibid. La Marlière a Miranda, 1 y 3 febrero; Miranda a Pache, 12 enero y 3 febrero 1793.

⁴⁸ La indisciplina de la 32.ª división de gendarmería provocó muchas quejas; Miranda suspendió al coronel Chevalier, su jefe, por haber perdido la confianza de las tropas y le «aconsejó» presentarse su dimisión. (G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 16 enero.

⁴⁹ A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 52. Pache a Miranda, 20 enero.

⁵⁰ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 28 enero. Un extracto de esta carta hecho por las oficinas de la guerra y que se encuentra en el mismo lugar, tiene la fecha del 26 de enero.

⁵¹ A. N. F7 4689 Plaq. 4, núm. 41. Miranda a Dumouriez, 28 enero.

⁵² G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 17 febrero. No he encontrado la lista de oficiales que Miranda proponía para este empleo y de la que se trata en esta carta.

CAPITULO VIII

EL EJERCITO

LA ENTRADA de Beurnonville en el ministerio produjo una mejora inmediata en la administración del ejército: llenáronse los almacenes; trajes, calzados, provisiones de toda clase empezaron a llegar. El 11 de febrero, Miranda escribía al nuevo ministro: "Nos hacía falta un hombre de la profesión, de la probidad y del patriotismo de V. para sacarnos del compromiso en que nos había sumido la ineptia de otros".¹ Los documentos y testimonios de los contemporáneos nos aseguran que el cuadro trazado por Buzot del ministerio de la Guerra bajo el suizo Pache responde con bastante exactitud a la verdad. En efecto: Pache, hombre cazurro, de espíritu estrecho, con el pretexto de "patriotizar" el ejército le había desorganizado por completo. En el tiempo de su mando se traficaba vergonzosamente con los suministros, se defraudaba; los calzados apenas resistían unas horas de marcha; las camisas estaban hechas con tela de embalar; los transportes a los diferentes ejércitos costaban enormes sumas, y las provisiones llega-

ban con un retraso de varios meses. No había forrajes; en Bélgica, en dos meses, 6.000 caballos perecieron de hambre. El mismo Dumouriez tiene palabras fustigadoras para "esa caverna indecente" que era el ministerio de la Guerra.

Pero las cuestiones relativas a la administración militar se relacionaban con la gran cuestión de la organización del ejército, de la cual no constituían más que una parte. También, para darse cuenta exactamente de estos asuntos de administración, nos hace falta echar una ojeada sobre lo que eran las tropas revolucionarias: el desorden que allí reinaba procedía, naturalmente, de aquel en que estaba sumergida toda Francia y del que Taine ha hecho una emocionante descripción.² Fue una suerte para el país, sobre todo en la primera campaña, poseer todavía el antiguo ejército real, aunque tan gran número de oficiales abandonase el servicio, llevándose algunos el dinero de las cajas y los planes militares. Dos levas de voluntarios, en 1791 y 1792, llegaron a añadirse a los viejos regimientos; de la fusión definitiva de estos dos elementos saldrá a la larga ese formidable instrumento de guerra que, bajo los generales revolucionarios y bajo Napoleón, acabó por vencer y conquistar a Europa; pero los principios fueron muy duros. Una de las causas del éxito, en los primeros tiempos, fue, sin duda, la superioridad de la artillería, que había conservado, con un buen material, sus excelentes oficiales. En Argona dispuso de numerosos cañones, y Miranda, en el Hombre Muerto, supo servirse de ello; en cambio, el fusil era inferior al de los prusianos. La infantería de Prusia pasaba por ser la mejor de Europa, y su caballería, lo mismo que la de Austria, parecía valer más que la caballería francesa. En realidad, el ejército prusiano no debía de justifi-

car, de ningún modo, su buena reputación; metía miedo a Europa con sólo el nombre de Federico, no habiendo conservado de este gran rey más que las imponentes formaciones y la costumbre de desfilar al paso de parada en las calles de Berlín, ante los extranjeros maravillados.

Tratóse desde el principio de poner remedio a la defectuosa situación de las tropas en lo que se refería al reparto y, sobre todo, a la composición de las mismas unidades, lo cual parecía ser el punto más importante del problema. Dubois-Crancé escribía: "Digo que el ejército está desorganizado, pues la repentina entrada de Brunswick ha obligado al ministro a dividir talmente los regimientos de línea, que su administración ha llegado a ser impracticable. Un regimiento tiene su primer batallón en el ejército de Miranda, su segundo en el ejército de Custine, sus granaderos en el ejército de Dumouriez, y su depósito en Metz o en Estrasburgo". Se decidió la amalgama, idea de Narbonne: Dubois-Crancé dio el plan de ella en enero de 1793, pero la ejecución del nuevo programa fue remitida al fin de la campaña. Los militares querían meter a los voluntarios en la línea para encuadrarlos; los demagogos ignorante querían fundir la línea con los batallones para destruir el antiguo ejército o desarraigar el espíritu reaccionario que pretendían era el de los oficiales y el de las tropas regulares en general; por todas partes, el camino conducía al mismo resultado. Con propia iniciativa, los generales probaron tempranamente a mezclar los voluntarios con las tropas de línea, pero estas primeras tentativas, que dejaban subsistir, al lado de regimientos homogéneos, regimientos dispares e improvisados, produjeron más bien malas consecuen-

cias, pues el frente de defensa ofrecía así puntos débiles, muy expuestos, que se doblegaban ante el enemigo.

La penuria de oficiales se dejaba sentir también gravemente. En octubre de 1792, el ministro de la Guerra se alarmaba por el estado de los cuadros: el número normal de los oficiales estaba reducido a la mitad en la caballería y en un tercio en la infantería. Los oficiales de voluntarios, elegidos por los soldados, no valían gran cosa, aparte algunas notables excepciones: huían con sus hombres. Naturalmente, quienes prometían más licencia e impunidad a la tropa eran los que tenían más probabilidades de ser elegidos por sus camaradas. La necesidad de una instrucción intensiva preocupaba mucho a los jefes, que la preconizaban en todos los grados de la jerarquía. El general barón de Schaunembourg estimaba que en el ejército del Rin y del Mosela, los mismos generales de brigada, beneficiados por un ascenso prematuro, tenían, casi tanto como los reclutas, necesidad de seguir los cursos de instrucción.³

Dumouriez tuvo que sufrir más que cualquier otro jefe por el estado de sus tropas y la crisis de los aprovisionamientos. Ya en Argona reinaba la escasez en su campamento. Los mismos oficiales generales, refiere, estaban fastidiados y fatigados. Había hambre y no se veía el pan más que en la mesa del general en jefe. Servan le recomendaba que multiplicase los combates a la bayoneta para economizar la pólvora, que no se podía sacar más que de las plazas de las Ardenas.⁴ En el Norte, la situación llegó a ser espantosa: el ejército de Bélgica, en diciembre, se moría de hambre.⁵ "Trate V. de procurarnos, decía Miranda, zapatos y alguna vestimenta para nuestras tropas, que están la mayor parte casi desnudas."⁶ En enero de 1793, los

ejércitos de Bélgica y de las Ardenas reunidos no tenían más que 6.000 hombres de caballería, haciendo falta 20.000. Cuando Miranda concentró su artillería en Tongres, sus caballos perecieron por falta de forraje, y esa caballería carecía de botas, de sillas, de capas, de carabinas, de pistolas, de sables. En una estación excepcionalmente ruda, las tropas experimentaban terribles sufrimientos: no había ni paja donde acostarse ni leña para calentarse. En el Roër, la miseria de los soldados causaba a Stengel las más graves inquietudes.⁷ Dumouriez escribía que regimientos enteros estaban infectados por la sarna; que le hacían falta ambulancias y cirujanos; que no tenía serviles más que 10.000 fusiles; que sus municiones estaban agotadas, sobre todo las de la artillería; en fin, que faltaba el dinero y que a menudo el Estado Mayor cotizaba para suministrar la soldada de un día. En el momento en que se lanzaba en Holanda, el general hacía que Petitjean trazara un cuadro desconsolador de las más urgentes necesidades del ejército.⁸ "He pasado revista en Saint-Tound, escribía Cochelet, a un batallón de 300 hombres, de los cuales 280 están sarnosos; me han parecido con buen ánimo."⁹ Para alimentar a sus caballos, el general D'Harville mandaba arrebañar, "como en país enemigo", los forrajes que Diethmann reservaba para los suyos. Oficiales desertaban robando los capotes. En el hospital de Maseyek los enfermos yacían en el suelo, sobre paja la mayor parte, sin sábanas, y todos sin lienzos para vendarles, sin instrumentos para las operaciones más esenciales. Cuando sabe que le han suspendido en sus funciones de comisario, Cochelet se alza con fuerza contra los "bribones", los "infames agiotistas", los proveedores desleales y sus factores y adherentes, contra los hombres que, "con

un vano título de comisario de las guerras, traban todas las operaciones del ejército" y dejan a los soldados sin zapatos y sin armas, con las ropas harapientas, los jinetes sin boras, los caballos sin arneses, los almacenes casi vacíos.

Tal era, en el momento en que Miranda asumía su mando supremo, ese ejército "desorganizado, entregado a la indisciplina y al merodeo y cometiendo todos los excesos en los cuarteles de invierno, mal armado, sin ropa, dispersado en los pueblos arruinados, donde faltaba de todo a lo largo del Mosa y del Roër".¹⁰ En noviembre, la Convención se conmovió y Pache trató de tranquilizarla, afirmando que eran falsas las aserciones de Dumouriez acerca del estado de las tropas. Sin embargo, la asamblea decidió el envío de cuatro comisarios al cuartel general: Camus, Gossuin, Delacroix y Danton, a quienes dieron seguidamente como adjuntos Merlin de Douai, Treilhard y Robert. Hubo entre Dumouriez y la administración militar una larga disputa, que no tuvo fin sino con la caída de Pache. Los comisarios inquisidores establecieron en Lieja, en el gran cuartel general, la sede de sus trabajos: oyeron a Dumouriez, a Miranda y a Valence y conferenciaron repetidamente con el comisario de las guerras, Ronsin, el cual había reemplazado a Malus; con los subcomisarios, los administradores de las subsistencias militares, los empleados de la nueva dirección de compras, los guarda-almacenes, los distribuidores; luego fueron hasta los acantonamientos, a Namur y a otras partes. El resultado de esta pesquisa figura en un informe bastante largo hecho a la Convención y que bien parece haber sido redactado antes de la fuga de Dumouriez, aunque lleva la fecha del 12 de noviembre de 1793.¹¹

Miranda decidió remediar la situación y tomó enérgicas medidas para restablecer la disciplina y aprovisionar a sus soldados. No siempre lo consiguió y más de una vez habrá ocasión de leer sus quejas y de comprobar su mal humor. Llegó hasta imponer sanciones a los oficiales, sin exceptuar los más elevados: vitupera y castiga; tiene presto el ademán y la mano ruda. En Maëstricht mandará castigar severamente a los oficiales y soldados que fuesen sorprendidos abandonando su puesto en el servicio de trincheras.¹² En lo referente a los aprovisionamientos quiso darse cuenta personalmente del estado de las cosas, "buscar los medios necesarios para remediar los males que nos amenazan o, por lo menos, encontrar la causa real que los produce". Esta preocupación era natural en un hombre que, como ha señalado Jomini, sobresalía por sus cualidades de actividad y de celo. Convocó, pues en Lieja a los jefes de los estados mayores de los tres ejércitos, a los comisarios de la Convención, a los directores de compras, de subsistencias y de la administración.¹³ "El general Miranda, que manda en ausencia de Dumouriez y de Valence, escriben los comisarios, con fecha 13 de enero, vino ayer a anunciarnos que desearía verificar el estado de las subsistencias y la conducta de los directores de compras; nos invitó a que estuviésemos presentes. Aunque estuviésemos ciertos de haber tomado a este respecto todos los informes posibles, no hemos creído que debíamos negarnos al deseo del general, que no tiene más objeto que el de profundizar la verdad de más en más. Ha reunido a todas las personas que figuran en la administración de víveres, les ha oído contradictoriamente en presencia de todos los oficiales generales reunidos y ha hecho levantar acta de sus respuestas. Le hemos pedido una expedi-

ción, que reunimos. El interés que debe tomar la Convención para la conservación del ejército fijará su atención en el resultado de las respuestas dadas por el agente único del directorio de compras: ellas comprueban que el directorio no tiene aquí ni almacenes, ni dinero, ni los agentes necesarios para el servicio."¹⁴

Más de una vez, en el curso de esas operaciones, Miranda tuvo que usar de toda su autoridad "para poner a cubierto, por lo menos, su dignidad de jefe del ejército". Necesitaba evitar "la guerra civil" que amenazaba estallar entre las diferentes administraciones militares y la tesorería nacional, donde el inspector Lemonier manifestaba "un orgullo insolente" y llegaba incluso a atacar la autoridad del comandante en jefe. "Todo marcha aquí pasablemente, escribe el general Dumouriez, menos las trabas que la tesorería nacional, con su orgullo y su pretendida dictadura, nos pone en casi todas las administraciones del ejército... Son los absurdos procedimientos nuevos adoptados por la tesorería nacional los que nos estropean."¹⁵ Los rigores de Miranda llegan hasta el comisario-ordenador Lambert.

Habían sido elevadas quejas contra la conducta de los empleados y criados de las oficinas de este comisario; el comandante en jefe se vio en el caso de hacerle observaciones. Es muy probable que estas observaciones fueran hechas en el tono contundente que era el del general, pues Lambert tomó la cosa por donde quemaba: a la invitación que le dirigió Miranda de acabar con el motivo de las quejas, el comisario respondió con una carta en la que se decía dispuesto, en calidad de republicano, a morir por el mantenimiento de la ley, a pesar de las amenazas que se le dirigían, y apelaba al comisario-ordenador en jefe: "La exposición que me hace usted en su carta, le replicó Miran-

da, es enteramente falsa. Exhorto a usted para que cumpla con su deber y prevenga los abusos... No puedo persuadirme de que semejante número de hombres respetables diga falsedades y que únicamente sea infalible el comisario Lambert, que hoy me dirige una exposición de sofismas". Y mandó al ministro esta correspondencia, denunciando al comisario que se ocupaba "en embrollar y perturbar el orden militar, en vez de prestarse, con celo y civismo, a cumplir sus deberes".¹⁶ El general está exasperado con este estado de cosas y se queja de ello a Dumouriez: "Los comisarios Lambert, etc., no se ocupan más que de intrigas, denuncias y cábalas, mientras el servicio está abandonado, con el pretexto de que unos entorpecen (usurpan) a los otros. Con su insolencia asquean al respetable y honrado voluntario, insultan al oficial y hasta al mismo general, como usted juzgará por la copia adjunta de una carta que Lambert me ha escrito ayer y mi respuesta."¹⁷

Estalló una epidemia en los hospitales de Lieja, atestados de enfermos. Miranda convocó en seguida a los generales con mando en jefe, los oficiales de sanidad de los diferentes cuerpos, proponiéndoles establecer hospitales en Lovaina, Bruselas y Gante y tomar otras medidas sanitarias que fueron adoptadas inmediatamente. Nada escapa en el servicio a la solicitud del general, "aunque no tenga deseo de inmiscuirse en la administración de los hospitales, ni de contrariar las órdenes del ministerio".¹⁸ Indica al ministro de la Guerra, quien a su vez las comunica a la Convención, medidas que hay que tomar para los pagos al ejército, la contabilidad y el curso de los asignados. La Convención traslada todo al Comité de defensa general."

Desde luego, Miranda no se queja, como lo hace constantemente Dumouriez, con motivo de los pagos.²⁰

Hizo así, ayudado en mucho por Ruault, verdaderos esfuerzos. El comisario Cochelet elogiaba la organización del gran hospital de Tongres, "que reunía la limpieza, la comodidad, la salubridad, las más delicadas atenciones para los enfermos, que están bien tratados, bien cuidados, bien alimentados".²¹ La administración de los víveres mejoró también notablemente y Cochelet quedó tanto más sorprendido de ello, cuanto que "las otras administraciones estaban infestadas de concupiscencia y de infidelidad". Ruault aseguró a los comisarios de la Convención que en el ejército de Miranda la policía estaba bien hecha y la disciplina muy bien observada. Los oficiales de sanidad y los empleados cumplían muy exactamente con su deber, pero su número era demasiado pequeño y los suministros y los fondos faltaban. Las quejas de Miranda sobre la calidad, la cantidad y, en general, el servicio de vestido y equipo, eran vivísimas.²²

Los comisarios notificaban a París que el ejército estaba lleno de bravura, no respirando más que combate y victoria, pero difícil de mantener en una disciplina severa y privado de las ropas más necesarias.²⁴ Esta cuestión de la disciplina era, en verdad, una de las más arduas e incómodas de resolver. La disminución del sueldo de los voluntarios dio lugar a graves incidentes; los voluntarios pedían aguardiente, nada de ejercicios y un sueldo superior al de las tropas de línea; las *Memorias* del general Godart están llenas de relatos de continuas revueltas motivadas por esas pretensiones. Al día siguiente de la rendición de Amberes los cuerpos de voluntarios se pusieron en movimiento, y con el pretexto de que la patria ya no estaba en peli-

gro y que su alistamiento había terminado, solicitaron regresar a Francia. Miranda fue al campamento, habló separadamente a cada cuerpo y sirviéndose de las órdenes del gobierno consiguió convencerles y apaciguarles, arrancándoles la promesa de permanecer hasta el fin de la campaña; comprometióse, por su parte, a que tuviesen capotes, zapatos, medias, de que carecían, para la marcha hacia el Mosa.²⁵ Naturalmente, Pache se apresuró a asegurar al general de que habían sido dadas órdenes muy precisas para que sus soldados recibieran pronto las ropas necesarias;²⁶ pero el ministro tardaba en cumplir sus compromisos y a fin del año Ruault escribía que aunque la policía del ejército estuviese muy bien organizada y reinase entre los soldados la mejor voluntad, el vestuario de estos hombres, desde la cabeza hasta los pies, se hallaba en el mayor destrozo.²⁷ Miranda protestaba personalmente del comité de compras, que le dejaba sin almacenes y sin aprovisionamientos, y de "la rara y abusiva conducta del comisario Ronsin, quien por medio de sus agentes insulta y desagrada más o menos a todo el mundo".²⁸ Pache responde que cuando el mal es atribuible a los agentes se les debe denunciar, puesto que serán tomadas las medidas para remediarlo todo. "Impedid el pillaje, recomienda."²⁹ El 24 de febrero, el comisario Liebaut sentía "sangrar su corazón a la vista del descalabro" en que se encontraban los soldados de La Marlière: eran "verdaderos descamisados de nombre y de hecho".³⁰ La miseria de todo el ejército inspiraba la misma piedad: "El invierno pasado, dirá el capitán Armand en el proceso de Miranda, había soldados que no llevaban cubierto más que un muslo, otros sin más que una manga en su traje, y sin embargo, no se quejaban". Escribirá otro testigo que se les

mandaba a los hombres a cavar las trincheras en camisa, ante Maëstricht, a pesar del frío.

Otra dificultad provenía de los permisos que no dejaban de pedir los voluntarios, y si no los obtenían desertaban, como se ha visto. Miranda hizo a los jefes de los cuerpos responsables de los hombres que se iban para retirarse a sus casas; les prohibía firmar en adelante licencia alguna,³¹ pero las peticiones aflúan por parte de batallones enteros y para la duración de todo el invierno: los mismos oficiales solicitaban permisos. Procuraba el general "contenerlos por la persuasión y la esperanza, concediendo algunas licencias que le parecían indispensables, siempre en espera de las decisiones del ministro a este respecto".³² Al comienzo del invierno, el abuso de los permisos limitados o absolutos obligaron a los generales a abstenerse de otorgarlos, salvo en ciertos casos y con la condición de que los voluntarios dejarían en prenda sus fusiles y cartucheras.³³ Con motivo de las circunstancias, Miranda ruega a Pache que le dé una contestación definitiva a las preguntas que hace sobre este asunto y que le proporcione esclarecimientos para la aplicación del decreto de 13 de diciembre. ¿Podría extender a los regimientos de línea el beneficio de las licencias de que disfrutaban los voluntarios? ¿Y cómo proceder en lo referente a los oficiales? Los hombres cuyos permisos han caducado durante la campaña y no han podido obtenerlos, los reclaman: ¿se les pueden expedir?³⁴ Pache contesta que no ha lugar este año para conceder a los voluntarios más permisos que el año anterior.³⁵

Entre los clamores de los generales, los de La Marlière, que eran de los más vivos, hubieron de atraer la atención de Pache, porque este general ocupaba las vanguardias ante el enemigo.

"No debo ocultarle a V., escribía a Ruault, la horrible deserción que experimentan mis compañías de granaderos; tengo una que ha quedado reducida a nueve hombres; otra, que lo estaba a cuarenta y cinco hace dos días, hoy ha quedado en veinticuatro; sin embargo, está en las avanzadas. Con esta reducción diaria, que el enemigo no ignora, no podemos esperar un servicio activo."³⁶ La Marlière indica también la insubordinación de los húsares de la República: está harto de ellos y pide que sea enviado a Gante la porción que de ese cuerpo queda entre sus tropas.³⁷ El general reprueba enérgicamente la elección de los oficiales por los voluntarios, "hecha mediante maquinaciones e intrigas y que carecen de los elementos de su oficio". Un capitán del Finisterre ha caído con sus soldados, por necedad e ignorancia, en medio de los austríacos; los voluntarios huyeron y fue necesario mandar tropas de línea para proteger su fuga.³⁸ Y estos extraordinarios soldados no sólo no querían hacer uso de sus armas, sino que ni siquiera sabían cuidarlas; así, en la víspera de emprender el bombardeo de Maëstricht, hacía insertar en la orden del día una carta por la cual los comisarios de la Convención protestaban enérgicamente del descuido de los voluntarios, que dejaban enmohecer sus fusiles.³⁹

¿Cuál era el medio de remediar tan angustiosa situación? Sin duda el de que funcionaran los consejos de guerra, pero Miranda escribía que eso le era muy difícil, pues no era suficiente el número de comisarios; no había dinero bastante para los gastos y para el castigo de los crímenes cometidos por los militares; le faltaban un ejecutor y una guillotina.⁴⁰

NOTAS

- ¹ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beaumontville, 11 febrero 1793.
- ² Taine: *Les origines de la France contemporaine*, IV, 218.
- ³ General Colin: Correspondencia de Schaunenburg, p. CX.
- ⁴ G. Ejército del Norte. Corresp. Servan a Dumouriez, 4 septiembre 1792.
- ⁵ *Ibid.* Dumouriez a Pache, 7 diciembre.
- ⁶ A. N. F7 4691. Plaq. 9.ª Documentos de Dumouriez. Miranda a Dumouriez, 11 diciembre.
- ⁷ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 28 enero.
- ⁸ *Ibid.* Correo de Dumouriez; 14-15 febrero.
- ⁹ G. Ejército del Norte. Corresp. Cochelet a Beaumontville, 2 febrero.
- ¹⁰ Dumouriez. *Mémoires*, III, 389.
- ¹¹ A. N. D. II, 1-2. Informe de los comisarios de la Convención nacional en el ejército de Bélgica.
- ¹² G. Ejército del Norte. Orden del cuartel general, en Hochtén, 24 febrero.
- ¹³ *Ibid.* Miranda a Pache, 12 enero.
- ¹⁴ Aulard: *Recueil*, I, 401. No he encontrado las actas de que se trata aquí.
- ¹⁵ A. N. F7 4689. Plaq. 3, núm. 36. Miranda a Dumouriez, 19 enero.
- ¹⁶ G. Ejército del Norte. Corresp. Lambert a Miranda; Miranda a Lambert, y a Pache, 27 y 28 enero. Claude Lambert, antiguo estudiante de derecho en Dijon, voluntario en el 1.º batallón de la Côte-d'Or, secretario del comisario de guerras Lenoble, luego ayudante-comisario nombrado por los representantes de la Convención, sirvió en la intendencia hasta el año IV. (G. Expediente Lambert): Este Lambert fue un delator; un tal Potret, habiéndose permitido proferir algunas palabras «anticívicas», le levantó un acta; Miranda declaró que si Potret era culpable, le entregaría al consejo de Guerra, pero que si las acusaciones que se le hacían sólo eran la obra de la pasión y el odio, haría se castigase a Lambert. Se ve que los dos, general y comisario, se opusieron demasiado enérgicamente uno a otro para poder ponerse de acuerdo. (Véase la declaración de Philippe, en O'Kelly: Francisco de Miranda, p. 146.)
- ¹⁷ A. N. F7 4689. Plaq. 4, núm. 41. Miranda a Dumouriez, 28 enero.

- ¹⁸ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 24 enero (dos cartas).
- ¹⁹ Acta de la Convención nacional del lunes 28 enero. Vol. V, p. 458-462.
- ²⁰ A. N. D. II, 1-2. Informe de los comisarios, ya citado.
- ²¹ G. Ejército del Norte. Corresp. Cochelet a Beurnonville, 2 febrero.
- ²² Informe de los comisarios.
- ²³ *Ibid.*
- ²⁴ Véase Albert Mathiez: *La Victoire de l'An II*, p. 104.
- ²⁵ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 3 diciembre.
- ²⁶ G. Ejército del Norte. Registros. Pache a Miranda, 8 diciembre.
- ²⁷ A. N. AA. 52. Plaq. 2. Tongres, 26 diciembre.
- ²⁸ *Ibid.* F7 4690. Plaq. 3. Documentos de Dumouriez. Miranda a Dumouriez, 6 enero.
- ²⁹ G. Ejército del Norte. Registros. Pache a Miranda, 9 enero.
- ³⁰ *Ibid.* Liébaut a Dumouriez, 24 febrero.
- ³¹ *Ibid.* Orden del día del 1 de diciembre.
- ³² *Ibid.* Corresp. Miranda a Pache, 7 enero.
- ³³ *Ibid.* Pache a Miranda, 7 noviembre, impreso.
- ³⁴ A. N. F7 4689. Plaq. 4, núm. 32. Miranda a Pache, 7 enero.
- ³⁵ G. Ejército del Norte. Corresp. Boletín analítico. Pache a Miranda, 13 enero.
- ³⁶ A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 51. La Marlière a Ruault, 25 enero.
- ³⁷ G. Ejército del Norte. Corresp. La Marlière a Miranda, 30 enero.
- ³⁸ *Ibid.* La Marlière a los comisarios nacionales, 25 febrero.
- ³⁹ G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de febrero 1793. Expediente del 21 de ese mes. Orden del 21-22 febrero.
- ⁴⁰ *Ibid.* Beauvallon a Miranda, 13 enero; Miranda a Pache, 16 enero. Aular: *Recueil*, I, 485. Camus y Gossuin a la Convención, 19 enero; II, 150. Los comisarios a la Convención, 19 febrero.

CAPITULO IX

LA GUERRA CON INGLATERRA Y HOLANDA

LA toma de Amberes por los franceses planteaba un problema tan formidable para Inglaterra, que la posesión de este gran puerto y, más tarde, la famosa teoría de los límites naturales, acabarían por alzarla, naturalmente, contra Francia. El suplicio de Luis XVI en el siguiente enero no será más que la causa determinante de una guerra a muerte entre las dos naciones.¹ Miranda tenía a Amberes y preconizaba la apertura del río: Julio Mancini llega a decir que por instigación suya el Consejo ejecutivo publicó su decreto sobre la libre navegación,² lo cual no es, en mi opinión, más que una hipótesis del llorado historiador. Pero en lo que se refiere a los límites veremos al general aconsejar una política capaz de asegurar la defensa de las fronteras sin disgustar a las potencias rivales.

La iniciativa de Francia provocó una violenta protesta del gobierno de Londres, quien, de pronto, se encontró fortificado frente a la oposición whig, asqueada ya de la Revolución. Lord

Grenville hizo saber que Inglaterra no aceptaría jamás lo que consideraba como una violación de los convenios internacionales europeos, en nombre de un pretendido derecho natural, y que no podrían permanecer indiferentes si Francia pensaba apoderarse de los Países Bajos o llegar a ser árbitro de las libertades de Europa. En rigor, como se ha hecho notar desde hace tiempo, el tratado de 1648 no tenía nada de una convención general, puesto que no regulaba en esa región más que las relaciones entre España y Holanda. Lebrun respondió al gabinete de San Jaime que las promesas del rey de España no comprendían a los belgas: Francia, dice, ha expulsado a Austria de las provincias de los Países Bajos restituyéndolas su libertad, que comprende la libertad de Escalda. La guerra declarada por la Convención, a propuesta de Brissot, quien se engañó o quiso engañar al público acerca de los verdaderos recursos de Inglaterra, y alegó falsamente que este país buscaba la lucha, cortó radicalmente toda discusión sobre este tema.

Inglaterra tomó de esta manera una posición clara. Primero se manifestó dispuesta a reconocer a Francia la posesión de Saboya, de Niza y de Aviñón, con tal de que evacuase Bélgica y, más tarde, la orilla izquierda del Rin. Pitt decía a los franceses: evacuada Bélgica y haré la paz; llegaba incluso a consentir el cambio proyectado de Baviera por ese país, con la condición de que Francia se comprometiese a reconocer su independencia. "Inglaterra, declaraba en 1795 lord Macartney, hablando de los franceses, tiene la resolución inquebrantable de no tolerar nunca la menor mención de su salvaje proyecto de tomar como frontera el Rin." Veinte años de guerra fueron menester para que los ingleses llegasen a imponer sus condiciones.

Al principio de 1793 las dificultades con Inglaterra y con las Provincias Unidas adquirían un giro amenazador. El pueblo inglés se acostumbraba a la idea de una guerra; hasta llegaba a poner entusiasmo en ella. Cuando el Rey fue a abrir el parlamento, la multitud saludó su paso con los gritos de "*War, war, war glorious. War against the French!*" El príncipe de Gales, que otrora hizo pintar para él un retrato del duque de Orleans, le hizo quemar en su jardín a presencia de sus cortesanos.³ Barcos ingleses vigilaban el Escalda. Presto a toda eventualidad, Miranda mandó a Amberes al general Guiscard y al teniente coronel Thouvenot, encargados de concertar con Marassé todas las medidas necesarias para la defensa del río. Thouvenot informó inmediatamente que carecía de artillería, sobre todo, y se quejaba de la negligencia del ministro de la Guerra respecto al arsenal de Malinas, del que hubiera podido obtener bastantes recursos.⁴ Este ayudante general escribió también a Monge, ministro de Marina, para darle parte del mal estado de la flota y de la imposibilidad en que ésta se encontraría, probablemente, de hacer frente a un ataque inglés. Pedía que se levantase un plano del Escalda occidental por un ingeniero de marina "cuyos talentos son conocidos en matemáticas, en trigonometría y en el levantamiento de planos".⁵

Proponía Dumouriez que le enviasen de misión a Londres. Decía que era Catón yendo a Cartago; mas no pasó de Amberes, donde quería hablar con lord Auckland y con el gran pensionario de Holanda. Miranda, usando a su vez el lenguaje ampuloso de la época, comparaba al general con Escipión trasladándose a Zama para decidir la suerte de la República.⁶ Era moda evocar de esa manera la antigüedad, ya que los revolucionarios creían

haber descubierto en Roma y en Grecia a los más puros antepasados de la libertad: con algunos nombres sacados acá y allá de los manuales para escolares, se compuso una retórica para salvadores de la patria, una literatura para uso de gentes de ideas limitadas, disimulando con nombres sonoros su total ignorancia. La moda es contagiosa y el contagio no escoge sus víctimas: bien se ve en el ejemplo de Miranda.

Entretanto, Miranda, Valence, Duval y La Noue recibieron instrucciones para hallarse prestos a entrar en campaña. El 10 de enero, Dumouriez prevenía a Miranda de que iba a estar reforzado con cerca de 10.000 hombres, de los cuales serían de 1.200 a 1.500 de caballería, efectivo procedente de las guarniciones del interior que el Consejo ejecutivo dirigía hacia el Flandes marítimo. Estas tropas debían trasladarse de Dunquerque a Gante y a Amberes, por Ostende y Brujas; Miranda debía encargar al general de Flers, "que es muy bueno", al decir de Dumouriez, del mando de las tropas en el bajo Flandes austríaco, y al general Pascal del de las tropas del Bajo Flandes francés. Se trataba de adelantarse a los ingleses, quienes se creía que querían apoderarse de Zelanda y ocupar el Flandes holandés y las islas de Zuyd-Beveland y Walcheren. Dumouriez estimaba que esta expedición no exigiría más de 3.000 hombres de infantería, con la flotilla de Oultson, caballería y 26 cañones. Iban a ser tomadas todas las medidas por el ministro de Marina para asegurar el aprovisionamiento de municiones, y los patriotas holandeses debían prestar su apoyo. Miranda iría a Amberes con el pretexto, del que ya hemos hablado, de levantar un empréstito de ocho millones de florines. Habría de guardarse el mayor secreto en la preparación de este plan, del cual sólo tendrían conoci-

miento Thouvenot y Ruault. De Flers, con 4.000 ó 5.000 hombres de infantería, 1.200 de caballería y algunos cañones, iría rápidamente de Brujas a Middelbourg y de allí a la isla de Kadsand y a Biervliet, mientras que Duval, con el ejército particular de Miranda, dos piezas de veinticuatro, cuatro de doce, dos morteros y dos obuses, quedaría dispuesto en Ruremonde o en Korn para marchar sobre Venloo. El general La Noue haría al mismo tiempo el cerco de Maëstricht, sin llegar a desgarnecer las márgenes del Roër; con este fin Miranda tomaría el ejército de Valence y le reuniría en Tongres, desde el momento en que el suyo propio hubiese evacuado estas posiciones. El general no podría alegar la falta de víveres y de forrajes: tenía a su disposición, por una parte, el mercado de Simson, y por otra, los aprovisionamientos hechos por Pick y Moncluan, agentes del comité de ventas. Por lo demás se trataba sencillamente de coacer los acantonamientos. Para el buen logro de este plan, Dumouriez contaba con la prontitud y el secreto; si encontraba obstáculos insuperables, de orden político o administrativo, estaba dispuesto a dimitir y a "irse a llorar en un rincón la suerte de sus ciegos compatriotas". Esto es lo que decía a Miranda, "su digno segundo, a quien ama y besa con todo su corazón".⁷

Miranda no fue a Amberes con el fin de no llamar la atención y creía que su presencia era necesaria en Lieja "para contener la fogosidad (*sic*) de Ronsin y reprimir el orgullo insolente del comisario Lemonier con toda su tesorería".⁸ Quería esperar allí a De Kock y Daensels, agentes del comité revolucionario batavo, que iban a conversar con él a propósito de la expedición, de acuerdo con las instrucciones de Lebrun: el gobierno francés contaba mucho para el éxito de sus proyectos en Holanda con

dicho comité, al que tiene asalariado y que prometía el alzamiento del pueblo a la entrada de los invasores.⁹

A la carta de Dumouriez, Miranda contesta desde Lieja, el 15, que el plan lo encuentra "de muy difícil ejecución, dada la situación de desnudez y falta absoluta de pertrechos en que se encuentra el ejército". Espera que la llegada del comisario-ordenador Petitjean,¹⁰ cuyo envío se le ha prometido, traerá el remedio; cree, sobre todo, que no hay que atacar a Zelanda, ya que la expedición está condenada a un fracaso cierto por el hecho de que no hay fuerzas marítimas que oponer a las de los anglo-holandeses. Recuerda a Dumouriez que fueron los zelandeses quienes detuvieron con sus naves a las tropas españolas, casi siempre victoriosas. Más bien convendría invadir el Flandes holandés y sostener la línea del Escalda; entonces "Zelanda caería por sí sola". Esta isla era, en el pensamiento de Miranda, uno de esos "accesorios que caen por ellos mismos cuando se ha logrado lo principal". Esperaba el movimiento de tropas de las guarniciones que le anunciaban, y en el intervalo mandaba cuatro batallones para reforzar a Amberes. Según los últimos informes que tenía, la guarnición de Wesel acababa de recibir un refuerzo de 10.000 a 12.000 hombres: este cuerpo no podía tener "por objeto más que el de socorrer a Holanda en caso de ser atacada, o tal vez una empresa sobre Ruremonde y la izquierda de nuestros acantonamientos. He reforzado éstos detrás del Roër y ordenado a La Marlière que haga su retirada, en caso imprevisto, por el Roër, en los puentes de Ruremonde y de Wodorpt, replegándose finalmente sobre Geylenkirchen, lo cual nos asegura perfectamente contra una derrota".

Miranda añade una postdata que resume su opinión acerca del plan de Dumouriez y en la cual se pinta tal como es: hombre de reflexión, conociendo a fondo su oficio y sus deberes de soldado, con el sentido de la "disciplina intelectual", criticando, puesto que es preciso, una operación que le parece azarosa más aún que atrevida, pero ofreciendo de buena gana hacer lo posible para que saliese bien: "Preveo muchas dificultades en la ejecución del plan de las operaciones que me ha mandado V. La cosa me parece casi impracticable, según las reglas del arte; pero no dude V. que por eso yo no haga por mi parte todo lo que sea posible, y creo que el ejército seguirá así con la mejor voluntad por la confianza que en V. tiene. Tan sólo temo que, aunque tengamos feliz éxito, la gente instruida nos dirá: *casu, non arte*".¹¹

Cuatro días después, Miranda insistía en la inutilidad de la expedición, que, en su opinión así como en la de Thouvenot y la de los revolucionarios batavos, era, por otra parte, impracticable, por los hielos que impedían la navegación: "El plan de V., escribe todavía a Dumouriez, el 6 de febrero, me parece, en efecto, un sueño; pero las cosas de V. tienen algo de prodigioso", y, en fin, "preveo muchas dificultades para las operaciones que V. me encarga, pero crea que estoy siempre dispuesto a perecer a su lado en calidad de amigo y como un firme amante de la libertad".¹²

Jomini precisa que las representaciones de Miranda se referían más a las dificultades locales que a lo que ese plan tenía de contrario a las leyes de la guerra.¹³ En realidad, semejante plan suponía la inmovilidad absoluta del enemigo que hubiese dejado entera libertad de acción a los franceses; desde luego, todo plan

de operaciones que no tiene en cuenta al enemigo es por fuerza excelente: ¡no tiene malicia!, como hubiera dicho Suvarof. En cambio, Miranda tenía en cuenta al enemigo y veía venir la catástrofe de los acantonamientos, que provocó el fracaso de toda la empresa, pues estaba claro que Coburgo se disponía a defender Holanda por todos los medios y que lo haría holgadamente, pasando al ataque.

Custine había enviado su hijo a París con el encargo de hacer prevalecer ante el comité de defensa general un plan de campaña diferente del de Dumouriez. Preconizaba también, pero sólo hacia fines de marzo, el ataque de Maëstricht, para dar un punto de apoyo a los ejércitos; pensaba que tal vez convenía atacar a la vez esta ciudad y Beg-op-Zoom¹⁴; por lo que se ve que los riesgos de la empresa no escapaban a otros generales.

Valence, por el contrario, creía en el buen éxito del plan de Dumouriez, y su optimismo entusiasta se oponía a los justificados temores de Miranda: "Dumouriez saldrá con bien, mandaba decir al ministro de la Guerra; su genio y su audacia nos dan la seguridad de ello".

En lo que concierne al ataque de Zelanda, el Consejo ejecutivo aprobó el parecer de Miranda y ordenó a Dumouriez que sobreseyese la expedición: "El Consejo ejecutivo provisional, escribe Pache al general en jefe, ha recibido la carra que V. le ha escrito relativa a la expedición de Zelanda, con la copia de la del general Miranda. El Consejo, después de haber deliberado acerca de su contenido, ha dispuesto que se sobresea nuevamente la expedición proyectada a Zelanda y ruega a V. que se lo comunique al general Miranda, añadiendo que desearía que este general oiga a los patriotas holandeses que deben ir a Lieja y que tome las

medidas necesarias para comprobar las disposiciones anunciadas de los zelandeses y sus diferentes informes. El general Miranda conservará, por otra parte, la disposición de las tropas puestas en movimiento para esta operación y que se hallan fuera del territorio francés".¹³

La influencia de Miranda cerca del gobierno y de la Convención parecía en vías de acrecentarse; pronto sería cuestión, para algunos, de confiarle el ministerio de Marina. Se trataba de reemplazar a Monge, ese sabio pusilánime al que aterrizzaba Danton. En la sesión del 18 de febrero se procedió al escrutinio: un secretario llevó la votación nominal, cuyo resultado era el siguiente: Monge, ministro saliente, obtiene, de 469 votantes, 366 votos; Kersant, 54; Dalbarar, 17; el general Miranda, 10; Latouche, 6; Bougainville, 4; Eyriés, 4; el general Duval, 3; Truquet, 2; D'Estaing, 2; Piquet, 1. Fue reelegido Monge.¹⁴ Es de notar, sin embargo, que Miranda obtuvo más votos que algunos de los marinos franceses más distinguidos, y acaba de verse el caso que el gobierno hacía de sus opiniones en materia militar. El mismo Dumouriez aceptó la de su lugarteniente y cambió su plan de campaña, como se lo escribió el 19 y el 23 de enero. Ya convenía en que si se declaraba la guerra no habría que hacer "más que un ataque simulado a Zelanda" y ocupar Maëstricht y Venloo para replegarse sobre Nimega, rodear a Utrecht y apoderarse de Amsterdam; "entonces Zelanda cae por sí misma", añade, haciendo suya la frase de Miranda. En cuanto a Maëstricht, aseguraba poseer "detalles suficientes para esperar allí un éxito completo".¹⁵

Poco después el general en jefe dejaba prever lo que serían sus instrucciones en el caso de que las ofertas de paz hechas por

Francia al gobierno inglés no fuesen tomadas en consideración. Siendo cosa decidida el ataque a Maëstricht y a Venloo, Miranda debía ir personalmente a Lovaina y a Saint-Trond para preparar la marcha de la artillería, lo más tarde del 10 al 15 de febrero, y tomar, con el mayor secreto posible, todas las disposiciones concernientes a las tropas, especialmente la que consistía en hacer construir en Tongres hornos para 30.000 hombres. El general en jefe pensaba prescribir por sí mismo en Amberes las medidas relativas a las subsistencias, que seguían siendo el punto negro de la situación.¹⁸ Esta, en efecto, empeoraba constantemente desde el punto de vista del aprovisionamiento: en Lovaina no había heno más que para un día; en Lieja y otros lugares no existía nada de lo perteneciente al directorio de las compras. Sólo la llegada de Petitjean podría remediar esta situación terrible.¹⁹

Pronto pudo anunciar Miranda a Dumouriez que estaban tomadas todas las medidas y siendo construidos los hornos, los cuales eran inspeccionados personalmente por él.²⁰ Los enemigos, añadía, aumentaban sus fuerzas en la orilla izquierda del Rin, y aunque no pensase, como Stengel, que hubiera ya 50.000 hombres, se podía valorar su número en 25.000. El general La Marlière daba cuenta de que los prusianos hacían pasar también sus tropas por Meurs y Kael de Kirchen, y Miranda creía que este movimiento tenía por objeto la ocupación de Venloo o la marcha de Wesel sobre Holanda.

Miranda se asombraba de ver a La Marlière, sin duda influido por Stengel, cambiando de parecer en cuanto a la seguridad de sus posiciones, que anteriormente elogiaba; juzgaba que era muy pernicioso para la moral de las tropas la crítica a que se

entregaban los jefes respecto a la línea ocupada por el ejército. "No debo ocultar a usted, escribía a Dumouriez, que la conducta de Valence, la cual Stengel no ha hecho más que seguir e imitar, hablando a gritos de la posición de los acantonamientos como malísima e insostenible, delante de todos los oficiales y hasta de la tropa, ha producido el peor efecto; y si el enemigo ataca, me temo mucho que esta idea, extendida por los generales en los cantones, produzca muy malas consecuencias. Stengel insistía anteayer todavía en que había que retirarse detrás del Mosa y que no quería en absoluto hacer con su persona la guerra al príncipe palatino. He probado a asegurarle mandándole un refuerzo de 5.000 hombres, alguna artillería y tres oficiales de ingenieros para fortificar provisionalmente algunos puestos; esta medida le ha tranquilizado un tanto, pero ello no impide que yo esté muy inquieto por las avanzadas, ya que la sola entrevista del edecán de Stengel con La Marlière ha producido tan pernicioso efecto. Hago venir a Dampierre²¹ para emplearle en restablecer un poco la confianza de las tropas en su posición y acantonamientos que ha hecho perder la indiscreción de Valence, Stengel y su ayudante de campo." Miranda se queja también amargamente de la administración de víveres y de subsistencias, "que casi no marcha" y que hay peligro de que se vea detenida. Petitjean está asqueado y no puede hacer nada; Pache se obstina en creer que hay depósitos en Lovaina, cuando no existen. Es de temer que el ejército, "asaz desagradado de la manera con que se conduce respecto a ella el ministro Pache", no se desbande en el término de quince días.²²

Por lo que atañe al requerimiento de Stengel, Miranda se refiere al hecho de que este general reclamaba —lo cual dice

mucho en honor suyo— ser empleado en otro ejército. "Nacido en el Palatinado, decía el ministro de la Guerra, yo no puedo alzar armas contra un príncipe que no me ha hecho más que bien, lo mismo que a mi familia."²³

Miranda va en persona a inspeccionar sus tropas y los parques de artillería de Lovaina, Tirlemont y Saint-Trond; informa a Dumouriez que podrá poner en marcha su ejército hacia el 15 de febrero. La recuperación de Venloo por los holandeses le parece muy singular.²⁴ Está "demasiado ocupado" para encontrar tiempo de responder las cartas de Pache.²⁵ Va, pues, a atacar a Maëstricht y comienza por ordenar a La Noue que pase un cuerpo de 2.000 hombres a Visé para restañar el bloqueo entre Lixhe y Sichem; este cuerpo estará a las órdenes del coronel Desbrunieres.²⁶ Miranda dice que él mismo pasará el Mosa con 4.000 hombres para bloquear las fortificaciones de Wyck, aunque no ha recibido todavía notificación oficial de la declaración de guerra.²⁷ Pero es Le Veneur quien va a bloquear a Wyck y quien no operará este movimiento "sino con su ordinaria lentitud".²⁸ Le Veneur recibe órdenes de comportarse bien con los habitantes, haciendo observar a sus tropas una estricta disciplina.²⁹ Es Diethmann,³⁰ y no Desbrunieres, quien parece haber sido apostado entre Lixhe y Sichem. Champmorin y La Marlière reciben refuerzos y el primero tiene orden de atacar a Venloo, en el caso de que crea posible semejante operación.³¹ Para empezar, Champmorin se apodera del fuerte San Miguel, en la orilla izquierda del Mosa, y el teniente coronel Moreau, con el primer batallón de voluntarios de Ille-et-Vilaine, recibió orden de atacar el fuerte de Stevensweert, en la orilla derecha del río. Una mañana, a eso de las seis, Moreau encontró dormidos al sargento,

al caporal y a los doce fusileros que guardaban esa posición y se adueñó de ella sin dificultad.³²

Beurnonville "aprobó perfectamente esas medidas" y rogó a Miranda que estuviese dispuesto para secundar a Dumouriez en su invasión a Holanda: "Agradezco a usted, añade el ministro, la comunicación que me hace de las cartas que ha escrito a los generales Le Veneur, Stengel y Champmorin; contienen prudentísimas disposiciones, las cuales no pueden por menos de merecer mi aplauso... Las precauciones de usted son atinadísimas".³³

Algunos días después de estas primeras disposiciones Miranda ordenó al duque de Chartres que tomara el mando, en Visé, del cuerpo de tropas que en la orilla izquierda cercaba la plaza: "Procurará usted, le decía, aproximar sus puestos lo más que le sea posible, con el fin de impedir toda comunicación con la plaza y hacer más fuerte nuestra posición... Todos los caminos por los cuales pueda traer cañones para atacarnos, deben estar defendidos por algunas piezas de nuestra artillería, si es posible, y nuestros puestos tan cerca de la plaza como sea compatible con la seguridad de las tropas. Señalará usted también los puntos de enlace que juzgue más convenientes, a fin de que en un ataque imprevisto sepan estos cuerpos a donde ir con toda prontitud. El mariscal de campo Chancel,³⁴ que debe haber llegado a Visé, servirá igualmente a las órdenes de usted". "El general Igualdad" deberá tener a Miranda exacta y prestamente al corriente de los movimientos del enemigo; si entrase cualquier emisario habrá que recibirle conforme a las reglas de la guerra y hacerle acompañar cerca del general, "sin dar ninguna respuesta verbal, ni por escrito, al comandante de la plaza o a otros jefes enemigos".³⁵

Tras de haber dudado largo tiempo, el Consejo ejecutivo adelantándose al voto de la Convención, ordenó a Dumouriez, el 31 de enero, que tomara la ofensiva y atacase a Holanda. Anacarsis Clootz denunciará luego las intrigas fraguadas en el seno del Comité diplomático cuando se discutió en él la declaración de guerra a las Provincias Unidas o a España. Los giron-dinos, decía, quieren cuidar el Estatuder para "no perjudicar a Inglaterra", y arrojarle sobre España para "seguir sirviendo a Inglaterra": el que pueda, que lo entienda. Es que los bri-sotinos "querían contratar una alianza con los tiranos prusianos, holandeses e ingleses; deseaban establecer una república belga bajo la protección de las cuatro potencias, y una vez hecha esta operación se les hubiera obligado a los descamisados franceses a recibir una constitución de marca extranjera". El loco Clootz, que blasfemaba lo mismo que comía, acusaba a Guadet de haber "blasfemado", diciendo a Lebrun que le importaba poco que los holandeses, "vendedores de queso, sean libres o esclavos"; decididamente, añadía, "la religión de los derechos del hombre no penetrará nunca, en un corazón gangrenado".³⁶ He aquí al orador del género humano, al antepasado de los internaciona-listas y de los sin-patria, al barón prusiano que habla como cual-quier nacionalista contra la introducción en Francia de institu-ciones de "marca extranjera".

El ejército, los ejércitos, gritaban: "¡Bravo a Maëstricht!",³⁷ y con un estilo grandilocuente, lleno de los lugares comunes usuales en la época, Miranda, comandante en jefe de los ejércitos de Bélgica, anunció a sus tropas el estado de guerra: "La Con-vencción nacional, proclama, declara en nombre de la nación francesa que está en guerra con el rey de Inglaterra y con el

estatuder de las Provincias Unidas, en vista de sus actos de hostilidad y de agresión, por odio a nuestra santa libertad. El Consejo ejecutivo provisional desplegará las fuerzas necesarias para rechazar sus agresiones y para sostener la independencia, la dignidad y los intereses de la República francesa". Y este hombre, que conocía tan bien los recursos de Inglaterra y el poderío de su flota, de la cual le veremos más adelante comprobar la eficacia, no teme prometer, en estos términos, la victoria a los soldados franceses: "Nuestras fuerzas navales exclama, van a cubrir los mares y dar el triunfo al pabellón tricolor, mientras que vosotros gloriosos vencedores de Valmy, de Jemmapes, de Lieja, de Amberes, de Namur, vais a derribar de nuevo a los satélites de los dépotas. Valor, unión, disciplina, vigilancia; habéis vencido por estos medios, acabaréis vuestra obra y el árbol de la libertad, plantado por vuestras manos triunfantes, extenderá por doquier sus ramas bienhechoras. ¡Vamos, hijos de la patria, llega un nuevo día de gloria: que el himno sagrado repercute en todas partes y sea el preludio de vuestros éxitos!"⁴⁸

Dumouriez, apartado por las observaciones de Miranda de su proyecto de expedición a Zelanda, concibió por un instante el de trasladarse a Amsterdam, por Nimega; quería rodear así los obstáculos que presentaban las desembocaduras de los ríos y las plazas de Grave, Breda, Berg-op-Zoom, Bois-le-Duc, Willemstadt, Heusden y Gorcum. Jomini cita a este propósito su carta a Miranda, del 19 de enero, y piensa que la marcha sobre Nimega, con la mayor parte de las fuerzas, mientras que Valence y D'Harville contendrían a Clerfayt, estaba completamente indicada.⁴⁹ Este plan se lo mandaba "a bulto" a Miranda el 5 de febrero. Según éste, el general venezolano iría con su cuerpo

de ejército, cuatro cañones de veinticuatro y dos morteros sobre Venloo, mientras que el mismo Dumouriez, con su ejército y parte del de Valence, cercaría a Maëstricht, que se rendiría a la tercer bomba. Valence se apostaría en el Roër con el resto de sus fuerzas, y D'Harville³⁹ se mantendría del lado de Namur, dispuesto para ayudar a Valence en el caso de que fuese atacado por Clerfayt, sólo o junto con los prusianos. Si los austríacos querían bajar de nuevo por el Rin, D'Harville permanecería del lado de Aquisgrán y Valence caería sobre Ruremonde. Dumouriez creía que "procediendo con celeridad" sería dueño de Venloo y de Maëstricht a fines de febrero y pensaba reunirse con Miranda para ir juntos a tomar Nimega y Grave y desde allí marchar a Amsterdam. "Todo esto parecería quimérico, añade, si el país no estuviese dispuesto a nuestro favor, pero todas las nociones que tengo a este respecto me dan una esperanza que creo muy fundada." Y el general en jefe rogaba a Miranda que le hiciera llegar, por Thouvenot, las observaciones que le hubiera sugerido este primer sumario de su plan de campaña.

Daba Dumouriez capital importancia a la toma de Venloo y había apurado a Miranda para que enviase a toda prisa a Champmorin, como prevención contra los prusianos: sin esto, decía, se frustrará la campaña. Quería asombrar y sorprender al enemigo por la rapidez de una empresa tan atrevida, hacer "cosas increíbles, imposibles". Por desgracia, un desbordamiento extraordinario del Mosa impidió a Champmorin ocupar esa ciudad de Venloo, donde los prusianos arrojaron el 11 de febrero 8.000 ó 10.000 hombres, según Miranda, 12.000 ó 13.000, según las informaciones de Dumouriez.⁴⁰ Cabe recordar que ya el 28 de enero Miranda preveía que el enemigo se apo-

deraría de la posición. El 9 de febrero había mandado en posta al teniente coronel Thuring⁴² para llevar a Champmorin las nuevas órdenes: "Tomará Venloo, escribía el general, si los prusianos no hubiesen llegado ya allí". En todo caso, le mandaba artillería para ayudarle a conservar los puestos de los que consiguiese apoderarse.⁴³ Champmorin insinuó que el fracaso de su operación era debido, al menos en parte, a la inacción de Marlière, que firme en su temor no pudo o no quiso prestarle una asistencia, sin la cual nada hubiera podido hacer; el jefe de la vanguardia le envió a Keating⁴⁴ para decirle que no podía secundarle sino con un destacamento de 1.500 hombres a lo sumo, pues no quería dejar desguarnecidas sus avanzadas; fracasó pues, la operación decidida tan tarde. Ahora, Champmorin pensaba que no podía atacar Venloo más que apoyándose desde la orilla opuesta del río en un cuerpo lo bastante fuerte para imponer al enemigo: esto reclamaba el concurso de Stengel con medios poderosos. Por otra parte, habría que arrostrar, como ya lo hubo indicado, un movimiento general que rechazase a la vez austríacos y prusianos al otro lado del Rin, pues los retrasos harían cada vez más precaria la seguridad de los acantonamientos frente a un enemigo que se reforzaba sin cesar. Champmorin señalará nuevamente doce días después esta necesidad de un ataque de gran envergadura, en el momento en que sitiado de cerca Maëstricht, Venloo y el fuerte San Miguel parecían ser medidos con la vista. ¡Ah, si hubiese estado autorizado para violar el territorio holandés veinticuatro horas antes de la declaración de guerra!⁴⁵

Pero muy pronto Dumouriez, con su versatilidad habitual, cambió su plan de campaña y decidió avanzar sobre Amsterdam,

no por Maëstricht y Venloo, sino por las desembocaduras de los ríos, las cuales antes quería evitar, y esto con un puñado de soldados dando la espalda a 80.000 enemigos. Jomini ha hecho el diagnóstico del estado de espíritu en que se encontraba entonces Dumouriez: cabeza volcánica, falta de fijeza en las ideas. El general en jefe iba a lanzarse a esta extraña empresa consistente en atravesar el brazo de mar de Bisbos para darse la mano con Miranda, el cual, después de haber cubierto y bombardeado a Maëstricht, iría a reunírsele por Nimega y Utrecht, desde donde en adelante marcharían de acuerdo. Parece, escribe el crítico militar suizo, no haber atisbado el peligro que había al penetrar en Holanda bordeando sus costas y dejando un ejército enemigo entre el Mosa y el Rin sobre su flanco derecho, pues no tomó ninguna precaución para contener a los austríacos en los alrededores de Juliers.⁴⁶ En realidad, Dumouriez era demasiado listo para no percibir todos los riesgos de su empresa desde el punto de vista militar, y se daba cuenta de que no tenía bastante con sus 70.000 hombres para hacer frente por doquier al enemigo y conducir una campaña de tales proporciones; pero dominaban su espíritu razones políticas que no le permitían aplazar su ataque; estas razones las exponía en sus cartas al ministro de la Guerra.⁴⁷ Los historiadores revolucionarios no han dejado de afirmar que el general en jefe, deseoso de apoderarse lo más pronto posible de Holanda para constituirse un apoyo en vista de sus designios políticos contra la república, daba de lado decididamente a las más sencillas inspiraciones del buen sentido; su actitud contrasta de manera singular con la de Miranda, quien, por su parte, veía perfectamente bien los riesgos, que no se privó de indicar, de una operación en que se trataba, según el

mismo Dumouriez, de hacer pasar un ejército por el ojo de una aguja.

El enemigo no permanecía inactivo: Miranda informaba que un cuerpo de 15.000 hombres acababa de ocupar el Gueldres prusiano, con intención sin duda de correr en socorro del territorio holandés amenazado; veía imposible toda operación si la revolución no estallaba en Holanda; temía que el ejército austriaco, fuerte en más de 40.000 hombres, atacase las posiciones francesas del Roër para salvar a Maëstricht, y escribió al ministro de la Guerra: "Nuestras fuerzas se hallan muy lejos de ser suficientes para mantener con éxito toda la extensión que ocupamos en este momento y ejecutar las operaciones que vamos a emprender. Supongo que el general en jefe Dumouriez le ha instruido a V. particularmente de todo; yo he recibido sus órdenes, y todo el ejército, con confianza y buena voluntad, está en movimiento para ejecutarlas. La empresa me parece asombrosa y difícilísima". Ruega a Beurnonville que le envíe a vuelta de correo los planos y memorias relativos a las fortificaciones de Maëstricht, de los cuales dice que tiene la mayor necesidad.⁴⁸ A Dumouriez, le repite que la operación es muy aventurada: "Creo que nos sucederá lo que le digo a Beurnonville en mi carta de ayer, de la que le adjunto copia". La artillería está en marcha; "arrojaremos bombas sobre Maëstricht"; todo está dispuesto. Pero Thouvenot no aparece y Miranda se impacienta; ⁴⁹ Thouvenot se había visto obligado a detenerse en Bruselas y en Lovaina, tal vez en Tirlémont, y ésa era la causa de su retraso.⁵⁰

Dumouriez piensa que Maëstricht no se sostendrá más de dos días y que Miranda podrá marchar inmediatamente contra los prusianos, y le prescribe que refuerce a Champmorin y que bom-

bardee a Venloo; que desguarnezca Ruremonde o no deje allí más de lo que sea indispensable; que envíe 5.000 ó 6.000 hombres para atacar a Grave y, en fin, que marche sobre Nimega. El general en jefe recomienda extrema rapidez en la ejecución de estas operaciones, "pues, dice, si no tenemos éxito en nuestra invasión a Holanda, no poseyendo ni el amor de los belgas, a quienes, por el contrario, hemos exasperado contra nosotros, ni un ejército propio para la defensiva, seremos arrojados de Bélgica con la misma prontitud con que nos adueñamos de ella"; prevé que en esas condiciones la retirada no podrá "más que ser desordenada" y que sería muy difícil defender el mismo territorio francés.⁵¹ Entretanto, Dumouriez asegura que los prusianos no esperarán el ataque de Miranda y que hará falta perseguirles sin descanso.⁵² Se obstina en no ver la situación tal como es: "Pienso como V. y he apoyado lo que ha dicho a Beurnonville; no creo, sin embargo, que Clerfayt tenga ya 40.000 hombres. Sé que han transportado a Luxemburgo al general Beaulieu gravemente enfermo y que su cuerpo de ejército carece de todo; sé también que el ejército de Clerfayt está también tan mal provisionado como el nuestro y no creo que pueda, en tres semanas, hacer un movimiento sobre el cuerpo de ejército que V. dejará reunido cerca de Aquisgrán y en el acantonamiento del Roër; a Valence, que llega, es a quien puede V. dejar ese destino". Y autoriza a su lugarteniente para formarse un ejército de 25.000 ó 30.000 hombres, tomando de acá y de allá para ejecutar su plan.⁵³

He aquí cuál era la situación general de los ejércitos en el momento en que Dumouriez iba a ejecutar su proyecto:

Ejército aliado: 50.000 austríacos reunidos a las órdenes de Juliers, entre Duren y Linnich; 15.000 prusianos en Wesel, bajo el mando del príncipe de Brunswick-Oels, los cuales tomarían pronto a Venloo; 15.000 holandeses repartidos a lo largo del Wohl, desde Nimega hasta Gorcum; 4.000 ingleses de la expedición del duque de York, que debían desembarcar en Rotterdam. Esto daba un total de 80.000 hombres, sin contar unos 25.000 austríacos que se encontraban en Treves y en Luxemburgo y que podían, en caso preciso, trasladarse al Mosa.

El ejército francés contaba cerca de 125.000 hombres, de los cuales había 70.000 a las órdenes del general Miranda, según el estado suministrado por él a Dumouriez; he aquí el detalle: ejército del Norte, con la guarnición de Amberes, 23.340 hombres, más un aumento de 10.761, proveniente de las tropas enviadas a Miranda para la expedición proyectada a Zelanda y colocadas bajo el mando del general de Flers; ejército de las Ardenas, 22.844; guarnición de las Ardenas, 13.319. No queda comprendido en el total el efectivo de las guarniciones de Furnes, Nieuport, Ostende, Courtrai, Tournai, Ath ni la vieja guarnición de Brujas.

Las cifras de Jomini concuerdan, poco más o menos, con las indicadas por Miranda, que el crítico suizo cita, desde luego.⁵⁴

En virtud de las nuevas instrucciones dadas a Miranda, para que tomase a Maëstricht con un cuerpo de 15.000 hombres, dejó de estar mandado por él el ejército del Mosa, el cual quedó reservado a Valence, a la sazón en París.

La ausencia de un jefe capaz perjudicó bastante la buena marcha de las operaciones. Sea de ello lo que fuere, debo decir desde ahora, y no estoy seguro de no tener que repetirlo en ade-

lante, que no se debe hablar en modo alguno, a propósito de las operaciones del Roër, de una "derrota del ejército de Miranda", como lo hace con insistencia Alberto Mathiez, por ejemplo, pues a partir de ese momento el ejército de Miranda no es más que el cuerpo reducido que va a bombardear a Maëstricht, y este cuerpo no ha sido vencido. Un nuevo reparto de los ejércitos republicanos debía efectuarse, por otra parte, en el mes de marzo, y el ministro de la Guerra informaba de ello al Consejo ejecutivo: se confundiría, bajo el nombre de ejército del Norte a las órdenes del general Dumouriez, los de Bélgica y del Norte, considerados hasta entonces como entidades independientes; Miranda mandaría bajo Dumouriez; estas tropas defenderían la frontera desde Dunquerque hasta Givet exclusivamente y todos los países ocupados en Bélgica hasta el Mosa, comprendiendo en ello la 1.ª y la 16.ª divisiones militares. El ejército de las Ardenas, a las órdenes del general Valence, sostendría la frontera desde Mezières hasta Longwy y la orilla derecha del Mosa, formando la 2.ª división militar.

Los críticos están de acuerdo en que si el general Dumouriez hubiese atacado a las tropas austríacas en Juliers con 60.000 hombres, habría podido desembarazarse rápidamente de ellas y apartar el peligro que hacían correr a su ejército; en vez de hacer esto dividió torpemente sus fuerzas, mandó un cuerpo sobre Maëstricht, extendió más de 30.000 combatientes en los acantonamientos del Roër y se lanzó él mismo a Holanda, a la cabeza de algunos regimientos:⁵⁵ era ese plan fantástico, "temerario, impracticable en apariencia, pero que podía resultar bien". Para llevar a cabo la que él mismo llama la gran aventura, el general en jefe disponía de 15.000 hombres de infantería y de

1.000 jinetes, reforzados por un contingente de 6.000 soldados, que le llegó a principios de marzo, cuando intentaba el paso del Moerdyk. "Piense usted cuán importante es, mi querido amigo, escribía a Miranda, que entretena usted a los prusianos para impedirles que vengan sobre mí, que no tengo más que 15.000 hombres, y aun ni eso. Sin embargo, no hay que retroceder; mi vanguardia partirá el 18 y la seguiré el 19."⁵⁶ Este cuerpo expedicionario penetró el 17 de febrero en territorio holandés y tomó posiciones entre Berg-op-Zoom y Breda; el general en jefe llegó cinco días después con la artillería.

Al mismo tiempo, Miranda ordenaba al general La Noue que fuese inmediatamente a Aquisgrán para tomar el mando de todas las tropas del ejército de Bélgica, acantonado entre el Roër y el Mosa. "El general Stengel, le dice, que tiene su mando actual, ha recibido todas las órdenes necesarias para la disposición de las tropas y la conducta que hay que seguir si los enemigos hiciesen un movimiento sobre cualquier parte de los acantonamientos, o en el caso de que pasasen el Roër. Usted hará que le presenten todas sus órdenes y procediendo de conformidad y acuerdo con este respetable veterano, lo mismo que con los generales Miaczynski y Dampierre, tomará usted todas las medidas que su prudencia y conocimientos militares puedan dictarle para defender vigorosamente los pasos del Roër o librar batalla a los enemigos que le hubieren pasado con idea de llevar un socorro de tropas a Maëstricht, atacando a nuestras tropas que le cercan o con otros designios cualesquiera." Después de haberle dado estas órdenes formales, que por desgracia no hubieron de ser ejecutadas, Miranda invitaba al general La Noue a que le comunicara el resultado de sus observaciones sobre la situación

de las fuerzas de las cuales tomaría el mando en vista de operaciones ulteriores.⁵⁷

A Champmorin y a La Marlière se les ordena que vigilen, alternativamente, la seguridad de las avanzadas, lo mismo en la orilla izquierda del Mosa que en la frontera holandesa; la conservación del fuerte de San Miguel es importantísima para tener en jaque a Venloo. Miranda comunica a sus tenientes que se reunirá con ellos dentro de seis días "con considerable cuerpo de tropas, que nos pondrá, dice, en estado de obrar ofensivamente y con vigor sobre nuestros enemigos; tengan ustedes en el mayor secreto este parecer y prepárense en consecuencia".⁵⁸

Estas órdenes y las siguientes desmienten las alegaciones de Segur,⁵⁹ quien reprocha a Miranda no haber tomado ninguna medida de seguridad y de haber dado, por otra parte, informaciones inexactas a Valence.

El general La Noue asegura, y se le puede creer —en una carta que no he podido encontrar, pero de la que Miranda acusa recibo el 19 de febrero—⁶⁰ que dio parte a su jefe de la poca seguridad en que encontraba las tropas a sus órdenes comunicándole las disposiciones que tomaba, de acuerdo con Stengel, para mejorar sus posiciones.⁶¹

Miranda da parte al ministro de la Guerra de las instrucciones dadas a La Noue y a otros generales para organizar los cuerpos de ejército que cubren el cerco de Maëstricht. Piensa que esta plaza no le detendrá más de seis u ocho días y que podrá dirigirse rápidamente sobre Nimega, con 25.000 hombres, para "reunirse con Dumouriez o apoyarle". Sin embargo, no cesa de prever "grandes dificultades en todas estas empresas"; aun teniendo las esperanzas de vencerlas "por poco que el tiempo o

la suerte nos sean favorables", añade.⁶² Escribe, el 18, al general en jefe que están tomadas todas las disposiciones para poner en ejecución sus órdenes, pero que no podrá absolutamente bombardear a Maëstricht antes de cinco o seis días y, en consecuencia, le será imposible marchar sobre Nimega hasta el 26 ó 28. Cree, sin embargo, poder acabar la ejecución de este plan si no aparecen incidentes imprevistos que se lo retrasen. Ruega a Dumouriez que le mande en seguida al comisario Petitjean, "porque, dice, los que están aquí, en vez de servirnos y de ayudarnos, no hacen más que entorpecer la cosa, y he ahí lo que produce principalmente el retraso de nuestras operaciones, y lo que veo que terminará por paralizarnos si no se remedia muy inmediatamente".⁶³

Dumouriez se impacientaba con estos retrasos, pero sabía que eran inevitables, puesto que, a su parecer, hubiera sido menester no declarar tan pronto la guerra y "llevar la negociación hasta que él estuviese presto para entrar en Holanda y sitiar a Maëstricht". Anuncia a Miranda que 7.000 caballos, pedidos por Petitjean al departamento del Norte, están en camino para el ejército; que espera a los antiguos intendentes de víveres y forrajes, vueltos a admitir en el servicio, en fin, que le mandará por Thouvenot un plan de leva de tropas belgas.⁶⁴

Paralelamente a la acción militar, Miranda debe desarrollar una acción política en las Provincias Unidas; con este fin, Dumouriez le dirige algunos holandeses patriotas, es decir, revolucionarios y francófilos, que acompañarán al general en su marcha adelante en calidad de representantes del comité batavo para ayudarle con sus consejos y revolucionar el país invadido por las tropas francesas; estos "patriotas", gracias a su conoci-

miento del país y a la influencia que poseían en él, debían encargarse de proveer a las necesidades materiales del ejército y contribuir a la organización administrativa. Desde el punto de vista político, el general en jefe no creía que conviniese instituir clubs, dada la diferencia de costumbres, lengua, etc.; en todo caso, hacía hincapié en que los holandeses estuviesen bien tratados y recomendaba a Miranda "honrar en ellos a hombres de otra especie que los belgas".⁶⁵

Dumouriez cree poder estar el 21 de febrero delante de Breda para ejecutar una falsa maniobra destinada a engañar al enemigo acerca de sus verdaderas intenciones. Reasegura siempre a Miranda sobre el tema de la eventualidad de un ataque de Clerfayt, que no está presto y cuyo ejército, a excepción de la caballería y de los granaderos húngaros, está compuesto por nuevas reclutas que de ningún modo valen como las francesas: "Tome usted, pues, Maëstricht...; la mayor parte de las fuerzas tiene poca gana de pelear... Cuanto menos método ponga usted en este sitio más pronto tendrá usted el éxito". Encuentra que todas las órdenes que su lugarteniente ha dado a los generales están "clarísimas y muy bien hechas".⁶⁶

Cabe comprobar que el general en jefe se había vuelto ciego: no se realizará ni una sola de esas previsiones; desconoce completamente el estado y la fuerza del enemigo; combina operaciones fulminantes sin contar, de ninguna manera, con ese enemigo que le demostrará muy pronto que no se dejará hacer, y que si él, Dumouriez, piensa que "no es el momento de la prudencia y del método", piensa locamente. Una vez más fue Miranda quien tuvo razón: "Maëstricht no se rindió a la tercera bomba"; Clerfayt no había estado nunca tan fuerte y en tan

buena situación: estuvo dispuesto antes de las tres semanas fijadas por Dumouriez; los acantonamientos del Roër fueron forzados, a pesar de las precauciones tomadas por el venezolano, a pesar de la orden formal que él había dado de defenderlos vigorosamente y de librar batalla para impedir que Maëstricht fuese socorrido. Esta campaña era, en verdad, presuntuosa, y su éxito no podía ser más que demasiado probable: la responsabilidad no incumbe de ninguna manera a Miranda, sino más bien a Valence y a La Noue, quienes disponían de 30.000 hombres, calculando por lo bajo, y no supieron o no pudieron detener a los austríacos.

Veamos, en efecto, para buena explicación de los hechos que van a sucederse, cuál era el reparto de las tropas entre los diferentes generales franceses que operaban en Bélgica. Según la lista hecha por Thouvenot, jefe de estado mayor, el general La Noue, si se cuentan los cuerpos de La Marche y de Neully y los cinco batallones que Miranda le envió con fecha del 19 de febrero, tiene a sus órdenes un ejército que cuenta, como ya he dicho anteriormente, 30.000 hombres, con una artillería de veintidós piezas de plaza, además de los cañones del batallón, según el estado firmado por el general D'Hangest. Por otra parte, el general de La Marlière, que tenía a la izquierda 3.500, y el general Le Veneur, que se encontraba delante de Wyck a la cabeza de un cuerpo de 6.000 hombres, cubrían los flancos del ejército de La Noue, a quien Miranda escribía: "Así es preciso, general, que con esta fuerza procure usted llevar a cabo su objeto, mientras que nosotros acabamos las operaciones que nos han sido ordenadas en otro lado, con menos fuerza respectiva". Si La Noue lo creía necesario podría enviar copia de esta orden a La Marche

y a Neully,⁶⁷ con el fin de que "el acuerdo y la armonía reinasen en todas partes". Ya habían sido tomadas disposiciones en lo concerniente a los hospitales y los forrajes.⁶⁸

En su ya citada "Memoria", La Noue dice que sus fuerzas podían ser valuadas en 18.000 hombres de todas las armas; esta cifra está muy por encima de la realidad: el estado dirigido por el ayudante general Montjoie indica exactamente 18.235 hombres de infantería y 3.570 de caballería, a más de los flanqueadores de derecha y de izquierda, lo que hace un total de 21.805, sólo "para la vanguardia de Bélgica".⁶⁹ Pero, como se ha visto, había además otros cuerpos de tropas; es Miranda el que da la verdadera cifra: en realidad, para detener al enemigo y cubrir el asedio se podía contar con 40.000 soldados.

Por su parte, Miranda cercó a Maëstricht, en la orilla izquierda del Mosa, e hizo ejecutar las obras y establecer las baterías necesarias para el bombardeo. Disponía de un cuerpo de cerca de 15.000 hombres, que disminuyó casi en seguida, pues se vio obligado a destacar 3.000 ó 4.000 de ellos para vigilar en la frontera algunos movimientos del enemigo.

Beurnonville, ministro de la Guerra, le escribe que "el plan de sus operaciones, que ha examinado con mucha atención, le ha parecido muy prudente y bien concertado", y el ministro expresa la esperanza de que el acuerdo entre los jefes y el valor de las tropas dan las seguridades del éxito.⁷⁰

NOTAS

- ¹ Albert Mathiez: *Danton et la paix*, p. 101; Madelin/Danton, p. 210.
- ² Loc. cit., p. 187.
- ³ A. E. Inglaterra. Vol. 586, fol. 268-269. Dumas a Lebrun, 26 enero.
- ⁴ A. N. F7 4689. Plaq. 2. Documentos de Dumouriez, Marassé a Miranda, 6 enero; Ibid., Plaq. 3, 9 enero; Ibid., Plaq. 3, núm. 36, Thouvenot a Dumouriez, 11 enero; O'Kelly, p. 24. Miranda a Dumouriez, 9 enero.
- ⁵ A. N. BB3. 41, fol. 113. Thouvenot a Monge, 13 enero.
- ⁶ A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 41. Miranda a Dumouriez, 28 enero.
- ⁷ Rojas, p. 26. Dumouriez a Miranda, 10 enero.
- ⁸ A. N. F7 4689. Plaq. 3. Núm. 36. Miranda a Dumouriez, 19 enero.
- ⁹ Ibid. Plaq. 2. Documentos de Dumouriez. De Kock a Lebrun, a Dumouriez, 17 enero; Ibid. Plaq. 3. Núm. 36. Miranda a Dumouriez.
- ¹⁰ Este comisario, uno de los mejores intendentes del ejército, fue agregado al cuerpo de Beurnonville que, después de Valmy, marchó hacia Lille; fue entonces cuando conoció a Miranda. Suspendido de sus funciones y detenido por decreto del 29 noviembre 1792, Petitjean, fue rehabilitado el 2 enero siguiente y nombrado comisario-ordenador en jefe del ejército de Miranda (A. N. D. II, 1-2. Informe de los comisarios de la Convención en Bélgica).
- ¹¹ Rojas, p. 32. Miranda a Dumouriez, 15 enero.
- ¹² A. N. F7 4689. Plaq. 3, núm. 36. Miranda a Dumouriez, 19 enero; núm. 68. Ibid., 6 febrero; Plaq. 5, núm. 5, Ibid., 12 febrero.
- ¹³ Jomini, III, 59.
- ¹⁴ G. Ejército del Rhin, 2.^a quincena de enero. Custine a Pache, 29 enero.
- ¹⁵ Rojas, p. 34. Dumouriez a Miranda, 19 enero.
- ¹⁶ Acta de la sesión de la Convención nacional, del lunes 18 febrero 1793. Vol. VI, p. 297.
- ¹⁷ Rojas, p. 34 y 42. Dumouriez a Miranda, 19 y 23 enero.
- ¹⁸ Ibid., p. 42. Dumouriez a Miranda, 23 enero.

¹⁹ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 16 enero; Petitjean a Miranda, la misma fecha.

²⁰ A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 67. Miranda a Dumouriez, 3 febrero.

²¹ Auguste-Marie-Henri Picot, conde de Dampierre, nació en París, el 19 agosto 1756. Entró en el servicio en 1772, capitán en el regimiento de Chartres-infantería, después coronel en el 5.º de dragones; ayuda de campo del mariscal de Rochambeau, mariscal de campo empleado en el ejército del Norte, en septiembre 1792; comandante en jefe en abril 1793. Herido cerca de Valenciennes, falleció en esta ciudad el 9 de mayo siguiente. Se le concedieron los honores del Panteón (G. Expediente de Dampierre). Tenía, escribe Dauban, «un carácter extremadamente petulante que a veces rayaba en el delirio». (La Démagogie, p. 157.)

²² A. N. F7 4689. Plaq. 4, núm. 41. Miranda a Dumouriez, 28 enero.

²³ G. Expediente de Stengel. Stengel a Pache, 9 enero. Stengel nació en Neustadt, en 1774, entró al servicio de Francia, como segundo teniente, en el regimiento de Alsacia-infantería; mandó los húsares de Chamborant; fue coronel del 9.º regimiento de dragones, después del 1.º de húsares y llegó a ser, en 1792, mariscal de campo. Son conocidas sus brillantes hazañas. Le mataron en 1796, en Italia, donde fue divisionario (Ibid.) «El bravo Stengel murió de resacas de sus heridas», escribió lacónicamente Bonaparte al Directorio. (Le rédacteur, núm. 155, del miércoles 18 mayo de 1796.)

²⁴ A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 67. Miranda a Dumouriez, 3 febrero.

²⁵ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 3 febrero.

²⁶ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a La Noue, 6 febrero.

²⁷ Ibid. Miranda a Stengel, 6 febrero.

²⁸ A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 43. Miranda a Dumouriez, 9 febrero; a Beurnonville, 11 febrero. El general conde Alexis-Paul-Michel Tanneguy Le Veneur de Tillières, hijo de Jacques y de Michelle-Julie-Françoise Bouchard d'Esparbès de Lussan d'Aubeterre de Souzac, procedía de una familia noble normanda. Nació en París el 28 septiembre 1746, entró en el servicio en 1763, como segundo teniente en el regimiento del Rey-infantería y fue sucesivamente coronel en el regimiento provincial de Abbeville y en el de Neustrie, maestro de campo en el regimiento de Auxerrois, mariscal de campo en 1788 y teniente general bajo la Revolución. Oficial de la legión de honor y miembro del Cuerpo legislativo bajo el Imperio, jubilado por decreto del 16 marzo 1810. Durante la campaña de Bélgica protestó contra el hecho de haberle subordinado a Valence y a La Marche, sus cadetes, y poco después se alzó contra la medida arbitraria del ministro Bouchotte, que le suspendió. En la petición que dirigió al gobierno, sobre este asunto, pone de relieve las «calumnias» de Dumouriez relativas a la conducta de los generales y del ejército después de Neerwinden. (G. Expediente de Le Veneur.)

²⁹ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Le Veneur, 6 febrero.

³⁰ Dominique Diethmann de Luneville, prestó servicio en 1760, como gendarme del Artois. Licenciado por inútil poco antes de la Revolución, se le vuelve a encontrar, en febrero 1792, coronel del 22.º regimiento de caballería; en septiembre, teniente general. Muerto en el año siguiente de una gota retropulsa. (G. Expediente de Diethmann.)

³¹ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 6 febrero; a Champmorin, 7 febrero.

³² Ibid. Miranda a Pache, 7 febrero; Champmorin a Miranda, 10 febrero. En esta carta del 7 de febrero es en la que Miranda da cuenta al ministro de su orden del día al ejército promulgando un duelo de tres días por la muerte de Le Peletier de Saint-Fargeau, que había «olvidado» comunicar. Este Le Peletier, que la Revolución «panteonizó» convirtiéndole en un mártir, no tuvo otro mérito que el de haber sido sacrificado por un fanático a los manes de Luis XVI. Antiguo miembro del parlamento de París, diputado de la nobleza en los Estados-Generales, muy rico, le gustaba explicar sus ideas revolucionarias diciendo que de dos caminos que se le ofrecían, estar en Coblenza o en la cima de la Montaña, con toda ingenuidad había preferido el último. Fue él quien el 4 de agosto pidió la abolición de los privilegios financieros. Michelet le consagra glorioso a causa de cierto plan de educación que él elaboró; y bendice tres veces sus cenizas. Este gran reformador «proponía obligar a todas las familias a educar sus hijos de ambos sexos, sin excepción, en las escuelas nacionales, donde serían sometidos a un régimen simple y rudo, los niños de cinco a doce años y las niñas de siete a catorce, por la razón de pertenecer a la República». (Darest, VII, 608.) Saint-Just aprobaba este sistema que calificaba de «esparciata».

³³ G. Ejército del Norte. Corresp. Beurnonville a Miranda, 14 febrero; A. N. W1 271. 30. Ibid., 17 febrero.

³⁴ Chancel, hijo de un abogado de Angulema, nació en 1753; alumno de la escuela de artillería de Estrasburgo; pasó al servicio de Austria en 1771, como alumno de ingeniería; regresando a Francia en 1780, fue promovido mariscal de campo en febrero 1793; guillotinado el año siguiente. (G. Expediente de Chancel.)

³⁵ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Egalité, 16 febrero.

³⁶ B. N. Lc2 776, *Le Batave ou le Nouvelliste étranger*, del viernes 22 marzo 1793. Núm. 36.

³⁷ G. Ejército del Norte. Corresp. Cochelet a Beurnonville, 2 febrero.

³⁸ Ibid. El general Miranda, comandante en jefe de los ejércitos de Bélgica, a sus bravos hermanos de armas, 13 febrero.

³⁹ Jomini, III, 71-72.

⁴⁰ Louis-Auguste Juvénal de los Ursins, conde de Harville, hijo del muy noble y poderoso señor Claudie-Constant-Esprit d'Harville, brigadier de los ejércitos del Rey, coronel del regimiento de infantería de su nombre, y de la muy noble y poderosa dama Marie-Antoinette de Matignon, su esposa, nació en París, el 23 abril 1749; capitán en el Royal-Champagne-caballería; banderín de los gendarmes de Orleans, después de los gendarmes escoceses; teniente de los gendarmes de la Reina; gentil-hombre de honor del conde de Artois; teniente general empleado en el ejército del Norte, en 1792. Detenido y encarcelado en el momento de la huida de Dumouriez, Inspector de caballería en Sambre-y-Meuse y en Italia, fue senador, conde del Imperio, gentil-hombre de la Emperatriz, par de Francia. (G. Expediente de Harville.)

⁴¹ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 14 febrero; A. N. W1 271. 30. Extractos. Dumouriez a Miranda, 15 febrero.

⁴² Henri-Joseph Thuring, niño de tropa, nació «en el regimiento», en Landre-cies, en 1765, Oficial de la guardia nacional; capitán de una compañía franca en el ejército del Norte, fue nombrado coronel de la ingeniería belga, en diciembre 1792 y encargado por Dumouriez de una misión secreta en Holanda. Licenciado por inútil como brigadier bajo el Consulado. Este oficial parece haber adquirido posteriormente una reputación bastante mala en ciertos aspectos; se distinguía en el espionaje. Ha-

biendo sido repuesto en activo por Bernadotte y enviado a Amiens, el comisario del Directorio en el departamento del Somme opuso una viva protesta: «es imposible tener peor fama. Ha hecho un agiotaje con los bienes nacionales como no puede usted tener idea y se retrasa en el pago de lo que no ha retrocedido». En 1807, Napoleón lanzó, desde Varsovia, la orden de detener Thuring, que se encontraba en Lieja y se le acusaba de inteligencia con el enemigo. (G. Expediente de Thuring.)

⁴³ A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 43. Miranda a Dumouriez, 9 febrero; G. Ejército del Norte. Corresp. Champmorin a Miranda, 10 febrero.

⁴⁴ Tomás Keating era irlandés, Cadete en el regimiento de Berwick, segundo teniente en el regimiento de Walih; nombrado mayor por el almirante de Entrecastaux, gobernador de la Isla de Francia. Llegado a teniente coronel, en 1792 se le puso a la cabeza del 87.º de infantería. Se retiró como divisionario, en 1795. (G. Expediente de Keating.)

⁴⁵ G. Ejército del Norte. Corresp. Champmorin a Miranda, 12 y 24 febrero. *Ibid.* Expediente de Champmorin. Noticia exacta de sus servicios hasta 1 abril 1793. Marie-Pierre-Félix Chesnon de Champmorin, que fue sin duda el mejor de los tenientes de Miranda, nació en Chinon, hijo de un capitán del regimiento de Noailles. A cincuenta y seis años y en el momento en que comenzaron las campañas revolucionarias, era coronel director de las fortificaciones. Había hecho la guerra de Siete Años. Nombrado, en 1792, mariscal de campo. Llegó a general de división en pradiel año II. Destituído, después admitido al retiro en brumario año IV. (*Ibid.*)

⁴⁶ Jomini, III, 74.

⁴⁷ G. Ejército del Norte. Corresp. Courier a Dumouriez, 14-15 febrero.

⁴⁸ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 14 febrero.

⁴⁹ A. N. F7 4774, 47. Expediente Miranda. Miranda a Dumouriez, 15 febrero. Carta en español, cuya traducción francesa que se encuentra adjunta es muy inexacta.

⁵⁰ Rojas, p. 64. Dumouriez a Miranda, 16 febrero.

⁵¹ A. N. WI 271, 30. Extractos. Dumouriez a Miranda, 15 febrero.

⁵² G. Ejército del Norte. Corresp. Correo de Dumouriez, 14-15 febrero.

⁵³ A. N. WI 271, 30. Extractos. Dumouriez a Miranda, 15 febrero.

⁵⁴ Rojas, p. 39. Miranda a Dumouriez, 23 enero; Jomini, III, 64-75.

⁵⁵ Jomini, III, 76.

⁵⁶ A. N. WI 271, 30. Extractos. Dumouriez a Miranda, 15 febrero.

⁵⁷ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a La Noue, 16 febrero; a Stengel, la misma fecha.

⁵⁸ *Ibid.* Miranda a Champmorin y a La Marlière, 17 febrero.

⁵⁹ Mémoires, II, 134.

⁶⁰ A. N. WI 271, 30. Miranda a La Noue, 19 febrero.

⁶¹ B. N. Ln 27, II, 380. Memoria por el teniente general La Noue a la Convención nacional, p. 3. Miranda ha invocado esta Memoria en su favor, contra Segur, porque contenía un cargo formal contra Valence. (Véase Antepara, p. 243.) El caballero de La Noue, conde de Vair, era oriundo de La Roche-Chermault. Sirvió en Flandes y en Alemania, en los granaderos y en el cuerpo de artillería; nombrado teniente

general, en 1792, mandó las tropas de Lieja, después la izquierda del ejército de las Ardenas. Absuelto de las acusaciones dirigidas contra él, sin embargo se le volvió a encarcelar. Retirado en 1795. (G. Expediente de La Noue.)

⁶² G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 17 febrero.

⁶³ Rojas, p. 69. Miranda a Dumouriez, 18 febrero.

⁶⁴ A. N. WI 271, 30. Extractos. Dumouriez a Miranda, 19 febrero.

⁶⁵ Rojas, p. 70. Dumouriez a Miranda, 18 febrero.

⁶⁶ A. N. WI 271, 30. Extractos. Dumouriez a Miranda, 19 febrero.

⁶⁷ José Drouot, llamado La Marche, un lorenés, entró en el servicio en 1751, a los dieciocho años, como dragón en el regimiento de Frise, ganó sucesivamente todos sus grados en los voluntarios extranjeros de Würmser, en la región de Conflans y en los húsares. Mariscal de campo en 1792, general en jefe el año siguiente, suspendido poco después. Reintegrado al servicio activo bajo el Consulado. (G. Expediente de Drouot-La Marche). Le Vasseur de Neuilly entró en el servicio a los diecisiete años, como gendarme de la guardia. Durante la Revolución, mandó primeramente el 5.º regimiento de caballería, luego el 10.º de dragones. Mariscal de campo en febrero 1793, fue cortésmente destituido en mayo siguiente. (Ibid. Expediente de Neuilly.)

⁶⁸ A. N. WI 271, 30. Miranda a La Noue, 19 febrero.

⁶⁹ A. N. WI 271, 30. Estado firmado por Thouvenot, 19 febrero.

⁷⁰ G. Ejército del Norte. Corresp. Beurnonville a Miranda, 22 febrero.

CAPITULO X

MAËSTRICHT

MIRANDA activaba los preparativos para atacar a Maëstricht. Nuevas tropas desfilaban diariamente en Bruselas: 600 caballos de artillería, un tren considerable de gruesos cañones de sitio, camiones, municiones, pontones atravesaban la capital para ir a concentrarse en Tongres, donde también se formaban los almacenes del ejército. El general hacía trabajar a centenares de campesinos reparando los caminos de Tongres a Maëstricht, con el fin de facilitar el transporte de la artillería gruesa que venía de Lieja.¹ El 14 de febrero el mariscal de campo Ruault, jefe del estado mayor general; el teniente general D'Hangest, que mandaba la artillería, y el coronel de ingenieros Garnier, habían sometido a Miranda en Tongres el resultado del reconocimiento militar de la plaza efectuado la víspera. Quedó establecido que la primera salida podría ser operada por el pueblo de Sumermaes: se abriría un ramal que iría a unirse con el escarpe del ribazo, a la izquierda; después sería prolongado ese escarpe hasta

cincuenta toesas alrededor de la meseta que da frente a la ciudad; esta meseta, coronada por una trinchera, abrigaría las diferentes baterías y estaría flanqueado, lo mismo a la derecha que a la izquierda, por grandes reductos. La artillería se colocaría detrás de Sumermaes y el cuartel general quedaría establecido en la abadía de Hochtén. Se reconoció que los caminos recorridos por los oficiales de su gira de inspección eran impracticables para la artillería, sobre todo para las piezas de a cuatro.²

Al mismo tiempo eran tomadas las medidas para abrir la trinchera delante de la plaza. Los batallones de Saona y Loira, el primer batallón de Mayena, el primer batallón del Sarthe y los 17, 25 y 38 regimientos de infantería, pertenecientes a la primera división del ejército de las Ardenas, es decir, a las tropas de Valence, debiendo suministrar cada uno cien trabajadores, mandados por un capitán, un teniente y cuatro suboficiales. Los habitantes de diferentes acantonamientos proveerían a estos trabajadores de palas y picos, y los destacamentos así constituidos recibirían las instrucciones del ayudante general Gobert o del capitán-ingeniero del Haijs. Una orden especial fue comunicada al 7.º regimiento de caballería para que estuviese dispuesto a la primera señal.³ Instrucciones muy precisas, que emanaban del cuartel general de Miranda, regularán al detalle la administración y los servicios del ejército de sitio.⁴

El general había llegado delante de la plaza en la noche del 21 al 22 de febrero. Las operaciones preliminares fueron pronto acabadas con una pérdida de tres hombres; estos trabajos estaban dirigidos por el viejo teniente general Bouchet, que mandaba la artillería del ejército particular de Miranda; era un hombre muy honrado y un notable ingeniero que había dirigido

el ataque de Namur, a las órdenes de Valence, antes de venir a mandar ante Maëstricht.⁵

La guarnición de la fortaleza se componía, en parte, de emigrados franceses organizados en legión bajo el marqués de Autichamp, quien durante la campaña del Argona había mandado el cuerpo de gendarmes en el ejército de los príncipes. Miranda estimaba el número total de las tropas enemigas en cerca de 6.000 hombres. Según el informe del desertor Scherff, había allí dragones del príncipe de Hesse y del duque de Brunswick, infantería holandesa, el regimiento suizo de Schmidt, dos compañías de artilleros brunswiqueses, dos de artilleros holandeses, y minadores.⁶ Según este desertor, los burgueses de la ciudad no pedían más que rendirse. Por otra parte, Cochelet había escrito al ministro de la Guerra que la mayor parte de los habitantes era favorable a la República francesa y que una parte de los hombres de la misma guarnición abriría de buen grado las puertas "si no estuviesen subyugados por los emigrados y expuestos a toda la cólera de las potencias de ese país".⁷

Antes de empezar el bombardeo, el general intimó la rendición a la plaza. El príncipe de Hesse negóse y se manifestó bastante asombrado por esta intimación, pues ignoraba que hubiese sido declarada la guerra a Holanda. El cañoneo empezó en seguida y prosiguió el cerco, entrecortado por algunas salidas de la guarnición fácilmente rechazadas. Al dar cuenta a Beurnonville, Miranda insiste con el fin de que le manden un comisario para las subsistencias. "No debo disimular a V., declara, que la falta de un comisario-ordenador en jefe de este ejército me deja actualmente en la imposibilidad de ejecutar estas operaciones (las prescritas por Dumouriez) en el tiempo convenido, lo que podría

acarrear las más fatales consecuencias para los intereses de la República".⁸ Es la queja formal que el general dirige también a Dumouriez: no podrá marchar sobre Grave o Nimega en el término fijado, pues no ha visto todavía al comisario Petitjean, al que reclama desde hace tiempo, y no tiene confianza ninguna en la administración actual: "Aquí estamos casi detenidos por la desorganización de las administraciones y la falta de subsistencias en los puntos indicados, cuya es la consecuencia".⁹

Entretanto, Dumouriez comienza su ofensiva: bloquea Berg-op-Zoom y hace avanzar su vanguardia hacia el Moërdick, con la esperanza de poderle franquear en Dort. Si Miranda toma pronto Nimega, será necesario que tome Amersfoort para cerrar a los alemanes la provincia de Utrecht. El general en jefe tiene mucha prisa; no le queda más "que el tiempo de abrazar a su lugarteniente".¹⁰ El conde de Bylan capitula en Breda, rinde a D'Arcon la plaza y 200 cañones y después se retira con la guarnición. Berneron toma Klundert y se dispone para atacar a Willemstadt. También atacarán a Gertruydenberg y serán establecidas baterías en la costa. Dumouriez cuenta para el paso con una veintena de embarcaciones, que dan un total de 800 toneladas, y con cinco o seis chalupas de abordaje: es la empresa que Jomini califica de ridícula; sin embargo, el general en jefe piensa que habrá pasado antes del 5 de marzo. Anuncia a Miranda que, sin duda a petición suya, el ministro de la Guerra no tardará en mandarle Malus en lugar de Petitjean. "Alargue V. el brazo lo más que pueda, dice, para que podamos reunirnos en Nimega y bailar juntos la carmañola".¹¹

En verdad que difícilmente se representará uno al elegante general Miranda, un hidalgo castellano de corazón, filósofo por

la inteligencia, bebedor de agua con azúcar, cantando en medio de la plaza pública, desarrapado y con un pañuelo sucio al cuello :

*Oui, nous nous souviendrons toujours
des sans-culottes des faubourgs.*

Mientras tanto prosigue su bloqueo, disparando sus baterías sobre la ciudad e intimidando a los magistrados para que la rindan, obligando al comandante a que la entregue so pena capital: "Soy amigo del pueblo batavo, les dice; la nación francesa quiere romper los lazos de los batavos y entraremos en vuestra casa como hermanos y amigos; no es contra vosotros, sino por vosotros, por lo que hacemos la guerra al Estatuder". Luego amenaza con pasar a cuchillo la guarnición; no deja de insistir en la inutilidad de una defensa, que no haría más que agravar el caso de la ciudad. El sedicente comité batavo que tenía en su cuartel general, ayudándole lo mejor que podía, procuraba obtener de los magistrados y de los burgueses que rompiesen toda solidaridad con el gobernador: "Rendíos, decían los miembros de este comité a la población, puesto que las tropas francesas llegan como libertadoras". Pero no lo entendía de este modo el príncipe de Hesse: "He recibido el gobierno de parte de las Provincias Unidas, respondió a Miranda, y defenderé la ciudad contra todos los que quieran atacarla". En cuanto a los magistrados, respondieron que sus atribuciones concernían solamente a la policía, la justicia y las finanzas de la ciudad, siendo la defensa atribución exclusiva del gobernador.¹² Ante la noticia del éxito de Dumouriez renovó Miranda sus intimaciones y sus amenazas: "Emplearé los últimos medios, escribía al gobernador, para redu-

cir a la plaza por medio de su ruina absoluta". El príncipe limitábase a replicar: "El militar y el burgués están perfectamente de acuerdo para mantener su constitución y el juramento de fidelidad hecho a su legítimo soberano".¹³

Entonces se dieron órdenes para tirar con balas al rojo, mediante lo cual se esperaba, el 27 de febrero, tomar la plaza en dos días. Miranda anuncia a Dumouriez que dejará ese cuidado al general Valence, quien vino a verle en su cuartel general y le ha parecido "animado de la mejor voluntad de concurrir por todos los medios que están en sus manos" al buen éxito de los planes del comandante en jefe.

El ministro de la Guerra sigue aprobando todas las disposiciones tomadas: no se asombra de la resistencia de la plaza, que atribuye, sobre todo, a la presencia de los emigrados en sus muros; tiene, sin embargo, confianza en la constancia y la tenacidad de un general nacido español... La Convención ha visto "con mucha satisfacción la actividad con la cual el general apresura el ataque". Es esencial que dejando la dirección del asedio a Valence, Miranda avance para secundar a Dumouriez. Beurnonville no se explica por qué el asunto del comisario ordenador no está todavía arreglado, puesto que el 13 de febrero mandó a Manchón cerca de Miranda con esa cualidad. Este ministro, que está lejos de imitar los embrollos imbéciles de Pache, deja al general en ese respecto la mayor amplitud: "Escoja usted mismo un comisario de las guerras, tome todas las medidas posibles para que nada retrase sus operaciones".¹⁴

Habiendo parecido finalmente Petitjean, Miranda concierta con él y Thouvenot todo lo que atañe a las operaciones, decide que un cuerpo de 10.000 hombres tomará ante Maëstricht sus

posiciones y que él mismo marchará con 25.000 hombres sobre Kessel y Grave, a donde cree poder llegar el 4 y el 6 de marzo. Quiere seguir la orilla izquierda del Mosa, teniendo como vanguardia el cuerpo de Champmorin, que está al otro lado de Venloo y dejar 4 ó 5.000 hombres en Ruremonde bajo La Marlière, pues hay que tener en cuenta que Valence deberá llevar todas sus tropas a las orillas del Roër y al bloqueo de Maëstricht. Ordena, por otra parte, a D'Harville que tome a los austríacos la pequeña ciudad de La Roche, cuya posesión le parece necesaria. Miranda no tiene nada que temer por el lado de Beaulieu, pero lo desconocido queda siempre del lado del Roër. Espera que la plaza caerá "si nuestros éxitos en Holanda continúan". Las relaciones de Miranda con Valence son cordiales y seguidas; le comunica todos sus despachos.¹⁵

El conde de Merode-Westerloo ha recogido en sus "Recuerdos" las impresiones que producía en su alma de niño el bombardeo de Maëstricht: apenas tenía diez años de edad y se encontraba allí con su madre y sus tíos, el marqués de Beaufort y el vizconde de Caraman, alistados estos últimos en la legión de los emigrados que ayudaba al príncipe Federico de Hesse a defender la ciudad. Algunos datos de su narración son inexactos, pero muestra de un modo conmovedor cómo era la vida en la fortaleza durante el bombardeo. Su familia llegaba del castillo de Peterheim donde, en noviembre de 1792, inmediatamente después de Jemmapes, había recibido oficiales franceses, siendo de notar entre ellos el duque de Chartres. Confundiendo a su vez los datos, el difunto Dionisio Cochin, al recordar este hecho en su "Luis Felipe", ha creído poder colocar un rasgo a Miranda que no merecerá sin duda ser tachado de "me-

diocridad", con tanta razón como merecería serlo el libro de este autor.

En Maëstricht, el joven Merode vio pasar bajo las ventanas del hotel de su familia un oficial francés "mal vestido, con los ojos vendados" (era el coronel D'Arnaudín), quien iba a intimar al gobernador la rendición de la ciudad. Habiendo respondido el príncipe como sabemos, Miranda ordenó en seguida la aceleración de los trabajos del sitio, bajo el fuego de la artillería holandesa. En los primeros momentos, el niño se paseaba por los baluartes "para ver disparar a los sitiados", cuando apercibió un tamborcillo francés, un niño no mayor que él, que acababa de volver la espalda al enemigo y a quien un proyectil cortó en dos.

Una de las primeras bombas hizo explosión en el atrio del hotel de Westerloo y estuvo a punto de matar a los hermanos del autor de esos "Recuerdos"; hubo que refugiarse en las bodegas cuyos respiraderos fueron tapados con estiércol y que pronto se encontraron llenas. La princesa de Grimberghe abandonó precipitadamente su vivienda de la calle de Bois-le Duc, donde las bombas caían como granizo; la marquesa de Beaufort llegó también con sus hijas. Organizóse una vida normal en ese lugar, que apenas era abandonado el tiempo necesario para hacer las camas y para almorzar. Las nobles damas, aterrorizadas, se confesaban dos veces al día con el gran vicario de Soissons; el príncipe de Hesse, el duque de Chatillon, el cardenal de Montmorency y el marqués de Beaufort iban por la noche a visitarlas y llevarles noticias. El niño se escapaba a veces del escondite y se iba arrogantemente con su hermana, la futura condesa de Thienness-Lomboise, a ver estallar las bombas que "el general carmañol" hacía llover sobre la plaza. "Luego, dice Merode, nos

mandó cadenas, verjas y piedras; habían mandado al ejército de sitio las bombas que convenían a la artillería francesa que asediaba a Breda y al sitio de Breda, las que debían ser lanzadas sobre Maëstricht." Entretanto, habitantes revolucionarios hacían llegar a los franceses por el Mosa, y mediante el sistema de botellas flotantes, informes sobre el estado de la plaza.¹⁶ Miranda contradice formalmente lo que se informaba de otra parte sobre el calibre de las bombas: una mujer, la Dubois, titulándose capitán del 7.º batallón de París llevaría esa acusación ante el Comité de seguridad general; este virago pretendía además que las municiones estaban mal ordenadas; que no había cartuchos preparados, que no existía ni una sola pieza de a cuatro que estuviese montada cuando el ataque, que había granadas, pero se carecía de pólvora; que no se había podido calentar las bombas hasta la víspera del día en que fue levantado el sitio. Todo esto fue vanamente reprochado al general Miranda;¹⁷ no es menos cierto que tuvo que hacer advertencias al general D'Hangest acerca de la insuficiencia del fuego de la artillería: D'Hangest respondió que si las bombas no habían podido ser caldeadas, no era tanto por el carbón como por el mal estado de los hornos. El jefe de la artillería aconsejó que se hiciera cesar el tiro de sus baterías de dieciséis, con el fin de que cuando estuviesen reconstruidos los hornos, cuyo modelo daba, pudiesen ser dirigidos sobre la fortaleza todos los fuegos a la vez.¹⁸ En cuanto a lo de las piedras u otros proyectiles de esa especie, el hecho no tiene nada de inverosímil y cabe recordar, a este propósito, que algunos meses antes el duque de Sajonia-Teschen, a falta de municiones, lanzó a su vez sobre Lila barras de hierro, cadenas y piedras.

Por otra parte, los periódicos holandeses pretendían que el bombardeo tal como el de Venloo, que Champmorin operaba en ese momento, destruía las casas y arruinaba a los habitantes, más que rompía las obras fortificadas. Maëstricht ha sido bombardeado de la manera más violenta, día y noche, comunicaba el príncipe de Hesse a los Estados Generales; a partir del 24 en la noche hasta el 27 por la tarde y después de un corto intervalo, hasta el 1 de marzo a las dos de la madrugada.¹⁹ La ciudad tuvo 841 casas dañadas, sin contar los edificios públicos, iglesias, conventos, etc.²⁰

En París se tenía por cosa descontada la toma de la ciudad, y queriendo alejar a los voluntarios de la capital, Jeanbon Saint-André proponía a la Convención enviarles "a recoger en Maëstricht los laureles de la gloria".²¹

Pero el sitio se eternizaba: era evidente que Miranda no tenía bastante con sus 12.000 hombres para poner término a la resistencia de la fortaleza, que estaba bien provista y defendida por una numerosa guarnición. El viejo general Bouchet expresaba sus dudas por el éxito de la operación y se remitía a la casualidad de las armas republicanas, pues decía que los medios físicos no estaban en modo alguno proporcionados con la grandeza de la empresa.²²

Miranda ordenó a Le Veneur que hiciese llegar de Saint-Tront o de Lieja piezas del doce para arrojar bombas al rojo sobre Vik, al mismo tiempo que sobre la plaza. Esta acumulación de artillería debía hacer muy dificultosa la próxima retirada, la cual fue, sin embargo, hábilmente dirigida, pues se trató entonces de salvar todo ese material extremadamente pesado, ganando en velocidad al enemigo. El general estaba harto fastidiado:

"Es, escribe, todo lo que podemos hacer en esta estación y con los medios y las órdenes que me han dado"; no le habían mandado a hacer un asedio, sino un bombardeo. Un oficial del estado mayor de Le Veneur había ido a "dictar preceptos, a criticar disposiciones"; Miranda se impacienta: "Procure usted, escribe secamente a su teniente, hacer su operación en el sentido sencillo y literal que traen sus órdenes, conformes en todo a las disposiciones del general en jefe Dumouriez y no en el espíritu que me parece darlas este oficial de estado mayor, que vino a hablarme sobre esto de parte de usted esta mañana". Añade, sin embargo, que el general D'Hangest proveería, en caso necesario, lo que pudiera ser útil para la nueva batería.²³

Es probable que entre los oficiales que se entrometieron queriendo aconsejar a Miranda y que probaron sus rabotadas se encontrase el coronel Gobert, a juzgar por ciertos pasajes de la exposición que este personaje publicó en un momento en que una injuria dirigida a Miranda, preso a la sazón, podía, si no servir como título de gloria, halagar al menos la pasión de los poderosos del día. Este oficial, que en su Memoria insulta a casi todo el mundo, dice, en efecto, que "Miranda, el cual mandaba ese sitio, parecía que quisiera impedir su buen logro haciendo inútiles a los ingenieros y sus trabajos y burlándose de todos los buenos consejos que se le dieron en esa ocasión; en fin, que no hubo falta que no cometiese contra todas las reglas del arte militar". El tono de esta crítica basta para que se juzgue su valor y para que sea posible darse cuenta del estado de espíritu en que Gobert seguirá hablando del general venezolano con referencia a las operaciones ulteriores.²⁴

Sin embargo, las advertencias se multiplicaban acerca de los preparativos del enemigo, al otro lado del Roër. Los oficiales de vanguardia comunicaban los informes de los espías, según los cuales las fuerzas de Clerfayt se elevaban a 30.000 ó 40.000 hombres. El 28 de febrero, el ayudante general Montjoie enviaba desde Aquisgrán el oficial de ingenieros Tardy al general Valence (al que, desgraciadamente, no encontró hasta la mañana del 2 de marzo, en Lieja), para darle parte de los movimientos que se advertían en el ejército austríaco. Los caballos de los campesinos arrastraban la artillería y se operaban concentraciones que parecían indicar, bien una operación sobre Ruremonde o sobre la izquierda de las posiciones francesas, con el fin de pasar el Mosa y de socorrer a Maëstricht. Clerfayt había dejado su cuartel general de Bergheim para transportarse a otra parte.²³

NOTAS

¹ G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de febrero 1793. Extracto de las gacetas de Leyde. Carta de Aix-la Chapelle, 22 febrero.

² A. N. W1 271. 30.

³ G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de febrero 1793. Expediente del 21 de este mes. Orden del 20 al 21 de febrero.

⁴ Ibid. Ordenes dadas desde el cuartel general, en Hochtten, firmadas por el coronel ayudante general Arnaudin.

⁵ Benoit-Louis Bouchet nació en Besançon en 1731, había hecho la guerra en Flandes, Alemania, Ginebra, y servido en Santo Domingo, de 1763 a 1766. Nombrado teniente general en 1792, después de más de cincuenta años de servicios. Permaneció quince meses en prisión después de la defección de Dumouriez; Carnot le volvió a poner en libertad. Retirado en termidor año II. (G. Expediente de Bouchet.)

⁶ A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 43. 9 febrero. Interrogatorio de Scherff por el general Ihler. Nota de mano de Miranda: «El número efectivo, 6.000, aproximadamente». M. R. Lavergne (*Les Emigrés français au siège de Maestricht en 1793*. Extracto de la Revista de cuestiones históricas, abril 1893) escribe: «De algunos documentos inéditos cuyo sentido vamos a dar a conocer, resulta que la verdad estaba igualmente alejada del optimismo falaz de Dumouriez y las afirmaciones exageradas de Miranda». Según estos documentos que están en la posesión del marqués de Tressan, sólo habría habido en las murallas de Maestricht «algunos cañones que se utilizaban los días de fiesta o hacían los honores», y cerca de 4.200 hombres que «tenían fusiles». En cuanto a los emigrados eran «alrededor de 2.000 gentilhombres y más de 500 sacerdotes en torno a Maestricht, porque el príncipe de Hesse declaró que no les recibiría en la ciudad misma; que expulsaría a los que se encontrasen en ella, como bocas inútiles». Ante esta hostilidad es por lo que el conde de Blagny ofreció al gobernador constituir con los emigrados un cuerpo destinado a cooperar en la defensa de la plaza. (Véase Félix Magnette: *Les Emigrés français aux Pays-Bas (1789-1794)*. Biblioteca del Instituto, 8.º AA. 73J.) Se ve que la estimación de Miranda sobre el número de defensores de la ciudad era inferior a la realidad.

⁷ G. Ejército del Norte. Corresp. Cochelet a Beurnonville, 2 febrero.

⁸ Ibid. Miranda a Beurnonville, 25 febrero.

⁹ Rojas, p. 78. Miranda a Dumouriez, 25 febrero.

¹⁰ A. N. WI 271. 30. Dumouriez a Miranda, 22 febrero.

¹¹ Rojas, p. 81. Dumouriez a Miranda, 26 febrero.

¹² G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda al príncipe de Hesse y a los magistrados del pueblo libre de Maestricht; el comité bávaro a los miembros de la magistratura; respuesta del príncipe y de los magistrados, 24-25 febrero.

¹³ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda al príncipe de Hesse; respuesta del príncipe, 27 febrero.

¹⁴ G. Ejército del Norte. Corresp. Beurnonville a Miranda, 28 febrero; Registros, a Valence, 26 febrero. Acta de la sesión de la Convención nacional del miércoles 27 febrero. VI, 485. Rojas, p. 1, Beurnonville a Miranda, 2 marzo.

¹⁵ Rojas, p. 83. Miranda a Dumouriez, 27 febrero; G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 27 febrero.

¹⁶ Mérode, I, 48 y siguientes.

¹⁷ G. Ejército del Norte. Corresp. Informe al Comité de seguridad general, 1 abril 1793. Hay una carta original de la mujer Dubois.

¹⁸ Proceso de Miranda. Respuesta del general al testigo Lefèvre.

¹⁹ G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de febrero 1793. Extracto de las gacetas de Leyde. Carta de La Haya, 5 marzo.

²⁰ Goofers, citado por Verhaegen, I, 98.

²¹ Wallon: *La Révolution du 31 mai et le fédéralisme en 1793*, I, 103.

²² Chuquet: *La Trahison de Dumouriez*, p. 44.

²³ Rojas, p. 90. Miranda a Le Veneur, 28 febrero.

²⁴ B. N. 8.º Lu 27. 8831. Relato del general de brigada Gobert (Jacques-Nicolas) desde el comienzo de la guerra, p. 5. Gobert era capitán de ingenieros cuando estalló la guerra. Sirvió bajo Dillon, en Argona, como jefe del estado mayor de la vanguardia, luego bajo Valence, en Namur, finalmente bajo Diethmann, en Saint-Trond. Hemos visto que fue encargado de los trabajos de la abertura de la trinchera de Maestricht. Se hallaba en Neerwinden, y fue jefe del estado mayor de Dampierre cuando este general recibió el mando supremo. Gobert en su relato dice ingenuamente que, encontrándose en Philippeville, en julio 1793, «esperaba cubrirse de gloria rechazando al enemigo, si se hubiese atrevido a atacar». Desgraciadamente se le suspendió de sus funciones.

En la carta de Miranda a Le Veneur, del 28 febrero, citada más arriba y publicada por Rojas, se dice, en nota, que el oficial «a las órdenes» era Joubert. Ahora bien, en las Notas sobre las Memorias de Dumouriez, por Servan (B. N. La 33. 49) el nombre de este oficial está escrito «Imber»: ¿No hay en ello una confusión? El oficial ¿no sería en realidad Gobert? Este se encontraba precisamente en la orilla derecha del Mosa, donde mandaba el general Le Veneur. En todo caso, el odio del ingeniero se manifestó en lo sucesivo de un modo bastante vivo; considerando a Miranda «como el autor de nuestra afrenta», escribía a un diputado que este general era «inepto y traidor y, en ambos casos, incapaz de servir a la República».

²⁵ A. N. WI 271. 30. Valence a los comisarios de la Convención, 14 marzo.

CAPITULO XI

LA RETIRADA HACIA LOVAINA

HE aquí que se derrumba el fantástico plan de Dumouriez. El 1 de marzo, el príncipe de Coburgo, a quien Dumouriez creía inmovilizado e incapaz de moverse, pero cuya ofensiva tenía prevista Miranda, cae sobre las tropas de La Noue: son forzados los acantonamientos del Roër, el ejército francés, que no se había defendido con el valor que Miranda le exhortó que desplegara, ha sido batido en Aldenhoven y su derrota arrastra la retirada general. El siguiente día, a las once de la mañana, Miranda recibió en su cuartel general de Hocht en una carta de los generales que mandaban la vanguardia, informándole de la marcha de 35.000 enemigos sobre Maëstricht: "lo que se había previsto, general, ha sucedido, le escribe La Noue: el enemigo se ha presentado esta mañana con fuerzas muy superiores y me ha atacado al mismo tiempo en los dos flancos".¹

Miranda toma rápidamente su partido hay que levantar ese asedio, que Servan calificará más tarde de ridículo y que había

durado seis días. Los sitiados tiraron 32.000 cañonazos y los sitiadores no tuvieron más que 20 muertos y 10 heridos.² Los sitios en esos tiempos no eran demasiado mortíferos; el de Breda no costó la vida más que a una veintena de hombres. Jomini cree que la resistencia de Maëstricht fue una fortuna, pues si Miranda se hubiese comprometido del lado de Nimega, probablemente hubiese estado perdido.³

Miranda ordenó a Le Veneur que abandonase Wyk, atacado por el enemigo tres horas después. Se preocupa de impedir que los austríacos utilicen el puente de Rekem, que habrá que dejar a la orilla izquierda o quemar en caso de necesidad. Le Veneur y Blottere han recibido orden de defender, si es posible, el curso del Mosa hasta Ruremonde, con el fin de facilitar la retirada del cuerpo de La Marlière, que se halla expuesto. El quinto regimiento de húsares debe ir al pueblo de Sumermaes para reunirse con las tropas de la retaguardia y cubrir la marcha de la artillería, al mismo tiempo que el cuarto regimiento se retirará hacia Tongres, teniendo cuidado de acercarse lo menos posible a Maëstricht. También serán tomadas medidas en lo que concierne a la caballería.⁴

Ese mismo día, muy temprano, Valence, que tomaba el título de "general en jefe con mando en ausencia de Dumouriez", tomó con Jouvenot disposiciones que comunicaba a Miranda: éste debía, o bien pasar el Mosa para reunirse con Le Veneur y librar batalla, o bien tomar delante de Maëstricht, en la orilla izquierda, una posición que permitiese defender el río. La Marlière podría conservar el paso en Ruremonde y Champmorin en Venloo; en cuanto a Valence permanecería en Herve. El tren de asedio debía ser dirigido sobre Saint-Trond. Miranda podría

escoger entre estos dos planos, según la situación en que se encontrara.⁵ No se ve en su carta a Valence, fecha del mismo día 2 de marzo, que haya recibido instrucciones anteriores, pero es probable que esa carta era ya una respuesta. "En la situación en que estamos, decía aquí Miranda, replegadas nuestras avanzadas y usted con todo el cuerpo de tropas entre el Roër y el Mosa, fuera de estado impedir al enemigo que entre en Maëstricht por el puente del Wyk, el partido que tenemos que tomar es el de hacer que Le Veneur vuelva a pasar por Visé y reuniéndome con él con los cuerpos de tropas que están en el cerco de Maëstricht, tomar una posición entre Visé y Tongres, para proteger la retirada de mi artillería y tratar de contener al enemigo hasta que, juntas las fuerzas de usted con las mías, nos encontremos en estado de atacar al enemigo y batirle. Los cuerpos de Champmorin y de La Marlière podrán contener a los prusianos, conservando la orilla izquierda del Mosa, lo cual facilitará el movimiento que el general Dumouriez querrá hacer después del conocimiento de nuestra posición actual. Habiéndome asegurado el oficial de ingenieros Tardy que todos los generales dan como cierta la fuerza de los enemigos en 30.000 hombres, por lo menos, yo no podría, con un cuerpo de tropas de 10.000 a 12.000 hombres, todo lo más, abandonar la artillería y marchar sobre ellos para detenerles, mientras que una guarnición de 7.000 hombres podría tomarme por la espalda. Doy mis órdenes en consecuencia y ruego a usted que me comunique todas sus disposiciones para proceder de acuerdo."⁶ Se ve que una de las principales preocupaciones de Miranda consistía en salvar su artillería, y que tomó todas las medidas necesarias al efecto; cabe, pues, el derecho de asombrarse al oír a algunos historia-

dores repetir que Valence y Bouchet debieron de mandar el salvamento de esas piezas: en esos momentos Valence estaba en Lieja, y el general Bouchet colocado a las órdenes de Miranda.

Veamos ahora lo ocurrido en el lado contrario.

El ejército austríaco, reorganizado bajo el mando del príncipe de Coburgo, se componía de 45 batallones de infantería y 56 escuadrones, con un total de 40.000 hombres y mucha artillería: el coronel Mack era su jefe de estado mayor. La izquierda de este ejército estaba mandada por el príncipe de Wurtemberg y se apoyaba en el cuerpo de Baulieu, en Arlon el conde de La Tour formaba la derecha; el archiduque Carlos mandaba la vanguardia con 20 unidades,⁷ mientras que el general Wenckeim quedaba establecido en la extrema derecha, hacia Ruremonde. En Wesel, el duque de Brunswick-Oels cubría el flanco derecho con 10.000 prusianos.⁸ El 26 de febrero las tropas austríacas vinieron a concentrarse alrededor de la plaza de Juliers.

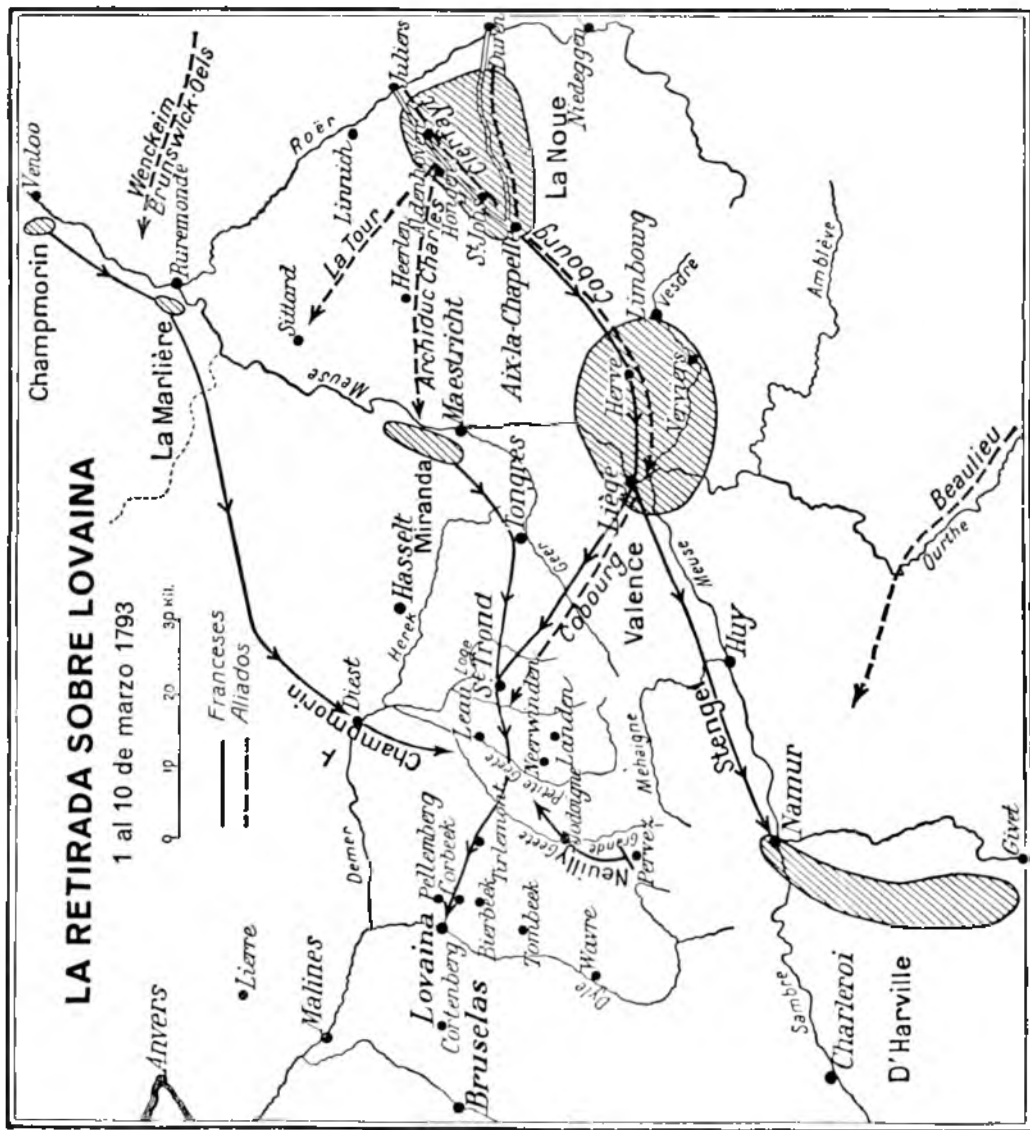
El ejército francés de observación estaba en situación malísima, tanto más cuanto que se hallaba puesto, por ausencia de Valence a las órdenes del general La Noue, "anciano respetable al que su mucha edad privaba de la actividad necesaria para cumplir los deberes de tan grande mando", insuficientemente ayudado, además, por Thouvenot, "quien no se había tomado el menor cuidado de justificar la elevada confianza del general en jefe". D'Harville ocupaba Namur; Neully, Stavelot; Stengel se apostaba en el Roër; Dampierre, en Aquisgrán; Miaczynski, en Rolduc. Habían sido atrincheradas las posiciones de Eschweiler, de Hongen y de Aldenhoven. Los generales La Marlière y Champmorin se extendían a la izquierda, en el Schwalme, hacia Venloo. Es sorprendente, advierte Jomini, ver

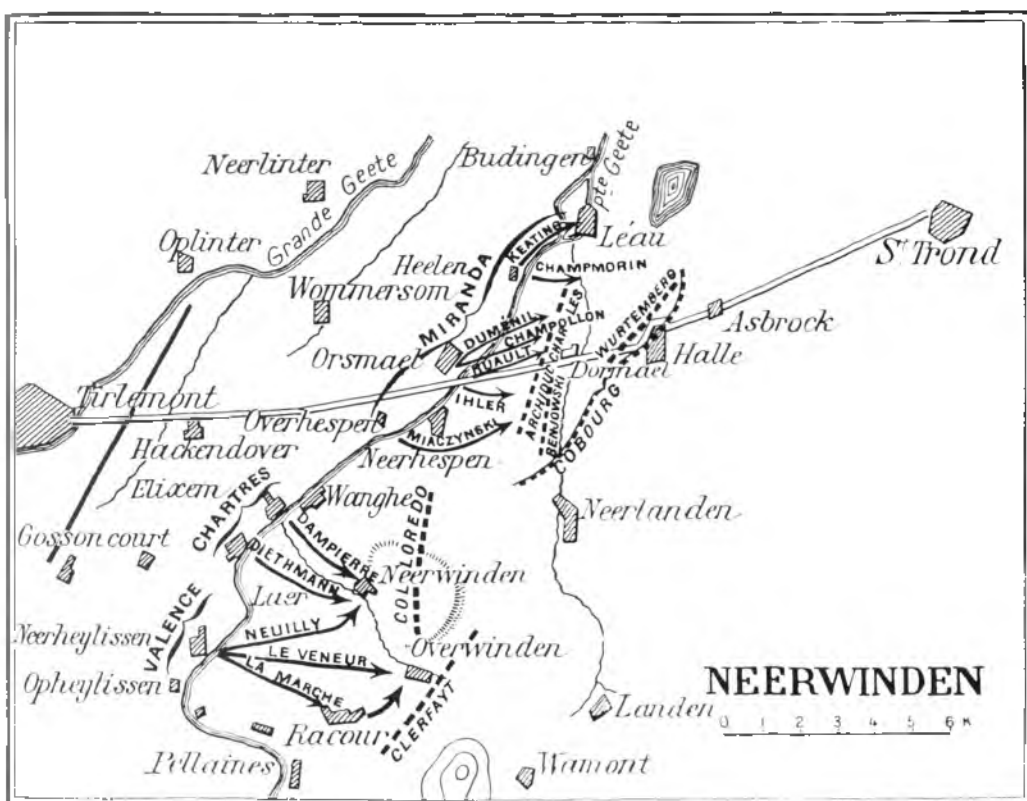
LA RETIRADA SOBRE LOVAINA

1 al 10 de marzo 1793

0 10 20 30 kil.

— Franceses
- - - Aliados





cómo se dividían de ese modo los franceses, en vez de concentrarse en las fuertes posiciones que rodean a Aquisgrán.⁸ Sea de ello lo que fuere, las disposiciones inmediatas para la defensa de los acantonamientos fueron tomadas por Stengel y La Noue.¹⁰ "Cuando llegué a Aquisgrán, dirá La Noue, Stengel me comunicó un plan de defensa; le encontré tan perfectamente combinado que lo adopté en su totalidad."¹¹ Admitiendo que La Noue hubiese encontrado malas las posiciones, como parecían serlo, en realidad no se puede hacer pesar sobre Miranda, cuyas recomendaciones no fueron observadas, la menor responsabilidad de lo que pasó en el Roër.

El enemigo franqueó el Roer por Duren, en tres columnas; las tropas francesas quedaron deshechas al primer choque: la línea fue rota, escribe el general inglés Money,¹² y no habiendo ni reductos, ni pueblos fortificados, la confusión llegó a ser extrema y el ejército se precipitó en desorden sobre el Mosa. No hubo, por lo tanto, sorpresa: todos los acantonamientos, dice el general La Noue, estaban advertidos desde la víspera de que el enemigo se disponía a pasar el río y permanecieron sobre las armas toda la noche. Cada jefe tenía instrucciones particulares respecto a los diferentes puntos a que debería replegarse.¹³ El general confirmó estos hechos en su interrogatorio ante la Convención.¹⁴ El veterano jefe expuso valerosamente su vida, tratando de reunir a los soldados que huían,¹⁵ pero todos sus esfuerzos fueron vanos: "Los dragones que debían proteger la artillería, no han sostenido la carga de los enemigos. En fin, todas las tropas, sea de los reductos, sea de las que había puesto para apoyarles, fueron sordas a mi voz y me dejaron solo".¹⁶ ¡Y los voluntarios! Probaron en esta ocasión "que el juramento que

habían hecho de vivir libres o morir, era un juramento de sobremesa. Una prodigiosa cantidad de esos voluntarios arrojó las armas y las mochilas para poder correr mejor".¹⁷ Stengel quiso hacer frente cerca de Eschweiler, pero tuvo que desistir ante la amenaza de un ataque de flanco. Los dragones de La Tor acuchillaron a los fugitivos; a la derecha, Clerfayt se lanzó sobre Adenhoven, y otra división sobre Linnich. Por doquiera, la caballería austríaca arrollaba las tropas en dispersión. Clerfayt anunció por correo a la guarnición de Venloo que había matado o herido 1.400 hombres a los franceses, hecho 600 prisioneros, tomado 12 cañones, 13 carros de municiones y toda la caja militar; combinando sus fuerzas con las de Brunswick-Oels, podría marchar sobre Maëstricht para levantar el cerco.¹⁸

Al otro día, el archiduque Carlos llegó a Heerlen y a Fauquemont; el grueso del ejército a Rolduc. Aquisgrán había sido abandonado por Dampierre, recuperado luego por la brigada de Miaczynski; el príncipe de Wurtemberg le atacó y siguióse un áspero combate. Los burgueses desde la ciudad ayudando a los imperiales, arrojaron ventanas sobre los franceses.¹⁹ El ejército se replegó a Lieja; cuando pudo congregarse al otro lado del Mosa había perdido 7.000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.

El 3 de marzo, por la mañana, el archiduque estaba delante de Maëstricht, y atravesando el río entraba en la ciudad acompañado por el príncipe de Coburgo y por el general Clerfayt.²⁰ Wurtemberg marchó hacia Henri-la Capelle y La Tour Sittard.²¹

Valence reitera sus instrucciones para que Miranda tome una posición fuerte y audaz ante Maëstricht y espere allí los cuerpos de Champmorin y de La Marlière, sin lo cual ambos

generales corrían riesgo de quedar separados de él. Estima que si Miranda se aleja demasiado deprisa de Maëstricht, él, Valence, no tendrá tiempo de evacuar a Lieja sin ser cortado, en efecto, y sin perder todo lo que hay en esa ciudad. Es preciso defender el Mosa: Miranda por la izquierda, Valence por la derecha, hasta la llegada de Dumouriez, que no puede tardar. Le Veneur, La Marlière y Champmorin deben ejecutar las órdenes de Miranda.²² Valence siente las mayores inquietudes por Le Veneur y está desolado, no sabiendo qué partido habrá tomado Miranda, pues no ha podido ser interceptada la correspondencia de este general. La Noue ha perdido mucha gente y cañones y es grande el desorden entre las tropas.²³

Por medio de una imprudente falsificación de los hechos históricos, el conde de Ségur ha logrado asignar a su amigo Valence el más lucido papel en estas peripecias, arrojando la responsabilidad del fracaso sobre Miranda, quien no habría ejecutado las órdenes recibidas. Es inútil refutar su narración, tendenciosa y fantástica, pero importa citar de ella este extracto: "El general Dumouriez, dice, obligado a dejar Holanda y creyendo, según los informes de Miranda, que Valence estaba batido y todas sus fuerzas destruidas, encontró reunidos los tres ejércitos, como lo probó la carta que escribió al general Valence". Y Ségur, excediendo por completo la medida produce una pieza que demuestra precisamente lo contrario de lo que quisiera probar: "No hallándome en los lugares —habría escrito Dumouriez a Valence—, no juzgando tan grande el mal, porque la confusión no se puede someter a cálculo, he podido creer por un momento que usted exageraba el daño y la necesidad de que yo me restituyese al ejército, porque los relatos de usted, que no

contenían, sin embargo, más que la exacta verdad, diferían demasiado de los del general Miranda, quien, con las mismas miras que usted y con intenciones igualmente buenas, atisbaba en los acontecimiento más recursos, no habiendo tal vez profundizado, tanto como usted, la pérdida enorme que ha habido en equipos y subsistencias, porque el cuerpo que mandaba personalmente había sufrido mucho menos que el que usted ha salvado".²⁴ El mismo Miranda ha refutado los asertos de Ségur y calificado de apócrifa esta carta atribuida a Dumouriez, la cual no puede, en modo alguno, constituir un documento justificativo para el general Valence.²⁵

El 3 de marzo, Miranda ocupa Tongres con un cuerpo de 6.000 hombres; encarga a Le Veneur que conserve con un número igual de tropas las comunicaciones entre Visé y Lieja, a donde piensa ir con el general Bouchet para ponerse de acuerdo con Valence. Por Lieja debía conservar el contacto con el general La Noue, cuyo ejército estaba separado del suyo por el enemigo, pero con el que no podía intentar reunirse sin abandonar Tongres y Visé, donde los austríacos llegarían a cortar completamente en dos los ejércitos franceses.²⁶ Miranda había salvado toda su artillería, que se dirigía a Lovaina por la calzada de Lieja, donde se distinguieron el teniente coronel Songis²⁷ y el capitán Hoche, ayudante de campo de Le Veneur. El general conde de Blotrefière, mandando la retaguardia, cubría la retirada.²⁸ Miranda preveía que Champmorin y La Marlière ganarían pronto Saint-Trond por Diest.²⁹ El general Egalité, que mandaba el cuerpo apostado en Tongres, recibió orden de enviar algunas tropas a reforzar Le Veneur e Ihler, cuya posición en Visé era peligrosa y muy importante de conservar; por otra

parte, debía de hacer reparar el camino de Tongres para ganar directamente Saint-Trond. Miranda le transmitió sus instrucciones desde Lieja, a donde había ido, como ya hemos indicado, para conferenciar con Valence.³⁰

De acuerdo con los comisarios, Miranda llama a Duval, que había sido enviado a Bruselas para mandar en Brabante y el Henao: era un oficial a quien apreciaba muy particularmente.³¹ Pero Duval no se unió a Miranda, pues le dijeron en Saint-Trond que las comunicaciones con Lieja estaban tal vez interrumpidas; retrocedió para ir a tomar el mando en Bruselas.³² Afligido por una dolorosa enfermedad renal, el viejo general corrió por la posta toda la noche hasta Saint-Trond. Allí los comandantes de artillería y de ingenieros le hicieron ver que ya que los generales Igualdad y Ruault, obligados en Tongres, reculaban hacia Lieja, en buen orden, era inútil que persistiese en llegar a esa ciudad en coche. En el camino de Bruselas, a la vuelta encontró la artillería del ejército del Norte y la impedimenta de los diferentes regimientos, que ocupaban la calzada en una extensión de quince leguas. Tomó disposiciones para dar parque a la artillería de sitio, que había llegado a Bruselas.³³

Parece imposible saber exactamente lo que pasaba en tal momento en el cuartel general francés. Los comisarios de la Convención, que debieran ayudarnos a descifrar la verdad con sus informes a los diferentes órganos del gobierno, añaden más bien oscuridad por sus flagrantes contradicciones. Escriben desde Lieja a la Convención, el 3 de marzo: "Hemos ido también a ver las tropas y las hemos recordado, en nombre de la Convención nacional, los deberes que las imponen la patria y su propia gloria. No han parecido sensibles a nuestros discursos y

dispuestas a batirse con valor. En este momento salimos de una conferencia con el general Miranda (llegado expresamente de Tongres esta noche), el general Valence y el general Thouvenot. Tenemos derecho a creer, de acuerdo con las medidas que han sido concertadas ante nuestros ojos, que se conseguirá conservar la ciudad y el país de Lieja". Ahora bien, ese mismo día los comisarios escribían en estos términos al Comité de defensa general: "El ejército, retirado de Aquisgrán y de los alrededores está casi enteramente desbandado: el enemigo estará en Lieja tal vez mañana, quizá esta noche misma... No hablamos así a ustedes, sino conforme a lo que dice el propio general Valence, desde cuya casa les escribimos: asegura que si Dumouriez no llega de repente no puede responder de los acontecimientos".⁵⁴ En el proceso de Miranda, Gossuin declarará que este general respondía de Tongres, al mismo tiempo que decía no conocer los alrededores de Lieja; que Valence perdía absolutamente la cabeza y que Thouvenot era un hipócrita. El comisario, pretendiendo que los generales no sabían nada de dónde se encontraba el enemigo, se atrajo esta respuesta de Miranda: "El testigo se engaña: era fácil saber que el enemigo se hallaba en Maëstricht; y en lo que se refiere al conocimiento del terreno, yo tenía mi mapa". Miranda añadió que había tomado todas las medidas necesarias para no verse cortado, lo cual era lo esencial, y que lo había conseguido.⁵⁵

Una cosa parece cierta: el aturdimiento de Valence. Los comisarios informan que es el general Thouvenot, jefe del estado mayor, quien, desde la mañana (Miranda no llegó a Tongres hasta la noche del día 3) "ha llegado, con una actividad y una sangre fría por encima de todo elogio, a reunir todos los bata-

llones que se habían dispersado desordenadamente en esta ciudad (Lieja) y les ha hecho volver sobre Herve".³⁶

Hablando de estos acontecimientos, Albert Mathiez repite obstinadamente que es "la derrota del ejército de Miranda", en Aquisgrán, lo que hace fracasar la expedición de Holanda. Si todos los juicios de un historiador tan apreciado no tuviesen más valor que los que aporta tan ligeramente respecto a Miranda, ni aun en el público mejor dispuesto a favor de las opiniones que profesa, gozaría el crédito de que disfruta.³⁷ Por otra parte, Mathiez no hace, digámoslo así, más que copiar a sus maestros y colegas, quienes no han escrito ni una sola palabra de verdad sobre la conducta de Miranda en esa época; repítámosle, pues, que el ejército de Aquisgrán estaba a las órdenes directas del general La Noue y bajo el alto mando del general Valence que no apareció por allí. Miranda no fue batido, propiamente hablando; al contrario, salvó su cuerpo de ejército de 12.000 hombres, que estaba en peligro de quedar encerrado entre la plaza de Maëstricht y los 40.000 austríacos que detenían el campo. El capitán Barthelemy, en una obra de vulgarización, publicada hace una treintena de años, ofrece también la fábula de "la gran precipitación y del completo desorden" en que se hizo la retirada de Miranda, el cual habría perdido los bagajes de sus columnas.³⁸ El autor quiere, sin duda, hablar de Igualdad, que perdió sus almacenes en Tongres, donde hay que decir que se vió atacado por fuerzas muy superiores. Es preciso renunciar a disipar todos los errores de hecho de que están llenos la mayor parte de los libros relativos a esta campaña y limitarse a señalar de paso los más llamativos. "En el levantamiento del sitio y en la retirada de las tropas inmediatamente a mis órdenes,

no he perdido ni una boca de fuego ni treinta hombres", decía Miranda en su libro de respuesta a las injurias de Eustace;³⁹ "con pérdida de todos nuestros bagajes, sin perder, no obstante, ni una pieza de artillería", escribe el mismo odioso Gobert.⁴⁰ El levantamiento del bloqueo informan los comisarios Gossuin y Merlin el 3 de marzo, se ha verificado "en el mayor orden y sin perder la menor cosa."⁴¹ El príncipe de Hesse dice haberse apoderado, después de la partida de Miranda, de algunos carros de municiones, de equipos, de dos morteros y de algunas bombas de sitio; añade que los prisioneros que ha hecho, reunidos a los que le han sido remitidos por los austriacos, no pasan del número de 150".⁴²

Valence había mandado al general Dumouriez "un mensaje de angustia", suplicándole que fuese en persona a infundir valor al ejército y cambiar el plan de campaña: "¡Ha terminado nuestro sueño en Holanda!, exclama. Hay que sostenerse el tiempo que haga falta para que Miranda se decida a pasar el Mosa, con el fin de dar la batalla, o a levantar el cerco de Maëstricht, si no quiere pasar el Mosa".⁴³

¡Pero era insensato que Miranda pudiera presentar batalla! No podía hacer otra cosa más que retirarse para salvar sus tropas: esa batalla es La Noue, es Valence quienes no hubieran debido perderla. En la Convención, el 8 de marzo, Delacroix no acusará a Miranda, sino más bien a los jefes negligentes que no habían tomado las medidas propias para cubrir el asedio. Además, el comisario alegó los malos acantonamientos, la falta de caballería, los informes erróneos llegados al cuartel general de Lieja. "El enemigo era tres veces más fuerte que yo", dirá Miranda ante el Comité de la guerra.⁴⁴ Tenía sobre sí casi todo

el ejército austríaco, mientras que apenas un cuerpo de 10.000 hombres hacía presión sobre Valence.⁴⁵ El fracaso de Aquisgrán, escribía Dumouriez a los comisarios, "necesita el levantamiento del cerco de Maëstricht".⁴⁶ Y el mismo Valence, ¿no decía al ministro de la Guerra que este fracaso "había puesto al general Miranda en el caso de abandonar el bombardeo de la ciudad?" La retirada, añadía, "debe cambiar las disposiciones tomadas para el sitio".⁴⁷ Sólo Beurnonville podía juzgar todavía el 6 de marzo, en su gabinete de París, que todos los esfuerzos debían dirigirse sobre Maëstricht, cuya toma le parecía el único medio de contener al enemigo.⁴⁸ El ministro probaba a tranquilizar a la Convención respecto al cese del bombardeo, "suceso poco importante en sí", y tratando de creer que el remedio consistiría en atacar a la fortaleza en forma.⁴⁹ Además, dice tener "entera confianza en el vigor" de Valence y de Miranda, a quien ordena que se reúna con aquél para formar un ejército de 40.000 hombres. En todo caso, espera la toma de Lieja por los austríacos, ya que la ciudad no está fortificada.⁵⁰ Hablando todavía a la Convención, el 9 de marzo decía que las noticias recibidas del general Miranda "confirmaban que los enemigos se retirarían delante de las tropas de la República".⁵¹ Era falso: Miranda no dijo nunca que el enemigo se retiraría; escribió, sencillamente, que el general Ihler había rechazado las fuerzas que asaltaban a su cuerpo en retirada y que lo mismo aconteció con los primeros ataques dirigidos contra Tongres, luego sobre Haccourt y Herve,⁵² lo cual era perfectamente cierto.

En París, el *patriota francés* de Brissot era el gran mixtificador que, deformando las noticias desfavorables, sacaba partido para elevar la moral de la población, por medio de ridículas

tiradas sobre la libertad, la igualdad y el progreso de la nación. Con toda la Gironda, Brissot exclamaba que era preciso ser cómplices de los prusianos o jugadores a la baja para pedir lectura en la tribuna de las cartas alarmantes de los comisarios en Bélgica, y hacía valer las pretendidas afirmaciones de Miranda respecto a la seguridad de ese país; para él, la rota de Aquisgrán podía explicarse muy naturalmente por el hecho de que las avanzadas se habían "entregado a una negligencia que no es sino demasiado frecuente entre los soldados que cuentan con encontrar en su valor medios para suplir la vigilancia"; y añadía que a los austríacos se les iba a hacer dentro de poco pagar muy cara su audacia. Sin embargo, no había más que bobadas en esa charlatanería de periodista: Brissot hacía justamente observar que jamás oyó hablar de poner cerco a Maëstricht, sino de intentar apoderarse rápidamente de la plaza, pues, decía, "no se asedia con 20.000 hombres una plaza tan considerable que, encerrando 8.000 soldados y 2.000 emigrados, exige un ejército de 80.000 hombres para ponerla un cerco en regla".⁵³

Miranda conserva su calma y su confianza. Escribe a Dumouriez el 2 para informarle de los acontecimientos y le da el detalle de sus disposiciones: ha retirado la artillería, protegida por 4.000 soldados que han rechazado fácilmente al enemigo; ha dejado en Tongres a Igualdad, Ruault y Blotefiere y enviado 7.000 hombres, con Ihler y Diethmann, a las alturas de D'Haccour, cerca de Visé, para cubrir a Lieja. "Una falta grave, añade, cometida por las tropas de observación que cubrían el sitio, al otro lado del Roër, es la causa de este desarreglo en nuestras operaciones." No vacila en vituperar la ausencia de Valence, quien, "debiendo encontrarse en su puesto, permane-

cía en Lieja desde el 23 de febrero". Desmiente, por otra parte, los rumores que acusan a los generales de traición en este asunto.⁵⁴ Dumouriez pretende en sus *Memorias* que en esta ocasión las disposiciones de Miranda fueron malas, pues hubiera debido de esperar al enemigo, en unión de Le Veneur y contenerle, lo cual, Jomini lo ha demostrado antes que nosotros, era absolutamente imposible, dado el número y el estado de las tropas. Por lo demás, ya que el general en jefe no decía nada a este propósito en su correspondencia diaria con Miranda, cabe suponer que le fueran necesarios algunos años de reflexión para darse cuenta de que se había cometido una falta. Dumouriez, dice Servan,⁵⁵ ha calumniado a Miranda escribiendo que perdió la cabeza. Era Valence quien mandaba como general en jefe: "Vuele usted aquí; declaro que si usted no viene no me encuentro en estado de mandar semejantes fuerzas en tal posición".⁵⁶ En cambio, Miranda inspiraba a Dumouriez la mayor confianza: "Veía todo perdido, si usted no me hubiese tranquilizado acerca de su posición y del ánimo del ejército; la carta de Valence, sobre todo, me desesperaba".⁵⁷

El archiduque Carlos alcanzó las tropas de Egalité y de Ruault y, sin esperar ni la llegada de su caballería, les atacó bruscamente, les hizo retroceder delante de él y les obligó a evacuar Tongres, donde penetraron 12.000 austriacos el 4 de marzo. Los franceses se replegaron sobre Hans y Saint-Trond, habiendo perdido un almacén considerable, un cañón, una bandera, cinco hornos, la caja militar y varios camiones.⁵⁸ Dumouriez y diversos historiadores han situado en el activo del general Valence una brillante carga de caballería que en la llanura de Tongres habría librado al ejército del aprieto del enemigo; una

fábula más: fue Ihler quien rechazó el ataque de los austríacos contra la retaguardia y no Valence, que estaba en otra parte.⁵⁹

En el intervalo, los prusianos de Brunswick-Oels, apoyados por los austríacos de Wenckeim, atacaron por la izquierda, delante de Ruremonde: La Marlière y Champmorin retrocedieron hacia Diest; los cuerpos de estos dos generales formaban un total de 8.000 hombres. Merecían, tanto como Ihler, los elogios de Miranda; La Marlière, asaltado por los austroprusianos, quienes, en número de cerca de 22.000 creían poder arrojarle al Mosa, se sostuvo bravamente hasta el momento en que recibió el correo de Miranda obligándole a retirarse, y un despacho de Champmorin rogándole que se pusiera de acuerdo con él. Replegóse en buen orden, llevándose su artillería y sus bagajes.⁶⁰ Champmorin abandonó el territorio holandés, salvó sus cañones y sus forrajes y se fue el 6 de marzo sobre Werth, desde donde dirigió sus columnas hacia Diest.⁶¹ "Han hecho una hábil retirada", escribía Miranda a Dumouriez.⁶² Champmorin se había encontrado un momento en disposición de dar la mano al cuerpo de ejército que tomó a Breda y de cooperar así a la invasión de Holanda.⁶³

El enemigo intentó aún algunos ataques a las líneas francesas. La Noue, amenazado de verse envuelto en las posiciones que ocupaba en las alturas de Aigneux, se retiró precipitadamente y hubiera llegado a ser completamente crítica su situación si Miranda no hubiese ido el 4 por la mañana a reforzar la posición de D'Haccourt, detener a los austríacos en su marcha sobre Jupille y obligarles a retroceder.⁶⁴

Las garantías dadas por Miranda respecto a la seguridad de las tropas se basaban en los puestos de Tongres y Visé, que,

según su parecer, cubrían Lieja y Saint-Trond; pero como la pérdida de Tongres arrastrase la evacuación de Visé, fue necesario recular.⁶⁵ En la noche del 4 al 5 de marzo Valence hablaba de la necesidad de cubrir Lieja durante veinticuatro horas todavía para salvar los efectos militares; según La Noue, no había más que dos medios para ello y ambos presentaban peligros igualmente terribles: se trataba, fuese de sostenerse en la barrera de Crouppée, exponiéndose a verse rodeado por los dos flancos, fuese de apostarse en Robertmont, de donde era fácil ser arrojado al Mosa, dado que allí no existiría más que un puente. La Noue optó por Robertmont, pero no tuvo tiempo de ponerse allí: a las dos de la mañana recibió del general Miranda "la orden motivada" de volver a pasar el río y llevar sus tropas detrás de Lieja, a las alturas de Hans, donde iban a reunirse los diversos ejércitos.⁶⁶ "Yo había tomado, dice Valence, las disposiciones necesarias para cubrir la ciudad de Lieja hasta el momento que resultase decidido de nuestros movimientos ulteriores, cuando supe que, estando Tongres en poder del enemigo, el general Miranda dio a La Noue orden de volver a pasar el Mosa para que pudiéramos combatir con ventaja a nuestros enemigos si atacaban al ejército del sitio de Maëstricht".⁶⁷ Fue, sin embargo, de perfecto acuerdo con Valence y Thouvenot, la decisión que adoptó Miranda de hacer ir a Hans las tropas que se encontraban en Visé, Hervé, etc., y de retirarse con fuerzas a Saint-Trond, donde podría tomar una posición bastante buena y, hasta en caso necesario, arriesgar una batalla. La retirada de la artillería con los hospitales y los almacenes se verificó sin estorbo. El 5, a las ocho de la noche, el ejército estaba en Saint-Trond: "La apostura y el ánimo de nuestras tropas

son buenos, escribe Miranda al ministro de la Guerra, y es de esperar que si la ocasión se presenta su bravura y el amor a la patria salvarán todos los obstáculos, triunfarán de nuestros numerosos enemigos". Para sostener este buen espíritu, para salvar al ejército, para hacer frente "a las inmensas incidencias de este peligroso repliegue, Miranda se multiplicó: rogaba al ministro que le excusase el retraso con que le escribía, ya que había estado casi siempre a caballo a la cabeza de las tropas".⁶⁸

Una vez llegado Miranda a Lieja, Valence no le da más órdenes: los dos "generales con mando en jefe durante la ausencia del general Dumouriez", firman conjuntamente las decisiones tomadas en lo que concierne al ejército colocado bajo el mando particular de Valence. Así, por orden del día 4 de marzo, regulan la reirada de La Noue (quien, por otra parte, se cree tan independiente como sus colegas), cuya cuerpo principal, dejando una vanguardia en Aigneux, debe adoptar una posición circular, con la izquierda apoyada en Jupille, el centro un poco más atrás del pueblo de Beyne y la derecha sobre el Ourthe, detrás de Chenée. De esta manera creíase preservar a Lieja. El cuerpo de ejército situado cerca de Visé debía apoyar su derecha en Haccourt y su izquierda en Hotheim, en un campo fortificado, mientras que el cuerpo de 5.000 ó 6.000 hombres que ocupaba Tongres conservaría el camino de Saint-Trond.⁶⁹ Ya se ha visto lo que valían tales disposiciones.

La carta de Miranda aseguró un tanto a Dumouriez, a quien hubo afectado mucho el lamentable mensaje de Valence, sin que, por otra parte, le permitiese apreciar exactamente la situación: "La cuenta que usted me da, dice el general en jefe, es infinitamente más clara y me tranquiliza. No puedo responderle

a usted mejor que enviándole copia de mi carta a Valence: verá usted que coincidimos. Defienda usted el Mosa con vigor, y si el enemigo quiere pasarle, vaya usted delante de él... Sostenga usted esa posición quince días". Dumouriez persiste en su plan y cree que se puede apoderar él solo de Holanda en dos semanas: no quiere abandonar su ejército, "que hace milagros por el prestigio de su presencia". Cuenta con que Miranda "hará participar de su energía a los otros generales, serenará las cabezas y le suplirá", manteniéndose firme para ayudarle en una empresa que todavía no está echada a perder. Encuentra fuera de lugar la desesperación de Valence, pues el enemigo no debe de tener más de 25.000 hombres: "Si los acantonamientos hubiesen sido sostenidos con vigilancia, como era debido, puesto que esta vanguardia, a la que había que reforzar y aproximarse a ella venía a ser un ejército de observación que cubría un asedio, no se hubiera sufrido semejante fracaso".⁷⁰

Dumouriez repite que espera la solución de los sitios en Willemstadt y de Gertruydenberg, asunto de dos días, para proseguir sus operaciones. Es preciso que los generales que están en Bélgica se entiendan para defender el Mosa y salvar a Lieja. Invita a Valence a que se ponga en estado de sostener a Miranda en Tongres, para conservar el paso del río por Maëstricht; si el enemigo se lanzaba sobre Herve, debería y se podría disputarle ese puesto tanto tiempo como fuese necesario. Es lamentable que se descorazonasen los generales, hasta el punto de hacerse incapaces de sostener la línea del Mosa contra un adversario inferior en número. Hay que volver del primer aturdimiento... Desde luego se ha visto que Miranda no se desanimó del todo y que no merecía ciertamente ese reproche.

La toma de Gertruydenberg por el general D'Arcon hace ensalzar al general en jefe, del que informa Miranda como "activo republicano, su hermano y su amigo". Dumouriez supone que los prusianos van a abandonar a los austríacos para correr en socorro de La Haya y Amsterdam. Miranda reanudará entonces su marcha sobre Grave y Nimega, mientras, que Valence tendrá en jaque a Coburgo. Dumouriez sigue hablando de sus victorias; tiene todo previsto: si los prusianos quieren, para poner término a tales éxitos, forzar el paso del Mosa y ocupar Amberes, el cuerpo de Flers, que se encuentra entre Berg-op-Zoom y Breda y que será aumentado en mucho, bastará para contenerles, al mismo tiempo que Miranda sosteniendo a Champmorin y La Marlière, disputará el paso o, bien en caso de urgencia, se reunirá con estos tres generales para combatir a un enemigo inferior en número. Si el adversario quiere marchar sobre Nimega y Amsterdam, Miranda enviará a De Flers para que refuerce el ejército de Holanda, y él mismo irá a sitiar a Grave y a Nimega; si al fin los prusianos quedan unidos con los austríacos y tratan de entrar en Bélgica, Miranda no tiene más que defender el Mosa y batirles en último término.⁷¹

Dumouriez no teme que Coburgo se arriesgue a pasar el río y a atacar a los 50.000 hombres que Miranda y Valence pueden oponerles. No pide más a esos dos jefes sino que se entiendan bien durante los breves días que el ministro de la Guerra va a emplear en reforzarles, mientras que él, Dumouriez, marchará sobre Amsterdam.⁷² El general en jefe no cree peligrosa la posición de Miranda. Le manda un discurso que debe de ser impreso y proclamado "para infundir valor al ejército y tal vez a los generales, exceptuándole a él y a Thouvenot".⁷³

Los más absurdos rumores circulaban y los comisarios, que siempre querían entrometerse en todo, no se daban a investigar su origen: "Esta noche, nos aseguran, escribían el 7 de marzo, que nuestro ejército, marchando en tres columnas, irá a la caza de los austríacos a cañonazos y verosíblemente se les desalojará de Lieja y de Tongres".⁷⁴ Los comisarios no sabían nada positivamente, ya que ese día no estaban en el frente, sino en Bruselas.

Viva era la emoción en Lieja, donde los agentes del gobierno, con los tranquilizadores despachos de Miranda en la mano, intentaban calmar a la población. El general quería, en efecto, defender la línea del Mosa; Borgnet⁷⁵ pretende que se lo prometió a un delegado de la ciudad en el cuartel general. Contaba con detener allí al enemigo; su habitual sangre fría no le abandonaba. La Noue tampoco creía que el repentino fracaso privase de todo medio a la prosecución de la campaña.⁷⁶ En cambio, veíase singularmente abatida la moral de Valence y reinaba en su ejército la más horrorosa confusión. De todos los documentos emanados en ese momento del cuartel general, cartas de jefes, informes de comisarios, las comunicaciones de Miranda eran los únicos que demostraban calma y tranquilidad. Se ha criticado el optimismo del hombre: es infinitamente probable que con más aspereza todavía hubiera sido criticado su pesimismo si se hubiese abandonado al desaliento. Creía "que con su propio ejército y las fuerzas que le quedaban a Valence estaría en condiciones de atacar a los imperiales y batirlos. Iba a Lieja para proceder ofensivamente" y afirmaba a los comisarios de la Convención "que ocupaba en Tongres una posición inexpugnable".⁷⁷ En resumen, Miranda parece haber estimado

que el mayor peligro ya no existía y tranquilizaba a sus subordinados y a la opinión belga multiplicando órdenes enérgicas para resistir al enemigo: "Hay que mantenerse bien en todas partes, escribe el general D'Harville. El ánimo de las tropas es excelente y están en las mejores disposiciones: entretengámonas y todo irá bien"; y le prescribe que defienda vigorosamente Huy, que va a ser atacado. Elogia la bravura de Ihler, quien ha hecho una brillante retirada, y termina su carta con este apóstrofe sonoro: "¡Desgraciados los que desesperan de la salvación de la República!"¹⁰ En efecto, todos desesperaban de la salvación de la República, y los belgas, por su parte, aprovechándose de los actuales entorpecimientos para alzarse, manifestaban gran alegría al verse desembarazados de los franceses.¹¹ Parece ser que el pillaje de la plata de las iglesias había exasperado a los campesinos, excitándoles a levantarse.¹² En Amberes, el general Marassé hacía fijar una carta en que Miranda se alzaba contra "la calumnia o el miedo" que agrandaban o deformaban las noticias y extendían los rumores alarmantes. Los traidores serán desenmascarados, dice el general; la libertad y la igualdad triunfarán de sus enemigos.¹³ En una carta enérgica a La Marlière, Miranda le ordena que "haga observar la más estricta disciplina a las tropas que manda y a las que están en Lovaina", que "reprima la licencia y el desorden", que "prohiba todo discurso incendiario tendiente a la desorganización y a la insubordinación". Todo esto debe de ser severamente castigado, y "todo individuo, cualquiera que sea su rango en el ejército, acusado de semejante crimen, será inmediatamente detenido y conducido con escolta a la ciudadela de Vincennes, para que el consejo de guerra juzgue su conducta

según las leyes militares". Desde luego, en tal caso, aplicar las leyes militares era condenar a muerte. La Marlière y Champmorin recibían orden de permanecer con sus tropas en Lovaina, donde el ejército iba tal vez a tomar "una posición más permanente".⁵² En Lila, el general Becourt hace publicar y fijar, por orden de los comisarios nacionales en Bélgica, una circular que prevenía mandato de prisión contra los desertores y una carta de Miranda sobre la situación de los ejércitos.⁵³

De todos modos, la conducta de los soldados y oficiales fue, en general, bastante buena. Sólo la gendarmería, particularmente la 32 división, dio "motivos escandalosos y muy criminales en todos los aspectos".⁵⁴ Es que había en sus filas, dirán los comisarios, "otros hombres que es necesario haceros conocer y contra los discursos peligrosos de los cuales deben precaverse los buenos ciudadanos. Son cobardes, indignos del buen nombre de franceses, que en el momento del combate no buscan sino el pretexto de abandonar el campo de batalla, y para disipular su fuga gritan traición y acusan, indistintamente, a todos los generales que les conducen al combate". Los generales, añaden los comisarios, "se quejan también de la gendarmería; Miranda se lamenta de ella más especialmente. Parece ser que ese cuerpo desorganiza enteramente al ejército, sin rendirle grandes servicios".⁵⁵ Diez días después, los comisarios pasan todavía por la aflicción de tener que hablar a la Convención "de la indispensable indisciplina, del bandidaje y de los excesos de algunos soldados".⁵⁶ Con el fin de impedir la propagación del mal, Miranda hizo mandar esa división de gendarmería a la frontera y dio órdenes imperiosas a La Marlière y Champmorin, cuyas tropas se hallaban, por otra parte, en el mejor estado y la mejor calidad.

Reclamaba un enérgico castigo de ese cuerpo como un acto de justicia y de necesidad en ese momento; se quejaba de los rumores que empezaban a circular acerca de pretendidas traiciones de los generales: "La nación es demasiado discreta, escribe al ministro de la Guerra, para dar crédito a los informes indignos de cobardes desertores que, abandonando su puesto, pretenden encubrir su vergüenza calumniando a los valientes ciudadanos que, fieles a su deber, defienden gloriosamente a su patria. Espero que dará usted a conocer a la nación estos sentimientos".⁵⁷

En Consejo ejecutivo, con fecha del 19 de marzo, aplaudió las medidas de rigor tomadas por el general con el fin de mantener la disciplina en el ejército y le autoriza para hacer funcionar los consejos de guerra, dictándoles todas las disposiciones necesarias para la seguridad pública.⁵⁸

Uno de los hechos cuya responsabilidad se ha querido arrojar sobre Miranda, y que es presentado como una prueba de la precipitación con la que ejecutó la retirada del ejército, es la orden que diera al general D'Hangest de que se llevara la artillería demasiado lejos, hasta el mismo Valenciennes: el hecho es inexacto, y los documentos no dicen nada semejante. El general D'Hangest, que mandaba la artillería, adoptó el 6 de marzo, en Lovaina, con sus oficiales, los generales Guiscard y Sobrevoix y los coroneles Bonhers y Roche, una determinación por la cual dispusieron, "según la orden verbal dada en Lieja (el 4 a mediodía) por el general Miranda al general D'Hangest, de llevar toda la artillería a Lovaina y más allá", trasladar dicha artillería a Bruselas, donde se ha visto que Duval la dio parque, y hacer salir para Anderlecht el material de sitio, los pontones y todos los pertrechos de los que pudiera prescindir el equipo de campaña; ⁵⁹

así, cuando, el 8 siguiente, Miranda recibió en su caurtel general de Saint-Trond, la comunicación de lo que se estaba haciendo, escribió inmediatamente a D'Hangest para explicarle el sentido de su orden, condenar dicha determinación y hacer que se detuviera la retirada: "No comprendo nada de esas desviaciones, dice. Le di a usted orden en Lieja de llevarse toda la artillería de sitio que había en Tongres y en Lieja a Lovaina. Nos hemos ido al día siguiente con el ejército, que llevaba consigo su artillería de posición y de batalla marchando con el mayor orden. Hice buscar por todas partes los jefes de artillería y me quedé muy sorprendido al no encontrar ninguno. Desafío a los generales de ese cuerpo a que presenten la orden por la cual les he mandado retirarse y abandonar al ejército. Hemos salido de Lieja el 5, de modo que no creo que haya un retraso extraordinario al no recibir nuevas órdenes el 6. La deliberación de usted me parece prematura y ciertamente precipitada; no puedo concederla mi aprobación. Desde luego, detenga su movimiento retrógrado hasta que reciba nuevas órdenes del general Valence o mías, lo cual será cuando tenga usted la bondad de darnos a conocer su posición actual".⁹⁰ Esta carta me parece de tal naturaleza como para cortar la cuestión: nunca se hubiera atrevido Miranda a escribirla si efectivamente hubiese dado las instrucciones que le atribuye el general D'Hangest, y, sobre todo, jamás habría provocado las sanciones tomadas posteriormente contra el comandante de artillería por su fuga desconsiderada.

Miranda sabía que en último caso podría establecer el ejército en Lovaina, y era muy natural que enviase allí sus cañones de sitio; mas parece imposible suponerle la intención de transportarlos más allá, lo cual hubiese atestiguado un temor que

estaba muy lejos de experimentar. Transmitió a Beurnonville copia de esos documentos, que sometió a su examen el ministro;⁹¹ le invitó inmediatamente a que le suministrara las más amplias informaciones sobre el particular, con el fin de aplicar las sanciones necesarias, pues, decía, la Convención deseaba investigar a todos los culpables.⁹² Miranda debió dar a conocer las faltas cometidas y designar a los oficiales de sus tropas y los de las del Roër que se habían ausentado sin licencia.⁹³ Es evidente que el principal culpable, en este caso, no sería sino Valence.⁹⁴ Dejábase sentir la necesidad de una averiguación profunda del conjunto de los sucesos y, por su parte, los comisarios se dispusieron a proceder. Camus, Trilhard, Gossuin y Merlin de Douai conferenciaron largamente con Miranda en Lovaina, y el general les prometió un informe escrito y circunstanciado de sus operaciones, acompañado de las órdenes, cartas y otras piezas que se relacionasen con los últimos asuntos; les informó, por otra parte, de viva voz y con el mayor detalle,⁹⁵ entregándoles una parte de los documentos que deseaban, "con las nuevas seguridades de su celo y de su consagración a la causa que defendían y de su respeto y estimación para ellos".⁹⁶ Miranda, pronto destituido, no pudo suministrar este informe, pero su proceso esclareció suficientemente su conducta y la de los otros. Beurnonville había pedido a los dos generales en jefe detalles concernientes a los sucesos del Roër: Miranda pudo responder que los hechos no le eran conocidos más que por informes sintéticos, puesto que el mando de las tropas de esa región pertenecía entonces a Valence; que hasta el 23 de febrero no llegó a Lieja y no podía satisfacer la curiosidad del ministro de una manera oficial y positiva. Le enviaba copia de todas las órdenes que diera a La Noue "para

prevenir —decía— el lamentable acontecimiento que nos ha sucedido y que yo había previsto de antemano... Una grave falta ha sido cometida en la vanguardia, pero yo no sabría decir precisamente por quién, ni cómo". Miranda remitía al ministro a las informaciones que Valence era el más calificado para dárselas.⁹⁷ No sé si Beurnonville acabó por obtener de este general "la relación de los sucesos acontecidos después del 1 de marzo" y que le prometía.⁹⁸

Los imperiales seguían avanzando; Miranda y Valence, en vista del estado en que se encontraban sus tropas, no podían sostenerse largo tiempo en Saint-Trond. El 8 de marzo, retrocedieron a Tirlemont y el 9 sobre Lovaina. Así, amenazada en sus flancos y sus espaldas, el ejército francés se vio obligado a proseguir su retirada y a abandonar Lieja, a pesar de las promesas hechas a los habitantes. Los generales, dirá Miranda ante el Tribunal criminal extraordinario,⁹⁹ no consideraban a propósito aumentar la alarma divulgando las malas noticias; sin embargo, por mediación de un miembro de la municipalidad que permanecía cerca de él, informaba a las autoridades liejenses sobre la situación real, a medida que recibía despachos. El St. Chuquet dice que un consejo de guerra que se verificó en pleno campo, el 4 de marzo, cerca de la ciudadela, y en el que tomaron parte Miranda, Valence, Thouvenot, La Noue, Ruault y el duque de Chartres, decidió el inmediato abandono de Lieja.¹⁰⁰ El general La Noue declara en el proceso de Miranda que no había podido tomar parte en ese consejo, pues ese día se encontraba a cuatro leguas de la ciudad, donde tenía el enemigo encima.¹⁰¹ En cuanto a Miranda, el comisario Delacroix afirmó que era opuesto al abandono de Lieja y que opinaba que debía sostenerse allí, en

contra del parecer de Valence, quien temiendo verse copado se inclinaba por la evacuación.¹⁰² Esto pasaba a las nueve de la noche,¹⁰³ en un momento en que Tongres y Visé, que Miranda consideraba como posiciones seguras, no habían sido forzadas. El general tenía, pues, fundamento para no querer abandonar prematuramente Lieja. Fue Valence quien dio la orden de evacuación: 100 cañones y 40.000 fusiles, sin contar los almacenes de toda clase, cayeron en manos de Coburgo; sin embargo, la caja militar y la mayor parte de los objetos de campamento, todo lo que de máspreciado tenía el ejército, decía Delacroix a la Convención, pudo ser salvado y dirigido a Valenciennes.

En Lieja fueron Valence y Thouvenot quienes mandaron, y no Miranda, quien hizo advertir al tribunal que no podía tomar sobre sí, dar órdenes contrarias a las de ellos, a pesar de la impresión que se tenía, es cierto, de que era él quien ejercía la principal autoridad,¹⁰⁴ lo que indudablemente podemos creer que era porque demostraba más energía y decisión que sus colegas. Que los escritores que se creen historiadores cuando repiten ciegamente, por ignorancia o por malicia, lo que otros han dicho, no tengan escrúpulo en hacer cargar a Miranda con todos los pecados de Israel, no deja ocasión a la sorpresa, pero sí hay derecho a reprochar a un hombre de la valía de Chuquet esta frase que desliza en su *Dumouriez*: "Miranda... abandona Lieja y sus almacenes", pues esto no es verdad, y lo peor es que Chuquet no puede de ningún modo haberse equivocado. Por otra parte, Miranda no ha criticado a Valence por el hecho de la evacuación y reivindica honradamente su parte en las responsabilidades de la operación cuando ha dicho: "Valence y yo hemos hecho todo lo que estaba en nuestro poder, pero habiendo sido batidos en

Herve y en Tongres no hemos tenido más remedio que abandonar Lieja, ciudad que, según el informe del testigo, no era sostenible".¹⁰⁵

Tampoco hay nada de verdad, por lo que se refiere a Miranda, en esta expresión de que se sirve Jonini: "Los generales republicanos estaban *desatinados*".¹⁰⁶ Se ve que el abandono de Lieja, en tanto que pueda ser considerado como una falta, no le es imputable. Es absolutamente falso que haya, como pretende Dumouriez,¹⁰⁷ tomado sobre sí ordenar una retirada que Valence se hubiera esforzado en impedir; es uno de los disfraces más osados con que se puede enmascarar un hecho histórico: los documentos contradicen punto por punto las afirmaciones de Dumouriez, las de Valence, deseoso de rehabilitar su conducta, las de ciertos historiadores que han encontrado cómodo el arrojar sobre el general extranjero la responsabilidad del desastre. Ni por un momento se ha quebrantado la confianza de Miranda; viene muy bien al caso invocar aquí el testimonio del propio Chuquet: "Miranda conservaba su presencia de ánimo en los más críticos instantes".¹⁰⁸ Precisamente entonces el general en jefe tenía tal confianza en su lugarteniente venezolano, que proyectaba, tan pronto como llegara el ejército de Bélgica, enviarle a tomar el mando de las tropas de Amberes, en el puesto del demasiado viejo general Marassé. Más tarde, a propósito de la batalla de Neerwinden, Dumouriez preferirá creer, no que Miranda ha perdido la cabeza, sino que ha cedido a su resentimiento y a su odio contra Valence, victorioso en la derecha; y esto no es sino todavía más absurdo.

Hemos visto que nuestro general había tomado todas las medidas que estaban en su mano para, por su parte, cubrir a

Lieja, ocupando las posiciones de Tongres y de Visé con las fuerzas de Igualdad, Ruault, Le Veneur y Diethmann; una vez hecho esto no le quedaban más tropas bajo sus órdenes directas, pues allí estaba todo el cuerpo de 12.000 ó 13.000 hombres que sitiaron a Maëstricht, quedando muy lejos, hacia Diest, las columnas de La Marlière y de Champmorin. Sin embargo, se le acusará en el Tribunal extraordinario de no haber tomado ninguna precaución para preservar la plaza; en las notas marginales que Fouquier-Tinville escribió de su mano sobre las "reflexiones" presentadas por Chauveau-Lagarde a los jueces del general, se dice: "... No tomó ninguna (medida). Los cuerpos constituidos se presentaron a él para atestiguarle sus temores y tomar precauciones armando a los liejenses; Miranda respondió que no había nada que temer, que había demasiados canallas entre ellos para confiarles las armas, y el enemigo entró al día siguiente. He aquí las precauciones que tomó para proteger a Lieja". Fueron testigos a afirmar estos hechos y el acusador público insistió con fuerza en ello en su requisitoria: Miranda se negó brutalmente a entregar armas a los "bribones" y a seguir los consejos que le daban los diputados liejenses para defender la ciudad, lo cual hubiera permitido, ciertamente, al enemigo entrar en ella; hasta se dio el caso de que el propio general se exaltase contra un joven oficial que llegó para decirle que los austríacos se acercaban, y le despidió con violencia.¹⁰⁹ Pero el acusado refutó victoriosamente esas imputaciones: los comisarios de la Convención habían creído poder hacer entregar 2.000 fusiles a los liejenses para alistar a sus conciudadanos en las filas del ejército francés, con miras a la común defensa;¹¹⁰ esta mezcla de voluntarios inexpertos con las tropas, ya desorganizadas por la derrota, no podía

sino aumentar la confusión general. Lieja estaba llena de gentes que sembraban el pánico, y Miranda no juzgó conveniente autorizar esa distribución de armas; dio, sin embargo, órdenes para armar algunas compañías de voluntarios, sin que al parecer persistiese en ello. En cuanto a medidas militares aconsejadas por los liejenses, el general demuestra lo absurdo de ellas, y es de imaginar la acogida que reservaría un hombre de carácter tan irascible a los estrategas improvisados, si se recuerda de qué manera acogió ante Maëstricht al oficial encargado por Le Veneur de llevarle consejos. Si despidió de tal modo al que fue a Lieja a decirle que "el enemigo avanzaba", es porque, como él decía, "¿quién no conoce la ligereza con la cual vienen a veces jóvenes oficiales a dar informes exagerados y sembrar así el terror?" No obstante, confiesa francamente que esta vez el oficial decía la verdad.¹¹¹ En medio del pánico general, Miranda permanecía dueño de sí mismo, y si se arrebatava contra el joven, escuchaba almorzando tranquilamente y con aire de indiferencia al diputado Alet cuando vino a expresarle los temores de la municipalidad de Lieja.¹¹² Mas no por eso era insensible: "Si yo no tenía, dice, el dolor pintado en la cara, lo tenía en el corazón".¹¹³

El 6 de marzo, todos los puestos que se hallaban detrás y en los alrededores de Lieja, 10.000 hombres en total, se reunían al ejército conducidos por el general Ihler, oficial tan hábil como intrépido: "Esta mañana, decían el 7, los comisarios de la Convención, el general Miranda había escrito que estas tropas se reorganizaban, que no deseaban más llegar a los hechos para obtener una ventaja que hiciese olvidar la pérdida de Aquisgrán, y que ya el general Ihler hubo rechazado un cuerpo de caballería que se aproximó imprudentemente".¹¹⁴ Las tropas, hacía

saber, por otra parte, Miranda a Dumouriez, estaban perfectamente tranquilizadas y no querían más que vengar el "desagradable asunto"; creía poder sostenerse firmemente y hasta batir al enemigo, si se presentaba la ocasión; la presencia del general en jefe, a quien Valence llamaba desesperadamente, era inútil; no tenía más que continuar sus operaciones en Holanda. Miranda podría ir a apoyarle con un cuerpo de 15.000 hombres, sin que tuviese que temer por la seguridad de Bélgica, pues el cuerpo que permanecería delante de Lovaina bastaría para resistir cualquier ataque. Champmorin tenía orden de reunirse con Dumouriez, en el caso de que no pudiera operar su retirada sobre Lovaina.¹¹⁵ Este despacho regocijó de tal manera a Dumouriez que le dio cuatro luises al correo que se lo había llevado; los holandeses presentes en el cuartel general fueron a abrazar a Dumouriez, y por su parte gratificaron también al correo con una propina.¹¹⁶

¿En qué medida podían justificarse las seguridades dadas por Miranda? ¿Sería por culpa de Valence, y acaso de otros jefes, por lo que el ejército no hizo frente de mejor manera al enemigo? Si se considera que el príncipe de Coburgo temía no poder nada contra las tropas reunidas de los dos generales y que de ello resultaba cierta fluctuación en las decisiones del alto mando austríaco; que, por otra parte, fueron tomadas disposiciones defectuosas en lo que concernía a los cuerpos de Brunswick-Oels y de la Tour, los cuales, según Jomini, habrían podido ser mejor utilizados, se llega a explicar la intención de Miranda, que consistía en ir a apoyar a Dumouriez y proseguir después la campaña de Holanda. El hecho es que parecía caer en el error que antes señalara tan discretamente, el mayor que pudiera cometer un

general, como decía el inglés Money, es decir, la expedición de Amsterdam. Miranda creía, con razón, que la presencia de Dumouriez en el ejército de Bélgica era inútil, pero no indicaba el único partido que sería conveniente tomar: el comandante en jefe debió de correr con todas sus fuerzas a los primeros reveses y reunir en Tirlemont la totalidad del ejército francés, alrededor de 70.000 hombres, atacando prestamente a los austríacos para lanzarlos, por lo menos, al otro lado del Mosa. Prefirió recurrir a los términos medios y añadió nuevas faltas a las cometidas anteriormente.¹¹⁷ Miranda estimaba inatacable la posición de los franceses en Lovaina, que comparaba a la ocupada, el año precedente, en Saint-Menéhould, frente a las tropas del rey de Prusia.¹¹⁸ Se ha pretendido que la elección de esa posición era debida a Thouvenot;¹¹⁹ no hay nada de ello, y en este respecto Miranda es categórico: "Después de la retirada de Saint-Tround yo había dado un plan de defensa inexpugnable: era en la Montaña de hierro; desgraciadamente allí no se permaneció más que tres días; al cabo de este tiempo Dumouriez vino a tomar el mando".¹²⁰

Pero acaso Miranda quería a todo precio apartarse de Valence, quien ahora mandaba en jefe, tal como los comisarios lo anunciaban desde Bruselas a la Convención, el 9 de marzo. Esto explicaría el cambio de frente del general acerca de la continuación de la campaña de Holanda. Dumouriez desconfiaba del estado de espíritu de Valence e invitaba a Miranda que le tuviese al corriente de su conducta: "Esté V. sobre aviso, le escribe: si le estorba a V. con sus irresoluciones, un correo arreglará el asunto. Usted, amigo mío, y Thouvenot, son los que únicamente pueden salvar a la República". El general en jefe aprueba por

completo la orden dada a Champmorin y a La Marlière de trasladarle a Amberes, a pesar de Valence, a quien Miranda esperaba hacer cambiar de opinión, pero no permite a Miranda que vaya a reunírsele "antes de que el espíritu republicano se haya levantado enteramente en el ejército y cuando un considerable aumento de fuerzas le haga infinitamente superior al enemigo... Adiós amigo mío, concluye, y nunca más que ahora, amigo mío... gracias a V. tomaremos a Holanda. Cuento con entrar en ella pasado mañana. Si consigo mi objeto, los prusianos le dejarán a V.".¹²¹

Miranda se esforzaba en ver las cosas del lado bueno y su conducta contrastaba singularmente con la de Valence y la de otros generales: "Sólo consiste en nosotros, afirmaba, sacar el partido más ventajoso de la desgracia misma".¹²² Su confianza estaría probablemente justificada si a continuación Dumouriez no hubiese determinado abandonar las posiciones que tan bien cubrían a Bélgica. En el aturdimiento general, a pesar del desánimo de Valence y las quejas de los comisarios, sostenía (él, que ante Maëstricht insistía en la insuficiencia de la administración) que ahora "el ejército estaba en la bundancia, en el orden y animado del valor republicano"; que "las provisiones y los efectos de campamento llegaban suficientemente".¹²³ ¿Sería verosímil que no hubiese nada de exacto en esas categóricas afirmaciones? ¿Quería el general atraerse las buenas gracias de Beurnonville con elogios a la administración de la guerra? ¿O bien, con miras más altas, codiciaba el mando supremo, como de ello se le ha acusado, y buscaba insinuar que el gobierno podría poner en él toda su confianza, ya que, al contrario de los otros generales, manifestaba tanto optimismo? Esto no habría sido más que muy humano. Sea lo que fuere, hacía grandes

esfuerzos "para mantener la buena armonía y el acuerdo, tan necesarios en el momento actual", y esta consideración, decía, "le hacía ceder ante muchas cosas en las cuales no consentiría en otra coyuntura".

Había necesariamente conflicto de autoridades entre Miranda y Valence, dado caso de que no estaban subordinados el uno al otro: tampoco La Noue quería obedecer a nadie; sólo para rehuir, con sus consecuencias, responsabilidades, llegará más tarde el viejo soldado a decir a la Convención que él mandaba el ejército de Bélgica "subordinadamente a los generales en jefe".¹²⁴ Cuando la nueva organización de fuerzas, aprobada por el Consejo ejecutivo, el 1 de marzo,¹²⁵ se decidió que los ejércitos serían independientes unos de otros, debiendo mandar en jefe cada general de ejército; sólo el poder ejecutivo estaba autorizado para dar a cada uno instrucciones, según las circunstancias. En realidad, la fusión prevista en el plan de Beurnonville, de las tropas del Norte y de Bélgica en un solo ejército a las órdenes de Dumouriez y en la cual Miranda debía tener un mando, no se había realizado. Todavía el 15 de marzo, ejerciendo Dumouriez el mando supremo, Miranda fechaba sus despachos: "en el segundo cuartel general en Lovaina", lo cual quiere decir que había por lo menos dos.¹²⁶ Se ha visto que Miranda no tenía bajo él mas que el cuerpo que hizo el bloqueo de Maëstricht y un poco vagamente los de Champmorin y de La Marlière; cuando los ejércitos se encontraron reunidos, el problema del mando único debía plantearse necesariamente. Los generales no llegaban a tomar una decisión sino después de largas deliberaciones, lo cual perjudicaba a la marcha de las operaciones, sobre todo en tan enojosas circunstancias. Los conflictos de autoridad no existían

sólo entre los grandes jefes: había tirantez entre Le Veneur y Miaczynski,¹²⁷ y Stengel escribía a Miranda que el general D'Harville se desbordaba con una "especie de violencia"; verdad es que el D'Harville ponía en ello tan buenos procedimientos que el bravo caballero no podía por menos de consolarse y marchar gustoso.¹²⁸ Por otra parte, cortado el ejército por la caballería austríaca y evacuado Huy, Stengel debía replegarse sobre Namur, hacia el cuerpo de D'Harville.¹²⁹ Los comisarios de la Convención no pudieron dejar de comprobar los peligros de esta situación, que señalaron el 11 de marzo en una carta a los Comités diplomáticos y de la defensa reunidos: "Ustedes ven, decían, en la determinación que han tomado los generales de suspender todo, hasta lo que hubo pronunciado Dumouriez, un efecto de la composición extraordinaria del cuerpo de tropas concentrado sobre Lovaina. Está formado por los tres ejércitos de las Ardenas, del Norte y de Bélgica, teniendo cada uno su general, a saber: Valence, Miranda y La Noue, cada uno con su Estado Mayor. Los tres generales, fundamentalmente iguales en poder, no son de un carácter que enlaza fácilmente a uno con otro. Las deliberaciones son largas y de difícil término. La ejecución experimenta las mismas trabas por parte de los tres Estados Mayores, que deben concurrir igualmente allí, pero que son respectivamente independientes. La falta de armonía entre los generales sería de funestas consecuencias si subsistiese; la presencia de Dumouriez hará que cese; dará su plan, que todos están igualmente dispuestos a seguir, y lo verosímil es que confiará a cada general operaciones separadas".¹³⁰

En espera de Dumouriez se acabó por encontrar un *modus vivendi*, y por ser Valence el más antiguo asumió el mando su-

premo, que, según parece, no ejerció sin encontrar algunas dificultades. Los generales que mandaban los diversos cuerpos, incluso los mismos que pertenecían al ejército particular de Valence, no por ello dejaban de dirigirse directamente a Miranda para recibir instrucciones y para darle cuenta de los movimientos: Stengel le escribió varias cartas, de las cuales sólo una llegó a su destino;¹³¹ en un caso de urgencia, Miranda dio órdenes a La Noue;¹³² es también a él a quien el ministro de la Guerra hace llegar el decreto de la Convención que llevaba a esos dos oficiales a su barra.¹³³ Asimismo Valence y Miranda firmaban todavía, conjuntamente, el 9 de marzo, ciertas piezas de servicio, tal como lo prueba, por ejemplo, la comunicación dirigida por ellos al enemigo, en calidad de "generales en jefe con mando de los ejércitos franceses", con motivo de los cuidados que deben ser prestados a los heridos y enfermos.¹³⁴

Dumouriez pretende que Miranda tenía celos de Valence, y Chuquet se hace en esto eco del general en jefe.¹³⁵ A su tiempo alzóse Servan contra este aserto e intentó demostrar el acuerdo existente entre ambos generales por las cartas que Miranda dirigió a Valence en ese momento en que este último "había perdido enteramente la cabeza". Servan cuida de recordar que el comisario Cossuin, en su deposición ante el tribunal revolucionario, formuló cargos muy graves contra los generales Valence y Thouvenot; Dumouriez, añade, ha inventado esta pretendida desunión de los jefes para encontrar una causa a las desdichas que estaban bien previstas por Miranda; toda su correspondencia en esos días le pone en flagrante contradicción con lo que cuenta en sus *Memorias*, redactadas al instante para cubrirse él lo mismo que a Valence.¹³⁶ Podría decirse que allí está, en boca

de Servan, el lenguaje del mismo Miranda,¹³⁷ pero también es el de Louver: "Los celos que (Dumouriez) supone a Miranda, tanto como el poco acuerdo entre los generales antes de su llegada a Lovaina, están igualmente desmentidos por su propia correspondencia, lo mismo que por las pruebas que resultan del proceso del general Miranda en el tribunal revolucionario".¹³⁸ La verdad es que si no se puede afirmar que hubiese celos entre ambos generales, tampoco se puede hablar ciertamente de un verdadero acuerdo; hubo roces que procedían de los poderes iguales de que se hallaban investidos, agravados sin duda por su carácter respectivo, pues no se hubiera podido encontrar dos hombres menos hechos para entenderse que Miranda y Valence. El primero era frío y altivo, tenaz, inaccesible al desfallecimiento, de una firmeza calculada, turbada con frecuencia por los accesos de una súbita cólera, sabiendo a la vez mandar y pelear; se le reprocha no haber logrado nunca provocar el entusiasmo, que es lo único que lleva al combatiente francés al cumplimiento de las grandes misiones. Valence era, a pesar de su corpulencia, un jinete a lo Murat, un esgrimidor de mérito, sin ánimo decidido, esquivo de las responsabilidades, y a más de eso imperioso y violento, que se creía conductor del mundo, como decía la señora de Genlis, con audacia, ingenio y frases. Aristócrata acostumbrado a la antigua corte, en la que hubo obtenido muchos éxitos por su gracia y su cortesía distinguida, no podía poner de acuerdo sus verdaderos principios políticos con los de Miranda, quien tanto por convicción como por interés debía manifestarse francamente revolucionario. Miranda le juzgaba duramente: "Es un hombre inquieto, que quiere hacer algo, que vitupera a los demás y que no sabe lo que hay que hacer... Es un fanfarrón absurdo".¹³⁹

Como jefe en la guerra, Valence no puede sostener la comparación con Miranda: si el combate, fin supremo de toda operación militar, no es en suma, como quieren los conocedores, más que un conflicto de fuerzas morales, el general que conserva su moral intacta ante los reveses es, sin duda alguna, más capaz de guiar a los soldados en el campo de batalla que cualquier otro que se desalienta y busca el modo de abandonar la partida en cuanto ella se complica.

Una cuestión de amor propio se establecía también para Valence y los soldados franceses, en general, frente a Miranda: es muy verosímil que en el Estado Mayor se entregasen a intrigas, no sólo para impedir al venezolano la llegada al mando supremo, sino para incluso excluirle del ejército francés, pues era ciertamente una personalidad que estorbaba demasiado la de este extranjero altivo, sabio, inexorable en el servicio, incapaz de adulación ni de condescendencia.

El ejército permaneció dos días delante de Saint-Trond para descansar y proteger la reunión de los destacamentos; después fue a Tirlemont, donde se hallaban los efectos de campamento y las provisiones. Transmitiéronse órdenes para poner a Malinas en estado de defensa. El 8 de marzo, Thilhard y Camus daban parte a la Convención de las decisiones tomadas por el alto mando. "Una parte de las tropas está todavía al otro lado de Tirlemont, del lado de Lieja, en Saint-Trond; una parte está también más acá de Tirlemont, del lado de Bruselas y en Lovaina. Hemos visto en el cuartel general a Valence, quien manda en jefe el ejército, y a los generales Miranda, Ruault, La Noue, Igualdad, Thouvenot, etc. Su plan decidido en común es el de acampar detrás de Lovaina llevando la vanguardia hacia

Tirlemont, reunir allí todas las partes del ejército y sostenerlas allí algún tiempo para que pudieran rehacerse. El campamento quedará formado pasado mañana 10; toda la artillería de campaña estará reunida allí; ya se empieza a hacerla salir de Bruselas, donde había sido llevada sobre Lovaina. Estas operaciones están concertadas con Dumouriez, acordadas entre todos los generales. Nos han comunicado algunos detalles, de los que damos cuenta por carta particular al Comité de defensa general".¹⁴

Al día siguiente, en Bruselas, los comisarios confirmaron el acuerdo adoptado entre los jefes acerca de las disposiciones que convenía que tomase el ejército: "Hemos encontrado reunidos a los generales, excepto Stengel, de quien nos han dicho que está en Namur, y de Dampierre y La Marche, que se hallaban en Saint-Trond; La Marlière estaba en Lovaina. Los generales nos han parecido perfectamente de acuerdo sobre el partido que iban a tomar de acampar en Lovaina; sin embargo, parece ser que Miranda se separará de Valence, quien tiene actualmente el mando en jefe, y que irá a reunirse con Dumouriez. Los generales tienen correspondencia seguida con Dumouriez; sus planes están concertados con él". Los comisarios explican la determinación tomada por los jefes de establecerse tras Lovaina y no en Lieja, donde no había que pensar en instalarse con esperanzas de sostenerse allí, por razón de la necesidad de tener un campamento bien asegurado para reconstituir el ejército. También podrían conservarse las comunicaciones con Amberes, Mons y Malinas, defender Bruselas y toda Bélgica, socorrer a Dumouriez.

"Los generales parecen, en total, muy tranquilos; aseguran que los soldados que han quedado bajo banderas no están en

modo alguno desanimados y tienen plena confianza en ello. Sólo temen por el espacio situado entre Givet y Longway; observan que esta última plaza no se halla en estado de defensa; piden que se mande allí un oficial general activo, con un ejército suficiente. Estiman que puede haber 25.000 hombres en Luxemburgo." Dos días después, los comisarios podían informar a la Convención que se había realizado el movimiento, que el ejército acampaba en Lovaina, donde se congregaban todos los cuerpos, y que el orden se restablecía.¹⁴¹ En fin, el tan decantado optimismo de Miranda ganaba a militares y comisarios; el general no había dejado de comunicar que en las nuevas posiciones se podrían esperar las instrucciones del comandante en jefe y los socorros de Francia; ahora todo el mundo pensaba como él y parece que sea él quien ha realizado por la segunda vez en el curso de su carrera ese esfuerzo de coacer un ejército en fuga bajo los golpes del enemigo, pues es él "quien ha transmitido su energía a los demás generales, serenado las cabezas, suplido a Dumouriez".¹⁴²

El 9 de marzo, desde Moërdyck, Dumouriez anuncia a Miranda que "siendo del peor género" las cartas de Valence, se decidía a ir a reunirse con sus ayudantes. Le daba orden de que hiciese salir a Champmorin para Lier y a La Marlière para Herentals, de apostar un batallón y 30 caballos en Diest y de llamar a la artillería de plaza.¹⁴³ Por su parte, el Consejo ejecutivo ordenó al general en jefe que se incorporase al ejército de Bélgica, adonde llegó el 11, encargándose inmediatamente del mando supremo.¹⁴⁴ A partir de este momento, Miranda se abstiene de enviar informes acerca de las operaciones y de los acontecimientos militares.

Sin embargo, los austríacos se recogían para elaborar un nuevo plan; permanecieron inactivos hasta el 15 siguiente. Este plan consistía en combinar las fuerzas del duque de Brunswick con las del duque de York hacia Grave, para expulsar de Holanda a los franceses y enviar el cuerpo de Beaulieu sobre Namur y el de Hohenlohe sobre Mayence, para apoyar allí las operaciones del rey de Prusia.¹⁴⁵ La inacción del enemigo dio así algunos días de respiro al general Dumouriez; los aprovechó para poner algo de orden en los asuntos militares. Al mismo tiempo, con el intento de recuperar el favor de los belgas, exasperados contra los invasores, despidió a los agentes más comprometedores del poder ejecutivo, hizo callar a los clubs, encarceló a los descamisados agitadores y prometió la restitución de los bienes eclesiásticos.¹⁴⁶

N O T A S

- ¹ G. Ejército del Norte. Corresp. La Noue a Miranda.
- ² Rojas, p. 105. Miranda a Beurnonville, 4-6 marzo.
- ³ Jomini, III, 3.
- ⁴ A. N. WI 271. 30. Extracto del diario del general Ruault.
- ⁵ G. Ejército del Norte. Corresp. Valence a Miranda, 2 marzo.
- ⁶ A. N. WI 271. 30. Miranda a Valence, 2 marzo.
- ⁷ Albert Sorel ha escrito (II, 555) que el archiduque Carlos hizo su primera campaña en 1796; es un error inexplicable en un historiador tan bien informado. El archiduque recibió el bautismo de fuego en junio 1792, en un combate, cerca de Mons, en que pelearon franceses y austriacos.
- ⁸ Bourdeau, p. 66.
- ⁹ Jomini, III, 88.
- ¹⁰ B. N. Lh 27 II, 380. Memoria del general La Noue, 1-5.
- ¹¹ A. N. C. 248. Plaq. 371. Núm. 11. Acta de la sesión de la Convención nacional, del 28 marzo. Interrogatorio de La Noue.
- ¹² B. N. Lh4 94. *Campaign of 1792*, p. 273 y sig. Después de haber servido en el ejército de su país, durante treinta y tres años, en Hanover y en América y después de haber estado a las órdenes del Congreso de Bélgica, en calidad de mayor general, el inglés Money había venido a Francia «en conformidad con las cartas escritas por orden de los Sres. de Narbona, de Grave y Servan, donde se le ofrecía el grado de mariscal de campo y empleo en las fronteras». Por este ejemplo se ve, que el caso de Miranda recibiendo proposiciones para ingresar en el ejército francés no es único. La Asamblea nacional había decretado que independientemente del número de oficiales generales, entonces en activo, se nombrarían cuatro extranjeros. Parece, decía una memoria sometida, el 19 de julio de 1792, a la aprobación del Rey, que este decreto había sido dado en favor de M. Money, que prometía a la Asamblea reclutar en Inglaterra una legión compuesta de 400 soldados de caballería ligera, 800 cazadores, 200 carabineros a pie y una compañía de artillería. En el invierno de 1792-1793, Money abandonó el ejército de Bélgica, sin permiso oficial, y regresó a su país. (Expediente de Money.)

- ¹⁸ La Noue: *Memoria*, p. 6.
- ¹⁹ A. N. C. 248. Plaq. 371. Núm. 11. Sesión del 28 marzo.
- ²⁰ A. N. WI 271. 30. Informe de Miaczynski.
- ²¹ La Noue: *Memoria*, p. 11-12.
- ²² G. Corresp. Diario extractado de las gacetas de Leyde. Carta de un oficial francés, escrita el 8 de marzo al castillo de Bronk, e interceptada por los austriacos.
- ²³ Ibid. Caja de cartón de febrero 1793. El levantamiento del sitio de Maestricht fue un acontecimiento de gran importancia, no sólo desde el punto de vista militar, sino también en el aspecto político. M. de Montlosier escribía a Mallet du Pan: «Tenía usted mucha razón, mi buen amigo, de desesperarse de la lentitud de las potencias. Es un milagro que Maestricht no se haya rendido como Breda. Sin los emigrados y sin la firmeza del príncipe de Hesse, no se sabe lo que habría ocurrido... Señor, al saber la noticia del levantamiento del sitio, respondió en seguida a M. de Blangy: «No es Maestricht que se ha salvado, es Francia». Tenía razón, al menos, por lo que se refiere a la campaña actual. El general Cobourg dijo efectivamente que tenía llegar tarde y que si hubiese encontrado Maestricht tomado, se habría replegado en espera de fuerza más numerosa». (Mallet du Pan: Corresp., I, 357.)
- ²⁴ Informe de Miaczynski.
- ²⁵ G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de febrero 1793. El príncipe de Hesse a los Estados-Generales.
- ²⁶ Jomini, III, 91.
- ²⁷ G. Ejército del Norte. Corresp. Valence a Miranda, 3 marzo.
- ²⁸ A. N. WI 271. 30. Valence a Miranda, 3 marzo.
- ²⁹ Ségur: *Tableau historique et politique*, II, 137.
- ³⁰ Antepara, p. 243-244.
- ³¹ B. N. L6 41 618. Interrogatorio de Miranda ante el comité de guerra.
- ³² Charles-Louis Didier Songis, de Troyes, hijo y nieto de presidentes del granero de sal de Arcis del Aube, había estudiado artillería en la escuela de artillería de Sedán. Capitán destacado en las fuerzas de las Ardenas, jefe de batallón en el 4.º de artillería, jefe de brigada en el 3.º regimiento, luego general de división. Había hecho la campaña de América. Bajo el Imperio desempeñó las funciones de Conservador de bosques. (G. Expediente de Songis.)
- ³³ G. Expediente de Blotefière. Instancia al rey Luis XVIII para el grado de teniente general, 25 septiembre 1814. El conde de Blotefière, oriundo de San Quintín, ingresó, en 1764, en la escuela real militar, sirvió en la infantería y fue nombrado mariscal de campo por Dumouriez, en octubre 1792; empleado en el ejército de las Ardenas; suspendido de sus funciones, en septiembre 1793 y retirado dos años después. La explosión de una pieza de cañón, en Neerwinde, le dejó completamente sordo para el resto de su vida. (Ibid.)
- ³⁴ B. N. L64, 618. Interrogatorio de Miranda. Miranda a Valence, 3 marzo.
- ³⁵ A. N. WI 271. 30. Miranda a Egalité, 3 marzo. G. Ejército del Norte. Corresp. Gossuin y Merlin de Douai a la Convención, la misma fecha.
- ³⁶ Los comisarios a la Convención, 3 marzo.
- ³⁷ Ibid. Ejército del Norte. Corresp. Duval y Moreton a Beurnonville, 5 marzo.

³² Ibid. Duval a Beurnonville, 5 marzo. Duval había obtenido un permiso de veinte días, al cabo de los cuales, todavía enfermo, encargó a su mujer pudiese al ministro prorrogase su licencia. (C. Expediente de Duval, 10 febrero.)

³³ Esta carta fue leída por Boyer-Fonfrède, en nombre del Comité, a la Convención, el 6 marzo. Monitor del jueves 7 marzo, núm. 66. Tomo XV, p. 632.

³⁴ Declaración de Gossum.

³⁵ G. Los comisarios a la Convención, 3 marzo.

³⁶ *Danton et la paix*, 103, 105, 107; *La Victoire de l'An II*, 105. Véase también: *La Révolution et les Étrangers*, p. 127: «Peruano... conspiración de Dillon...».

³⁷ *Les guerres de la Révolution*, p. 311.

³⁸ A Eustace, p. 16.

³⁹ Relato impreso, p. 6.

⁴⁰ G. Los comisarios a la Convención, 3 marzo.

⁴¹ Ibid. Caja de cartón de febrero 1793. Extracto de las gacetas de Leyde.

⁴² Rojas, p. 92. Valence a Dumouriez, 2 marzo.

⁴³ Interrogatorio citado.

⁴⁴ G. Ejército del Norte. Corresp. Valence a Beurnonville, 3 marzo.

⁴⁵ G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de 2 marzo 1793.

⁴⁶ Ibid. Valence a Beurnonville, 2 marzo.

⁴⁷ Ibid. Beurnonville a Valence, 5 marzo. Boletín analítico. Beurnonville a Dumouriez, 6 marzo.

⁴⁸ A. N. C. 248. Plaq. 383-384.

⁴⁹ G. Ejército del Norte. Registros. Beurnonville a Valence, 7 marzo; Monitor del 7 marzo, núm. 66. Beurnonville a la Convención.

⁵⁰ Acta de la sesión de la Convención nacional, VII, 208-209.

⁵¹ Rojas, p. 103. Miranda a Beurnonville, 4-6 marzo.

⁵² *Patriote français*, 6, 7, 20 marzo, núms. 1302, 1303, 1306.

⁵³ Rojas, p. 121. Miranda a Pétion, 21 marzo.

⁵⁴ B. N. La33 49. Notas.

⁵⁵ Rojas, p. 93. Valence a Dumouriez, 2 marzo.

⁵⁶ Ibid., p. 96. Dumouriez a Miranda, 3 marzo.

⁵⁷ G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de marzo 1793. Extracto de las gacetas de Leyde. Cartas del 5 marzo.

⁵⁸ Servan: *Notas*.

⁵⁹ G. Ejército del Norte. Corresp. La Marlière a Miranda, 7 marzo.

⁶⁰ Ibid. Champmorin a Miranda, 6 marzo.

⁶¹ Rojas, p. 111. Miranda a Dumouriez, 8 marzo.

⁶² G. Expediente de Champmorin: Noticia exacta de sus servicios hasta el 1 abril 1793.

- ⁶⁴ Rojas, p. 105. Miranda a Beurnonville, 4-6 marzo.
- ⁶⁵ Interrogatorio de Miranda: respuesta al Tribunal criminal extraordinario.
- ⁶⁶ La Noue. *Memoria*, p. 10.
- ⁶⁷ B. M. 1222 3-4. Convención nacional. Valence a Beurnonville, 6 marzo.
- ⁶⁸ Rojas, p. 107. Miranda a Beurnonville, 4-6 marzo.
- ⁶⁹ G. Ejército del Norte. Corresp. Una nota marginal que se encuentra en la copia de esta pieza conservada en los Archivos nacionales (WI 271. 30), certificada conforme por Miranda, indica que estas disposiciones fueron el resultado de un acuerdo entre Miranda, Valence y Thouvenot. Puede verse también, a este propósito, la carta de Miranda a Beurnonville del 4-6 marzo, frecuentemente citada. Valence corrobora este acuerdo en su carta al ministro, del 6 marzo (B. M. 1222, 3-4): «Concertamos el partido que era necesario tomar en esta circunstancia y se decidió retirarse hacia Saint-Trond, para cubrir la artillería del sitio y la de diferentes depósitos que se encontraban en Lovaina y Tirlemont». La Noue dice: «Todos los movimientos subsiguientes fueron ordenados por los generales en jefe». (*Memoria*, p. 10.)
- ⁷⁰ Rojas, p. 96. Dumouriez a Miranda, 3 marzo.
- ⁷¹ Rojas, p. 100. Dumouriez a Miranda, 4 marzo.
- ⁷² G. Ejército del Norte. Corresp. Dumouriez a Beurnonville, 4 marzo.
- ⁷³ Rojas, p. 100. Dumouriez a Miranda, 4 marzo.
- ⁷⁴ G. Ejército del Norte. Corresp. Camus y Treilhard a la Convención, 7 marzo.
- ⁷⁵ Borgnet, II, 247.
- ⁷⁶ G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de marzo 1793. Dumouriez a los comisarios de la Convención, 4 marzo.
- ⁷⁷ Chuquet: *La Trahison de Dumouriez*, p. 61.
- ⁷⁸ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a de Harville, 6 marzo.
- ⁷⁹ Ibid. Duval y Moreton a Beurnonville, 7 marzo; Milon a Beurnonville, 7 marzo. Verhaegen (I, 103), nota «los votos que hacía en favor del regreso de los ejércitos imperiales la inmensa mayoría de los habitantes».
- ⁸⁰ G. Ejército del Norte. Corresp. Milon a Beurnonville, 10 marzo.
- ⁸¹ Archivos de la ciudad de Amberes. 1792-1793.
- ⁸² G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a La Marlière, 8 marzo; a Beurnonville, la misma fecha.
- ⁸³ A. N. WI 271. 30. Pasquín impreso.
- ⁸⁴ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 8 marzo.
- ⁸⁵ Ibid. Caja de cartón de marzo 1793. Camus y Treilhard a la Convención, 8 marzo.
- ⁸⁶ Ibid. Camus, Treilhard, Gossuin y Merli a la Convención, 18 marzo.
- ⁸⁷ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 8 marzo.
- ⁸⁸ Rojas, p. 118. Beurnonville a Miranda, 19 marzo.
- ⁸⁹ G. Ejército del Norte. Corresp. De Hangest a Miranda, 6 marzo.
- ⁹⁰ Ibid. Miranda a de Hangest, 8 marzo.

⁹¹ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 8 marzo.

⁹² *Ibid.* Beurnonville a Miranda, 11 marzo. Louis-Agustin Lamy d'Hangest tenía sesenta y tres años cuando, empleado en el ejército de Bélgica, fue llamado, en esta calidad, para mandar la artillería en Maestricht. Ingresado en el servicio en 1742, había hecho varias campañas y obtenido la cruz de San Luis por su buena conducta en la batalla de Lostercamp, en la que fue ayudante mayor de artillería destacado con el mariscal de Castries. Tomó el mando después de la huida de Lafayette y se mostró muy inferior a su cargo. «Sólo sabe gemir», decía Westermann. Inculcado, en el momento del proceso de Miranda, «por haber dado bombas que no eran del calibre», en el sitio de Maestricht, a pesar de todo, no fue detenido; continuó mandando y hasta julio no fue suspendido de sus funciones. Permaneció varios meses en presidio. Pretendía que la persecución de que era objeto por parte del Consejo ejecutivo era debida a que se le creía noble. Retirado, se estableció en Vissignicourt, cerca de Saint-Gobain. (Expediente de Hangest; Chuquet: *Valmy*, p. 29.)

⁹³ G. Ejército del Norte. Corresp. Beurnonville a Miranda, 9 marzo.

⁹⁴ Dumouriez, IV, 51: «Valence no tenía ninguna autoridad en las tropas. Permaneció en Lieja en lugar de dirigirse al frente para levantar y aproximar su acantonamientos».

⁹⁵ Aulard: *Recueil*, II, 365. Los comisarios a la Convención, 15 marzo.

⁹⁶ A. N. WI 271. 30. Miranda a los comisarios, 15 marzo.

⁹⁷ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 13 marzo.

⁹⁸ *Ibid.* Valence a Beurnonville, 12 marzo.

⁹⁹ Interrogatorio del testigo Lefèvre.

¹⁰⁰ *La Trahison de Dumouriez*, p. 64.

¹⁰¹ Declaración del general La Noue.

¹⁰² Declaración de Delacroix.

¹⁰³ Interrogatorio del testigo Lefèvre.

¹⁰⁴ Proceso de Miranda. Declaración de Alet.

¹⁰⁵ *Ibid.* Respuesta de Miranda al testigo Alet.

¹⁰⁶ Jomini, III, 93.

¹⁰⁷ *Mémoires*, IV, 53.

¹⁰⁸ *Valmy*, p. 139.

¹⁰⁹ A. N. WI 271. 30.

¹¹⁰ G. Ejército del Norte. Corresp. Gossuin y Merlin de Douai a la Convención, 3 marzo.

¹¹¹ Proceso de Miranda. Respuesta al testigo Calmet.

¹¹² Declaración de Alet.

¹¹³ Respuesta de Miranda al testigo Renard.

¹¹⁴ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a los comisarios, 6 marzo. Camus y Treillard a la Convención, 7 marzo.

¹¹⁵ Rojas, p. 107. Miranda a Dumouriez, 6 marzo.

- ¹¹⁴ Proceso de Miranda. Declaración de Lagnest.
- ¹¹⁷ Jomini, III, 101.
- ¹¹⁸ Respuesta de Miranda al testigo Lalo.
- ¹¹⁹ Dumolin: *Précis d'Histoire militaire*, I, 137.
- ¹²⁰ Respuesta de Miranda al general La Noue, testigo.
- ¹²¹ Rojas, p. 109. Dumouriez a Miranda, 7 marzo.
- ¹²² *Ibid.*, p. 111. Miranda a Dumouriez, 8 marzo.
- ¹²³ *Ibid.*, p. 111 y 117. Miranda a Dumouriez, 8 y 9 marzo.
- ¹²⁴ A. N. C. 248. Plaq. 371. Núm. 11. Sesión del 28 marzo.
- ¹²⁵ G. Corresp. general.
- ¹²⁶ A. N. WI 271. 30. Miranda a los comisarios de la Convención.
- ¹²⁷ G. Informe de Miaczynski.
- ¹²⁸ *Ibid.* Corresp. Stengel a Miranda, 8 marzo.
- ¹²⁹ *Ibid.* Milon a Beurnonville, 10 marzo; Dumolin, I, 137.
- ¹³⁰ Aulard: *Recueil*, II, 336.
- ¹³¹ G. Ejército del Norte. Corresp. Stengel a Miranda, 8 marzo.
- ¹³² Interrogatorio de Miranda ante el Comité de guerra.
- ¹³³ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 12 marzo.
- ¹³⁴ *Ibid.*
- ¹³⁵ *La Trahison de Dumouriez*, 90. Dumouriez, p. 166.
- ¹³⁶ Servan: *Notas*.
- ¹³⁷ Chuquet: *La Trahison*, p. 138. «Los dos generales impugnaban a la vez las Memorias de Dumouriez».
- ¹³⁸ B. N. L45 24. *Mémoires de Louvet*. Colección Barrière, XII, 248. M. Aulard, en su edición de las *Mémoires de Louvet de Couvraix*, que califica de «primera completa», ha suprimido (tomo I, p. 72) la extensa nota del autor favorable a Miranda. ¿Tendrá razón, pues, M. René Benjamin en criticar a algunos maestros célebres por su manera de escribir la historia? M. Aulard ha hecho una crítica laboriosa de las fuentes de Taine; cuándo saldrá el erudito que verificará las fuentes de M. Aulard, por lo demás poco numerosas. Este autor anuncia triunfalmente que ha aniquilado a Taine y no duda declarar que el alumno que, en nuestro tiempo, citase a Taine como historiador, sería suspendido en el examen. M. Albert Mathiez hace en esto coro con M. Aulard: acuerdo conmovedor entre Danton y Robespierre, del que, sin embargo, no creemos que uno y otro profesor tengan verdaderamente motivo de prevalerse; pues sus afirmaciones no pueden satisfacer al lector instruido. M. Augustin Cochin ha reducido a sus justas proporciones la crítica de que se trata en *La crise de l'Histoire révolutionnaire, Taine et M. Aulard*, y ha explicado objetivamente cómo y por qué no hay medio de poner de acuerdo las escuelas en el terreno de la historia revolucionaria. Por lo demás, hasta cuando pretende rectificar las citas de Taine, M. Aulard no es feliz «ya que se equivoca, en sus rectificaciones, la mitad de las veces aproximadamente». No estoy seguro de que algunos errores de información y una cierta tendencia enojosa a generalizar demasiado basten para anular el alcance de los juicios de Taine

sobre la Revolución; por el contrario, estoy seguro de que una edición que se la mutila de notas importantes que existen en la obra original de un autor, no puede ser calificada «edición completa».

¹⁸⁹ A. N. F7 4689. Plaq. 2 y Plaq. 3. Núm. 36. Miranda a Dumouriez, 9 y 19 enero 1793. M. Chuquet ha colocado por error estas dos piezas bajo la signatura F7 4598 (*La Trébison*, p. 90). El conde de Valence, nacido en Agen, en 1757, ingresó en la escuela de artillería de Estrasburgo, sirvió en el regimiento de Besançon, capitán licenciado por inútil en el regimiento Real-caballería; ayuda de campo del mariscal de Vaux; agregado a la embajada en Holanda en 1787, coronel de Chartres-dragones; general del ejército de las Ardenas, comandante en jefe en Bélgica. Sirvió a Napoleón en España y en otras partes. Par de Francia bajo la Restauración.

¹⁹⁰ G. Ejército del Norte. Corresp.

¹⁹¹ G. Ejército del Norte. Corresp.

¹⁹² Rojas, p. 98. Dumouriez a Miranda, 3 marzo.

¹⁹³ Ibid., p. 115. Dumouriez a Miranda, 9 marzo.

¹⁹⁴ G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 12 y 13 marzo.

¹⁹⁵ Jomini, III, 95.

¹⁹⁶ Verhaegen, I, 99.

CAPITULO XII

NEERWINDEN

EN el discurso que tuvo el intento de pronunciar en la barra de la Convención, el 29 de marzo de 1793,¹ Miranda ha expuesto de la manera más detallada los acontecimientos de la campaña después de la llegada del general Dumouriez al ejército de Bélgica; su relación se encuentra plenamente confirmada por los testimonios que aportaron al proceso más de treinta oficiales, desde el general La Noue hasta Vaux y Thuring, ayudantes de campo de Dumouriez, y Quentin, su secretario. Este relato es, pues, irrefutable, tanto más cuanto que en lo que concierne a la batalla de Neerwinden concuerda con las órdenes escritas de Dumouriez y el informe del príncipe de Coburgo, generalísimo austríaco.²

El 11 de marzo Miranda, Valence, La Noue y Thouvenot comunicaban a los comisarios de la Convención su decisión de esperar la llegada del general Dumouriez para discutir el plan de las operaciones ulteriores. Los ejércitos reunidos se retiraron más abajo de Lovaina, dejando una vanguardia del lado de Tir-

lemont; un tercio de las tropas estaba acampado; el resto, acantonado en los alrededores; los cuerpos de La Marlière y de Champmorin tomaron posiciones en Malinas y en Diest; los de D'Harwille y de Neully en Namur; las avanzadas del enemigo ocupaban Saint-Trond, abandonado por los franceses. El Estado Mayor estimaba la totalidad de las fuerzas disponibles en 40.000 hombres, y, frente a 30.000 austríacos, se creía al abrigo de toda sorpresa.³

"El mismo día 11 de marzo, el comandante en jefe llegó al cuartel general, a las ocho de la noche, y aprobó las disposiciones tomadas por sus lugartenientes."⁴ Parece que ya estaba decidido a intentar un golpe de fuerza con el fin de derribar la República. Para hacerlo con buen éxito necesitaba una victoria, pues su posición era muy delicada después del fracaso de su empresa en Holanda; presentía la desgracia y tenía la aprensión del momento en que sería llamado a París para dar cuenta de su conducta. Miranda observó que "traía de Holanda una nueva doctrina que le parecía lo menos conforme a la igualdad y al republicanismo; que su carácter estaba agriado y exasperado contra la Convención nacional". Creyó primero que eso era "efecto del mal resultado de sus planes indigestos que él (Miranda) había o corregido o combatido", y resolvió "abandonarle a sí mismo". A decir verdad, Miranda había conservado siempre esta reserva frente a las expansiones contrarrevolucionarias de su jefe. Es de recordar que cuando en un viaje a París, en octubre, Dumouriez se decía altamente republicano y se proclamaba el general de los descamisados,⁵ vuelto al ejército empezó a conspirar y a desacreditar a la república, de la que hacía un "repugnante cuadro". Pintando de mano maestra, es cierto, la situación, "hay, decía a

Miranda, un tejido de bribonería por una parte y de ignorancia por otra, que hará perecer a la república antes, por decirlo así, que haya nacido. No hay ni gobierno ni constitución; la Convención nacional no se ocupa para nada de ello; en lugar de esto, pasa el tiempo en convertirse en un tribunal inquisitorial; toda denuncia, verdadera o falsa, probada o no probada, es acogida con grandes aplausos; nadie se halla seguro de su estado; se le arrebatan a un agente público sus funciones y su honor antes de juzgarle. Es una época de proscripción, de demencia y de maldad que no puede compararse más que con los tiempos de Tiberio y de Nerón. Las gentes honradas de la Asamblea se callan por falta de valor. Tal es el partido que los representantes de la nación sacan de nuestras victorias".⁶ A principios de febrero, respondiendo a una carta cuyo original no he encontrado en ninguna parte, Miranda respondía al general en jefe: "He recibido su carta del 30 de enero y estoy, como usted, afligido por los males que trabajan y agitan a nuestra pobre república en el nacimiento de la libertad; pero es de esperar que se restablecerá el orden y que pronto estará floreciente y nuestras fatigas recompensadas por la felicidad que este pueblo inmenso va a disfrutar en la libertad".⁷

A su regreso de Holanda, Dumouriez descubrió claramente sus intenciones: repitió a Miranda que la mitad de los miembros de la Asamblea eran imbéciles y la otra mitad bandidos.⁸ Veremos que le hizo insinuaciones destinadas a conocer sus verdaderos sentimientos, tratando de asegurarse de la ayuda eventual que podría encontrar en su lugarteniente. Pero Miranda, demasiado listo para caer en la celada, se inhibió: "Esto, dirá, produjo mi enemistad y mi corte de relaciones".⁹ El divorcio, en

efecto, era inevitable entre ambos generales, pues, según la observación de Luis Blanc, Miranda, sin ir hasta los límites extremos del jacobinismo —lejos de ello— había dado, sin embargo, demasiadas prendas para no estar desfavorablemente impresionado por los propósitos de Dumouriez, que intentaba restablecer la realeza.

Al siguiente día de su llegada al cuartel general, Dumouriez leyó a Miranda su famosa carta a la Convención y le confió que esperaba de un momento a otro un decreto de acusación. Ambos generales pasaron entonces revista a las tropas. Dumouriez habló a los soldados, preguntándoles qué pensaban de la proscripción que los jacobinos acababan de dictar contra él. Miranda le hizo ver que semejantes cuestiones estaban fuera de lugar y que no se debía de plantear tales cuestiones personales delante del ejército, y Dumouriez preguntó entonces bruscamente:

—¿Cree usted, general, en la igualdad de que hablan los facciosos?

—Creo en ella —respondió Miranda.

El general en jefe no objetó nada a las observaciones de su subordinado y se volvió muy reservado.¹⁰

Mientras tanto, la Convención ordenaba la detención de La Noue y de Stengel.¹¹ Dumouriez preguntó todavía a Miranda:

—¿Qué haría usted, general, si una orden como esa orden llegase para mí?

—Como leal servidor, me vería obligado a obedecerla. Pero si esa orden llegara, quien la recibiría sería el general Valence por ser el oficial más antiguo del ejército.

—No; esa orden se la mandarían precisamente a usted; pero el ejército no la obedecería. De modo que usted no tendría más que levantar acta de haberla recibido y devolverla.

Algún tiempo después reanudóse el diálogo durante la comida.

—Es necesario —dijo Dumouriez— ir a París para restablecer la libertad.

—¿De qué manera?

—Con el ejército. Estoy decidido a pasar el Rubicón.

—Me parece el remedio peor que la enfermedad, y es lo cierto que lo impediré, si puedo. Usted no es César y el ejército francés no está compuesto por las legiones del vencedor de las Galias; si se sospechara que usted había tenido tal propósito, soldados le contestarían a tiros y a cuchilladas.

—¿Pelearía usted en contra mía, Miranda?

—Es posible, si usted pelease contra la libertad.

—¿Sería usted entonces Labieno?

—Labieno o Catón, siempre me hallará usted del lado de la República.

Y Dumouriez hizo como que derivaba la plática hacia la chanza, pero no cabiéndole duda de las disposiciones de Miranda, resolvió su pérdida. Para lograr este fin, le era preciso apartar de su camino al único general que creyó capaz, entre todos, de oponerse a la aventura.

Esta actitud de Miranda ha hecho decir al biógrafo más reciente de Dumouriez que el venezolano hacía gran alarde de patriotismo y aspiraba al mando supremo. Chuquet añade que las tropas no querían a este aventurero llegado de Caracas; que los comisarios, los generales y los soldados condenaban su alta-

nería, sus pretensiones, sus vivacidades; que no había podido tomar a Maëstricht; que causó la derrota de Neerwinden.

Tratemos de pesar lo que valen estos cargos: juzgar así a Miranda, en tres líneas desdeñosas, revela un desconocimiento absoluto de la carrera y del carácter del personaje; cabe preguntar cómo le habrían tratado los historiadores franceses si, a la manera de sus colegas, hubiese seguido a Dumouriez en el camino de la traición. No soy de los que se ofenden porque se aplique el calificativo de aventurero a un hombre cuya vida es el más asombroso tejido de aventuras que sea posible imaginar; pero hay matices que deben tenerse en cuenta: que Chuquet, siguiendo el ejemplo del duque de Choiseul, reserve primero lo que el término tiene de peor para el general Dumouriez, y estaremos cerca de entendernos. Debo repetir a este propósito que Miranda no fue a ofrecer sus servicios, como lo hacen los aventureros del carácter de Dumouriez, sino que cumplió muy honorablemente con lo que le solicitaron que hiciese, manifestándose, como dirá Chauveau-Lagarde, "en los ejércitos y en los consejos uno de los más esclarecidos y de los más intrépidos defensores de la república". Fue hábil, leal y valeroso; ¹² el valor, la calma, la tenacidad, la serenidad de que siempre dio pruebas, así como la nobleza de su alma, hacen de él uno de los más bellos representantes de la raza española. Miranda sirve una sola causa: lucha por la independencia de los Estados Unidos; contribuye poderosamente a expulsar del territorio francés a los ejércitos imperiales y prusianos; consagra su vida a emancipar a la América latina; lucha en Venezuela a la cabeza de los patriotas y muere en un calabozo de Cádiz por haber amado la libertad: "Mi destino, dice en una alocución a los franceses, parece el de ser siempre

y en todas partes el soldado de esta ilustre causa". Miranda no fue nunca realista; jamás se adhirió al cesarismo. Dumouriez tricionó a su país y a la Revolución; Valence abandonó su puesto frente al enemigo; Moreau permaneció republicano, mas para conducir contra su patria a los coligados, que Bernadotte inició en los secretos de la estrategia napoleónica; el mismo duque de Orleans, que en 1793 se negó a entrar en el ejército austriaco, encargó más tarde a D'Antraigues que transmitiese a Rusia su deseo de servir a la coalición.¹⁹ ;Y cuántos soldados admirables volvieron la espalda a la república para seguir la estrella del emperador o aceptar empleo de Luis XVIII o de Luis Felipe! Sin contar, pues ya lo ha hecho Albert Sorel, todos los jacobinos y revolucionarios "civiles" que cambiaron sus ideas o sus declamaciones por títulos nobiliarios y murieron millonarios. Ninguno de los que Barère llamaba empresarios de la revolución permaneció fiel a la Revolución. Al contrario, Miranda, en el curso de una existencia fecunda en peripecias extraordinarias, merecerá siempre el irónico y noble título que le dieron Bonaparte y el presidente Adams, tratándole de Don Quijote de la Libertad.

¿Aspiraba Miranda al mando supremo? Es posible, pero no se sabe nada acerca de ello. A fines de 1792, dice Michelet, Brissot y Pétion deseaban sustituir a Dumouriez por Miranda, "poner al honrado y sólido español en el lugar del gascón". Su condición de extranjero no habría sido en esa época obstáculo insuperable para tan inaudita elevación; Albitte no había dicho aún en la tribuna que un español era indigno de acaudillar a los franceses, ni propuesto un decreto prohibiendo a los extranjeros el mando de los ejércitos de la República. Miranda debía

poco después mandar en jefe durante la ausencia de Dumouriez y de Valence, y algunos meses antes la Revolución había hecho general de sus tropas al incapaz Lückner, un alemán que se batiera en Rossbach contra Francia. Los oficiales extranjeros poblaban el ejército: Stengel, el mejor de sus jinetes, procedía del Palatinado; Miaczynski era polaco; Money, Keating, Sheldon, Linch, eran ingleses; Deprés-Cassier, suizo; Moultonson, comandante de la flotilla de Amberes, norteamericano; Kilmaine, irlandés; Sttenhoffen, austríaco.

La competencia de este jefe eventual está fuera de discusión; en un momento dado, Dumouriez afirmó que Miranda era el único general capaz de reemplazarle en la cabeza del ejército; "era, asegura, hombre de ingenio y muy instruido; conocía la guerra por teoría mejor que ninguno de los demás generales".¹³ "Tenía, añade Chuquet, talento, sangre fría, valor, las aptitudes necesarias para comprender las grandes operaciones y conducirlas".¹⁴

En el tribunal revolucionario, el presidente Montané dirá a Miranda: "Resulta de la deposición de un testigo que usted ardía en deseos de mandar en jefe, y que por esa razón hizo usted perder el éxito de la batalla de Neerwinden". Y el general respondió atinadamente: "Se hace mal en decir que yo quería mandar en jefe, puesto que Dumouriez tenía entre él y yo la mediación de Valence, que estaba todavía por encima de mí".¹⁵

¿Era Miranda querido por sus tropas? Conocido es su carácter entero: siempre desplegó la mayor energía para mantener el orden y la disciplina en el ejército en una época en que la insubordinación era la regla y los generales temblaban ante los voluntarios insumisos y cobardes. El conde de Mérode-Westerloo

habla en sus *Recuerdos* de los sinsabores del duque de Chartres y de sus lágrimas ante la insolencia de los soldados. Miranda no temía proceder con el mayor de los rigores, y sus medidas fueron aprobadas por Beurnonville y el gobierno; castigaba a los culpables, escribe Servan, y mantenía las tropas subordinadas. He señalado los casos en que su pesada mano se dejó caer sobre generales, ayudantes y soldados. No toleraba más la intriga que la indisciplina, y el mismo Thouvenot, omnipotente jefe de Estado Mayor de Dumouriez, no se vio libre de sus críticas.¹⁸

Durante largo tiempo Dumouriez gozó de gran popularidad entre las tropas, a quienes trataba de ganarse con adulaciones. La exuberancia de este inagotable charlatán contrastaba singularmente con la circunspección de Miranda, por quien es probable que oficiales y soldados sintiesen poco afecto. Lo mismo ocurrió en Venezuela cuando el año 1812 fue nombrado generalísimo de las fuerzas patriotas; censuró entonces ásperamente la indisciplina de la soldadesca, la inexperiencia de los oficiales, las deficiencias de una administración rudimentaria, hiriendo así inútilmente el amor propio de sus subordinados y desanimando tal vez las mejores voluntades. Rodeado de extranjeros, a quienes consideraba como los únicos que podían servir bien a la causa de la independencia, tal como se ha pretendido, verá pronto volverse contra él la mayor parte de los patriotas, a los que exasperaba su aire desdeñoso y el tono hiriente que había adoptado. Aquel hombre se imponía a la admiración de todos por su elevada inteligencia, su dignidad y la vasta extensión de sus conocimientos, pero ignoraba el arte de hacerse querer por sus subalternos y despreciaba la popularidad y el favor inconstante de la

multitud. Podría decirse que vivió siempre encerrado en la torre de marfil de su orgullo. Sin embargo, y debe insistirse en esto, el soldado no tuvo jamás queja de él. El testimonio del director general de correos de su ejército en Bélgica, Philippe, ahí está para demostrar que la legendaria impaciencia de Miranda no se manifestaba más que cuando sus órdenes eran mal comprendidas o mal ejecutadas: "Siempre el soldado encontró fácil acceso a él, un interés verdadero y el deseo sostenido de disminuir las quejas haciendo que cesaran las necesidades".¹⁹

Si Miranda no tenía la confianza de sus soldados, cabe preguntarse, con Servan, por qué Dumouriez, en medio del desastre, le designó para dirigir la más difícil de las retiradas, ascendiéndole al día siguiente de Neerwinden por encima de todos los demás generales del ejército.²⁰ "Danton y Delacroix, escribe Chuquet, convencidos de que había perdido la confianza, le mandaron a la barra de la Convención". ¿La confianza de quién? De Dumouriez, que iba a hacer traición y que arrancó la orden de detención a los comisarios.

Es inepto arrojar sobre Miranda la responsabilidad del fracaso de Maëstricht; ya he expuesto por qué esta plaza no podía caer. Las medidas tomadas por el general no parece que puedan ser criticadas; Mortiner-Ternaux es quien tiene razón.²¹ El cerco de esta fortaleza pidió siempre despliegue de fuerzas considerable. En 1579, Alejandro Farnesio, el mayor guerrero de su siglo, no pudo tomarla sino después de tres asaltos, y entró, llevado por sus soldados, sobre miles de cadáveres. Maëstricht estuvo durante un mes al mariscal de Sajonia, que tenía a su disposición 100.000 hombres y más de cien cañones. En 1830, los belgas sitiaron inútilmente la ciudad. Maëstricht era, pues, plaza muy

fuerte; ocupada en 1793 por una guarnición numerosa, podía defenderse bien y se defendió, en efecto, durante varios días contra el pequeño ejército al que se había encargado de bombardearla. Cuando al año siguiente fue atacada de nuevo, Jourdan, hábil maniobrero, pasó el Roër para ir a batir a los austríacos, que una vez más se disponían a socorrerla; Kleber consiguió apoderarse de ella después de doce días de trinchera abierta; lo que probablemente habría hecho Miranda, a no ser por la derrota de Aquisgrán. Las operaciones de los franceses en 1794 no difieren en nada de las ordenadas por Miranda el año precedente, sólo que en vez de Valence y de La Noue, era Jourdan quien estaba allí.

Acerca de las causas de la derrota de Neerwinden, Miranda se alzaba enérgicamente contra todo equívoco que hiciese sufrir a su reputación ante la Historia: "No existe en toda la Revolución, escribirá refutando los dichos de Champagneux, un asunto que haya sido más profundamente examinado ni más claramente establecido".²² Y veremos que le asistía por completo la razón. El venezolano ha sido víctima de la perfidia de Dumouriez y de la ignorancia de los numerosos autores que adoptaron su relato respectivo a las responsabilidades de la campaña y en seguida fue alejado sin retorno de la actividad militar, en la que todavía hubiese podido rendir grandes servicios a Francia.

Su caso no es único: hoy se sabe por medio de qué viles calumnias se arrebató a Pichegru su honor de soldado, acusándole de traición por el testimonio de algunos bribones, y de incapacidad por reveses de los cuales no era responsable o en los que Jourdan compartía, al menos, la responsabilidad.

Reanudemos el hilo de la historia.

Dumouriez quiso tentar la suprema probabilidad de obtener una victoria que reafirmase su quebrantada situación y le permitiese marchar contra París. Estaba "abiertamente en pugna con la Convención, proscrito y necesariamente comprometido a derribarla o a perecer".²³ Abandonó, pues, las posiciones que Miranda había designado al ejército al otro lado del Dyle y que cabe, según el testimonio de peritos y de historiadores, juzgar inmejorables. Las tres divisiones de infantería acampaban en las alturas detrás de Lovaina, cubiertas por el canal de Malinas; la reserva y un cuerpo de caballería se encontraban cerca de Boutersem, tres leguas más adelante; la vanguardia ocupaba Cumptich, dos leguas más lejos. Fue cubierta Bélgica, en espera de refuerzos de Francia. Un precedente ilustre, el del mariscal de Sajonia, demuestra la excelencia de la elección, y, como dice Servan, "prueba la exactitud de la visión de Miranda tomando esta posición y queriendo conservarla". El antiguo ministro de la Guerra creía que el abandono del plan del venezolano fue la causa de los desastres posteriores del ejército.²⁴ En efecto, se trataba de una de las posiciones más ventajosas para proteger a Bélgica, es decir, para alcanzar el fin que parecía imponerse como esencial al alto mando francés en las condiciones en que se encontraba el ejército. Miranda no tenía necesidad de ser tan gran capitán como el glorioso vencedor de Fontenoy y para comprender que la toma de Lovaina y de Malinas haría caer el Flandes holandés y obligaría a los franceses a retirarse precipitadamente hacia Bruselas por Mons y Ath, en una marcha que presentaría el flanco al adversario.²⁵ Por añadidura, el ejército, especialmente las tropas de Valence, había abandonado gran parte de su material y casi todos sus efectos de campamento; era indis-

pensable restablecer la cohesión y levantar el ánimo de los soldados procurándoles descanso y refuerzos.²⁶ Cuando se es el más débil, el arte de la guerra consiste, según Napoleón, en ganar tiempo.

Sin embargo, Jomini juzga peligrosísimas aquellas posiciones y aprueba que Dumouriez las haya dejado. El crítico militar suizo encuentra que el enemigo —y ésa era, en efecto, su intención— hubiera podido rodear a Cumplich por la derecha, arrebatar la vanguardia y arrojar la reserva y la caballería sobre el cuerpo del ejército, que hubiese corrido grave riesgo, dado que no existía ni campo de batalla reconocido ni orden de concentración, mientras que el enemigo se situaría a un extremo de la línea. El coronel Bourdeau comparte esta manera de ver: en opinión suya, la dispersión del ejército era excesiva en momentos en que la concentración era lo más necesario en vista de una batalla inminente.²⁷ Dumolin, en fin, piensa que un ejército tan poco propio para la defensiva amenazaba desbandarse; le parece que era menester atacar a Coburgo antes de que entraran en la línea de combate Beaulieu y Hohenlohe-Kirchberg, que marchaban contra Namur, y de los holandeses, que iban a pasar el Mosa.²⁸ Eso es el resumen de la opinión del mismo Dumouriez.

Sea ello lo que fuere, el general en jefe tomó disposiciones "un poco deshilvanadas e insuficientes".²⁹ Asignó a sus lugartenientes los siguientes mandos: a Valence, el ala derecha; a Chartres el centro, a Miranda la izquierda. Además de los 7.000 hombres que componían este ala, Miranda tuvo a sus órdenes el cuerpo de los 3.000 flanqueadores de izquierda bajo Miaczowski y la división Champmorin, con una fuerza de 6.000 hombres

que se sostuvo en Diest hasta el 17 de marzo. En este número total estaban comprendidos 2.000 jinetes. El día de la batalla Miacyński había dejado su infantería, o sean ocho batallones, cerca de Lovaina. La Marche recibió la vanguardia y Chancel la reserva. El reparto de las columnas entre estos diferentes cuerpos sufrió, por consiguiente, modificaciones que serán señaladas oportunamente. Dampierre se trasladó a la derecha de Cumptich, apoyado en la división que ocupaba Lummen, y Miacyński se dirigió a Diest y Tirlemont, protegida por el Geete. En Namur se quedó D'Harville con 7.000 hombres. El cuerpo que mandaba La Marlière quedó también alejado del grueso del ejército.

La nueva campaña proyectada por Dumouriez parecía tan temeraria como la que acababa de frustrarse. Primero, el enemigo disponía de más de 50.000 hombres de buena calidad, mientras que los franceses no eran más de 35.000,³⁰ de los cuales algunos pertenecían a esos cuerpos de voluntarios que ya habían desertado en muchas ocasiones y que no podían inspirar confianza, sobre todo si se encontraban enfrente de tropas sólidas. A esta desventaja inicial no tardarían en añadirse las que procedían de la presunción de Dumouriez, propenso siempre a tomar por imbéciles a los generales enemigos y de su intención de dar a toda costa una batalla, "una buena batalla en campo raso", que realzaría su gloria; para perder esta batalla escogió el mismo campo en que un siglo antes el mariscal de Luxemburgo había batido al príncipe de Orange.³¹

El general en jefe ya no discutía con Miranda los asuntos militares; el duque de Chartres, Valence y Thouvenot eran solamente sus confidentes o consejeros. "Al principio pensé, escribe el venezolano, que eso no era más que efecto de su amor propio,

creyendo tal vez que yo debía de plegarme algo más a sus caprichos." Así, el que Dumouriez llamara antes "la cabeza filosófica y militar por excelencia del ejército" no tuvo parte alguna en la preparación de las operaciones que llevaron a la derrota de Neerwinden, las cuales él juzgaba absurdas, encaminadas a malogro cierto y que trató de impedir con sus consejos.³³

El 15 de marzo, Coburgo marcha sobre Tirlemont y lo ocupa por el cuerpo del archiduque Carlos, que forma la vanguardia austríaca; ante la noticia de este suceso y a consecuencia de una mala interpretación, Neuilly, Dampierre y Miaczynski retroceden. El momento parece crítico; Dumouriez lo remedia con prontitud y energía haciendo avanzar a todo el ejército.³³ "Los enemigos que atacan en este momento la vanguardia, escribía Miranda a los comisarios, me obligan a poner a la cabeza de mi división";³⁴ con el cuerpo de ejército de Champmorin ataca y recupera Tirlemont ³⁵ al día siguiente a las nueve de la mañana, y amenazando el ala derecha del enemigo por Oplinter, le obliga a que se retire entre las dos Geetes, frente a Neerwinden. Un combate victorioso se dio todavía en Goidzenhoven. Lo de Tirlemont costó 800 hombres a los austríacos y devolvió la confianza al ejército francés: "No solamente, escribía Dumouriez, se ha defendido con la mayor firmeza, sino que ha atacado con buen éxito".³⁶

Los franceses ocupaban las posiciones que dominaban el camino de Saint-Trond, con su derecha hacia Goidzenhoven, su izquierda hacia Oplinter, en un frente de más de dos leguas, demasiado extenso, dado el reducido número de las tropas y el riesgo que corrían los diferentes cuerpos de perder todo contacto entre ellos. Las divisiones de Miranda se encontraron situadas

detrás de las alturas de Wommerson, excepto los veintidós batallones de Champmorin, que no pasaron el gran Geete hasta el siguiente día.³⁷

Los imperiales tenían una línea de alturas entre Racour a la izquierda y Leau a la derecha, que ocupaba el archiduque, así como a Halle y Dorsmael; el centro, a las órdenes de Colloredo, estaba en Neerwinden; la izquierda, mandada por Clerfayt, defendía a Overwinden.

Dumouriez prevenía el ataque austríaco romando la ofensiva: era proceder según un precepto del que Napoleón sabrá sacar felicísimos resultados. Pero, en el caso presente, lo verosímil es que si el general francés hubiese sabido esperar, el empuje enemigo se habría roto contra sus líneas. Cambiáronse los papeles: fue Dumouriez quien se lanzó al asalto de posiciones muy fuertes, inatacables de frente, defendidas por un ejército harto superior en número al suyo y que disponía de una artillería formidable: fracasó. Jomini estima que, a fin de cuentas, el partido tomado de dar batalla en semejantes circunstancias puede defenderse, pero que, para asegurar el buen éxito, el general en jefe habría debido llamar las tropas de D'Harville y de La Marlière y así como también, aun a riesgo de abandonar puestos secundarios, reservar todos sus medios para el golpe decisivo.³⁸

Dumouriez se creía un genio en materia de arte militar; se trata de una opinión completamente personal y que nadie está obligado a compartir. Los elogios que adjudica a sus propias concepciones, sus críticas de las campañas de Napoleón, todo eso es ridículo. En Dumouriez, el grano de locura que se atribuye a todo hombre de cierta valía, alcanza grandes proporciones. Naturalmente, habla poco de las faltas cometidas en las opera-

ciones de Holanda y de Bélgica y que, sin embargo, la posteridad no tiene por qué ignorar; la batalla de Neerwinden es la más grave: "Estoy asombrado de que haya sido capaz de semejante error", escribe Miranda a Périon. "Es inconcebible", exclama Money. Y el error, que estuvo a punto de costar la cabeza a un inocente, habría sin duda hecho caer la del culpable si no hubiese tomado el partido de desertar. "Las operaciones estratégicas de Dumouriez, escribe Jomini, fueron constantemente falsas, excepto la de Argona",³⁹ y aun en Argona, ¿no cometió una falta muy grave descuidando la conservación del Chêne-Populeux y de la Croix-aux-Bais, por donde los prusianos rompieron sus líneas e hicieron correr al ejército peligros de que no escapó sino gracias a la sangre fría de Miranda y al buen mantenimiento de su división? En esta campaña, Brunswick y Dumouriez parecen haber "rivalizado en torpezas".⁴⁰

Las disposiciones adoptadas por Dumouriez en Bélgica presentaron constantemente peligro de diseminación de fuerzas, y habría llegado pronto al desastre si hubiese tenido otros adversarios que no los generales austríacos, lentos e incapaces de iniciativas osadas. La guerra habría podido prolongarse indefinidamente de no lanzarse Dumouriez mismo al precipicio en Neerwinden, donde los vicios de su táctica se manifestaron con ruido en el campo de batalla. El general Colin ha escrito que después de Dumouriez "nadie ha quedado en estado de mandar un ejército", y añade que durante este primer período de las guerras revolucionarias no hubo ningún jefe capaz de hacer maniobrar una división o una brigada.⁴¹ Cabe estimar que este distinguido escritor exagera: es posible, a lo largo de las páginas del presente libro, comprobar los errores prodigiosos que llevan

al pasivo de Dumouriez el fracaso de las expediciones de Holanda y de Bélgica, y uno se pregunta con susto qué falta no hubiera podido cometer este hombre de no estar, como quieren sus admiradores, "superiormente dotado". En cambio, Pichegru, Hoche, al que se puede atribuir el espíritu militar más francés de la Revolución, sin contar a Moreau, con quien el general Colin es particularmente severo, obtuvieron resultados muy brillantes, poniendo ya en práctica algunas de las innovaciones de que debía hacer uso tan maravilloso el genio de Bonaparte. Por su audacia y su energía en ciertas campañas, Jourdan ha sido comparado al gran Condé, y el austríaco La Tour confesaba que no habría creído que hubiera hombres capaces de hacer lo que hicieron en el paso del Ourthe los soldados de Jourdan.⁴³ En 1799, Brune en Holanda, Massena, Soult y Lecourbe en Suiza, elevaron al supremo grado la gloria militar de la Revolución y salvaron a Francia, acorralada y atacada a la sazón por verdaderos hombres de guerra como Suvorof.

Cuando Miranda critica el ataque en Neerwinden como "contrario a las reglas del arte", no se vale de un lugar común que autorice al general Valence a chancearse a costa de él desde la cima de su altanera ignorancia: Miranda sabe que raramente un ataque de frente tiene buen logro contra tropas establecidas en sólida defensiva, y que es necesario, en tal caso, recurrir a la maniobra para vencer la resistencia del adversario; sabe que el combate de frente, aun en campo raso, no conduce a ninguna solución, al menos que una de las dos partes disfrute de superioridad numérica aplastante.⁴⁴ Además, Dumouriez dividió su ejército en ocho columnas, distribuidas en tres cuerpos, que obraron separadamente en un frente demasiado extenso, y la batalla

consistió en una serie de combates parciales, ejecutados por masas sin ningún enlace entre ellas. Es que todavía se tenía la vieja organización por destacamentos, que el mariscal Foch ha criticado en nuestros días;⁴⁴ es también que aún no se había comprobado la superioridad de la maniobra que, gracias a la holgura y flexibilidad de las operaciones, procuraría a los ejércitos de Napoleón la ventaja de su fulmínea movilidad.

Pasando por alto las razones políticas que pudiera tener para desear la batalla, Dumouriez aboga su plan, desde el punto de vista militar, diciendo que no podía pensar en defender los Países Bajos, pulgada a pulgada, con "un ejército indisciplinado que carecía de suficientes generales, incapaz de ejecutar marchas rápidas y maniobras hábiles, frente a una caballería numerosa y aguerrida y no teniendo a las espaldas ninguna plaza, ninguna posición fortificada".⁴⁵ Pero justamente aquel mal estado del ejército, desprovisto de todo, de calzado, de ropa, cuya caballería no tenía forrajes, cuya artillería no tenía armones, parecía imponer la adopción del plan de Miranda, que consistía en reorganizarse al mismo tiempo que se cubría a Bélgica. Este plan era ejecutable, puesto que el mismo Dumouriez nos dice en sus *Memorias* que pensaba, si era vencido, reocupar sus posiciones para proteger a Bélgica y reforzar sus tropas.⁴⁶ El general en jefe alegó también una razón de orden militar, y ésta de carácter más imperioso: "Ante la noticia que he recibido, escribía Beurnonville al día siguiente de la derrota, de los peligros de Namur y de la aproximación de un cuerpo de ejército de cerca de 10.000 hombres, que se dirigía a Bruselas y a Lovaina, me ha parecido que sólo podría salvar la cosa pública expulsando al enemigo de su campo de Neerwinden".⁴⁷ El general en jefe, decidido al

combate, asignó a sus tropas los siguientes diversos objetivos: las columnas de la derecha, con La Marche, Le Veneur y Neuilly, dirigidas por Valence, atacarían a Racour, Overwinden y Neerwinden; las columnas del centro, con Diethmann y Dampierre, bajo las órdenes del duque de Chartres, se lanzarían conjuntamente, de frente y por la derecha, contra Neerwinden, cooperando con Neuilly; las columnas de la izquierda, al mando de Miranda, operarían así: Miaczynski, después de haber pasado el pequeño Geete, en Overhespen, avanzaría, en combinación por su derecha con Dampierre; Ruault, atravesando el río en Orsmael desembocaría por el camino de Saint-Trond a Lieja; Champmorin iría contra Leau, pasando el gran Geete en Bingen. La posición de Leau vendría a ser en cierto modo el eje de un movimiento general de conversión a la izquierda, que podría llevar la derecha hacia Saint-Trond y obligar al enemigo a retirarse a Tongres.⁴⁸ Dumouriez pensaba poder establecer, después de la batalla, una línea que se extendería desde Leau hasta Saint-Trond.

El 18 por la mañana, las tropas de Miranda atacaron los pueblos de Orsmael y de Heelen y los puentes, rechazando al enemigo. Hacia las diez y media, el general fue invitado a ir a la derecha para conferenciar con el comandante en jefe; en presencia de Thouvenot, Dumouriez le entregó un pliego sellado que contenía instrucciones para la batalla; Miranda, sorprendido, observó que no se había operado ningún reconocimiento por la derecha; que no había bastantes puentes para atravesar el río; en fin, que la posición del enemigo en las alturas de Halle y de Villeré, era demasiado ventajosa.

—¿Sabe usted —preguntó al comandante en jefe— el número de enemigos que tenemos enfrente?

—Creo que se eleva a cincuenta y dos mil hombres.

—¿Cuántos somos nosotros?

—Treinta y cinco mil.

—¿Cree usted posible que logremos desalojar al enemigo de semejante posición?

Como Dumouriez no quisiera discutir, Miranda se inclinó.

—Cuenta usted conmigo —le dijo—; no dejaremos de cumplir sus órdenes, atacando vigorosamente con cinco columnas.

Y llevando en mano la orden escrita, fue a encontrar a sus lugartenientes y les intimó que ejecutasen puntualmente las prescripciones del general en jefe.⁴⁹

Esta orden escrita de Dumouriez, y que era lo único que debía salvar la cabeza de Miranda, estaba concebida en estos términos: "El general Miranda atacará por la izquierda, entre Orsmael y la Chapelle de Betania, tanto con sus tropas como con las del general Champmorin; pasará el río por todos los puentes y atacará con otras tantas columnas y vigorosamente al enemigo en su posición. Queda advertido que el ataque es general desde Overwinden hasta la Chapelle de Betania. La totalidad del ataque de la izquierda está absolutamente a sus órdenes. El general Champmorin debe necesariamente conservar el puente de Budingen y emplear en él una fuerza bastante imponente para poder, en caso de necesidad, amenazar al enemigo con un ataque de flanco hacia la parte de Leau, donde esta fuerza marcharía en columna". Así se ve lo que vale la versión de Dumouriez, adoptada, lo cual es muy asombroso, por Mortimer-Ternaux, entre otros historiadores,⁵⁰ según la cual la izquierda debía limitarse a servir de eje al ejército, sin avanzar ni retroceder. La confusión proviene, sin duda, del papel harto singular

atribuido en el plan en cuestión a las tropas que ocuparían Leau. De todas maneras, aun admitiendo que la idea del general en jefe hubiese sido la de lograr una conversión a la izquierda, girando sobre el cuerpo entero de Miranda, debe convenirse, con el general Bourdeau, que la concepción que se había hecho Dumouriez de la batalla era "extraña y muy atrasada", y que entonces era imposible emplear semejante táctica, que habría sido "ya difícil de llevar a buen término en un simple terreno de maniobras".⁵¹

Miranda formó su cuerpo de ejército no en cinco, sino en siete columnas, mandadas por los generales Kuault, Champmorin, Miaczynski e Ihler, y los coroneles jefes de brigada Champollon, Dumenil y Keating. Reservóse el conducir personalmente al asalto las columnas Ruault, Champmorin y Dumenil,⁵² así como la de Champollon.

Tenía, pues, Miranda enfrente el ala derecha enemiga, apoyada en la calzada de Saint-Trond y mandada por el archiduque Carlos. Algunos historiadores han querido ver huella de preocupaciones políticas en la manera como Dumouriez distribuyó los mandos.⁵³ El duque de Chartres estaría destinado, con la ayuda de Valence, convertido en el hombre de confianza del general en jefe, a ser el héroe de la jornada y a realzar el prestigio de la Casa real. Miranda, el amigo de los girondinos, el republicano que el rencoroso Dumouriez comenzaba a perseguir y de quien era preciso deshacerse, tendría que desempeñar en Neerwinden el mismo papel que Dampierre en Jemmapes, es decir, el de ser aplastado, para la mayor gloria de Chartres y de Valence, que, vencedores a la derecha, irían a "salvar de Miranda lo que quedase, si es que quedaba algo". Ignoro lo que puede haber de

cierto en estas conjeturas; me inclino más bien a pensar que si es verdad que Dumouriez trataba, desde luego, de perder a su lugarteniente, no menos quería aprovechar todavía sus cualidades, en vista de sus propios fines. En todo caso, Dumouriez no podía querer al mismo tiempo una derrota para Miranda y una victoria para sí mismo.

Sin embargo, es evidente que la misión del venezolano era muy difícil. El inglés Money, valeroso y capaz, se alza contra el error cometido por Dumouriez atacando el flanco derecho de los imperiales, porque el terreno era muy desventajoso para él y fácilmente defendible. Las tropas asaltantes iban a encontrarse impedidas de moverse libremente, de buscar los caminos, de hacer uso de sus cañones —pues maniobraban bajo el fuego cruzado de las baterías disparando desde las alturas—, en medio de praderas húmedas donde se atascaría la artillería. "Es contrario a los usos de la guerra, ha dicho Napoleón, comprometer más tropas que las que el terreno permite desplegar."

En Neerwinden se representó el caso de Rossbach, donde, como lo advertía el mariscal de Belle-Isle, "contra todos los principios del oficio y del buen sentido, se metió a las tropas en un callejón sin salida y a mitad de una pendiente, dejando al enemigo dueño de la altura". Jomini piensa que el general en jefe se equivocó al atacar las posiciones enemigas por el punto más formidable, acumulando las tropas en una estrechez cerrada, golpeada de flanco por la artillería. Dumouriez no hubiera debido nunca extender su izquierda como lo hizo y comprometerla tan malamente. Como quiera que parte de las tropas de Miaczynski quedaba todavía atrás y las de Champmorin llegaban hasta Leau, resultó que Miranda no tuvo sino 10.000 hombres

para oponer a 18.000 austríacos. La posición del enemigo hubiera podido rodearse por la izquierda, y tal vez un movimiento en ese sentido le habría obligado a replegarse.⁶⁴

Michelet ha hecho una observación que merece recordarse: para cualquiera que conozca las guerras de la monarquía, es verosímil que el mando austríaco tuviese cuidado de colocar al archiduque Carlos donde una gran superioridad numérica le pusiese, según toda probabilidad, a cubierto de un fiasco. Por razones de orden exclusivamente militar, derivadas de la situación del enemigo, Dumouriez calculaba, él también, que la izquierda austríaca "debía ser más débil y susceptible de ser copada o desalojada";⁶⁵ luego la derecha, opuesta a Miranda, era la parte más fuerte del adversario. Por otra parte, los batallones de la izquierda francesa eran de calidad mediocre; entre ellos se encontraba la división Miaczynski, "que dio la señal de la desbandada y huyó dos días antes en el bosque de Lovaina".⁶⁶

Se ve que la batalla era, en suma, muy aventurada, y que particularmente la empresa confiada a Miranda era una de las más aleatorias que se pudiera encargar a un jefe cualquiera.

Llegada la hora, las tropas de Valence pasaron por la derecha a la acción, apuntando a Racour y a Overwinden; fueron tomados estos pueblos. Siguióse un encarnizado combate para sostenerse en ellos y luego para apoderarse de la pequeña eminencia de Middelwinden, que los austríacos disputaron con buen éxito. Clerfayt dirigió, en fin, personalmente un sexto asalto a Racour, clave de la operación, y se apoderó de él. El parte oficial imperial advierte que Dumouriez mandaba en persona la defensa de Racour, con tropas superiores en número a los batallones austríacos. Al caer la noche, Overwinden debió ser tam-

bién abandonado al enemigo. Los franceses estaban extenuados.⁵⁷

En el centro, las columnas Neuilly, Diethmann y Dampierre atacaron a Neerwinden, que Colloredo les disputó ásperamente, sostenido por una poderosa artillería. Los franceses, dominados por alturas erizadas de cañones y flanqueadas por fortísimas posiciones ocupadas por el enemigo, sufrieron grandes pérdidas y se vieron obligados a retroceder; formaciones enteras huyeron. Dumouriez consiguió reunir sus batallones para una postrera tentativa y se batió con heroísmo a la cabeza de los soldados, que marchaban cantando la Marsellesa. En este duelo épico, Valence fue herido y quedaron muertos sus edecanes y el general Desforêts.

Al cesar la batalla, Racour, Overwinden y Neerwinden, objetivos de Dumouriez, quedaban en poder de los imperiales. El ataque de la derecha había fracasado: ⁵⁸ fue una carnicería inútil. Las posiciones francesas eran insostenibles y había que pensar en volver a pasar inmediatamente el pequeño Geete. Encontrarse al otro lado de este río, vencido, con sus tropas diezmadas, he aquí lo que Dumouriez querría presentarnos como una victoria: ni el general Le Veneur, que tomó el mando en lugar de Valence, ni el duque de Chartres fueron de esa opinión, y apoyados por todos los oficiales generales decidieron replegarse al amanecer. El aserto de Dumouriez de que los franceses se preparaban a reanudar el combate al siguiente día carece de fundamento alguno.

Por la izquierda, a eso de las dos, Miranda lanzó sus soldados al ataque antes que cualquier otro general; ⁵⁹ cuatro columnas pasaron por el puente de Orsmael y la calzada de Saint-Trond,

la quinta por el puente de madera de Heelen, y la sexta por el de Leau. Ruault tomó a Orsmael y Miaczynski se apoderó de Dormael.

El príncipe de Coburgo había ordenado a Wurtemberg que ocupara con el ala derecha de la segunda línea las alturas detrás de Halle para asegurar el flanco derecho, y al mariscal Benjowsky que apoyase con la segunda división la vanguardia del archiduque, encargada de defender a Dormael. El generalísimo se reservó la dirección personal de las operaciones de su ala derecha.⁶⁰ Wurtemberg dividió sus tropas y envió algunos batallones contra el flanco de Miranda, que luchaba ya con un enemigo superior en número.

Dos veces Miaczynski arrancó Dormael a las tropas de Benjowsky, pero una última carga a la bayoneta expulsó del pueblo a los franceses, que se desbandaron. El ayudante-general Thuring tomó entonces el mando de esta brigada, "volvió al fuego y supo desembarazar con una hábil maniobra el centro de la izquierda, con lo que detuvo los progresos del enemigo". La izquierda se vio en peligro de ser copada, dirá él, "por la cobardía de Miaczynski, que fue el primero en escapar".⁶¹

El archiduque se sostuvo frente a Ruault y dio a Benjowsky, que acababa de rechazar a Miaczynski, y a una parte de las fuerzas de Wurtemberg, tiempo para llegar a reforzarle. La artillería austríaca, a las órdenes del primer teniente Smola, se mostró muy eficaz, al mismo tiempo que la infantería, llevada por el archiduque en persona, avanzaba a la bayoneta. La caballería imperial, dragones de Coburgo y húsares de Estherhazy, cargó a su vez, y los soldados de Ruault, abrumados por el número, se replegaron en desorden hacia el puente de Orsmael.

Encarnizada hubo de ser la lucha entre Wurtemberg y Champmorin. Este había tomado posición en las alturas, entre los dos ríos, teniendo a sus flancos el 13.º regimiento de caballería y el 3.º de dragones; los cazadores del teniente coronel Segond fueron colocados un poco más adelante en la derecha, cerca del puente de Heelen. Poco después Champmorin hizo reconocer su izquierda hasta Leau, que el enemigo abandonó. Moreau y Segond avanzaron hasta Halle; el coronel Keating se apostó en Leau con dos escuadrones del 13.º regimiento de caballería y los dragones del 3.º y esperó allí la llegada de su infantería, retrasada por los destacamentos enemigos; tomaba disposiciones para atacar en seguida el pueblo de Boyenhoven cuando vinieron a decirle que los austríacos habían situado detrás cañones y caballería. No tardó en comprobar que el enemigo, en vez de seguir su marcha hacia Saint-Trond, se detenía e iba hacia su izquierda. Estaba obligado a defenderse del lado de Leau y se disponía, por otra parte, a secundar a Champmorin por el lado de Halle.⁶²

Poco antes de las dos Miranda había enviado a Champmorin un billete que contenía la parte final de la orden del general en jefe, concerniente al ataque general de la izquierda; el papel de las tropas de Keating, en Leau, parece estar bien indicado en ese billete. Champmorin juzgó que la orden de avanzar "no era sino condicional" para toda la división, y se limitó a disposiciones preliminares, en espera de nuevas instrucciones; pero media hora después Miranda fue en persona a "atestiguarle su sorpresa por no haber seguido más adelante", y le ordenó que apoyase su ofensiva. Atacó, pues, en dirección de Halle; Wurtemberg desembocó con fuerza en todos los puntos del pueblo, le abrumó con un fuego espantoso de artillería y cargó contra él impetuosa-

mente. Los franceses se reconcentraban, sin embargo, con el mayor valor, batiéndose en un terreno zanjado en todas partes, cuando los fugitivos de las columnas Ruault y Miaczynski trajeron la confusión a toda la línea de batalla. Champmorin y Keating retrocedieron a su turno, el inglés en buen orden. El pánico se apoderó de los soldados; huyeron los artilleros al galope. Champmorin corrió al puente de Heelen para situar cañones: allí encontró a Ruault, quien, desmontado, mandaba a todos los diablos a los voluntarios nacionales que le habían abandonado cobardemente.⁴³

En la izquierda, como en otras partes, fue la artillería austriaca, colocada ventajosamente, la que detuvo el ímpetu de las divisiones francesas. La infantería de Miranda no podía desplegarse; sus cañones, que perdían los caballos bajo el fuego del enemigo, no podían ser puestos en batería. El informe oficial enemigo señala los esfuerzos del general para reemplazar sus piezas destruidas. La brigada del coronel Champollon tuvo, en cuatro minutos, 17 caballos muertos y 4 piezas desmontadas. Generales y oficiales rivalizaron en valor: "Todos los generales, oficiales superiores o de Estado Mayor estaban fuera de combate", escribe Dumouriez.⁴⁴ "Los mismos oficiales generales han sido soldados cuando han debido serlo", decía Beurnonville a la Convención. Guiscard, comandante de artillería, fue muerto; Ruault, Ihler, Hoche, fueron heridos; a Thuring le mataron dos caballos. Moureau, el futuro vencedor de Hohenlinden, que entonces mandaba el primer batallón de voluntarios de Ille y Vilaine, se distinguió gloriosamente.⁴⁵ Los coroneles Branchara, del primer batallón del Eure; Dessault, del segundo batallón del regimiento 56, y Boudeville, del regimiento 74, gastaron celo y esfuerzos

para concentrar sus hombres y revolverles contra el enemigo. El bravo Keating mereció los mayores elogios de su jefe inmediato y manifestó en sus disposiciones "todo lo que puede el talento, junto con una gran experiencia de la guerra". Estuvo muy bien secundado por Dejean y por Valhubert.⁴⁶ Baron, ayudante de campo de Miranda, cayó al lado de su jefe, cuyo otro ayudante fue también herido. En cuanto al mismo Miranda, demostró en el campo de batalla la heroica frialdad de que nos habla Michelet. En la barra del tribunal revolucionario, el testigo Capron Wagne llegará a decir: "Es que apenas se le ha visto en esta batalla". Para no haber visto sino muy poco a Miranda en esta batalla, es preciso que ese testigo estuviera entre los soldados que escaparon desde el primer momento, pues han hablado otros cuyas deposiciones no han llegado todas a nosotros, pero que retuvieron los jurados y a las que se refería Chauveau-Lagarde en su defensa: "Testigos oculares —dice el abogado— os dan testimonio de que en Neerwinden Miranda estaba a la cabeza de sus tropas, combatiendo en medio del mayor peligro, asaltado por las balas, rodeado de muertos, entre los cuales estuvo uno de sus ayudantes, caído a su lado, y cubriendo de ese modo la retirada del ejército". El director general de Correos, Philippe, es categórico: "Le he visto reunir su tropa dispersa bajo el fuego de una mosquetería que a su lado hería a sus más bizarros oficiales; le he visto en el momento en que el cañón arrebatava al bravo Guiscard, cerca de caer él mismo, muerto o vivo, en poder de los hulanos que le cercaban al alcance de sus pistolas, y siempre intrépido, pero siempre general, mandar fríamente a quienes le rodeaban que rechazasen a aquellos cazadores audaces".⁴⁷

No parece, pues, y nada lo prueba, desde luego, que se haya producido en Miranda en tales circunstancias uno de esos movimientos de caracterizada postración que Gouvion Saint-Cyr advierte en casi todos los héroes. Así, los historiadores que no se atreven a acusarle de cobardía se limitan a reprocharle falta de acometividad.⁶⁸ El autor de los *Papeles de un hombre de Estado* dice que este general, cediendo ante el terror pánico de sus tropas, ordenó por su propia iniciativa la retirada, que se convirtió en derrota;⁶⁹ pero acerca de este punto el capitán Barthélemy defendió a Miranda: "Soldado hasta los tuétanos, dice, Miranda no era hombre que cediese ante un pánico". En verdad que dudar de su valor parece chanza, pero el destino del personaje fue el de verse atacado y discutido en todas formas. Chauveau-Lagarde hacía todavía un llamamiento, contra fábulas ridículas, al testimonio de todos los que iban a declarar que "en todas partes y en todas las ocasiones le habían visto el primero y el último en el fuego, sin comer, cuando era menester, más que pan, como el soldado, o durmiendo como él en la paja y dando con ello el ejemplo del valor, de la templanza y de todas las virtudes republicanas".⁷⁰

Las tropas, en general, se batieron heroicamente, pero en el curso de esta lucha horrorosa y desigual de más de tres horas, ciertos cuerpos, viendo tal vez la inutilidad de su esfuerzo, abandonaron el campo, a semejanza de lo que pasaba en el centro. Los voluntarios, que prestos siempre a la desbandada sembraban el pánico entre las tropas de línea, huyeron en el mayor desorden, a despecho de la energía impotente de los generales. Los voluntarios han huido sin hacer ninguna resistencia, dice el informe de Champmorin; muy pronto negáronse a ir al combate.

Dumouriez cuenta que cuando quiso, el 19 de marzo, lanzar algunos batallones de Miaczynski contra el enemigo, los voluntarios permanecieron inmóviles ante sus reproches.

El ala izquierda entera volvió a pasar el río, a cuyo abrigo Miranda trató de reocupar sus posiciones de la víspera, conteniendo siempre a los cuerpos enemigos que le combatían y de los cuales ni uno solo pudo atacar la derecha, al contrario de lo que afirma Dumouriez. Miranda no tenía ya municiones ni víveres; dejaba 2.000 muertos en el campo de batalla. La pérdida total del ejército francés fue valuada por el príncipe de Coburgo en 4.000 muertos o heridos, con 30 cañones. Jomini habla de 1.500 prisioneros. Los austríacos perdieron 3.000 hombres.

Sólo a las siete de la tarde, aproximadamente, cesó por completo el fuego en la izquierda, lo cual pone de relieve una de las innumerables inexactitudes del relato que el general Dumouriez hizo de esta batalla, de "su batalla", como decía Miranda. Asegura, y lo repite Jomini, que oyó extinguirse el fuego en este ala hacia las dos de la tarde; ahora bien, fue precisamente a esa hora cuando se abrió el fuego.

Perdióse, pues, la batalla, lo mismo en la izquierda que en el centro y en la derecha. Ignórase dónde se hallaba esa "parte victoriosa del ejército" de que habla Dumouriez en su informe al ministro de la Guerra. Por lo demás, la "victoria" la inventó Dumouriez después de haber reflexionado, puesto que en el comienzo de su famosa carta a Beurnonville se contentaba con decir: "La derecha y el centro han tenido algún éxito".¹ Tras rudas alternativas, los imperiales lograron rechazar a los franceses y conservar Racour, Overwinden y Neerwinden. Hemos

visto cómo la posición del ejército republicano, con un río a su espalda y la artillería enemiga enfrente, era insostenible. Así, antes de saber lo que ocurría en la izquierda, Chartres y Le Veneur decidieron replegarse. La columna Dampierre, del grupo de Chartres, no esperó siquiera al alba para retirarse: al caer la noche volvió a pasar el Geete y tornó a ocupar sus posiciones en Esmael. Cuando alrededor de las diez de la noche Dumouriez llegó a Laer, se asombró al ver ese puesto abandonado por orden de Dampierre.⁷² La huida precipitada de esa columna habría podido tener consecuencias irremediables si cuando pudo tratarse de perseguirle, los austríacos no hubiesen estado tan cansados como los franceses. En este desgraciado asunto, las faltas se multiplicaron. En cuanto al asalto del pueblo de Neerwinde, Neuilly no ejecutó sus instrucciones y se cubrió, después del golpe, con una orden que Valence afirma no haberle dado nunca; La Marche no desempeñó tampoco su misión y se detuvo en Overwinden, en vez de proseguir su ataque para flanquear la izquierda austríaca: este retraso bastó para comprometer el éxito de la jornada.⁷³

NOTAS

¹ Miranda a sus conciudadanos.

² Véase Michelet: *Histoire de la Révolution française*, IV, 435-439.

³ G. Ejército del Norte. Corresp. Treilhar y Camus a los Comités diplomático y de defensa general reunidos, 11 marzo.

⁴ *Ibid.* Véase Luvet: *Mémoires*. (Edición Barrière.) Nota sobre Neerwinden, XII, 248-249.

⁵ Chuquet: Dumouriez, p. 137.

⁶ Rojas, p. 21. Dumouriez a Miranda, 13 diciembre.

⁷ A. N. F7 4689. Pla. 4, núm. 67. Miranda a Dumouriez, 3 febrero.

⁸ B. N. L6 41 618. Interrogatorio de Miranda.

⁹ Interrogatorio.

¹⁰ Rojas, p. 375.

¹¹ G. Ejército del Norte. Corresp. Valence a Beumonville, 12 marzo.

¹² Rojas, p. 351.

¹³ Pingaud: *D'Antraignes*, p. 329.

¹⁴ Rojas, 257.

¹⁵ Dumouriez: *Mémoires*, IV, 17.

¹⁶ *La Trahison*, p. 115.

¹⁷ Declaración del testigo Laloi.

¹⁸ A. N. F7 4689, 5. Miranda a Dumouriez, 12 febrero.

¹⁹ Véase O'Kelly: Francisco de Miranda, p. 146.

²⁰ Véase Rojas, p. 278.

²¹ *La Terreur*, VI, 149.

²² Véase Rojas, p. 289.

²³ Dumouriez: *Mémoires*, III, 261.

²⁴ Notes. Capítulo V. Grimoard, en su *Tableau historique*, II, 259, dice, también él, «que el primer error fue desplazar el ejército a la vista de Lovaina, donde le había apostado el general Miranda». El general conde de Langeron encontraba esta posición «excelente». (Véase Pingaud, p. 13.) Finalmente, Louvet escribe que «la retirada que nuestros ejércitos hicieron desde Lieja, Ruremonde y de Grave, por las disposiciones de Miranda, así como la posición que este general tomó en Lovaina, detrás del Dyle, para proteger Bélgica y al mismo tiempo recibir los socorros que debían llegar por la frontera del Norte al ejército francés, eran tan sabias como juiciosas». (Loc. cit., p. 249.)

²⁵ Véase Grimoard: Loc. cit., p. 259.

²⁶ Véase Mortimer-Ternaux, VI, 300.

²⁷ *L'Épopée républicaine*, p. 68.

²⁸ Loc. cit., I, 138.

²⁹ Jomini, III, 101.

³⁰ Las cifras dadas por Jomini son aquí inexactas.

³¹ Louis Blanc, IX, 343.

³² Proyecto de discurso de Miranda, 29 marzo 1793.

³³ G. Ejército del Norte. Corresp. Dumouriez a Beurnonville, 16 marzo.

³⁴ A. N. WI 271. 30. Miranda a los comisarios, 15 marzo.

³⁵ Dumolin, I, 138.

³⁶ G. Ejército del Norte. Corresp. Dumouriez a Beurnonville, 16 marzo.

³⁷ Véanse las órdenes dadas por Dumouriez a Miranda, el 17 marzo, insertadas en Rojas, p. 124-125.

³⁸ Jomini, III, 104.

³⁹ Ibid., III, 143.

⁴⁰ Dumolin, I, 105.

⁴¹ Correspondencia de Schaunembourg, p. LXXI.

⁴² Véase Pingaud: *Précis historique par le comte de Langeron*, p. 97.

⁴³ Véase Colin: *Les transformations de la guerre*, p. 91.

⁴⁴ *De la conduite de la guerre*, p. 51.

⁴⁵ *Mémoires*, IV, 81.

⁴⁶ Ibid., IV, 83.

⁴⁷ G. Ejército del Norte. Corresp. Dumouriez a Beurnonville, 19 marzo.

⁴⁸ Sobre este último punto véase Jomini, III, 108.

⁴⁹ Miranda a sus conciudadanos. Defensa de Chauveau Lagarde.

⁵⁰ *La Terreur*, VI, 301, 303.

⁵¹ *L'Épopée républicaine*, p. 71.

⁵² Interrogatorio de Miranda ante el Comité de guerra.

Conocemos la mayor parte de los oficiales nombrados. No he podido obtener informes relativos al coronel Duménil.

Gaspard-Adrien Bonnet de Luvat de Champollon, nació en 1737, en la Combe, en Bugey, ingresó en el servicio en el regimiento de Foix; hizo las campañas de Alemania, Normandía, Bretaña, América y Ginebra. Coronel en 1792, se distinguió en Bélgica. El 26 marzo 1793 llegó a ser general de brigada y poco después general de división. Suspendido en septiembre siguiente (Expediente de Champollon).

⁴³ Véase Michelet, VI, 435-439; Louis Blanc, IX, 342-344.

⁴⁴ Jomini, III, 117, y también p. 113. Miranda tenía 12.000 hombres, los austriacos 20.000, dice el coronel Bourdeau (p. 73). Véase además, en Lavis y Rambaud, VIII, 255; Delhaize, I, 414; Daresté, VII, 452.

⁴⁵ Dumouriez: *Mémoires*, IV, 87.

⁴⁶ Chuquet: *La Trabison*, p. 116. Véase Mortimer-Ternaux, VI, 301-303.

⁴⁷ Chuquet: *La Trabison*, p. 101.

⁴⁸ Bourdeau, p. 71.

⁴⁹ Interrogatorio de Miranda ante el Comité de guerra.

⁵⁰ Véase Chuquet: *La Trabison*, p. 101.

⁵¹ G. Expediente de Thuring. Thuring al Comité de guerra, 19 junio 1793.

⁵² Ibid. Corresp. Informe de Champmorin, 29 marzo 1793.

⁵³ Informe de Champmorin.

⁵⁴ *Mémoires*, IV, 98.

⁵⁵ Becerra (I, 23) afirma que en 1806, Moreau, interrogado por los periodistas, en Nueva York, sobre las responsabilidades de Miranda en esta batalla, les declaró que el desastre debía ser atribuido únicamente a las malas disposiciones de Dumouriez. Queriendo verificar esta afirmación, me he dirigido al hombre más calificado para informarme, al profesor Robertson: no ha encontrado nada, en los periódicos de la época, referente a una entrevista de Moreau. M. Robertson desconfía de Becerra, «que no es siempre científico en sus métodos». Cree, por lo demás, que Moreau sólo podía tener «un conocimiento de segunda mano respecto a la vida de Miranda en las Indias Occidentales». Es cierto; pero por lo que se refiere a Neerwinden, el testimonio del célebre soldado sería precioso y, es el caso de decirlo, completamente de primera mano.

⁵⁶ Informe de Champmorin.

⁵⁷ Véase O'Kelly, p. 147.

⁵⁸ Dumolin, I, 141.

⁵⁹ II, 141.

⁶⁰ En 1806, en el momento del ataque de la escuadrilla de Miranda por los barcos españoles, enfrente de Puerto Cabello, el *Leander*, en el que se encontraba el general, se escapó. No se ha dejado de comentar esta huida de manera malévolamente. Ahora bien, Miranda no se había embarcado de ningún modo para combatir a los españoles en el mar, y debía, por el contrario, evitar sus cruceros, para salvar su expedición. «Durante la escaramuza, dice el cronista Biggs, testigo ocular, el general guardó la mayor calma y aunque los oficiales le suplicasen bajar a su camarote —pues todo dependía de su vida—, se negó terminantemente y permaneció en el puente». (P. 176.)

⁶¹ G. Ejército del Norte. Corresp. Dumouriez a Beurnonville, 19 marzo.

⁶² Jomini, III, 116.

⁶³ Bourdeau, p. 71.

CAPITULO XIII

PELLEMBERG

LA malevolencia del general Dumouriez hacia Miranda muéstrase al desnudo en sus *Memorias*, con motivo de Neerwinde: acusa a su lugarteniente de haber perdido la cabeza o de haber traicionado sus deberes, movido por los celos o la envidia; pretende, además, que Miranda pudo hacerse apoyar por el cuerpo de Miaczynski, que desembocaba en el campo de batalla. En un manifiesto a la nación francesa, fechado el 2 de abril de 1793, en los baños de Saint-Amand, el general en jefe decía: "El 18, he dado una gran batalla: el ala derecha y centro, que yo conducía, han vencido; la izquierda, después de haber atacado imprudentemente ha huido". Champmorin ha reparado vivamente esta "inculpación vaga" contra toda la división de izquierda del ejército, en su carta del 9 de abril a los comisarios: ¹ "Hubo retirada precipitada, no solamente en la izquierda, sino también en el centro, escribiré más tarde este general"; ² con el mismo golpe alcanza al duque de Chartres, pues se comprobaron también entre las tropas de éste esas lamentables desbandadas que tuvieron tal

extensión entre las tropas de Miranda. En 1824 el duque dio a luz las *Noticias* sobre los príncipes de su familia, en las que se encuentran, sumariamente trazados, sus propios recuerdos: en lo que se refiere a Neerwinden el relato es bastante confuso, pero merece ser señalado. Según este documento, en la derecha se hicieron oír gritos de *sálvese el que pueda*, las tropas de nueva recluta emprendieron la fuga y "los esfuerzos del duque de Chartres no pudieron prevenir el desorden". El autor, al tiempo que confiesa su fracaso en la derecha, estima que "este revés de fortuna se produjo por la desorganización del ala izquierda del ejército francés, que mandaba el general Miranda. Este ala izquierda de nuestro ejército, añade, había sido dispersada y aún abandonó los puentes, por los cuales los austriacos pudieron pasar el Geete durante la noche y cortar toda retirada al ejército francés. Sin embargo, vivaqueó en el campo de batalla hasta el amanecer y sólo entonces fue cuando empezó su retirada".⁵ Esta versión, ligeramente contradictoria, no deja de hacer quedar mal al obligado al general Dumouriez, el antiguo discípulo del señor de Valence.

En cuanto al cuerpo de Miaczynski, la mayor parte tuvo tiempo de empeñarse en Dormael. En cuanto a las otras imputaciones de Dumouriez, Jordini, conforme al mismo Miranda, las ha hecho justicia y demostrado la parcialidad que las dictó. El general conde Reynier, un vaudés que sirvió a las órdenes de Miranda y que debía más tarde cubrirse de gloria en Egipto y en Alemania, afirmaba que las acusaciones del general en jefe contra su lugarteniente eran injustas o exageradas.⁶ El mismo conde de Segur, que inventó una fábula audaz a propósito de los acontecimientos del Roër y de sus consecuencias, y que tomó

partido por Valence contra Miranda, no se atrevió a tomar por su cuenta esas acusaciones, calificándolas de inverosímiles y sin base en ningún fundamento. Desgraciadamente, la mayor parte de los historiadores franceses y de los otros escritores de la misma nacionalidad que han hablado de esos acaecimientos, no han vacilado en recoger y propagar el falso relato. El barón Thiebault, cuya ternura por el general Valence tiene algo de conmovedor, en un sentido, se pronuncia sin ambages: si se perdió la batalla fue por culpa de Miranda;⁶ su veredicto, que él cree definitivo, le permite admirar en Neerwinden la habilidad de Dumouriez, la precoz prudencia del joven Chartres y la bravura caballeresca del conde de Valence.

La fuga de algunas unidades era un incidente del cual el general Dumouriez no podía dejar de sacar partido para cubrir su responsabilidad en la derrota. Miranda, hábil y astuto, comprendió todo el partido que podía derivar de ello para su propia causa, y así es como nos ofrece el curioso espectáculo de un general extranjero defendiendo contra las imputaciones de un general francés el honor del ejército de Francia: "Acaso la acción más cobarde del general en jefe Dumouriez —dijo ante el Comité de la Guerra—, es la de arrebatarse esta gloria a la patria y el honor a los soldados que han sabido morir en su puesto cumpliendo con el más sagrado de sus deberes... Las culpas más esenciales no han sido ciertamente las del soldado, que cuando se le ha conducido bien se ha colmado de gloria, como los de esa misma división lo han hecho al día siguiente y el 22 de marzo en Pellenberg, según propia confesión de sus enemigos... Pero la fuente principal de ese desorden estaba en el estado mayor y el general en jefe..."⁶ Y en su proyecto de

discurso para el 29 de marzo, Miranda se expresa así: "Aprovecho esta ocasión para reivindicar el honor de nuestros bravos hermanos de armas, tanto de los que han muerto gloriosamente en esta jornada como de los que les han sobrevivido; honor que ni la patria ni esas ilustres víctimas pueden perder porque le plugo a un general insensato arrojar sobre ellos la vergüenza en que incurriera él solo, dando una batalla contra todas las reglas y los principios del arte. No es que yo pretenda justificar la conducta vergonzosa que tuvieron ese día tres o cuatro cuerpos mandados por malos oficiales, abandonando cobardemente sus puestos,⁷ pero la conducta culpable de este breve número no puede empañar la de toda una división que, bajo el fuego más mortífero, ha dado durante tres horas un gran ejemplo de valor y dejado en el campo de batalla 2.000 víctimas de la virtud republicana; estoy persuadido de que los mismos enemigos no les negarán esta justicia. El testimonio de 1.500 hombres, actores en este terrible asunto, se la otorgará sobre el de un general que, sin haberlo visto él, ha tenido, sin embargo, en su proclama del 21, el impudor y la cobardía de lanzar sobre sus tropas las culpas y las consecuencias desastrosas que no eran debidas más que a su impericia o a su malquerencia". Y Miranda cita a César en Gergovia, a Federico en Künersdorf, que no achacaron la pérdida de la acción a la defección de sus soldados, sino más bien la atribuyeron a las circunstancias.⁸

Después del desastre era menester a todo precio salvar al ejército, organizando la retirada que iba a operarse bajo la vigorosa persecución del enemigo. Las órdenes de Miranda transmitidas entre las siete y las once de la noche prueban que él conservó su calma y su sangre fría ordinarias: mandó a Ruault

y a Champmorin ocupar las mismas posiciones que tenían por la mañana detrás del pequeño Geete, con la derecha apoyada en Wommersom, que cortaran los puentes y esperasen nuevas instrucciones. Debían ser reforzados por el general Ihler, a la cabeza de cinco batallones que llegaban de Lovaina y por la caballería. Prescribió igualmente al general Miaczynski que tomase, tras haber dado a sus tropas dos horas de descanso, sus posiciones de la mañana, entre Haeckendoven y Wommersom, llevando por delante la caballería.⁹ Decidió detener todas las *tropas que estaban en confusión* detrás de Tirlemont, donde ya estaban los primeros cuerpos desbandados y donde esperaba poderlos reorganizar. No se ve, en estas disposiciones, ninguna traza de desaliento o de precipitación, como pretende Chuquet, de acuerdo con el relato de Dumouriez. "No es exacto, dice el general Jomini, que Miranda se retirase detrás de Tirlemont; una parte de este ala tomó posición en las alturas, delante de Haeckendoven, y parece cierto que la división del general Ruault se retiró con la de Champmorin hacia Oplinter, por temor a ser prevenido por el general Benjowsky, que con seis batallones y 1.800 caballos había pasado hacia Goidzenhoven y ganado las cimas de Overhespen".¹⁰ "Consta, escribe Servan, que las tropas del ala izquierda ocuparon, la noche de la batalla, donde se hallaban antes del comienzo de la acción; verdad de la cual es fácil convencerse comparando estas órdenes (de Miranda) con la del general Dumouriez al general Miranda, en 17 de marzo".¹¹ Ese día Dumouriez había mandado a las tropas de Miranda que se trasladaran a la altura, entre Wommersom y el camino de Saint-Trond, y de que ocuparan el bosque de Walabergen y el castillo de Wommersom.¹² Y, en efecto, si se com-

paran estas instrucciones y el orden de batalla del ala izquierda con las disposiciones tomadas por Miranda por su propio impulso e inmediatamente después del combate, se queda uno asombrado viendo cómo la verdad ha podido ser disfrazada y engañada la posteridad, a pesar de los textos oficiales, a pesar de la realidad de los hechos, a pesar de la luz deslumbradora que el proceso de Miranda ha arrojado sobre este desgraciado asunto.¹³ El colmo es que el general en jefe ha dado más de una versión sobre su batalla; el abate de Pradt dijo que tenía de él y de su ayudante de campo el siguiente relato: A las dos de la tarde este oficial fue a llevar a Miranda, de parte del generalísimo, la orden de "secundar los movimientos de la parte victoriosa del ejército"; Miranda, "sacando su reloj respondió que había días felices y otros infortunados, y de evasivas en evasivas acabó por quedar casi inmóvil. Durante ese tiempo, los austríacos, viéndose libres por ese lado, cayeron con fuerza sobre la parte del ejército francés, que hubo llevado hasta entonces la ventaja, y que al verse falto de apoyo se replegó y retrocedió".¹⁴

Por fortuna, la verdad ha salido de su pozo para mostrarse en toda su desnudez y destruir las "tergiversaciones y los sofismas", como lo preveía Miranda en su carta a Petion.¹⁵

El comandante del ala izquierda previno con tiempo a Demouriez de los acontecimientos despachándole un edecán y dos ordenanzas;¹⁶ no obstante, el general en jefe asegura que no recibió ninguno de esos avisos y los historiadores repiten tranquilamente la afirmación de Dumouriez;¹⁷ acaso los portadores de esas comunicaciones cayeron en poder de la caballería de Benjowsky, lo cual explicaría todo. "He mandado, dice Miranda, un ayudante inmediatamente, y dos ordenanzas para preve-

nirle, mientras que yo recibía el mismo informe de la retirada de las otras divisiones por oficiales del estado mayor y ordenanzas. Tan pronto como pude tener una luz para escribir, le hice mi informe muy detallado, que le envié con un correo, acompañado por dos ordenanzas del ejército, para que le llegase lo antes posible." ¹⁸ "De noche, haciendo la retirada, entré en la primera casa que encontré, escribí con lápiz e hice salir en seguida un correo, acompañado por dos ordenanzas." ¹⁹ Por otra parte, Michelet hace notar que el comandante en jefe no necesitaba mensaje para apercibirse de que el fuego se extinguía a la izquierda; si estaba victorioso en la derecha, debía acudir en socorro de la izquierda, cuyos fuegos había dejado de oír. Además, Dumouriez ¿no ha escrito en alguna parte que el fuego cesó en la izquierda a las dos de la tarde? ¿Por qué, pues, esperó a la noche para informarse de lo que pasaba en ese ala?

A media noche, el general en jefe llegó a Tirlemont, donde, dice Chuquet, encontró a Miranda, quien "fríamente mandaba nuevas de lo ocurrido a sus amigos de París".²⁰ Esta frialdad del venezolano no concuerda muy bien con la imputación que se le hace de haber perdido el ánimo, pero no quiero extraviarme en semejantes sutilezas. Dumouriez dio orden de restituir todas las tropas a sus puestos, queriendo acaso reanudar la acción al siguiente día, lo cual pareció a Miranda "muy poco sensato", y encargó a dos ayudantes que llevasen a la derecha y al centro la orden de volver a pasar el pequeño Geete, cosa que era inútil, como se ha visto anteriormente.

Pareció "poco sensato" a Miranda no sólo ocupar las posiciones de la víspera, donde había ya enviado sus tenientes con los cuerpos que conservaban su formación, sino traer de nuevo

las tropas que se escaparon en Tirlernont y que previamente haría falta reorganizar. A ese movimiento es al que se adjudican las instrucciones dadas por el general en jefe: Jomini supone que las intenciones de Dumouriez, al tomar tales medidas, eran las de asegurar la retirada del centro y de la derecha, que quedaban en mala postura. Terminada que fue la operación quedó en posición el ejército, con su izquierda hacia Haecckendoven y su derecha apoyada en Goidzenhoven.

Dumouriez parece haber exagerado las condiciones de desorden en las cuales se ejecutó esa retirada nocturna. En realidad, los cuerpos de Ruault y de Champmorin conservaron suficientemente su cohesión para poder retirarse, bajo el fuego del enemigo, sin ser demasiado quebrantados; se reunieron en la posición ocupada la víspera por la columna Champmorin, ocupando todos los puentes, colocando en ellos tropas y artillería para la defensa del paso. Estos soldados se hallaban extenuados por la fatiga y necesitados de víveres: "Los batallones de línea y algunos batallones de guardias nacionales se han portado bien, escribían a Miranda los dos generales a las once de la noche, pero el mayor número de voluntarios o federados nos han abandonado cobardemente, por mucho esfuerzo que hayamos hecho para reunirles";²¹ son "los 4.000 cobardes que abandonaron el ejército y me arrancaron de las manos una victoria cierta", decía Dumouriez al general Duval.²²

Los acontecimientos de los días siguientes demostraron que Miranda había logrado tener en un puño las tropas de línea y que éstas podían hacer frente a un adversario victorioso, aun en las condiciones a las que hubo reducido la temeridad de Dumouriez, pero convenía a la vanidad del generalísimo hacer repre-

sentar todavía en Tirlémont "el milagro de su prestigio"; sabido es cómo el milagro operó entonces y después, cuando quiso llevar a los soldados contra la Convención.

El 19 de marzo, a las cuatro de la mañana, Miranda se encontró con todas las fuerzas que le quedaban, es decir, con los cuerpos de Ruault y de Champmorin, en las alturas de Wommersom; a las nueve fue atacado por el mariscal Benjuwsky, a la cabeza de diez batallones y de seis escuadrones. Durante siete horas Miranda defendió sus posiciones y por la tarde se replegó de nuevo sobre Tirlémont. Dumouriez dio órdenes para que estas tropas atravesasen la ciudad durante la noche y que fuesen a tomar, tras ella, posiciones en las alturas de Cumplich, con la derecha apoyada en el camino real; la operación fue muy bien ejecutada y hubo tiempo de evacuar los depósitos de Tirlémont. Mientras daba instrucciones para estos movimientos al general Duval, Dumouriez estaba del peor humor: hablaba de la cobardía y de la fuga de su izquierda, desde luego sin establecer responsabilidades personales.

Los austríacos continuaban su persecución y era necesario hacer frente a sus ataques, incesantemente renovados; el ejército, sin embargo, se había reanimado. "El enemigo ha cubierto su retirada con mucho orden y sangre fría", dice el informe imperial; la caballería austríaca no consiguió perforar sus líneas. Esta retirada era Miranda quien la dirigía, mandando personalmente la retaguardia: "He dado orden a Miranda de que recupere su puesto en las alturas de Santa Margarita para cubrir allí la retirada", escribía el 19 Dumouriez al ministro de la Guerra. Del ejército francés apenas 12.000 soldados, que quedaban organizados, hacían frente al enemigo.

El 20, el ejército pasó el Velpe y se estableció en Boutersem. Miranda recibió la orden de ejecutar su retirada por la carretera de Lovaina hasta la cruz del camino, entre Boutersem y el bosque de Struys Block-Bosch, lanzando toda su infantería y sus cañones a la cabecera del bosque y al bosque, haciendo talas en él. El duque de Chartres debía situarse en la altura de Boutersem, mientras que Champmorin pasaría por Weber y Ruault por Kerckhem, para guarnecer el bosque de las Liebres y las alturas de Binkon. Con fecha del 21, Dumouriez completó sus instrucciones en estos términos: "El cuerpo de ejército a las órdenes de los generales Miranda, Chancel, Stettenhoffen e Igualdad se formará en dos columnas: una columna pasará por la calzada y se retirará por las alturas detrás de Lovaina, donde está situado el campamento; la otra marchará por Lovenjoul, Corbeek-Oberloo y Heverlé, donde tomará una posición detrás de Lovaina, con la derecha apoyada en el río de Voer y la izquierda hacia el bosque de la comunidad. Este movimiento será ejecutado a las once en punto. El general Miranda tomará el mando de ambas columnas para mantener el orden en ellas".²³

Más tarde, Miranda hará observar ante el Tribunal revolucionario que es precisamente el 21 de marzo, en el momento en que se le confiaba este importante y peligroso mando, cuando Dumouriez le inculpaba ante los Comisarios de la Convención y obtenía un mandato para enviarle a París a dar cuenta de su conducta. Danton y Delacroix llegaron al cuartel general al día siguiente de la batalla, y Dumouriez les había citado en Lovaina. Danton regresó inmediatamente a París. El generalísimo se guardó el decreto de los comisarios para no hacer uso de él hasta el posterior día 25. Tuvo así tiempo para tantear a

Miranda sobre su proyecto antirrepublicano y de aprovechar hasta el fin servicios que rindió durante la retirada este jefe experimentado y valeroso: el general Servan no ha dejado de hacerlo notar.

Miranda vio a Dumouriez el 21, en el cuartel general de Lovaina, donde debía también alojarse; pero descubriendo más perceptiblemente en él sentimientos de defección para la República y de enemistad hacia él, se retiró a su aposento y escribió una carta al ciudadano Petion.²⁴ En esta carta, enviada por un correo expreso, le pedía que fuese al ejército o que le concediese una licencia para ir a París: era necesario que le descubriese la conjuración formada por "intrigantes infames que —escribía— hacen ya mucho daño y pueden acabar por perdernos y ser la ruina de la libertad". Concluía: "Creo que hay una intriga para deshacerse de mí, como querían deshacerse de V. antes del 10 de agosto. No escribo ni una palabra al ministro ni a nadie. Dejo a Dumouriez y a los demás que hagan sus informes como ellos lo entiendan; creo que la virtud y la verdad se filtran irresistiblemente y que el disfraz de la intriga no puede resistirlas".²⁵ Por todos lados, en efecto, se trabajaba para despojar a Miranda del mando: imponíanse grandes medidas si se quería salvar lo que quedaba del ejército, y el comisario Chepy, que proponía algunas, era de parecer, a pesar de sentir simpatía por nuestro personaje, que era necesario "retirar del ejército de Bélgica a Miranda, el cual, aunque estimable, no tenía la confianza del soldado".²⁶

Volvamos a las operaciones militares.

Tratábase, pues, de retroceder hasta Lovaina: "Voy a recuperar el campo de Lovaina, dice el general en jefe al ministro

de la Guerra, para cubrir a Bruselas y Malinas y esperar allí socorros". Era el plan de Miranda antes del desatino de Neerwinden.

En esta ocasión vemos aún a Dumouriez cometer graves faltas. En vez de procurar concentrar sus fuerzas las dividió. En vez de llamar a sí la división que La Marlière tenía en Amberes y el cuerpo de Harville, para intentar conservar la frontera con una masa de 60.000 hombres, cuya mitad no estaba todavía batida, se limitó a enviar a Neuilly a Judoigne y a Miaczynski a Gempes, creyendo cubrir así a Bruselas.²⁷ Esto no bastaba y la punta de los austríacos sobre Diest obligó de nuevo al ejército francés a que retrocediera.

Viendo, sin embargo, con dolor que se le escapaban sus conquistas, Dumouriez resolvió correr un último albur y esperar al enemigo en una línea jalonada por Pellemberg, Corbeek, Blanden, Florival y Tombeek.²⁸ Miranda fue a establecerse en Pellemberg, donde tomó personalmente el mando de la división Champmorin; esta posición domina la carretera de Lovaina a Tirlemont: "Aposté, dice Miranda, para cubrir la retirada, una parte de la división de izquierda en Pellemberg".²⁹ Cubrió su flanco izquierdo con el cuerpo de Miaczynski y con otros cuatro batallones y colocó delante los cazadores del coronel Segund; Ruault recibió otro destino. Champmorin juzgaba peligrosa la situación de sus tropas y temía ser copado: Dumouriez dio orden de sostenerse costara lo que costase, y la posición fue, en efecto, sostenida. La vanguardia, bajo el general La Marche, ocupó las alturas de Corbeek; Le Veur se situó en el bosque de Meerdael y en Bierbeek, con 18 batallones del ejército de las Ardenas; Dampierre y Neuilly ocuparon a Florival y Tombeek.³⁰

En la mañana del 21 los austriacos atacaron con tres columnas: la división del mariscal Benjowsky en el camino de Pellemberg, otra por la calzada de Bierbeek: Clerfayt por Meerdael. Los granaderos húngaros horadaron las líneas de Le Veneur; pero fueron pronto rechazados por las brillantes cargas del regimiento de Auvernia. Se peleó con encarnizamiento en Pellemberg. El enemigo atacó las avanzadas entre las once y mediodía y rechazó a un batallón de granaderos pertenecientes a otra división, así como a los cazadores de Segond. Generalizóse el combate, la artillería entró en acción y hubo de ser recuperado algún terreno. Los esfuerzos del enemigo se dirigieron sobre todo, de una manera arbitraria, hasta la noche, hacia la derecha de Miranda. Empeñado contra fuerzas muy superiores en número Miranda las detuvo durante todo el día, rechazándolas varias veces e infligiéndolas gruesas pérdidas; sus soldados lucharon con gran denuedo y Mack llenóse de admiración ante las cargas operadas por el batallón de Valhubert, "la tropa azul", perteneciente a la división de Champmorin. Keating, una vez más, batióse muy bien a la cabeza del 87 regimiento de infantería.³¹ Miranda no se replegó hasta la caída de la noche, obligado por el retroceso de las otras divisiones, especialmente la de La Marche, que parece haber defendido blandamente a Corbeek y que volvió a pasar precipitadamente el Dyle, lo mismo que Le Veneur. Aún fue Miranda el encargado de sostener los puestos más difíciles en esta retirada, donde dio de su persona con un valor sereno, nunca desmentido; con una habilidad igual, sino superior a la de sus colegas.³²

Jomini dice que el ejército francés mantuvo sus posiciones durante toda la jornada del 22 y que al siguiente día Clerfayt,

que ignoraba los parlamentos entablados la víspera entre Dumouriez y Mack, atacó de nuevo el puesto de Pellemberg y el cuerpo de La Marche: fue entonces, dice, cuando se produjo el repliegue de este general y de Le Veneur, obligando al general en jefe a ordenar también la retirada de la división Champmorin.³³ En eso hay una inexactitud, pues la noche del 22, Dumouriez y Miranda se encontraban en Lovaina, y el 23 el ejército estaba reunido entre Bruselas y el bosque de Soignes.³⁴ Este último día, mientras el general en jefe dictaba sus disposiciones para atravesar Bruselas, los austríacos ocuparon Lovaina.

El coronel Gobert ha calumniado todavía a Miranda: "Al día siguiente de la batalla, escribe, el ala izquierda, mandada por Miranda, habiendo sido derrotada y puesta en fuga, como la víspera..."³⁵ Y Delacroix ha mentido escribiendo a Danton que este ala izquierda se había portado mal nuevamente: "Creo, concluía el comisario, que la confianza (en Miranda) está gastada por completo y que sería tiempo de reemplazarle". Delacroix, un antiguo gendarme convertido de pronto en oficial general, había sido ciertamente excitado contra el venezolano, pues tres días antes pensaba justamente lo contrario: "Ayer, decía entonces, nuestras tropas han combatido desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde; su conducta está por encima de todos los elogios".³⁶ Y fue particularmente la división Miranda la que se batió desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde.

Si hay reproches que hacer respecto a esta nueva batalla, deben ser dirigidos a La Marche y a Le Veneur, sin olvidar, desde luego, que éste, en una carta al ministro de la Guerra,

protestó enérgicamente contra la suspensión y la detención de que había sido objeto, aunque el 22 de marzo hubo protegido la retirada del ejército luchando todo el día, "verdad indiscutible, a pesar de las calumnias de Dumouriez". Los comisarios de la Convención, Delacroix sobre todo, parecen no haber sido más que el eco de esas calumnias.

El general Dumouriez ha intentado escamotear la participación de Miranda en este asunto de Pellemberg, que costó 4.000 hombres a los franceses y 1.200 al enemigo, que Servan califica de "brillante" y que Miranda dice haber sido "uno de los más serios y más honrosos que tuviera el ejército". Champmorin, cuya buena conducta ha servido para disimular la verdad, no operó allí más que subordinadamente, tal como lo advierte Servan, ya que el general venezolano era quien dirigía personalmente la acción. Dumouriez ha guardado el silencio, dice Miranda, "porque ni él, ni el general Valence estaban allí".³⁷ Por otra parte, el propio Champmorin se lamentaba, el 9 de abril, de que Dumouriez no hiciese mención del caso.³⁸

El mismo día del combate de Pellemberg, y por vez primera después de su regreso a Holanda, Dumouriez fue a hablar a Miranda de la situación militar y de la evacuación de Bélgica, enseñándole una carta que dirigía al ministro de la Guerra. El general en jefe condenaba enérgicamente en ella los excesos de la Convención, los ultrajes de que se habían hecho culpables sus agentes respecto a los belgas y el desorden que una administración viciosa hubo llevado al ejército. Todo esto podía ser considerado como la causa principal de los reveses de las tropas en Bélgica, "conducidas por generales llenos de valor

y de civismo", y le obligó a él mismo a abandonar sus conquistas en Holanda. Miranda recibió con extrema reserva las confidencias de Dumouriez: "Parece, escribía a Petion, que ha querido con ello que yo tomase parte en el desastre a que hemos llegado por malas combinaciones; de modo que V. bien comprenderá que no me he mezclado en ello. Sin embargo, no me negaré jamás a contribuir con todos mis esfuerzos a la conservación del ejército y al sostén de la República, a la que me he consagrado hasta la muerte".³⁹

En el intervalo, Dumouriez entró en negociaciones con el enemigo, con el fin de ganar tiempo y evacuar Bélgica con plena seguridad: era el mismo sistema que le había permitido dejar escapar a los prusianos después de Valmy. Jomini habla de un pacto habido entre el general en jefe y Mack la noche del 22; según Chuquet, fue el 23 por la noche, cuando el coronel Montjoie acudió a pedir al príncipe de Coburgo que dejase a los franceses retirarse tranquilamente a Bruselas, la cual prometían evacuar pronto y sin combate.⁴⁰ La entrevista de Ath se verificaría el 25 y no el 27, día indicado por Jomini.⁴¹

Coburgo, engañado acerca del verdadero estado del ejército francés, y temiendo carecer de fuerzas suficientes para expulsarles de Bélgica, consintió. Las tropas estaban agotadas, definitivamente incapaces del menor esfuerzo, desalentadas por el cúmulo de desgracias que atrajo sobre ellas la loca presunción del general en jefe. El futuro mariscal Macdonald, que acababa de ser nombrado coronel del regimiento de Picardía, perteneciente a la brigada del general Miaczynski y que se trasladaba a Bruselas para tomar su mando, encontró en su camino bandas de fugitivos volviendo a Francia y cantando a pleno

pulmón aires nacionales. En Bruselas halló el estado-mayor desorientado, ignorando a dónde se habían retirado diversos cuerpos, especialmente su regimiento. La retaguardia intentaba cubrir la retirada.⁴²

Fue dada orden a Miranda y Champmorin de atravesar con sus tropas la ciudad de Bruselas, terminado que fuera el desfile de las divisiones de Stetrenhoffen, Chancel y Champollon. Debían seguir la carretera de Enghien hasta la altura de Santas y detenerse allí, apoyando su derecha en las divisiones que les precedían y su izquierda en el bosque de Strie-Houx: este movimiento, escribe Jomini, se hizo con una regularidad poco común. Los generales estaban prevenidos de que los flanqueadores de la izquierda ocupaban las alturas de Cruz Alta y Bogaerden y se les había recomendado que no abandonasen las tropas cuando ellas hubiesen tomado posición. Al día siguiente, 24, Dumouriez completó sus disposiciones: Miranda partiría a Enghien con su cuerpo a las cuatro de la mañana; desde allí se dirigiría a los pueblos de Marck, Molino del Roble, Rombeek, Helbeek, Meslin del Obispo, Bonnier, La Ermita, Roux, y pasaría el puente del Dendre más arriba de Ath y del pueblo de Brantiñas, detrás del cual tomaría posición en la altura, apoyada la derecha en la carretera de Leuze y extendida la izquierda a lo largo de la ladera detrás de la Cruz de Bihée. Una postdata firmada por Thuvenot prevenía a los generales que debían permanecer con sus tropas y mandar ordenanzas al cuartel general, que sería establecido en Ath al siguiente día. Además, Miranda recibía aviso de que el teniente general Rozieres y el mariscal de campo Kermovan irían a servir su división, cada uno conforme a su grado.⁴³

Estas disposiciones particulares se acordaban con el plan general de evacuación concebido por el comandante en jefe, según el cual la columna de Harville abandonaría a Namur por Givet y Maubeuge y O'Moran, a la sazón en Tournai, se dirigiría a Dunquerque y Cassel; Neuilly iría a Mons y Ruault a Amberes. El ejército de Holanda iba a tomar posición tras el Escalda. El frente así conservado se extendía desde Amberes a Maubeuge y era defendible; pero Dumouriez no se curaba lo más mínimo de estas nuevas posiciones, pues no pensaba sino en marchar sobre París: cederá todavía Breda y Getruydenberg, de donde retirará las guarniciones y la artillería, e informará a Beurnonville en una carta en que se le oye quejarse de la detención de sus generales, de la desertión, de la falta de ropas y del desorden de su ejército.⁴⁴

El 25 de marzo Miranda y Dumouriez se encontraron en Enghien: tuvieron una entrevista tempestuosa, de la cual fue testigo, un instante, el general Duval. Miranda reprochó altamente al general en jefe sus recientes proclamas, en las que disimulaba las consecuencias de sus propias culpas, para arrojar la responsabilidad de ellas "sobre hombres valerosos que se quejaban de eso abiertamente"; se proponía "dar a conocer a la nación cómo y por qué sus soldados fueron llevados al sacrificio", y declaró que tenía intención de pedir al otro día permiso para trasladarse de Tournai a París. En vez de responder a estas acusaciones formales y concretas, Dumouriez no hizo más que declamar contra el republicanismo y la libertad, diciendo que los franceses no estaban hechos para las instituciones que les habían impuesto; a esto Miranda contestó fríamente: "Un cuarto de hora de arrebatos y de locuras por parte de V. no

me hará abandonar principios a los que me he adherido por una experiencia de veinte años de estudios".⁴³

Esta conversación decidió la suerte de Miranda; evidentemente, Dumouriez no podía contar con él para ayudarle a ejecutar sus proyectos contra la Convención. Mientras que el general Igualdad, el duque de Chartres, Valence, Ruault, Neuilly, Marassé, los dos Thouvenot y casi todos los oficiales simpatizaban más o menos con el general en jefe y sus proyectos, Miranda se disponía a ponerse en medio y a impedir por todos los procedimientos a su alcance la grave empresa: era, pues, preciso eliminarle. Por lo demás, el ejército estaba seguro y terminada la retirada; ya no se le necesitaba.

He dicho que la política francesa de Miranda debía ser necesariamente revolucionaria, porque la Revolución era en su ánimo, más que una cuestión de régimen interior francés, una cuestión de principios universales. Desde el punto de vista exclusivamente nacional, muchos ciudadanos favorables primeramente a la Revolución pensaban ahora que era deseable poner fin a la tiranía de la Convención, al absolutismo irresponsable de una asamblea que tendía a instituir un régimen del Terror como sistema de gobierno y la guerra perpetua contra toda Europa como regla de política exterior. La restauración monárquica contemplada por Dumouriez hubiera restablecido el orden tradicional, templando su rigidez con la adopción de los principios liberales del 89 y por las medidas que respondían a las aspiraciones verdaderamente nacionales, preconizadas en los acuerdos de los tres Ordenes, a saber: la igualdad ante la ley y ante el impuesto; la liberación de la tierra por la supresión de los derechos feudales; la libertad de la industria; la reforma

administrativa. La monarquía restaurada hubiera podido liquidar honrosamente la guerra desoladora, que no debería tener fin hasta veinte años después en Waterloo, dejando a Francia mutilada y desangrada totalmente. La tentativa de Dumouriez fue acaso la última posibilidad que a Francia se le ofrecía de resolver el problema revolucionario concertándole con el interés nacional, evitando al país el régimen del Terror y la formidable y costosa aventura cesariana.

Carlos Maurras no dejará sin duda de manifestar, a este propósito, que el extranjero Miranda era incapaz de concebir lo que pudiera ser "el interés francés". La fraseología de Ginebra, la superstición dogmatizada en Filadelfia, nos dirá el teorizante del "nacionalismo integral", comenzaban a explotar a Francia con fines antifranceses e impedían la vuelta de la nación al régimen saludable cuya virtud está demostrada en una experiencia secular. Pero Miranda servía la Francia de 1792, no la de los Capetos, por la Revolución y para la Revolución. Miranda guerreaba en Bélgica por el mismo ideal cuya realización persiguió en la Florida y por el cual se batió más tarde en Venezuela: con su amigo Tomás Paine, podía decir que independientemente de un lugar o de un pueblo, la propia causa le llevaba a sostenerla. He aquí por qué declaraba en alta voz que defendería a la Convención contra Dumouriez rebeide, afirmando así su lealtad de soldado para con el poder revolucionario que le había puesto las armas en la mano.

Por otra parte, si Miranda se hubiese asociado a la política del general en jefe, no habría hecho más que añadir un nombre más a los de los generales que desertaron de la bandera y se hubiera deshonrado para siempre; pues no siendo francés, no

sería con el pretexto del patriotismo como hubiese podido tomar partido en pro ni en contra de la Convención, fuese por motivos de conciencia o de interés personal; además, los soldados le habrían hecho fuego como hicieron con Dumouriez, pues es inexacto que fuese "demasiado popular en las brigadas", como le plugo imaginar a Paul Adam.

Para terminar, Dumouriez sacó del bolsillo la orden de detención de los comisarios y se la mandó con el ayudante de estado-mayor Bourdois a Miranda, quien la recibió el 25, a las diez de la noche, en el campamento de Buvignies, abajo de Ath. La pieza estaba firmada por Gossuin, Danton, Treilhard, Merlin de Douai, Delacroix y Robert, y concebida en estos términos:

"En nombre de la República francesa,

Nosotros, miembros de la Convención nacional, sus comisarios en el ejército y en el país de Bélgica, de Lieja, etc.

Deliberando acerca de las quejas que nos han sido elevadas contra el general Miranda, sobre su conducta, tanto en el sitio de Maëstricht como en la jornada del 18 de este mes, y considerando por una parte que los hechos imputados a este general no parecen menos graves que los que han motivado el decreto por el cual la Convención nacional ha llevado a su barra a los generales La Noue y Stengel; y por otra, que sería peligroso para el éxito de la República que un general inculcado conservase el mando de las tropas, en tanto que no se hubiese justificado:

Disponemos, vista la urgencia, que el general Miranda se presentará en la barra de la Convención nacional para dar allí cuenta de su conducta; y encargamos al general en jefe Dumouriez que provea provisionalmente a su reemplazo.

Dado en Bruselas, el 21 de marzo de 1793, segundo de la República."

Miranda sabía lo que se arriesgaba yendo a comparecer en la barra de la Convención; pero ¿no había escrito a Brissot, algunos días antes, que en el puesto que ocupaba la obediencia era el primero de los deberes? Seguro de su inocencia y del apoyo de sus amigos, obedeció, pues, y dejó el ejército: el 28 de marzo, a las nueve de la noche, llegaba a París.

NOTAS

¹ G. Ejército del Norte. Corresp.

² Ibid. Expediente de Champmorin. Hoja de sus servicios, 15 germinal, año III.

³ *La Jeunesse du Roi Philippe*, p. 139-140.

⁴ Jomini, III, 17. Reynier Jean-Louis Ebenezzer, nació en Lausana en 1771, falleció en París, en 1814. Se distinguió a las órdenes de Pichegru (Bouillet dice: «a las órdenes de Moreau, en el ejército del Rhin, en 1796») y en Egipto, después en la campaña de 1813. Era un oficial de gran valor.

⁵ *Mémoires*, I, 375.

⁶ Véase Rojas, p. 158.

⁷ Miranda ponía el dedo en una de las llagas del ejército: la carencia de oficiales. Mal encuadrados, decía, los soldados huían. Esto era tan verdad que Dumouriez ha dejado escapar una confesión: «Debo hacer justicia al soldado más bravo del universo: pero carece de oficiales experimentados». (G. Ejército del Norte. Corresp. Dumouriez a Beurnonville, 19 marzo.)

⁸ He tenido la curiosidad de volver a ver cómo César explicó su derrota: alaba el valor de los soldados, censurando su indisciplina, en cierto punto. (*De bello gallico*, VII, 52-3). Por lo que se refiere a Künesdorf, Miranda comete error; he aquí lo que de ello decía el gran Federico en una carta al marqués de Argens: «La victoria era nuestra; habría sido también completa, cuando nuestra infantería se impacientó y abandonó intempestivamente el campo de batalla».

⁹ Véase el texto de estas órdenes en Rojas, p. 128-229.

¹⁰ III, 114.

¹¹ Loc. cit.

¹² Véase Rojas, p. 125.

¹³ «No nos daremos el placer pueril, escribe Mortimer-Ternaux de poner de relieve uno a uno los errores voluntarios que Dumouriez ha sembrado en cada página de esta parte de sus Memorias, y que desde hace setenta años, han sido servilmente reproducidas por la mayor parte de los historiadores.»

¹⁴ *De la Belgique*, p. 79. Si es verdad que Dumouriez haya hablado así a De Pradt, ¿por qué entonces dice en sus Memorias, que el error de Miranda consistió precisamente en sacar en lugar de servir de eje al ejército?

- ¹⁵ Rojas, p. 122.
- ¹⁶ Interrogatorio de Miranda.
- ¹⁷ Véase la opinión del general Thiébault (loc. cit.) y también Vallaux, p. 32.
- ¹⁸ Rojas, p. 160.
- ¹⁹ Proceso de Miranda. Respuesta al testigo Delacroix.
- ²⁰ Dumouriez, p. 172.
- ²¹ Rojas, p. 129.
- ²² G. Ejército del Norte. Corresp. 20 marzo.
- ²³ Rojas, p. 129.
- ²⁴ Miranda a sus conciudadanos.
- ²⁵ Rojas, p. 120. Miranda a Pétion, 21 marzo.
- ²⁶ G. Ejército del Norte. Corresp. Medidas militares que hay que tomar sobre la situación de nuestros asuntos en Bélgica. Propositiones de Chépy. Fin marzo 1793.
- ²⁷ Véase Jomini, III, 121.
- ²⁸ Chuquet: *Dumouriez*, p. 175.
- ²⁹ Miranda a sus conciudadanos.
- ³⁰ Jomini, III, 123.
- ³¹ Informe de Champmorin. Rogert-Valhubert es este oficial normando que, alistado como voluntario, en 1791, fue nombrado jefe del 1.^{er} batallón de la Mancha, llegó a brigadier bajo el Imperio y le mataron en Austerlitz. (Expediente de Valhubert.)
- ³² Rojas, p. 351, 371.
- ³³ Jomini, III, 127.
- ³⁴ Chuquet: *Dumouriez*, p. 177.
- ³⁵ Relato impreso, p. 6.
- ³⁶ Aulard: *Recueil*, II, 445. Delacroix a la Convención, 22 marzo.
- ³⁷ Véase O'Kelly, p. 84.
- ³⁸ G. Ejército del Norte. Corresp. Champmorin a los comisarios de la Convención.
- ³⁹ Rojas, p. 120. Miranda a Pétion, 21-22 marzo.
- ⁴⁰ *Dumouriez*, p. 177.
- ⁴¹ Véase Mortimer-Ternaux, VI, 307.
- ⁴² El duque de Tarento: *Souvenirs*, p. 17.
- ⁴³ Véase Rojas, p. 134. No poseo informes sobre el general Rozières. En cuanto a Kermovan (Gilles-Jean-Marie-Laurent Baraze de) era un gentilhombre de Châteaudren, que había servido en Bretaña, después en el ejército turco, en el que había obtenido del Sultán el grado de coronel. Estuvo en campaña en América como ingeniero, con el grado de teniente general que le dio el Congreso. Empleado en el ejército del Norte, luego suspendido; vuelto al servicio, destituido en 1796, tomó su retiro al año siguiente y falleció en 1817. (G. Expediente de Kermovan.)
- ⁴⁴ G. Ejército del Norte. Corresp. Boletín analítico. Dumouriez a Beaumontville, 31 marzo.
- ⁴⁵ Miranda a sus conciudadanos.

INDICE ANALITICO DE MATERIAS

ADVERTENCIA

Por G. F. Pardo de Leygonier

(Páginas 3-5)

ABREVIATURAS

(Página 7)

PROLOGO A LA EDICION CASTELLANA

Por el Dr. Cristóbal Mendoza

(Páginas 9-24)

INTRODUCCION

(Páginas 27-94)

NACIMIENTO de Francisco de Miranda (1750). Su padre, negociante y oficial de milicia. Francisco, estudiante. Ingresa, en Madrid, en el ejército español, en calidad de oficial de infantería (1772). Sus campañas en Africa. Sirve con distinción en las Antillas y en Florida, durante la guerra contra los ingleses y presta grandes servicios a la causa de la independencia de los Estados Unidos. Es nombrado Teniente Coronel. Desavenencias con los oficiales peninsulares. Rumores de infidelidad extendidos contra él. Misión delicada que cumple en Jamaica. Motivo por el que fue encarcelado en La Habana. Puesto pronto en libertad, abandona el servicio de España y pasa de Cuba a los Estados Unidos (1783). Cómo explica a Barbé-Marbois las razones que tuvo para «huir» de su país. Llega a Londres en 1784. Memoria que dirige al rey de España recordándole sus servicios y pidiendo justicia contra las persecuciones que sufrió en Cuba y le forzaron a abandonar el ejército. Florida-Blanca le halaga, varias veces, con la promesa de una próxima respuesta que jamás recibe, mientras los agentes de la corte de Madrid en el extranjero le persiguen con sus vejámenes. Rompe con España. Viaje de estudios a través de los diferentes países de Europa. En Berlín, Miranda obtiene de Federico la autorización para asistir a las grandes maniobras de sus ejércitos (1785). Se le ve en Viena y en Hungría. Vergennes, a instancia de la corte de Madrid, ordena sea detenido y entregado a España, si pasa por el territorio francés. Smith avisa a su amigo del peligro que corría arriesgándose a ir a Francia. Miranda en Milán, en Roma, donde traba relaciones con los jesuitas

desterrados, después en Nápoles, Esmirna, Constantinopla. Pasa a Crimea, donde agrada a Potemkin que le lleva a Ucrania y le presenta a la Zarina (1787). Recibe una acogida afable de Catalina. Le da el grado de coronel en el ejército ruso. Se ha dicho fue uno de los innumerables amantes efímeros de la Emperatriz; es posible. Relación entre Miranda y el conde de Segur. Informe de Cobentzel a Kaunitz relativo a Miranda. El ministro de España se queja de la acogida hecha a un súbdito de su señor inculcado de traición. Respuesta de Miranda al encargado de negocios Macanaz. Cómo Miranda se adornó con el título de conde en el extranjero. Segur rompe con Miranda y hace, contra él, causa común con el encargado de negocios de España. La Zarina no deja por eso de preferir a Miranda colmándole de favores. Sin embargo, se ve obligada a alejarle. Sale de Petersburgo provisto de una carta de recomendación, muy honorable, para los embajadores de Rusia, prescribiéndoles le asistan con toda circunstancia y le den hospitalidad en su propia casa cuando le convenga recurrir a ella. Además, Catalina le otorga una suma considerable, menor, no obstante, que la que él pedía. Miranda intenta todavía obtener de la corte de Madrid una licencia ordinaria con el fin de salvar sus bienes; pero el conde de Florida-Blanca, contestando a este propósito al embajador de Rusia, continúa calificándole de «traidor y aventurero». Miranda llega a Estocolmo (1787) a casa del conde de Razoumowski, donde guarda el incógnito. El rey Gustavo III intrigado, como toda la sociedad, de la actitud misteriosa de este huésped de la legación rusa, se arregla para conversar con él dos veces; primeramente en su gabinete de medallas, después en casa de un tercero. Instruido por el ministro de España, al principio piensa mandar detenerle. Miranda va a Noruega, luego a Copenhague. Ve a Lavater en Zurich. Estancia en La Haya. Miranda vuelve a Londres (junio de 1789). Como solamente se escapa de una maniobra urdida por el embajador de España, declarando pertenecer al personal de la embajada rusa. Sin embargo, ningún documento, que yo conozca, prueba haya servido de agente político en la corte de Rusia. No obstante, escribe a Catalina en términos que parecen rebasar, por así decirlo, los límites de la más refinada cortesanía. Tiene relaciones de amistad con Fox, Sheridan, Stanhope y otros personajes ingleses que saludan a la Revolución en su cuna. En el curso del año 1790 entra en relaciones con Pitt, en vista de la liberación de las colonias españolas. Desde ahora hay que decir que jamás Miranda tuvo la intención de arrancar estas colonias del yugo de la metrópoli para someterlas a cualquiera otra potencia. Recibe del gobierno inglés una suma de 1.200 a 1.300 libras esterlinas. Lo que, en resumen, debía ser el futuro Estado

formado por las colonias libertadas, según los proyectos de Miranda. Sobreviene el tratado entre España e Inglaterra, que rompe la negociación. Miranda va a ver de cerca la Revolución en Francia. En diciembre de 1791 se detiene en Ruan en casa de los Hélié de Combray, ardientes realistas y no llega a París hasta marzo de 1792. Retrato físico y moral de Miranda.

PRIMERA PARTE

MIRANDA, GENERAL FRANCES

CAPITULO PRIMERO

El medio político

(Páginas 107-123)

LA evolución de las ideas y de la acción revolucionaria. En vísperas del 10 de agosto, sólo se trata todavía, para los Vêrgniaud, Brissot y otros, de la monarquía constitucional, y Danton únicamente obligado por los acontecimientos se decide a preconizar la república. Saint-Just temía que este régimen costase un precio demasiado alto. Sieyes, orleanista, desdenaba a «los republicanos polícratas». Robespierre y Camille Desmoulins combatían la propaganda republicana. La evolución no llegó a término hasta septiembre. Los nombres de *girondinos* y *montañeses* no designaron al principio dos campos enemigos: la mayor parte de los girondinos se sentaban aún en la Montaña. Los neo-montañeses, fanáticos de la comunidad de París, contra los *federalistas*. Cómo debe considerarse que, en realidad, jamás hubo un partido de la Gironda en el sentido que se entiende ordinariamente la palabra *partido*. Los girondinos se distinguieron de sus adversarios sobre todo por la «aristocracia» de su talento y la decencia de su actitud exterior. Los girondinos, entre ellos, apenas profesaban los mismos principios sobre las cuestiones más importantes. Los girondinos comparten con los montañeses la responsabilidad de los desmanes realizados desde el 10 de agosto. Lanjuinais se ha defendido, con razón de haber pertenecido a la facción

girondina. Pétion no rompió definitivamente con Robespierre hasta abril de 1793: su carácter. Brissot. Con Pétion y Brissot fue con quienes contrajo amistad Miranda, llegado a París el 6 de marzo de 1792. Brissot apreciaba como él la forma del gobierno inglés y se había distinguido por sus opiniones sobre las colonias. Miranda se hubiese acomodado con la monarquía inglesa. Al principio, sólo pensó obtener de la Francia revolucionaria y republicana la ayuda necesaria para libertar América de la dominación española. Se verá que, después, las circunstancias le halagaron con la esperanza de llegar a desempeñar un papel de primer plano, militar y político, en Francia, donde no temerá, durante algún tiempo, incluso de aspirar al poder supremo, y donde, en definitiva, solamente conseguirá salvar su cabeza, a través de numerosas vicisitudes. Cómo primeramente hizo alarde de jacobino y extremista y cómo se disculpará de ello hacia el fin de su carrera. Miranda en los medios girondinos. En casa de Julie Talma. El «hogar de la República». En casa de la poetisa inglesa Hélène-Maria Williams, madama Roland le presentó al general Servan, ministro de la Guerra.

CAPITULO II

Miranda en el ejército

(Páginas 127-139)

Es la Convención la que quiso la guerra al provocar a Austria, Prusia, Inglaterra, Holanda y España. Mal estado del ejército francés. Los generales franceses y los generales enemigos. Brunswick representado generalmente como un tirano feroz y un adversario encarnizado del espíritu del tiempo. Dumouriez, Arthur Dillon y Kellermann generales en jefe. Cualidades y defectos de Dumouriez. Kellermann: su carácter. La campaña del Argona. Miranda nombrado general de campo, el 25 de agosto de 1792, llega el 11 de septiembre al ejército del Norte, en el que se le encarga del mando de la división izquierda. Cómo después de la jornada del 10 de agosto, hablaba todavía de continuar sus viajes y su propaganda en favor de la independencia de América española, cuando Pétion le incitó a «prestar servicio en Francia», sin que él se hubiese ofrecido y con el consentimiento unánime

de los miembros del Consejo ejecutivo. Condiciones pecuniarias que le fueron concedidas, en compensación de lo que iba a perder por parte de la Zarina. La fortuna personal de Miranda. La corte de Rusia está muy irritada de verle general «descamisado» al servicio de un gobierno ya culpable de tales desmanes. El conde de Woronzoff, embajador en Londres, declara verse obligado a romper toda relación con él. Catalina se indigna de la conducta de un hombre que, sin ella, habría ya perecido desde hace mucho tiempo en las cárceles de la Santa Inquisición.

CAPITULO III

Argona y Valmy

(Páginas 143-154)

CONTINUACIÓN de la campaña del Argona. Miranda al frente de 2.000 soldados de infantería, apoyado por algunos cañones, rechaza, cerca de Briquenay, 6.000 hombres mandados por el conde Kalkreuth (12 de septiembre de 1792). Es la primera vez que los prusianos retroceden ante las tropas revolucionarias. Reconocimiento útil operado por Miranda (14 de septiembre). Retirada de Dumouriez detrás del Aisne, en Sainte-Menehoulde. Miranda reunió al ejército en Wagermoulin. Los voluntarios habiendo cedido a una especie de pánico, en el Bienne, se arroja, espada en mano, a través de las filas rotas y logra restablecer el orden: de este modo salvó la campaña preservando del desastre al ejército entero. El cañoneo de Valmy. Leyendas y fantasías líricas a este propósito: de Lamartine a Paul Adam. Miranda destinado por el ministro de la Guerra para pasar al ejército del Interior, es mantenido en el del Norte, a instancia de Dumouriez, quien además propone nombrarle teniente general. Miranda predica, en su correspondencia, el establecimiento de una fuerte disciplina militar; vitupera la demagogia de Robespierre y Marat. Miranda feminista: exhorta a Pétion a dar a las mujeres el derecho de participar en la elaboración de las leyes. El 9 de octubre, recibe la noticia de su nombramiento al grado de teniente general. Después de haber estado algún tiempo a las órdenes del general Egalité, ex duque de Chartres, recibe el mando de la división de izquierda del ejército. Misión que le confía Dumouriez cerca del gobierno.

CAPITULO IV

Las colonias españolas

(Páginas 159-186)

EL Rey encarga a Talleyrand de una misión cerca del gobierno de San Jaime, en el momento en que Francia no tiene representante oficial en la corte de Inglaterra, con el fin de obtener que esta potencia no se una de ningún modo a las que parecen mantener disposiciones hostiles a Francia. Al mismo tiempo se encarga al señor de Bourgoing de una «misión particular» en Madrid, donde debe tranquilizar al rey de España, acerca de la misión de Talleyrand, que no puede ser más que ventajosa a la política del pacto de familia, y recordar, por otra parte, «que la unión de Francia y España es la salvaguardia actual contra su enemigo común, que es la Gran Bretaña». Talleyrand habría conseguido obtener de Pitt una promesa de neutralidad, aun en el caso de que Francia invadiese Bélgica, con tal que se abstuviese de atacar a Holanda. En realidad, el gobierno de París se disponía a sacrificar España a la neutralidad, sino a la alianza de Inglaterra. En el mes de abril, nueva misión confiada a Talleyrand, Chauvelin y Noël: fracasan, la opinión inglesa haciéndose cada vez más hostil a Francia. En una memoria dirigida, en noviembre, al gobierno revolucionario, Talleyrand hace valer el interés comercial que tendría para Francia e Inglaterra favorecer la sublevación de las colonias españolas. Lebrun-Tondu había escrito ya, en el mes de septiembre, en el mismo sentido a Chauvelin. En la misma época, el americano Sayre aconseja a Lebrun oiga al general Miranda. Brissot y Pétion apoyan al principio con entusiasmo los proyectos de Miranda con Lebrun, después adoptan el del almirante Kersaint, que era totalmente diferente. Miranda escribe sobre este asunto a Pétion y va a París a conferenciar con él y los ministros. Hubiese querido encargarse de libertar América del Sur con la ayuda indispensable de una potencia europea, Inglaterra o Francia, sin una de las cuales sabía que no podía intentarse nada; pero no tenía la intención de hacer la guerra a España al frente de las tropas de una nación cuyo fin no sería otro que sustituir con su propia dominación la de la madre-patria. Razones por las que Miranda dirá más tarde rehusó al gobierno francés

el mando de la expedición de Santo Domingo. A decir verdad, no se sabe exactamente lo que pasó en las entrevistas que tuvo, sobre este asunto, Brissot y otros. Mientras Lebrun trata de entenderse con España, Brissot, animado sobre todo por su odio contra la Iglesia católica, quiere aplastar esta monarquía. Ruega a Dumouriez le «ceda» Miranda, que Monge ofrece nombrar gobernador general de Santo Domingo. Cómo se puede explicar la actitud de Miranda en estas circunstancias. Nuevo proyecto de Sayre en el que Miranda es comprendido. El tratado de Aranjuez asegura, por algún tiempo, a la corona de España la integridad de sus posesiones.

CAPITULO V

La toma de Amberes

(Páginas 189-222)

LA batalla de Jemmapes se dio, el 6 de noviembre de 1792, durante la ausencia de Miranda. De regreso de París a Mons, el 11, recibe el mando de la mayor parte del ejército de Bélgica. Se dirige, con el general Harville, desde Hall a Anderlecht, al socorro de Dumouriez. Nombrado por el general en jefe para el mando del ejército del Norte, se le encargó continuar el sitio de la ciudadela de Amberes, en lugar de La Bourdonnaye, al cual Dumouriez testimonia gran desprecio. Elogios que Dumouriez prodiga, por el contrario, a Miranda. El 26 de noviembre, se abrió la trinchera, ante Amberes, y Miranda llega, este mismo día, al cuartel general de Berchen. El ministro Pache conserva a La Bourdonnaye el título de «comandante en jefe del ejército del Norte», mientras califica a Miranda «mandando la división del Norte del ejército de Bélgica». Sin embargo, La Bourdonnaye no se resigna en modo alguno a alejarse del cuartel general de Berchen. El origen extranjero de Miranda le crea graves dificultades en sus relaciones con sus colegas y subordinados, especialmente con el ayudante general Boisguyon, a quien mantiene castigado mucho tiempo, a pesar de las propias instancias de sus amigos Brissot y Pétion. Bombardeo de la ciudadela, el 28 de noviembre; la plaza capitula al día siguiente; principales artículos de la

capitulación. La guarnición austríaca queda prisionera de guerra. Apertura del Escalda a la que los holandeses sólo oponen una simple protesta verbal; la flotilla mandada por el teniente americano Moultonson entra en el puerto de Amberes, aclamada por la burguesía. Miranda deja a Marassé de comandante en Amberes y va a ocupar Ruremonde, que abandonan 3.500 austríacos; los Aliados evacúan ante él la Gueldre y el ducado de Clèves y vuelven a pasar el Rin. Gestiones presuntuosas del americano Jean Skey Eustace, mariscal de campo, con el príncipe de Hesse, gobernador de Maestricht. Su actitud insolente con Miranda que le deja castigado. Folleto que publicará más tarde contra Miranda. Dumouriez le ordena ir a París para dar cuenta de su conducta. El Consejo ejecutivo autoriza a Miranda para traducirle ante un consejo de guerra: no se sabe exactamente cómo este mal sujeto pudo escapar al castigo. Cómo Miranda estudia la proposición que le hizo Monge de enviarle a Santo Domingo: puede suponerse que prefirió continuar en Europa la vía seductora en la que le había sido dado entrar al servicio de la República francesa.

CAPITULO VI

Miranda en Bélgica

(Páginas 229 - 255)

Los belgas al principio sólo sintieron satisfacción de haberse librado de la dominación austríaca. En Amberes, los jefes de la burguesía y los maestros de oficios se pronuncian por la Constitución brabantina y quieren conservar sus antiguas instituciones. Mientras Dumouriez tiene la intención hábilmente de tratar con consideración las susceptibilidades nacionales, el general Moreton tolera en Bruselas las peores violencias y en la región de Tournai, el general La Bourdonnaye y su comisario Sta «actúan en conquistadores». Miranda, nombrado en lugar de La Bourdonnaye, modera el celo maligno del comisario. Clubs, a imitación de los de Francia revolucionaria, surgen en las ciudades. Brissot, desconfiando de Dumouriez, contaba con Miranda para «incendiar Europa por los cuatro costados». La Convención decide

imponer a los belgas un gobierno democrático; por el decreto de 15 de diciembre de 1792, preludio de la anexión, sustituye su dictadura a la libertad que se les había prometido y Danton se encarga de «meterles en cintura». Miranda, dirigiéndose a Pache, atribuye la oposición de la burguesía de Amberes a la influencia del clero. Exacciones. Protestas especialmente vehementes de los habitantes de Amberes. Miranda reclama a París comisarios «instruidos» capaces de actuar útilmente de acuerdo con la parte «revolucionaria» de la ciudad. Parece haber querido así descargarse personalmente, en lo posible, de la responsabilidad de las medidas prescritas por la Convención y es quizá el único de los generales que haya concedido la libertad de las elecciones allí donde residía. No obstante, tenía la intención de ejecutar rigurosamente las órdenes de la Convención, especialmente en lo que se refería a la abolición de los impuestos y el secuestro de bienes públicos, a pesar de las enérgicas protestas de la Asamblea de los Representantes provisionales de Amberes. Como fuerza a esta Asamblea a entregarle una suma de 300.000 libras tornesas para el sustento de las tropas y fortificaciones. La Asamblea protesta en vano de la Convención contra la violencia que ha sufrido. Dificultades monetarias debidas a que los asignados no tenían curso en Bélgica. Conflicto entre Miranda y Marassé, que pretende sustraerse a su autoridad. Las relaciones de nuestro general jacobino con el clero parecen haber sido bastante buenas, al final: el obispo de Amberes le dirige, después de su partida, una carta muy atenta y le hace un regalo de libros. En enero de 1793 Dumouriez acabó aceptando la política dictatorial de la Convención: instrucciones que envía de París a Miranda. Danton y Delacroix, comisarios de la Convención se dedican activamente a impulsar los belgas a pedir su reunión a Francia. En Lieja, 9.660 votantes, contra una cuarentena de protestantes, se pronuncian por la reunión: Miranda transmite este primer resultado a Pache. La Convención invita a las ciudades de las diferentes provincias belgas a seguir este buen ejemplo. Papel nefasto de los comisarios en los ejércitos. Violentas disputas de Miranda con los comisarios nacionales Liébaux, Bonnemans y Cochet y con el comisario ordenador en jefe Ronsin.

CAPITULO VII

Miranda, comandante en jefe

(Páginas 261-280)

DUMOURIEZ quiere atacar las Provincias-Unidas de los Países Bajos, mientras el Consejo ejecutivo quiere todavía respetar su neutralidad. Instrucciones dadas a Miranda, el 14 de enero de 1793. La decisión de invernar en Bélgica. Conferencia entre Valence y Miranda relativa a los acantonamientos que había que establecer. Inexactitudes de las *Memorias* de Dumouriez y de Valence en este respecto. Los acantonamientos desgraciadamente se establecen en el Roër. Los movimientos de Dumouriez, por lo demás, se encuentran paralizados, a causa de la desertión de 55.000 voluntarios que regresaron a sus hogares, de octubre a diciembre. Contribuciones cobradas en los países ocupados por las tropas francesas. Miranda obtiene el título de comandante en jefe de los ejércitos operando en Bélgica, cuyas funciones asume, en ausencia de Dumouriez y Valence. Hostiga al enemigo con combates afortunados, especialmente en Wassemberg y en Arsbeck. Pache no hace justicia a ninguna de sus peticiones. Réplica digna y severa de Miranda a este ministro. Pache, despedido del ministerio, es reemplazado por Beurnonville.

CAPITULO VIII

El ejército

(Páginas 285-297)

BEURNONVILLE se esfuerza en poner remedio a los vicios de la administración militar. Pache con el pretexto de «patritizar» el ejército, le había completamente desorganizado. Ojeada sobre el estado del ejército republicano. Al principio los cuadros fueron provistos casi exclusivamente con oficiales del ejército real. La fusión entre los vo-

luntarios del 91 y 92 y los soldados de los antiguos regimientos sólo se realizó tardíamente. Excelentes oficiales de artillería, provistos de un buen material: el fusil francés, sin embargo, es inferior al prusiano. El ejército prusiano no justificaba ya realmente el prestigio de que gozaba en virtud de la fama de Federico. Composición defectuosa de las unidades del ejército republicano. La mayor parte de los oficiales de los batallones de voluntarios elegidos por sus hombres valían muy poco, naturalmente, salvo algunas excepciones ilustres; frecuentemente huían con sus electores, si llegaba el caso. Escasez de víveres y municiones. Las tropas, especialmente las de Miranda, están, en gran parte, «casi desnudas». Enfermedades: la sarna; los hospitales carecen de todo. Cuadro que traza Dumouriez del estado en que se encuentra el ejército de Bélgica, en el momento en que Miranda asume la jefatura del mando. Discusiones entre Dumouriez y los comisarios-investigadores, Danton entre otros, enviados a Lieja por la Convención (noviembre de 1792). Miranda toma enérgicas medidas para restablecer la disciplina y aprovisionar sus tropas. Jomini ha elogiado su celo y actividad. Conferencia que provoca, en Lieja, entre los jefes de estado mayor de los tres ejércitos, los comisarios de la Convención y los directores de compras, de subsistencias y de la administración (enero 1793): los comisarios comprueban en su informe a la Convención, «que el directorio de compras no tiene ni almacenes, ni dinero, ni los agentes necesarios para el servicio». Quejas vehementes elevadas por Miranda contra el revisor Lemonier y el comisario-ordenador Lambert. Epidemia en Lieja: Miranda, bien secundado por el general Ruault, su jefe de estado mayor, hace instalar hospitales en Lovaina, Bruselas, Malinas y Gante. Buen orden que trata de hacer reinar en todas partes. Indisciplina de los voluntarios: después de la rendición de Amberes, arguyendo que «la patria ya no está en peligro», piden volver a Francia: Miranda consigue retenerles. Desnudez cada vez más lamentable: el comisario Liébaut comprueba que los soldados de La Marlière son «verdaderos descamisados de nombre y de hecho». Nueva agitación entre los oficiales y los soldados para obtener licencias. «Deserción horrible» que señala La Marlière en sus compañías de granaderos; este general pide se le descargue de los húsares de la República; reprueba enérgicamente la elección de oficiales por los voluntarios. Miranda se queja de que los consejos de guerra no pueden ser ejecutados, por falta de un ejecutor y de una guillotina.

CAPITULO IX

La guerra con Inglaterra y Holanda

(Páginas 301-328)

Las causas de esta guerra. Miranda provee a la defensa del Escalda. En qué términos Dumouriez le explica confidencialmente su plan de campaña. Objeciones que le hace Miranda. Observaciones de Jomini. Miranda preveía la catástrofe de los acantonamientos. Custine, por su parte, proponía al Comité de defensa general un plan diferente del de Dumouriez, que Valence aprobaba, en cuanto a él. El Consejo ejecutivo se adhiere a la opinión de Miranda. Cuando, en la Convención, se trata de reemplazar a Monge en el ministerio de la Marina, Miranda obtiene diez votos. Dumouriez mismo acaba por modificar su plan conforme a la opinión de Miranda. Miranda toma sus disposiciones en vista del sitio de Maëstricht, aunque todavía no ha recibido la notificación oficial de la declaración de guerra a Holanda: Beurnonville aprueba estas disposiciones. Instrucciones dadas por Miranda al general Egalité. El Consejo ejecutivo adelantándose al voto de la Convención, ordenó a Dumouriez que atacase a Holanda (31 de enero de 1793). Dumouriez, disuadido por Miranda de su proyecto de expedición en Zelandia, concibe, un instante, el de dirigirse hacia Amsterdam por Nimega, que se vio forzado a abandonar cuando los prusianos lograron ocupar Venloo, como Miranda había previsto. Dumouriez piensa ahora llegar a Amsterdam por las desembocaduras de los ríos que antes quería evitar. Jomini ha hecho resaltar la versatilidad del espíritu de Dumouriez y la ligereza de sus concepciones. Miranda considera la operación «muy arriesgada», como escribió a Beurnonville y al mismo Dumouriez. Ilusiones que sustenta Dumouriez respecto a Maëstricht. Situación general de los ejércitos. El ejército del Meuse separado del de Miranda, pasa al mando de Valence; es, pues, sin razón, que a propósito de las operaciones en el Roër, se ha hablado de una derrota del «ejército de Miranda». El ejército del Norte y el de Bélgica, considerados hasta entonces como entidades independientes, se encontraban ahora reunidos con el nombre de ejército del Norte y bajo la jefatura de mando de Dumouriez; el ejército de las Ardenas

estaba mandado por Valence. La «gran aventura» de Dumouriez. Instrucciones dadas por Miranda a los generales La Noue, Stengel, Champmorin y La Marlière. Alegaciones injustas de Segur. A pesar de graves dificultades, Miranda espera apoderarse de Maëstricht en una semana de sitio, y dirigirse luego hacia Nimega para apoyar a Dumouriez. Dumouriez envía a Miranda algunos holandeses «patriotas», es decir, revolucionarios y francófilos, representantes de Comité batavio, encargados de ayudar al general con sus consejos y revolucionar el país invadido por sus tropas. Dumouriez cree todavía poder asegurar a Miranda, que no tiene que temer, por el momento, una agresión de parte de Clerfayt, y le invita a apoderarse de Maëstricht sin emplear demasiado «método». Parece que Dumouriez se volvió ciego: Clerfayt es más fuerte que nunca; los acantonamientos en el Roër son forzados. Distribución de tropas entre los diferentes generales franceses operando en Bélgica. Beurnonville aprueba el proyecto de operaciones concebido por Miranda.

CAPITULO X

Maëstricht

(Páginas 335-346)

PREPARATIVOS del sitio de Maëstricht. Miranda llega, en la noche del 21 al 22 de febrero de 1793, ante la plaza defendida por el príncipe de Hesse. Los trabajos de ataque están dirigidos por el viejo general Bouchet. La guarnición de 6.000 hombres aproximadamente comprende una legión de emigrados franceses mandados por el marqués de Autichamp. Cuando antes de proceder al bombardeo Miranda requiere a la plaza para que se rinda, el príncipe, que se niega resueltamente, se muestra por otra parte bastante asombrado, no sabiendo que ha sido declarada la guerra a Holanda. El cañoneo comienza, el cerco continúa y algunas salidas de la guarnición pueden ser fácilmente rechazadas. Miranda reclama un comisario ordenador encargado de proveer a las subsistencias. Dumouriez ha comenzado su ofensiva: bloquea Berg-op-Zoom; Breda capitula, Klundert es tomada. Dumouriez apresura a Miranda se disponga a unirse con él en Nimega. De acuerdo

con los delegados «patriotas» del Comité bávaro, Miranda exhorta a los magistrados de la ciudad a exigir al gobierno la rendición de la plaza. Llegada del comisario Petitjean: Miranda concierta con él y el general Thuvenot las próximas operaciones. Proyecta dejar el cuidado de continuar el sitio a Valence, con quien se encuentra entonces en los mejores términos. Los *Recuerdos* del conde Merode-Westerloo. Bombardeo violento: numerosos edificios deteriorados. El ejército de sitio se siente insuficiente, vista la enérgica resistencia de la plaza. Un oficial enviado por Le Veneur se permite criticar las operaciones de Miranda. Ataques apasionados dirigidos contra Miranda por el coronel Gobert en su *Relato*. El ejército austríaco se hace cada vez más amenazador en la orilla derecha del Roër.

CAPITULO XI

La retirada hacia Lovaina

(Páginas 349-390)

Los acantonamientos del Roër son forzados por el ejército austríaco mandado por el príncipe de Cobourg: el ejército francés es derrotado en Aldenhoven. Retirada general. El sitio de Maëstricht es levantado al cabo de seis días, habiendo costado a los franceses solamente veinte hombres muertos y diez heridos. Medidas que tomó Miranda para efectuar la retirada de su ejército. Miranda no tiene ninguna responsabilidad de lo que pasó en el Roër. Cómo Segur desnaturalizó los hechos, en detrimento de Miranda, y en favor de su amigo Valence. Miranda ocupa Tongres, el 3 de marzo. Contradicciones que presentan los informes dirigidos, este mismo día, de Lieja, a la Convención y al Comité de defensa general, por los comisarios. Cómo Miranda responderá al comisario Gossuin ante el Tribunal revolucionario. Lo cierto es que Valence parece haber perdido el juicio en estas circunstancias. Cómo un historiador tan apreciado como Mathiez se ha limitado a copiar ligeramente a sus predecesores al repetir que fue «la derrota del ejército de Miranda» la que habría hecho fracasar la expedición de Holanda. Miranda no fue derrotado, hablando en términos precisos; por el contrario, salvó su cuerpo de ejército de 12.000 hombres ence-

rrado entre la plaza de Maëstricht y los 40.000 austriacos que sostenían el campo. Dumouriez y Valence mismo reconocieron que se había visto obligado a abandonar el sitio de Maëstricht. Ilusiones de Beurnonville. Brissot «emborrador de cráneos». Miranda da cuenta a Dumouriez del levantamiento del sitio. Censura la ausencia de Valence, que permaneció en Lieja. Cómo Dumouriez inculcó a Miranda, mucho tiempo después, en sus *Memorias*. Cómo Jomini hizo justicia a Miranda. El archiduque Carlos expulsa a Egalité y Ruault de la ciudad de Tongres (4 de marzo). La Marlière y Champmorin hacen «una retirada hábil». Miranda detiene a los austriacos marchando hacia Jupille (4 de marzo). Dumouriez cree todavía apoderarse de Holanda en quince días. El optimismo de Miranda. Los belgas aspiran ardientemente a ser liberados del yugo revolucionario y desean del mismo modo la vuelta de los ejércitos imperiales. Denuncias de Miranda y los comisarios contra la indisciplina y cobardía de la gendarmería nacional. Miranda y Valence retroceden ante los imperiales hasta Lovaina (9 de marzo). Lieja fue evacuada, el 5 de marzo, a pesar de la opinión de Miranda, contraria a la de Valence que mandaba allí con Thouvenot: alegación inexacta de M. Chuquet, quien ha estimado bien hablar como Dumouriez lo hizo en sus *Memorias*. Cómo Miranda explicará haber negado armas a la burguesía de Lieja. Seguridades optimistas que da a Dumouriez: ahora preconiza un ataque contra Amsterdam y parece caer así en el error del que había tratado precedentemente de disuadir al general en jefe. Paralelo entre Valence y Miranda. Valence, Miranda, Ruault, La Noue, Egalité, Thouvenot y otros jefes deciden tomar posición detrás de Lovaina: sus planes están concertados con Dumouriez. Por orden del Consejo ejecutivo, Dumouriez vuelve a tomar la jefatura del mando del ejército en Bélgica, ejercida provisionalmente por Valence (11 de marzo). Los imperiales se preparan a expulsar a los franceses de las Provincias-Unidas. Cómo Dumouriez trata de calmar la efervescencia de los belgas, indignados contra la tiranía de la Convención.

CAPITULO XII

Neerwinden

(Páginas 399-430)

Los testimonios de numerosos oficiales confirman en absoluto las alegaciones de Miranda relativas a la campaña terminada en Neerwinden. Exposición de los hechos. Cuadro impresionante de exactitud que Dumouriez traza del gobierno de la República, al regresar de París en el comienzo de diciembre de 1792. Cómo desde entonces trata de atraer a Miranda a sus proyectos políticos. Reserva que guarda Miranda en este respecto. Dumouriez convencido de que no logrará entrenarle de ninguna manera, se decide a perderle. Cualidades y defectos de Miranda. Aunque su vida se reconoce haber sido una asombrosa novela de aventuras, sin embargo no debe ser colocado en el número de los que vulgarmente se llama «aventureros». Su fin político constante. No sabemos si aspiró a reemplazar Dumouriez al frente del ejército. Elogio que Dumouriez hacía en otro tiempo de sus capacidades. Cómo su carácter seco y su humor irascible le perjudicaron con oficiales y soldados. No obstante tuvo el mérito de mantener, en la medida de lo posible, la disciplina, que otros dejaron relajar demasiado fácilmente. Hasta qué punto es injusto reprocharle no haber logrado, con los escasos medios de que disponía, tomar la plaza de Maëstricht, conocida a través de toda la historia militar como una de las más fuertes de Europa. Cómo fue víctima de la perfidia de Dumouriez, después de la ignorancia de los historiadores, que, en lo sucesivo, le cargaron con la responsabilidad de la campaña de Neerwinden. Crítica de esa campaña. Miranda que había perdido la confianza del general en jefe, no tuvo ninguna participación en la preparación de las operaciones. Los errores de Dumouriez. La batalla de Neerwinden. Calumnias dirigidas contra Miranda. Michelet alaba su «frialidad heroica». La derrota.

CAPITULO XIII

Pellemborg

(Páginas 435-456)

EN sus *Memorias*, Dumouriez se deleitó en atribuir su derrota a la «huida» del ala izquierda de su ejército, mandada por Miranda. Jomini, Reyner, Segur mismo protestaron contra las imputaciones de Dumouriez, a este propósito. Dumouriez abusó del hecho que algunas unidades, compuestas de voluntarios, en efecto, habían huido. Miranda vengó el honor del mayor número de sus tropas, que habían cumplido bravamente con todo su deber dejando más de 2.000 víctimas sobre el campo de batalla. Cómo Miranda operó la retirada de su cuerpo de ejército, del que Dumouriez exageró el estado de desorden. Los acontecimientos de los días siguientes mostraron que las tropas de línea a las órdenes de Miranda eran capaces de hacer todavía frente a un enemigo victorioso: el 19 de marzo, resistieron durante siete horas en las alturas de Wommerson, antes de replegarse hacia Tirtlemon. El enemigo ha reconocido que la retaguardia mandada por Miranda, había cubierto la retirada con mucho orden y sangre fría. El 21 de marzo, Miranda recibe la orden de replegarse hacia Lovaina, al frente de las columnas mandadas por Chancel, Stettenhoffen y Egalité. El mismo día, Miranda es inculcado por Dumouriez en presencia de los comisarios de la Convención que le entregan una resolución en virtud de la cual su teniente será enviado a París para dar allí cuenta de su conducta. Después de una conversación con Dumouriez, Miranda escribe desde Lovaina a su amigo Pétion, por correo expreso, para denunciarle secretamente las disposiciones antirrepublicanas de su jefe (21 de marzo). Por todas partes se ponen de acuerdo, en este momento, en juzgar oportuno sustituir a Miranda: el comisario Chépy, que, sin embargo, le estimaba bastante, declara «que no tiene en absoluto la confianza del soldado». Miranda manda la división Champmorin, en Pellemborg, donde se libran combates encarnizados y sólo se retira después de haber luchado, personalmente, con un gran valor (22 de marzo). Los austríacos ocupan Lovaina. Calumnias dirigidas contra Miranda por el coronel Gobert y el comisario Delacroix. Negociaciones de Dumouriez con el coronel

austriaco Mack. Conversación bofrascosa de Miranda con Dumouriez (25 de marzo), a quien reprocha sus errores y quien, por su parte, renueva sus enérgicos discursos contra el gobierno de la República. Dumouriez saca entonces de su bolsillo la orden firmada por los comisarios de la Convención, Danton y otros, desde el 21 de marzo, en virtud de la cual Miranda debía presentarse «sin demora alguna» a la barra de la Asamblea para dar cuenta de su conducta, «tanto en el sitio de Maëstricht como en la jornada del 18 de marzo de 1793». Miranda llega a París el 28 de marzo.

INDICES

A

- Abensberg: 269
 Abrantes (duquesa de): 88
 Adams, Charles Francis: 91
 Adams, John: 32, 90, 91, 96, 405
 Adams, Paul: 155, 455
 Adoratsky: 98
 África del Norte: 86
 Agen: 397
 Aigneux: 364, 366
 Ainslie, Robert: 44
 Aire (río): 133, 142, 145
 Aisne (río): 133, 144, 145
 Aix-la-Chapelle. Véase: Aquisgrán
 Alba, Fernando Álvarez de Toledo,
 Duque de: 209, 226
 Alberto (duque): 189, 190, 208
 Albitte: 405
 Alcibiades: 89
 Aldenhoven: 263, 267, 349, 352, 354
 Alemania: 40, 72, 153, 157, 195, 225,
 261, 266, 282, 332, 347, 433, 436
 Alet (diputado): 379, 395
 Alpes: 233
 Alsacia: 156
 Altona: 72
 Altsrömer, (barón): 97
 Amberes: 188, 189, 190, 193, 195,
 196, 197, 198, 199, 201, 202, 209,
 210, 211, 212, 213, 214, 226, 227,
 228, 229, 230, 231, 236, 237, 238,
 239, 241, 242, 243, 245, 246, 247,
 248, 257, 258, 259, 267, 282, 294,
 301, 303, 304, 305, 306, 310, 315,
 321, 368, 370, 377, 382, 388, 394,
 406, 446, 452
 América: 14, 15, 22, 28, 32, 33, 35,
 42, 46, 50, 57, 69, 70, 82, 83, 84,
 102, 119, 137, 155, 156, 160, 167,
 168, 176, 177, 178, 181, 183, 186,
 188, 222, 228, 391, 392, 433, 458
 América del Norte. Véase: Estados
 Unidos de Norteamérica
 América del Sur. Véase: Suramérica
 América Española: 19, 33, 56, 64, 82,
 87, 102, 119, 134, 151, 165, 171,
 173, 175, 178, 179
 América Hispana. Véase: Hispano-
 américa
 América Latina. Véase: Latinoamérica
 América Meridional. Véase: Suramé-
 rica
 América Septentrional. Véase: Esta-
 dos Unidos de Norteamérica
 Amersfoort: 338
 Amsterdam: 309, 315, 316, 317, 368,
 381
 Amiens: 332
 Anderlecht: 192, 193, 372

André, Marius: 102
 Andreani, Giovanni Mario: 43, 86, 97
 Andreani, Paolo: 97
 Angulema: 331
 Angulema (duque de): 223
 Aníbal: 36
 Antepara, José María: 95, 96, 97, 98, 99, 103, 141, 188, 259, 332, 392
 Antillas: 29, 169, 170, 175
 Apremont: 143
 Aquisgrán: 218, 255, 261, 263, 265, 267, 274, 276, 316, 320, 323, 346, 347, 352, 353, 354, 358, 359, 361, 362, 379, 409
 Aragón: 29
 Aranda, Pedro Pablo Abarca y Bolea. Conde de: 40, 41, 42, 43
 Aranjuez: 186
 Arcis del Aube: 392
 Ardenas: 272, 273, 288, 289, 321, 322, 333, 336, 385, 392, 397, 446
 Arduin, Javier: 205, 225
 Argel: 28
 Argens (marqués de): 457
 Argona: 12, 132, 133, 143, 149, 286, 288, 337, 348, 415
 Arlon: 352
 Armand (capitán): 295
 Arnaudín: 278, 347
 Arsbeck: 277
 Artois: 96
 Artois (conde de): 194, 331
 Asia: 171
 Asia Menor: 44
 Asturias: 50
 Ath: 321, 410, 450, 451, 455
 Auckland (lord): 303
 Aulard: 109, 228, 237, 259, 299, 300, 395, 396, 458
 Austerlitz: 197, 458
 Austria: 97, 127, 149, 247, 286, 302, 331
 Autichamp (marqués de): 337

Autry: 134
 Autun: 81
 Auve: 147, 148
 Auvernia: 447
 Aviñón: 302

B

Bagessen, Jeans: 70, 100
 Bahamas: 30
 Bailleul: 113
 Báltico (mar): 227
 Bancal de Issarts: 81, 114, 123
 Banks: 80
 Bar: 133
 Barante: 255
 Barbé-Marbois: 33, 95, 96
 Barboroux: 114, 184, 188
 Barere: 123, 235, 405
 Barlow, Joël: 185
 Barnave: 174
 Baron: 278, 427
 Barras: 130
 Barthelemy (capitán): 359, 428
 Barthou: 96
 Basilea: 156
 Bautersem: 410, 444
 Baviera: 73, 156, 302
 Beaufort (marqués de): 341, 342
 Beaufort (marquesa de): 342
 Beaulieu: 267, 320, 341, 352, 390, 411
 Beaupoil: 184, 185
 Beauvais: 282
 Beauvallon (comisario): 278, 279, 300
 Becerra, Ricardo: 96, 103, 433
 Becourt (general): 371
 Bélgica: 12, 132, 153, 154, 160, 190, 191, 192, 193, 194, 201, 203, 214, 216, 222, 228, 229, 231, 232, 234, 235, 236, 238, 246, 247, 249, 250, 251, 253, 258, 261, 262, 266, 270, 271, 272, 274, 281, 283, 286, 288, 289, 299, 302, 314, 320, 322, 323,

- 327, 328, 330, 331, 362, 367, 368,
371, 377, 380, 381, 382, 383, 384,
388, 389, 391, 395, 397, 399, 408,
410, 415, 416, 417, 432, 433, 445,
449, 450, 454, 458
- Belze: 156
- Belle-Isle (mariscal de): 421
- Bender (mariscal): 196
- Benjamin, René: 396
- Benjowsky (mariscal): 424, 439, 440,
443, 447
- Benning (lady): 137
- Benning (lord): 137
- Bentham, Jeremy: 81, 122, 174
- Bentinck (capitán): 75
- Berchem: 265
- Berchen: 198
- Bergen: 218
- Bergheim: 346
- Berg-op-Zoom: 308, 315, 323, 338,
368
- Berlin: 37, 38, 46, 65, 78, 96, 100,
101, 157, 165, 287
- Berna: 97, 100, 141, 258
- Bernadotte, Jean: 332, 405
- Berteron: 338
- Bernstorff: 67, 69, 70, 72, 100
- Berpelle: 133
- Besançon: 347, 397
- Besarabia: 101
- Bessière (caballero de): 96
- Bessieu: 133
- Bethune: 272
- Beurnonville: 132, 133, 145, 146, 147,
149, 152, 153, 191, 192, 218, 223,
224, 228, 259, 264, 266, 277, 280,
283, 285, 299, 300, 313, 319, 320,
328, 329, 331, 332, 333, 337, 340,
347, 348, 361, 374, 375, 382, 383,
391, 392, 393, 394, 395, 396, 397,
407, 417, 426, 429, 431, 432, 433,
452, 457, 458
- Beyne: 366
- Bezborodko (conde): 50, 51, 52, 53,
54, 55, 57, 58, 68, 71, 72, 73, 78,
79, 82, 98, 99, 100, 101, 139, 142
- Bienassise (mariscal): 40, 96
- Bienna: 146, 147
- Bierbeek: 446, 447
- Biervliet: 305
- Bigg, James: 90, 92, 93, 103, 433
- Binche: 190
- Bingen: 418
- Binkon: 444
- Biré: 188
- Biron (general): 127, 128, 191
- Biron (duque de): 81
- Bisbos: 318
- Blagden (coronel): 166
- Blagny (conde de): 347, 392
- Blaisel (barón de): 96
- Blanc, Luis: 402, 432
- Blanden: 446
- Blessel: 202
- Blottiefiere (conde de): 350, 356, 362,
392
- Bobé, Louis: 100
- Bogaerden: 451
- Bohemia: 225
- Boisguyon: 188, 201, 203, 204, 205,
206, 215, 226
- Bois-le-Duc: 267, 315
- Bolívar, Simón: 46, 89
- Bonaparte, Napoleón: 15, 20, 23, 24,
115, 130, 131, 191, 197, 224, 259,
269, 286, 330, 332, 397, 405, 411,
414, 416, 417, 421
- Bonhers (coronel): 373
- Bonn: 269
- Bonnecarrere: 167
- Bonnemans (comisario): 251, 259,
277, 282
- Bonnier: 451
- Bonnoeil (caballero de): 86
- Bonnoeil los Essart: 86
- Boom: 198

- Borbón (duque de): 189
 Borbón (isla): 171
 Borbones (los): 58, 178
 Borgehout: 196
 Borgnet: 227, 237, 257, 259, 369, 394
 Borgoña: 157
 Bork: 68
 Borrekens: 239, 241
 Bósforo: 101
 Boston: 90, 177
 Bouchet, Benoit-Louis: 336, 344, 346, 352, 357
 Bouchette: 330
 Boudeville (coronel): 426
 Bougainville: 309
 Bouillet: 457
 Boulogne: 40, 96
 Bourdeau: 223
 Bourdeau: 141, 391, 411, 420, 433
 Bourdois: 455
 Bourgoing: 160, 162, 187
 Boyenhoven: 425
 Boyer-Fonfrède: 393
 Boze (pintor): 114
 Branchara (coronel): 426
 Brantiñas: 451
 Brasil: 85
 Brabante: 357
 Breda: 267, 315, 323, 326, 338, 343, 350, 364, 368, 392, 452
 Bredimus: 131
 Brentano (barón de): 72, 73
 Brest: 228, 250
 Bretaña: 157, 206, 282, 433, 458
 Bretel: 202
 Brincourt: 278
 Briquenay: 143
 Brissot, J. B.: 81, 108, 109, 110, 111, 112, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 122, 123, 130, 160, 170, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 187, 188, 205, 206, 220, 221, 226, 228, 231, 232, 234, 257, 302, 361, 362, 405, 456
 Brujas: 273, 304, 305, 321
 Brune: 416
 Brunswick, Carlos Guillermo de: 128, 131, 136, 139, 144, 145, 146, 147, 149, 267, 287, 321, 337, 352, 354, 364, 380, 390, 415
 Bruselas: 101, 132, 190, 191, 193, 229, 230, 231, 236, 238, 265, 277, 293, 319, 335, 357, 369, 372, 381, 387, 388, 410, 417, 446, 448, 450, 451, 456
 Bruto: 259
 Budingén: 419
 Buenos Aires: 28
 Bugey: 433
 Bulgakof: 44, 56
 Bulwer Lytton: 123
 Burdeos: 217, 226
 Bury: 189
 Burke, Edmond: 80, 102
 Bur, Aaron: 90
 Buviñas: 455
 Buzot: 108, 111, 113, 184, 285
 Bylan, (conde de): 338
- C
- Cabanis (doctor): 122
 Cabo de Hornos: 85
 Cádiz: 17, 28, 181, 197, 404
 Cagigal, Juan Manuel: 29, 30, 31, 32, 35, 95
 Calais: 40
 Calas: 96
 Calés: 160, 274
 Calmet: 395
 Cambaceres: 123
 Cambon: 123, 234, 237, 249
 Campan (madame): 45
 Campbell, John: 30
 Campo, Bernardo del: 34, 36, 56, 82, 90

- Camus (comisario): 242, 249, 251, 259, 290, 300, 374, 387, 394, 395, 431
 Canarias (islas): 27
 Candeille (señorita): 121
 Canolles de Lescours, Charles: 214, 244, 245, 258, 278, 280
 Capetos (los): 454
 Capron Wagne: 427
 Caraman (vizconde de): 341
 Caracas: 27, 33, 50, 64, 82, 83, 91, 121, 170, 403
 Carlos (archiduque): 352, 354, 363, 391, 413, 420, 422
 Carlos III: 29
 Carlos IV: 73, 160
 Carlos Eduardo: 101
 Carlserona: 68
 Carmarthen: 44
 Carnot: 123, 131, 347
 Cartago: 303
 Cassel: 452
 Castaños, Francisco Javier: 197
 Casteignier (alférez de navío): 213
 Castlereagh (lord): 102, 174, 188
 Castries (mariscal): 395
 Catalina II: 44, 45, 46, 47, 48, 53, 56, 61, 65, 70, 75, 76, 77, 78, 79, 84, 99, 100, 101, 135, 136, 149
 Catón: 16, 303, 403
 Cauber: 274
 Cauwelaert: 259
 Cederström (barón de): 60, 61
 Cernay: 145
 César: 16, 259, 403, 438, 457
 Clark (general): 137
 Clarkson: 81
 Claviere: 129, 178, 179, 186, 188
 Clérembray, Félix: 103
 Cleves (ducado): 214, 265, 267, 268
 Clerfayt: 128, 131, 144, 189, 190, 218, 269, 315, 316, 320, 326, 346, 354, 414, 422, 447
 Cloatz, Anacarsis: 111, 314
 Cobentzel (conde de): 45, 49, 50, 55, 66, 97, 98, 99
 Coblenza: 264, 331
 Coburgo (príncipe): 128, 275, 308, 349, 352, 354, 368, 376, 380, 392, 399, 411, 413, 424, 429, 450
 Cochelet (comisario): 252, 253, 259, 289, 294, 299, 300, 331, 337, 347
 Cochín, Agustín: 396
 Cochín, Dionisio: 341
 Colín (general): 145, 299, 415, 416, 432
 Colmar: 153
 Colomb: 134
 Colonia: 218, 264, 269, 274
 Colloredo: 414, 423
 Collot d'Herbois: 109
 Combe: 433
 Combray, (marqués de): 86
 Combray, Genoveva Gouvin d'Epinay y de Brunelles, marquesa de: 86, 87
 Combray, Timoleón Hélie de: 86, 87, 103
 Como (lago): 97
 Conway: 84, 125
 Condé, Luis II, llamado El Gran: 416
 Condé (príncipe): 144, 225
 Condorcet (marquesa de): 122, 138, 174
 Condorcet, Antoine Caritat, marqués de: 112
 Conflans: 156, 333
 Constantinopla: 38, 42, 44, 49, 52, 58, 62, 64, 72, 101, 102
 Cooper, Benjamín: 81
 Copenhague: 56, 67, 68, 70, 72, 100
 Coral: 62
 Corbeek-Oberloo: 444, 446, 447
 Córcega: 153, 157, 195, 282
 Corenno: 97
 Cornwallis, Carlos: 29

Cortés, Hernán: 178
 Courrier: 332
 Courtrai: 321
 Crimea: 44, 49, 50, 59
 Cristian VII: 100
 Cristianía: 68
 Cronstadt: 58
 Croupée: 365
 Crosne, Louis Thirouy de: 39, 40, 42, 96, 97
 Cruz Alta: 451
 Cruz de Bihée: 451
 Cruz de los Bosques: 132, 134, 144, 415
 Cuba: 30, 32, 35, 37, 170
 Cuesmes: 190, 191
 Cumpich: 193, 410, 411, 412, 443
 Custine, Armando de: 136
 Custine, Delfina de: 5
 Custine (general): 131, 251, 266, 287, 308, 329

CH

Chalons: 132, 145, 146, 147, 151, 222, 273
 Challamel: 188
 Chamfort: 123
 Champagneux: 149, 409
 Champaña: 133, 152, 189
 Champmorin, Marie-Pierre Chesnos de: 194, 224, 267, 268, 275, 276, 281, 282, 312, 313, 316, 317, 319, 324, 330, 331, 332, 341, 344, 350, 351, 352, 354, 355, 356, 364, 368, 371, 378, 380, 382, 383, 389, 393, 400, 411, 413, 414, 418, 419, 420, 421, 425, 426, 428, 433, 435, 439, 442, 443, 444, 446, 447, 448, 449, 451, 456, 458
 Champollon, Gaspard-Adrien Bonnet de: 420, 426, 433, 451

Chancel (mariscal): 313, 331, 412, 444, 451
 Chapelle de Betaria: 419
 Charavay: 225
 Charleroy: 190, 238
 Charleston: 32
 Charny: 134
 Charitres (duque de): 152, 153, 191, 313, 341, 375, 407, 411, 412, 418, 420, 423, 430, 435, 436, 437, 444, 453
 Chateaubriand, Francisco Renato: 107, 187
 Chateaudren: 458
 Chatillon: (duque de): 342
 Chaudefontaine: 146
 Chaussard, Publicola: 237
 Chaveau-Lagarde, Claude F.: 95, 169, 378, 404, 427, 428, 432
 Chauvelin (marqués de): 161, 163, 187
 Chazot: 133, 144, 145, 147, 152
 Chenée: 366
 Chenier-Andrés: 113, 123
 Chepy: 238, 257, 445, 458
 Chesapeake: 29
 Chevalier (coronel): 278, 279, 283
 Chinon: 332
 Choiseul (duquede): 404
 Chuquet: 134, 141, 155, 223, 224, 348, 375, 376, 377, 385, 394, 395, 396, 397, 403, 404, 406, 408, 431, 433, 439, 441, 450, 458

D

Daensels: 305
 D'Agustenburg, Federico-Cristian: 100
 Dahlen (condado): 267
 Delbarar: 309
 Dalecarlia: 59
 Dalheim: 274
 Damas (conde de): 47

- Dammartin-bajo-Hans: 146
- Dampierre, Auguste-Marie-Henry Picot, (conde de): 147, 148, 191, 267, 311, 323, 330, 348, 352, 354, 388, 412, 413, 418, 420, 423, 430, 446
- Danton, Jorge: 109, 111, 112, 113, 118, 122, 129, 130, 149, 161, 233, 235, 248, 249, 251, 290, 309, 329, 396, 408, 444, 448, 455
- D'Antraigues: 405
- Dao, N. D.: 4, 5
- D'Arcon: 338, 368
- Dardanelos: 101
- Dareste: 118, 257, 331, 433
- D'Arnaud (coronel): 342
- Davout: 269
- De Flers: 273, 304, 305, 321, 368
- De Grasse: 29
- Dejean (conde): 197, 224, 427
- De Kock: 305, 329
- Delacroix (comisario): 109, 248, 249, 251, 290, 360, 375, 376, 395, 408, 444, 448, 449, 455, 458
- Del Haijs (capitán): 336
- Delhaize: 223, 433
- Della Taille: 239
- Dendre: 451
- De Perneti (general): 210, 226
- De Pradt (abate): 440, 457
- Desbrunieres (coronel): 312
- Desforets (general): 153, 423
- Desmoulins, Camilo: 110
- Despres-Crassier: 131, 147, 406
- Dessault (coronel): 426
- D'Estaing: 309
- Desvaux: 192
- De Vael: 241
- De Vaux: 208, 282, 397, 399
- D'Hangest, Louis-Agustin Lammy: 133, 327, 335, 343, 345, 372, 373, 394, 395
- D'Harville, Claudie-Constant: 331
- D'Harville, Louis-Auguste de los Ursins: 189, 190, 191, 192, 265, 267, 289, 315, 316, 331, 341, 352, 370, 384, 394, 400, 412, 414, 446, 452
- Diercxsens: 239
- Diest: 364, 378, 389, 400, 412
- Diethmann de Luneville, Dominique: 133, 289, 312, 330, 348, 362, 378, 418, 423
- Dijon: 299
- Dillon, Arturo: 130, 132, 133, 134, 152, 175, 183, 188, 348
- Dinamarca: 65, 67, 70, 100, 170
- Di Pauli (barón): 97
- Divan: 73
- Dniester: 44
- Dornay: 86
- Dorbay: 199, 225
- Dorsmael: 414, 424, 436
- Dort: 338
- Drottningholm: 59, 63
- Drumond, Eduardo: 101
- Drumond, John: 76, 78, 79, 101, 102
- Dubois (la): 343, 348
- Dubois-Crancé: 287
- Dubouquet: 134, 144
- Duhamel: 222
- Dumas: 329
- Dumenil: 420, 432
- Dumolin: 396, 411, 432, 433
- Dumonteil: 29
- Dumouriez, Carlos Francisco. *Aparece a todo lo largo de la obra*
- Dunquerque: 39, 40, 160, 200, 228, 273, 274, 282, 304, 322, 452
- Dupont: 192
- Duportail: 37, 156
- Duras, (duquesa de): 187
- Duren: 321, 353
- Dusseldorf: 265
- Duval de Hautmarets (general): 133, 145, 146, 194, 195, 198, 204, 207, 215, 218, 219, 223, 224, 267, 304,

305, 309, 357, 372, 392, 393, 394,
442, 443, 452
Dyle (río): 410, 432, 447

E

Egipto: 44, 436, 457
Enghien: 192, 451, 452
Enrique (príncipe): 143
Entrecasstaux (almirante): 332
Epinonville: 142
Erft (río): 269
Erkelens: 218
Erlesund: 68
Escalda (río): 190, 211, 212, 214, 262,
267, 302, 303, 306, 452
Escipion: 303
Eschweiler: 352, 354
Esemael: 430
Esmirna: 44
España: 4, 28, 29, 30, 31, 32, 35, 36,
37, 38, 39, 41, 50, 53, 54, 56, 57,
58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 66, 67,
69, 70, 72, 74, 82, 83, 85, 90, 98,
101, 120, 127, 160, 162, 163, 164,
169, 170, 172, 174, 175, 177, 178,
179, 182, 184, 186, 187, 302, 314,
397
Esparbes: 179
Estados Unidos de Norteamérica: 17,
19, 20, 22, 29, 31, 32, 33, 37, 42,
67, 70, 91, 165, 166, 167, 168, 169,
170, 171, 172, 176, 177, 180, 184,
185, 187, 404
Estanislao Augusto: 44
Esterno (conde de): 37, 96
Estherhazy: 424
Estiria: 225
Estocolmo: 56, 58, 59, 61, 63, 66, 67,
68, 71, 97, 99
Estrasburgo: 287, 331, 397
Eupen: 267

Europa: 5, 15, 21, 37, 42, 101, 127,
129, 131, 137, 148, 162, 166, 170,
208, 222, 231, 248, 257, 262, 286,
287, 302, 453
Euskirchen: 269
Eustace, Jean Skei: 29, 32, 95, 96, 98,
99, 125, 215, 216, 217, 218, 219,
227, 228, 360, 393
Eyriés: 309

F

Falciola: 96
Falhum: 59
Farnesio, Alejandro: 408
Fauchet: 114
Fauquemont: 219, 354
Federico (príncipe): 70, 100
Federico II, El Grande: 31, 45, 96,
128, 287, 438, 457
Federico Guillermo I: 149
Felipe II: 209
Félix (ayudante general): 151
Fernig, Félicité: 253, 259
Fernig, Téophile: 253, 259
Ferrand (general): 153, 191, 239, 246
Filadelfia: 32, 33, 107, 185, 454
Finch (lady): 76
Fitzgerald: 80
Flandes: 39, 96, 189, 235, 251, 273,
282, 332, 347
Flandes Austriaco: 304
Flandes Francés: 304
Flandes Holandés: 304, 306, 410
Flayelle (brigadier): 197
Floridablanca, José Moñino, Conde de:
28, 35, 36, 38, 41, 57, 70, 96
Florival: 446
Foch, Fernando: 141, 417
Fonteno: 410
Fontoy: 131
Forbes: 135
Fouche, José: 24

Fouquier-Tinville: 378
 Fox, Carlos Jaime: 15, 80, 137, 141
 Francia. *Aparece a todo lo largo de la obra.*
 Francia (isla): 171, 332
 Fregeville (coronel): 147, 216, 267
 Fröberg, Andrés: 139
 Furnes: 200, 273, 321

G

Gales (príncipe de): 303
 Galias: 403
 Galitzin (príncipe): 98, 99
 Gálvez, Bernardo de: 31
 Ganfos (capitán): 58
 Ganniers, Arthur de: 155
 Gante: 190, 194, 204, 214, 238, 239, 246, 273, 293, 297, 304
 Garat: 116, 121, 122, 125
 Garbasso: 97
 Garnier (coronel): 335
 Garran-Coulon: 122
 Gaucher: 89, 103
 Gaussen: 62, 63, 99
 Geer (barón de): 97
 Geete (ríos): 412, 413, 414, 418, 423, 430, 436, 439, 441
 Geladbeeck: 218
 Gempes: 446
 Genet, Edmundo: 45, 121, 122, 125, 177, 185, 228
 Genlis (madame): 81, 386
 Génova: 43, 234
 Gensonné: 111, 113, 129, 179, 217
 Gergovia: 438
 Gertruydenberg: 338, 367, 368, 452
 Geylen: 276
 Geylenkirchem: 306
 Gibraltar: 29, 153
 Ginebra: 117, 347, 433, 454
 Girey-Dupré: 226
 Gironda (río): 114
 Givet: 39, 189, 322, 389, 452
 Gizancourt: 147
 Glorieux: 134
 Gobert, Jacques-Nicolás: 336, 345, 348, 360, 448
 Godart (general): 294
 Goehler: 72, 100
 Goethe, Johann Wolfgang: 100
 Goidzenhoven: 413, 439, 442
 Golfo Pérsico: 101
 Goloubtsoff: 98, 101
 Gontreuil (comandante): 214
 Goofers: 348
 Gorcam: 315, 321
 Gossuin (comisario): 242, 251, 290, 300, 358, 360, 374, 385, 392, 393, 394, 395, 455
 Gotemburgo: 68
 Gouvion Saint-Cyr (mariscal): 13, 37, 428
 Gower de Sutherland (lord): 102
 Gran Bretaña. Véase: Inglaterra
 Granja de los Bosques: 134
 Gran Tartaria: 86
 Granville: 81
 Grantz: 225
 Grave: 315, 316, 320, 338, 341, 368, 390, 432
 Grave (diputado): 391
 Gravelinas: 274
 Grecia: 44, 304
 Grécy: 283
 Gregoire (padre): 174
 Grenville (lord): 23, 78, 82, 83, 103, 302
 Grimberghe (princesa de): 342
 Grimoard: 432
 Groenvenbroich: 269
 Gross: 68
 Grouard (coronel): 141, 269
 Grouchy: 224
 Guadet: 114, 129, 217, 314
 Gual, Pedro: 89, 91

Guayanas (las): 85
 Gueldres Austriaco: 214
 Gueldres Prusiano: 214, 268, 269,
 276, 281, 319
 Guillermo el Taciturno: 92
 Guiscard (general): 197, 199, 207,
 224, 303, 372, 426, 427
 Gulloden: 101
 Guipúzcoa: 250
 Gustavo III: 60, 61, 62, 65, 67, 106

H

Haccourt: 361, 362, 364, 366
 Haeckendoven: 439, 442
 Hainault: 39, 96
 Hall: 192
 Halle: 414, 418, 424, 425
 Hamburgo: 56, 68
 Hamilton, Alexander: 32
 Hanover: 391
 Hans: 363, 365
 Hasselot: 218
 Heelen: 418, 424, 425, 426
 Heerlen: 354
 Helbeek: 451
 Helvetius, Claude-Adrien: 209
 Henao: 357
 Hennin: 116
 Henri-la Capelle: 354
 Herder, Johann Gottfried von: 100
 Heredia: 39, 40
 Herenthals: 389
 Hers: 214
 Herve: 267, 276, 350, 359, 361, 365,
 367, 377
 Hesse: 131
 Hesse, Federico de: 216, 217, 337, 339,
 341, 342, 344, 347, 348, 360, 392
 Heusden: 315
 Heverlé: 444
 Hispanoamérica: 14, 18, 22
 Hoche (capitán): 356

Hoche, Lázaro: 228, 416, 426
 Hochten: 299, 336, 347, 349
 Hoest: 100
 Hohenlinden: 426
 Hohenlohe-Kirchberg: 128, 144, 390,
 411
 Holanda: 12, 68, 127, 149, 160, 170,
 180, 212, 213, 216, 236, 247, 252,
 261, 262, 275, 276, 277, 289, 301,
 302, 303, 305, 306, 308, 310, 313,
 314, 315, 318, 319, 320, 322, 325,
 331, 337, 339, 341, 355, 359, 360,
 364, 367, 368, 380, 381, 382, 390,
 397, 400, 401, 415, 416, 417, 449,
 450, 452
 Hombre Muerto: 286
 Homero: 247
 Hongen: 352
 Horacio: 247
 Horn: 218
 Hothelm: 366
 Houken: 219
 Howe (lord): 34, 250
 Hua: 113
 Hugo, Víctor: 98
 Hungría: 38, 40, 225
 Huy: 370, 384

I

Igualdad, Luis Felipe José Orlean, lla-
 mado: 109, 153, 313, 356, 357, 359,
 362, 363, 378, 387, 392, 444, 453
 Ihler, Juan Alejandro: 153, 156, 347,
 356, 361, 362, 364, 370, 379, 420,
 426, 439
 India: 171, 221
 Indias Occidentales: 162, 220, 433
 Indico (océano): 101
 Inglaterra: 15, 19, 22, 24, 29, 30, 35,
 40, 44, 53, 57, 58, 68, 73, 76, 77,
 79, 83, 85, 86, 87, 101, 102, 118,
 123, 127, 151, 157, 159, 160, 161,

162, 164, 165, 166, 168, 169, 170,
171, 172, 173, 174, 176, 177, 179,
180, 182, 186, 187, 221, 235, 301,
302, 303, 314, 315, 391
Isabel Petrovna: 101
Islandia: 227
Islas de Sotavento: 180, 220, 222
Isnard: 108, 114
Italia: 83, 97, 131, 171, 250, 259,
330, 331

J

Jamaica: 30, 95
Jaurés: 257
Jefferson, Thomas: 42, 176
Jemmapes: 13, 153, 190, 191, 192, 200,
234, 259, 315, 341, 420
Jena: 269
Jessen: 72, 100
Jolivet: 253
Joly: 139
Jomini: 128, 141, 189, 192, 266, 291,
307, 315, 318, 321, 329, 331, 332,
338, 350, 352, 363, 377, 380, 391,
392, 395, 396, 397, 411, 412, 415,
421, 429, 432, 433, 439, 442, 450,
451, 457, 458
Jordini: 436
Jorge III: 160
José II: 38, 44, 212
Jourdan, Juan Bautista: 251, 408, 416
Jouvenot: 350
Judoigne: 446
Juliers (ducado): 269, 318, 322, 352
Jourdan, Juan Bautista: 251
Juliers (general): 321
Junius: 228
Jupille: 364, 366

K

Kadsand (isla): 305
Kael de Kirchen: 310

Kalicheff: 72, 73, 100
Kalkreuth (conde): 143, 144
Kaneff: 44, 45
Kant, Emmanuel: 100
Kaunitz (príncipe de): 49, 55, 66, 98,
99
Keating, Tomás: 317, 332, 406, 420,
425, 426, 427, 447
Keith (mariscal): 76, 101, 102
Kellermann: 130, 131, 132, 133, 145,
146, 147, 148, 149, 152
Kerckhem: 444
Kermovan, Gilles-Jean Marie de: 451,
458
Kersaint, Guy de: 170, 171, 173, 187,
221, 309
Kessel: 341
Kherson: 44, 58
Kiessel: 275
Kiev: 45, 49, 50, 51, 52, 53, 64
Kilmaine: 191, 406
King, Rufus: 32
Kleber, Juan Bautista: 197, 409
Klundert: 338
Knorring, Louis de: 100
Knox, Henry: 32, 176, 177, 188
Kom: 305
Korsör: 100
Kotschubey: 137, 138, 139, 142
Krementschuck: 49, 64
Krüdner (barón de): 69, 70, 72, 99
Künersdorf: 45, 438, 457

L

La Alcuía (duque de): 163
Labieno: 16, 403
La Bourdonnaye (general): 150, 154,
190, 193, 194, 195, 196, 197, 199,
200, 201, 202, 203, 204, 205, 215,
220, 223, 224, 225, 226, 227, 230,
270, 271, 273, 274, 278, 280, 282
Labrose, Henri: 103

- La Carolina: 30
 La Chalade: 134
 Laer: 430
 La Ermita: 451
 La Fayette, María José Márques de: 37, 38, 41, 42, 96, 97, 110, 121, 127, 128, 130, 174, 395
 La Florida: 29, 454
 La Force (marqués de): 96
 Lagnest: 396
 La Guayra: 89
 La Habana: 29, 30, 31, 33, 34, 53
 La Haya: 71, 100, 169, 348, 368
 Lalo: 396, 431
 La Luna (altura): 147
 La Marche, José Drouot, llamado: 133, 327, 330, 333, 388, 412, 418, 430, 446, 447, 448
 La Marlière: 196, 224, 252, 263, 265, 267, 268, 275, 276, 277, 281, 282, 283, 295, 296, 297, 300, 306, 310, 311, 317, 324, 327, 332, 341, 350, 351, 352, 354, 355, 356, 364, 368, 370, 371, 378, 382, 383, 388, 389, 393, 394, 400, 412, 414, 446
 Lamartine, Alfonso: 115, 149, 155
 Lambert, Claude: 292, 293, 299
 Lami (coronel): 202
 Landrecies: 331
 Lanfrey: 109
 Langeron (conde de): 248, 432
 Lanjuinais: 115
 La Noue (general): 154, 253, 272, 304, 305, 312, 323, 324, 327, 328, 330, 332, 333, 349, 352, 353, 355, 356, 359, 360, 364, 365, 366, 369, 374, 375, 383, 384, 385, 387, 391, 392, 394, 395, 396, 399, 402, 409, 455
 Lansdowne: 80
 Lanthenas: 114, 184
 La Providencia: 29
 La Roche-Chernault: 332, 341
 La Rochelle: 225
 Las Isletas: 132, 134, 144
 Las Liebres (bosque): 444
 Lassorce: 123
 Las Termópilas: 132
 La Sublime Puerta (véase: Turquía)
 Latinoamérica: 17, 22, 404
 Latouche: 309
 La Tour (conde de): 189, 352, 354, 380, 416
 La Tour Sittard: 354
 La Tourbe: 146
 Lausana: 457
 Laval: 29
 La Vallette: 283
 Lavater, Juan Gaspar: 72, 89
 Lavergue, R.: 347
 Lavis, Ernesto: 95, 433
 Leau: 414, 418, 419, 420, 421, 424, 425
 Lebrun-Tondú: 129, 161, 163, 164, 166, 168, 170, 176, 177, 178, 187, 188, 194, 199, 217, 222, 302, 314, 329
 Leclerc, Carlos: 221
 Lecourbe: 416
 Lee (general): 216
 Leeuw-Saint-Pierre: 192
 Lefèvre: 348, 395
 Lemoine: 146
 Lemonier (inspector): 292, 305
 Lenin, Vladimir Illich Ulianof, llamado: 232
 Lenoble: 299
 Lenôtre: 86
 Leonidas: 132
 Le Peletier de Saint-Fargeau: 331
 Lessart: 136
 Leuze: 451
 Levasseur de la Sarthe: 113
 Le Veneur de Tillières, Alexis-Paul: 133, 276, 282, 312, 313, 327, 330, 344, 345, 348, 350, 351, 355, 356,

- 363, 378, 379, 384, 418, 423, 430,
446, 447, 448
Lewis, Thomas: 94
Leyde: 282, 347, 348, 392, 393
Liche: 219
Lids (duque de): 75
Liebaut (comisario): 251, 252, 259,
277, 282, 295, 300
Lieja: 182, 211, 215, 218, 219, 220,
221, 238, 248, 249, 254, 263, 265,
266, 267, 271, 290, 291, 293, 305,
306, 309, 310, 315, 332, 333, 335,
344, 346, 354, 355, 356, 357, 358,
359, 360, 361, 362, 363, 365, 366,
367, 369, 372, 373, 374, 375, 376,
377, 378, 379, 387, 388, 395, 418,
432
Lier: 389
Ligne (príncipe de): 44, 45, 56, 225
Ligny: 133
Lila: 152, 153, 194, 197, 198, 199,
201, 205, 258, 270, 271, 275, 343,
371
Lille: 39, 283, 329
Limbourg: 267
Linch: 406
Linnich: 263, 265, 269, 274, 321, 354
Linthilac: 231
Lisakevitch: 137
Liston: 57
Lixhe: 312
Lolié, Frédéric: 187
Lombardía: 225
Londres: 7, 14, 15, 23, 34, 37, 38,
40, 56, 57, 68, 73, 75, 78, 80, 83,
90, 95, 98, 100, 118, 119, 120, 135,
137, 151, 159, 160, 161, 164, 166,
187, 301, 303
Longwy: 131, 132, 322, 389
Losterkamp: 392
Louvét de Couvraix: 112, 114, 116,
122, 203, 386, 396, 431, 432
Louvois: 250
Lovaina: 193, 229, 243, 293, 310, 311,
312, 319, 349, 356, 370, 371, 372,
373, 374, 375, 380, 381, 383, 384,
386, 387, 388, 389, 394, 399, 410,
412, 417, 422, 432, 439, 444, 445,
446, 448
Lovenjoul: 444
Lübeck: 72
Lückner: 127, 128, 130, 131, 216, 406
Luis (criado): 42
Luis XVI: 29, 37, 39, 41, 65, 81, 115,
116, 129, 148, 159, 163, 166, 187,
301, 331
Luis XVIII: 392, 405
Luis Felipe: 405
Luisiana: 164, 185
Lummen: 412
Luxemburgo: 265, 267, 320, 321, 389
Luxemburgo (mariscal de): 412
Lyon: 43
Lyonnet: 185
- LL
- Lloyd, James: 90, 91, 96
- M
- Macanaz, Pedro: 50, 52, 53, 54, 98
Macdonald (mariscal): 450
Mack (coronel): 128, 352, 447, 448,
450
Mackintosh: 81, 122
Macartney (lord): 302
Madelin: 234, 329
Madrid: 28, 35, 36, 53, 56, 57, 58,
96, 99, 100, 120, 160, 162, 163, 181,
197,
Maeseyck: 214, 218, 219
Maëstricht: 197, 216, 217, 219, 253,
261, 262, 263, 282, 291, 296, 297,
305, 308, 309, 310, 312, 314, 316,
318, 319, 321, 322, 323, 324, 325,
326, 327, 328, 335, 337, 340, 341,

- 342, 343, 344, 346, 347, 348, 349,
350, 351, 354, 355, 358, 359, 360,
361, 362, 365, 367, 378, 379, 382,
383, 392, 395, 404, 408, 455
- Magnette, Félix: 347
- Maidland: 80
- Malinas: 190, 212, 229, 259, 303, 388,
400, 410, 446
- Malmédy: 267
- Maltzan (conde de): 157
- Maltzan, François-Theobald: 133, 154,
156, 157
- Malus: 290, 338
- Mallet du Pan: 23, 109, 113, 125,
130, 257, 392
- Mamonoff, Alexandre Dimitriev: 44,
47, 53, 73
- Mancini, Jules: 89, 301
- Manchón: 340
- Maquiavelo, Nicolás: 85
- Marassé, Jean-René Blandina de: 202,
203, 212, 214, 225, 227, 230, 231,
235, 244, 245, 257, 258, 278, 279,
281, 303, 329, 370, 377, 453
- Marat, Juan Pablo: 109, 152, 228, 280
- Marck: 451
- Marechal (barón): 262
- Marengo: 197
- Marescot (general): 197, 207, 208,
213, 224, 225, 226, 227
- Markoff: 63
- Marne: 132, 146, 148
- Marq: 133, 143
- Massena: 416
- Matignon, Marie-Antonnette de: 311
- Marx, Carlos: 232
- Maseyk: 289
- Mathiez, Albert: 125, 155, 188, 257,
282, 300, 322, 329, 359, 396
- Maubege: 190, 452
- Maulde: 133
- Maurras, Carlos: 454
- Maxwell: 30
- Mayenza: 266, 396
- Meerdael: 446, 447
- Melilla: 28
- Mendoza, Cristóbal L.: 24
- Meran (seudónimo de Francisco de
Miranda): 72
- Merlin de Douai: 232, 251, 290, 360,
374, 392, 394, 395, 455
- Merode: 274
- Merode-Westerloo (conde de): 341,
342, 348, 406
- Meslin del Obispo: 451
- Mesnard (marqués de): 96
- Mesnil (marqués de): 96
- Metz: 132, 287
- Meurs (condado): 214, 268, 310
- México: 162, 185
- México (ciudad): 28
- Mezières: 322
- Miaczynski, Joseph de: 133, 153, 156,
219, 267, 323, 352, 354, 384, 392,
396, 406, 411, 412, 413, 418, 420,
421, 422, 424, 426, 429, 435, 436,
439, 446, 450
- Michelet, Jules: 115, 235, 253, 257,
331, 405, 422, 427, 431, 433, 441
- Middelbourg: 305
- Milán: 43, 97
- Milon: 394, 396
- Mirabeau, Honoré-Gabriel: 38, 96, 118,
123, 174, 209, 234
- Miranda, Sebastián de: 27
- Mississippi (río): 85
- Moërdyk: 323, 338, 389
- Molino del Roble: 451
- Molitor (coronel): 196, 206, 208, 209,
210, 225, 226
- Moncluan: 305
- Moncuno: 97
- Money (general): 133, 353, 381, 391,
406, 415, 421
- Monge: 178, 187, 220, 222, 225, 227,
228, 267, 281, 303, 309, 329

Mons: 189, 190, 192, 200, 238, 388, 391, 410, 452
 Montané: 406
 Montaña de Hierro: 381
 Montcheutin: 145
 Montfaucon: 143
 Montjoie: 328, 346, 450
 Montlosier: 392
 Montmorency: 96
 Montmorency (cardenal): 342
 Montmorin (conde de): 41, 55, 56, 62, 63, 65, 97, 98, 99, 156
 Montreuil-sur-Mer: 224
 Monza: 97
 Monzón: 132
 Moreau: 312, 405, 416, 425, 426, 433, 457
 Moretón (general): 230, 392, 394
 Morris: 169
 Morthomme: 133
 Mortiner-Ternaux: 141, 228, 408, 419, 432, 433, 457, 458
 Mosa (río): 132, 134, 190, 195, 214, 218, 219, 255, 261, 262, 264, 267, 269, 274, 275, 277, 290, 295, 311, 312, 316, 318, 321, 322, 323, 328, 341, 343, 346, 348, 350, 351, 353, 354, 355, 360, 364, 365, 367, 368, 369, 381, 411
 Moscú: 50, 52, 98, 99, 101
 Mosela (río): 192, 266, 273, 288
 Moulton, John: 212, 213, 227, 267, 304, 406
 Moureau: 224
 Mulford: 174
 Murat, Joaquín: 386

N

Naillac: 234
 Namur: 189, 190, 193, 267, 275, 290, 315, 316, 337, 348, 352, 384, 388, 390, 400, 411, 412, 417, 452

Nanteuil: 241
 Nápoles: 43, 44, 50, 54
 Narbona: 232, 391
 Narbonne: 287
 Nassau-Siegen (príncipe): 45, 224
 Nassau-Usingen (príncipe): 262
 Neerwinden: 12, 18, 146, 198, 250, 259, 330, 348, 377, 392, 399, 404, 406, 408, 409, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 420, 421, 423, 427, 429, 430, 431, 433, 435, 436, 437, 446
 Nelis, Corneille-Francisco de: 246
 Nerón: 401
 Nethes (río): 214
 Neuilly, La Vasseur de: 327, 328, 333, 352, 400, 413, 418, 423, 430, 446, 452, 453
 Neustadt: 330
 Ney, Miguel: 224
 Nicolás II: 100
 Niederdouden: 131
 Nieuport: 190, 200, 321
 Nimega: 267, 309, 315, 316, 318, 320, 321, 324, 325, 338, 350, 368
 Nimy: 191
 Nivelles: 190
 Niza: 302
 Nizo: 249
 Nodier, Carlos: 115
 Noël: 161
 Noël (voluntario): 147
 Nolcken (barón de): 49, 61, 63, 64, 66, 99
 Nootka: 83, 84, 85
 Normandés, Pedro de: 50, 54, 55, 56, 57, 98
 Normandía: 86, 87, 282, 433
 Noruega: 68
 Novikoff, Miguel: 101, 102
 Novossiltzeff: 85, 101
 Nueva Orleans: 185
 Nueva York: 433
 Nuevo Mundo (véase: América)

O

- Obispos: 133
 Obispo de Autun. Véase: Talleyrand-Perigord, Carlos Mauricio
 Oestermann (conde de): 50, 70, 99
 Ogden, Samuel: 73
 O'Higgins, Bernardo: 93
 O'Kelly: 299, 431, 433, 458
 Oldenburg, Andrea de: 100
 O'Meara: 282
 O'Moran: 244, 258, 452
 Onain: 125, 156
 Oplinten: 413, 439
 Orange (príncipe de): 412
 O'Reilly (conde de): 28
 Orleans (duque de): 303, 405
 Orleans (duquesa de): 224
 Orsmael: 418, 419, 423, 424
 Ostende: 200, 228, 304, 321
 Ourthe: 366, 416
 Overhespen: 418, 439
 Overwinden: 414, 418, 419, 422, 429, 430

P

- Pablo (gran duque): 98
 Pacífico (océano): 162
 Pache: 193, 194, 195, 197, 199, 201, 202, 203, 205, 206, 207, 211, 212, 214, 220, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 231, 237, 241, 243, 244, 245, 249, 257, 258, 259, 264, 265, 268, 270, 271, 275, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 285, 290, 295, 296, 299, 300, 311, 312, 329, 330, 331
 Paine, Thomas: 32, 33, 81, 84, 102, 103, 112, 122, 125, 454
 Países Bajos (véase: Holanda)
 Palatinado: 250, 312, 404
 Paoli: 49
 Pardo de Leygonier, G. F.: 1

- París, aparece a todo lo largo de la obra
 Pascal de Kerenveyer: 200, 201, 202, 203, 225, 273, 274, 282, 304
 Passavant: 134
 Pedro I: 77
 Pedro III: 47, 100
 Peer: 265
 Peltzer: 259
 Pellemberg: 12, 435, 437, 446, 447, 448, 449
 Pensacola: 29, 30
 Pereyrat: 184
 Pericles: 109
 Perraud: 184
 Perroud: 188, 257
 Pert (conde): 101
 Pétion, Jerónimo: 19, 81, 97, 102, 115, 118, 122, 123, 134, 135, 151, 152, 156, 170, 171, 173, 179, 181, 184, 188, 200, 206, 215, 225, 271, 393, 405, 415, 440, 445, 450, 458
 Perú: 162
 Petitjean (comisario): 289, 310, 311, 325, 329, 330, 338, 340
 Philippe: 299, 408, 427
 Philippeville: 348
 Piamonte: 225
 Pick: 305
 Pickering: 188
 Pichegru: 409, 416, 457
 Pilnitz: 157
 Pingaud: 431, 432
 Pinon (capitán): 206
 Piquet: 309
 Pirineos: 177
 Pitt, William: 22, 23, 77, 80, 82, 83, 84, 85, 95, 102, 103, 136, 160, 173, 179, 302
 Pizarro, Francisco: 178
 Plutarco: 134
 Polonia: 44, 73, 156, 157, 184
 Pontecoulant: 174

Popham, Home: 34
 Portland (duque de): 75
 Portsmouth: 181
 Postdam: 37, 42
 Potemkin, Gregorio Alejandrovich: 45,
 49, 50, 51, 52, 53, 57, 58, 64, 67,
 73, 75, 98, 99, 101
 Potret: 299
 Pownal, Thomas: 82, 95, 102
 Pozo y Sucre, José del: 22
 Prado Grande: 132, 133, 144, 145
 Price, Richard: 81
 Priestley, José: 81, 118
 Provincias Unidas (véase: Holanda)
 Prusia: 28, 37, 38, 127, 128, 134, 143,
 146, 148, 149, 157, 170, 269, 286,
 381, 390
 Puente del Sambre: 133
 Puerto Cabello: 433
 Puerto Rico: 170

Q

Quaregnon: 191
 Quentin: 399

R

Rabaut-Saint-Etienne: 123
 Racourt: 414, 418, 422, 423, 429
 Rambaud: 433
 Ramsden: 75
 Rancour: 143
 Randeradt: 263
 Ratisbona: 269
 Raynal, Guillermo: 138
 Razoumowsky (conde de): 58, 59, 61,
 62, 63, 67, 72, 99
 Rebecqui: 114
 Reckem: 219, 350
 Redange: 131
 Reims: 132, 145
 Reinhart: 114

Renania: 250
 Renard: 395
 Renard, Bautista: 191
 Rendón, Francisco: 95
 Rennes: 115
 Rethel: 145
 Reyner, Jean-Louis Ebenezer: 436, 457
 Rezonville: 270
 Rheinberg: 96
 Ribas: 47
 Richmond: 85
 Rin (río): 214, 218, 233, 250, 261,
 264, 265, 266, 273, 288, 302, 310,
 316, 317, 318, 457
 Robecq (príncipe de): 39, 96
 Robert (comisario): 290, 455
 Robertmont: 267, 365
 Robertson, William S.: 18, 36, 84, 95,
 96, 100, 103, 173, 187, 188, 228,
 433
 Robespierre, Maximiliano: 109, 110,
 111, 112, 115, 116, 117, 123, 152,
 175, 234, 283, 396
 Roble Populoso: 132, 134, 144, 415
 Roca, Juan: 28
 Rochambeau, J. B. de Vimeur, Conde
 de: 127, 330
 Roche (coronel): 372
 Rodríguez de Espinosa, Francisca An-
 tonia: 27
 Roër (río): 214, 263, 266, 267, 269,
 273, 274, 275, 276, 289, 290, 305,
 306, 316, 319, 320, 322, 323, 327,
 341, 346, 349, 351, 352, 353, 374,
 409, 436
 Rojas, Aristides: 95
 Rojas, José María de: 95, 155, 187,
 188, 224, 225, 226, 227, 228, 259,
 282, 329, 332, 333, 347, 348, 393,
 394, 395, 396, 397, 431, 432, 457,
 458
 Roland de La Platière, Juan María: 129
 Roland, Manon Philipon, Madame: 113,

114, 118, 122, 123, 128, 129, 130, 184
 Rolduc: 352, 354
 Roma: 36, 43, 44, 46, 119, 155, 304
 Rombeek: 451
 Ronsin: 253, 254, 259, 290, 295, 305
 Roscio, Juan Germán: 91
 Rossbach: 406, 421
 Rotterdam: 321
 Rouen: 86, 103, 120
 Roumiantsof (mariscal): 50
 Rousseau, Juan Jacobo: 209
 Roux: 451
 Rozieres: 451, 458
 Ruault, Juan Bautista Andrés Isidro, Conde de: 194, 197, 200, 201, 204, 207, 208, 224, 225, 245, 274, 281, 282, 294, 295, 297, 300, 305, 335, 357, 362, 363, 375, 378, 387, 391, 418, 420, 424, 426, 438, 439, 442, 443, 444, 446, 452, 453
 Rubicón: 16, 403
 Rumianstov (mariscal): 45
 Rupel (río): 214
 Ruremonde: 195, 201, 212, 214, 217, 218, 219, 221, 251, 252, 261, 264, 265, 266, 267, 268, 274, 275, 276, 281, 305, 306, 316, 320, 341, 346, 350, 352, 364, 432
 Rusia: 15, 19, 44, 45, 46, 49, 52, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 65, 66, 67, 69, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 84, 96, 98, 101, 138, 156, 172, 225, 405

S

Saboya: 302
 Saint-Amand: 435
 Saint-André, Jeanbon: 250, 344
 Saint-Cornelis-Munster: 263, 267
 Sainte-Beuve, Carlos Agustín: 45, 46, 141

Saint-Elme, Ida: 224
 Saint-Emilion: 108
 Saint-Germain: 282
 Saint-Gobain: 395
 Saint-Jouvin: 133, 143, 144
 Saint-Just, Luis de: 109, 150, 331
 Saint-Menehould: 145, 147, 150, 381
 Saint-Pierre, Bernardino de: 123
 Saint-Privat: 270
 Saint-Saphorin: 69
 Saint-Toud: 289
 Saint-Trond: 310, 312, 344, 348, 350, 356, 357, 363, 365, 366, 373, 375, 381, 387, 388, 394, 400, 413, 418, 420, 423, 425, 439
 Sajonia (mariscal de): 408, 410
 Sajonia-Taschen, Alberto de: 152, 206, 343
 Salas, Manuel José de: 22
 Salle: 109
 Sambre-y-Meuse: 331
 San Nicolás (Bélgica): 197
 San Nicolás (Santo Domingo): 171
 San Petersburgo: 46, 49, 50, 52, 53, 55, 60, 61, 63, 64, 65, 66, 67, 69, 74, 75, 76, 99, 101
 San Quintín: 392
 Santa Margarita: 443
 Santas: 451
 Santo Domingo: 19, 162, 169, 170, 171, 174, 175, 178, 179, 180, 181, 220, 221, 347
 Santo Tomás: 151
 Saratoga: 29
 Sargeant: 32
 Savigny: 152
 Sayre, Stephen: 32, 73, 100, 164, 165, 166, 167, 168, 171, 184, 185, 186, 187, 188
 Schaunenburg (barón de): 288, 432
 Schertf: 337, 347
 Schimmelfmann (conde de): 70
 Schimmelfmann (condesa de): 70

- Schmidt: 337
 Schultz, H.: 100
 Schwalme: 352
 Sedán: 131, 132, 392
 Seddeler (barón): 50
 Segond (teniente coronel): 425, 446, 447
 Segovia: 41
 Ségur, Luis Felipe de: 45, 46, 49, 50, 52, 53, 54, 55, 56, 58, 63, 64, 65, 66, 79, 97, 98, 99, 324, 332, 392, 436
 Seinkirchen: 274
 Senarmont (general): 197, 202, 217
 Senegal: 227
 Sergell (escultor): 61
 Servan, José: 14, 17, 123, 129, 132, 135, 136, 141, 148, 151, 152, 155, 156, 164, 177, 178, 187, 188, 193, 223, 257, 288, 299, 348, 349, 363, 385, 386, 391, 393, 396, 407, 408, 410, 439, 445, 449
 Serviez, Emmanuel: 46, 48, 94, 97, 121
 Sharp: 81
 Shelburne (lord): 34
 Sheldon: 406
 Sheridan: 80
 Short: 169
 Siche: 312
 Sieyes: 109, 112, 119, 174, 197, 233
 Silesia: 157
 Simson: 305
 Smith, Allen: 176
 Smith, Joseph: 78, 82, 84
 Smith, William S.: 32, 37, 39, 40, 41, 42, 43, 57, 96, 97, 99, 156, 165, 177, 182
 Smola: 424
 Sobrevoix (general): 372
 Sócrates: 81
 Soignes: 448
 Soissons: 273, 342
 Somme: 332
 Songis, Charles-Louis Didier: 356, 392
 Sorel, Albert: 103, 108, 187, 188, 194, 223, 233, 257, 259, 391, 405
 Sormani (conde): 97
 Soubise (príncipe de): 195, 224
 Soult: 416
 Souzac, Jacques de: 330
 Souzac, Michelle de: 330
 Spandau: 41
 Sparre (teniente general): 151, 156
 Sprengporten: 68, 69, 99, 100
 Sta: 230
 Staël (madame de): 114
 Stanhope (conde de): 80, 191
 Stavelot: 264, 267, 352
 Stelsborg: 68
 Stenay: 132
 Stengel (capitán): 96
 Stengel (general): 133, 144, 145, 146, 147, 192, 267, 275, 276, 282, 289, 310, 311, 313, 317, 323, 324, 330, 332, 352, 353, 354, 384, 388, 396, 402, 406, 455
 Stenhoffen: 153, 406
 Stettenhoffen: 133, 156, 444, 451
 Stiles: 32, 91
 Stockem: 218
 Stone: 102
 Strie-Houx: 451
 Struys Block-Bosch: 444
 Suchtelen: 218
 Suecia: 49, 60, 62, 63, 65, 68, 71, 97, 99, 101, 156, 170, 227
 Suiza: 67, 72, 416
 Sumermaes: 335, 336, 350
 Suramérica: 18, 22, 93, 169, 171, 173
 Sutherland: 56
 Suvarof: 308, 416
 Sydney (lord): 34
- T
- Taine, Hipólito: 116, 117, 257, 286, 299, 396

Talma, Julia: 121, 122
 Talleyrand-Perigord, Carlos Mauricio
 de: 81, 116, 128, 159, 160, 161, 162,
 165, 187, 224
 Tardy: 346, 351
 Tarento (duque de): 458
 Temesvar: 225
 Than: 153
 Thiebault: 156, 258, 437, 458
 Thiennes-Lomboise (condesa de): 342
 Thiers, Adolfo: 115, 155
 Thorn: 218, 219, 269
 Thouvenot, Jacobo: 191, 220, 227,
 228, 253, 272, 303, 305, 307, 316,
 319, 325, 327, 329, 333, 340, 352,
 358, 365, 368, 375, 376, 381, 385,
 387, 394, 399, 407, 412, 418, 451,
 453
 Thouvenot, Pierre: 228, 453
 Thuring, Henri-Joseph: 317, 331, 332,
 399, 424, 426, 433
 Tiberio: 401
 Tiercelet: 131
 Titlemont: 195, 319, 375, 381, 387,
 388, 394, 400, 412, 413, 439, 441,
 442, 443, 446
 Tissot: 119
 Tobago (isla): 161
 Tolozan de Montfort: 43, 97
 Tombeck: 446
 Tongres: 219, 222, 261, 267, 274,
 289, 294, 300, 305, 310, 335, 350,
 351, 356, 357, 358, 359, 361, 362,
 363, 364, 365, 366, 367, 369, 373,
 376, 377, 378, 418
 Torrente: 91
 Toulougen: 281
 Toulouse: 96
 Tournai: 189, 190, 204, 230, 244,
 321, 452
 Treillard (comisario): 259, 290, 374,
 387, 394, 395, 431, 455
 Tressan (marqués de): 347

Treves: 264, 321
 Trinidad: 170
 Trouville: 191
 Troyes: 392
 Truquet: 309
 Turnbull, John: 14, 81, 102, 135, 138,
 139, 142
 Turquía: 56, 62, 65, 72

U

Ucrania: 59
 Unzaga y Amézaga, Luis de: 33
 Utrecht: 309, 318, 338

V

Valaze: 121
 Valence (conde de): 122, 147, 189,
 190, 193, 239, 263, 264, 265, 266,
 267, 270, 271, 272, 281, 282, 290,
 291, 304, 308, 311, 315, 316, 320,
 321, 322, 324, 327, 330, 332, 336,
 337, 340, 341, 346, 348, 350, 351,
 352, 354, 355, 356, 357, 358, 359,
 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366,
 367, 368, 369, 373, 374, 375, 376,
 377, 380, 381, 382, 383, 384, 385,
 386, 387, 388, 389, 391, 392, 393,
 394, 395, 397, 399, 402, 405, 406,
 409, 410, 411, 412, 416, 418, 420,
 422, 423, 430, 431, 436, 437, 449,
 453
 Valenciennes: 125, 139, 152, 153, 171,
 200, 330, 372, 376
 Valhubert, Rogert: 427, 447, 458
 Valmy: 143, 147, 148, 155, 192, 259,
 315, 329, 450
 Vallaux: 458
 Van Heurot: 239
 Van Kessel: 241
 Van Praet: 239

- Van Setter: 241
 Varennes: 115
 Varsovia: 332
 Vauban: 196
 Vaudés: 280
 Vaux: 141, 145
 Veissen: 214
 Velpe (río): 444
 Venecia: 100
 Venezuela: 17, 27, 81, 89, 404, 407, 454
 Venloo: 262, 275, 305, 309, 310, 312, 316, 317, 318, 320, 321, 324, 341, 344, 350, 352, 354
 Verdún: 132, 134, 144, 146, 273
 Vergennes (conde de): 33, 34, 37, 38, 39, 40, 41, 43, 52, 95, 96, 97, 116, 120
 Vergniaud: 108, 109, 112, 114, 121, 122, 123, 129
 Verhaegen, Paul: 257, 348, 394, 397
 Vermoelen, Felipe: 239
 Verrieres (coronel): 214, 231
 Versailles: 73
 Verviers: 267
 Viena: 38, 40, 42, 96, 97, 98, 99
 Viena del Castillo: 134
 Vigée-Lebrun, Isabel: 45
 Vignomini: 73
 Vik: 344
 Villanueva, Carlos A.: 156, 187, 225
 Villeré: 418
 Virginia: 227
 Visconti, Fulvia: 97
 Visé: 216, 219, 312, 313, 351, 356, 362, 364, 365, 366, 376, 378.
 Vissignicourt: 395
 Vizcaya: 250
 Violemont: 147, 148
 Vitry: 145
 Voer (río): 444
 Voltaire, Francisco María Arouet, llamado: 110
 Vouillers: 133
 Vouziers: 144, 145, 196
- W**
- Wael, Juan de: 239
 Walabergen: 439
 Walcourt, Ana de: 156
 Watcheren (isla): 304
 Waliffe: 249, 259
 Walhem: 198
 Waliszewski: 97, 98, 100
 Walshingan (lord): 76
 Wallon: 348
 Wargemolin: 145
 Waroux: 193
 Wasseberg: 274, 277
 Washington, Jorge: 20, 32, 91, 95, 110, 151, 168, 177, 216
 Waterloo: 454
 Weber: 444
 Welsen: 219
 Wellington, Arturo Wellesley, Duque de: 191
 Wenckheim (general): 352, 364
 Werth: 364
 Wesel: 306, 310, 321, 352
 Wesot: 218
 Wessel: 267
 Westerman: 395
 Wiasemsky (príncipe): 44
 Wietinghoff (señorita de): 99
 Wilberforce, William: 80
 Willemstadt: 315, 338, 367
 Williams, Elena María: 123, 125
 Witworth: 77, 78
 Wodorp: 306
 Wohl (río): 321
 Wommerson: 414, 439, 443
 Woronzoff, Alejandro de: 68, 102
 Woronzoff, Simón de: 44, 58, 68, 73, 74, 76, 77, 78, 79, 82, 85, 98, 99, 100, 136, 138, 139, 142

Woukassovitch: 59

Wurtemberg (príncipe de): 189, 352,
354, 424, 425

Wyck: 261, 312, 327, 350, 351

Y

York (duque de): 321, 390

Yorktown: 29

Yvron (monte): 147

Z

Zama: 303

Zelanda: 304, 306, 308, 309, 315, 321

Zinovieff: 57, 99

Zouboff: 102

Zuidcoote: 274

Zurich: 72

Zuyd-Beveland (isla): 304

INDICE GENERAL

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN	VII
ADVERTENCIA	1
PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	25

PRIMERA PARTE

MIRANDA, GENERAL FRANCES

Capítulo I	El medio político	107
Capítulo II	Miranda en el ejército	127
Capítulo III	Argona y Valmy	143
Capítulo IV	Las colonias españolas	159
Capítulo V	La toma de Amberes	189
Capítulo VI	Miranda en Bélgica	229
Capítulo VII	Miranda, Comandante en Jefe	261
Capítulo VIII	El ejército	285
Capítulo IX	La guerra con Inglaterra y Holanda	301
Capítulo X	Maëstricht	335
Capítulo XI	La retirada hacia Lovaina	349
Capítulo XII	Neerwinden	399
Capítulo XIII	Pellemborg	435
INDICE ANALÍTICO DE MATERIAS		459
INDICE ONOMÁSTICO-GEOGRÁFICO		483

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES DE ITALGRAFICA, S.R.L.
EN LA CIUDAD DE CARACAS, EN EL MES
DE AGOSTO DE 1988

